

ANA ALONSO Y JAVIER PELEGRÍN

RESURRECCIÓN

TATUAJE III



Lectulandia

Después de la lectura del Libro de la Creación, son muchas las incertidumbres que han surgido sobre la Profecía en la que todos creían. Además, el libro parece haber alterado para siempre las fronteras del reino de la Muerte y son cada vez más los que, desde el otro lado, intentan aprovechar la nueva situación para arrebatarnos la magia a los vivos...

La única forma de detenerlos es controlar la puerta de Plata, algo que solo Jana y Álex podrían lograr... aunque para ello tal vez deban separarse de nuevo y correr riesgos con los que ni siquiera habían soñado.

Resurrección es la última entrega de la trilogía *Tatuaje*, un fantástico universo de magia, aventuras y sentimientos escrito por los reconocidos escritores Ana Alonso y Javier Pelegrín que ya está triunfando en varios países.

Lectulandia

Ana Alonso & Javier Pelegrín

Resurrección

Tatuaje - 3

ePub r1.1

XcUiDi 17.06.14

Título original: *Resurrección*
Ana Alonso & Javier Pelegrín, 2011

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Enrique y Paquina, por haber estado siempre ahí.
Os tenemos siempre en nuestros pensamientos.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

—¿Cómo pueden estar tan amarillos los árboles? —murmuró Jana con la vista perdida en el bosquecillo de hayas que se extendía al otro lado del campo de rugby del colegio—. Estamos a mediados de septiembre. Ni siquiera ha comenzado el otoño...

—El tiempo pasa cada vez más deprisa —comentó Álex sonriendo—. No sé, pero esa es la sensación que tengo yo.

Caminaban por el jardín trasero de Los Olmos, y acababan de bordear el aparcamiento privado de los profesores. Solo había tres coches estacionados en él. Álex recordaba haberlo visto siempre abarrotado; algunos miembros del personal docente del colegio tenían que aparcar sus vehículos fuera del recinto escolar porque no encontraban sitio allí. Eso también había cambiado, por lo visto.

La dirección había rescindido el contrato a media docena de profesores. Con el descenso de matrículas al comienzo del nuevo curso, no podían mantener en nómina a toda la plantilla. Al menos, esa era la explicación oficial que habían ofrecido.

—¿Qué crees que querrá de nosotros la nueva directora? —Preguntó Jana—. A David le dio clase de Historia el año pasado. Como profesora, dicen que no es mala, pero tiene fama de dura...

—Seguramente querrá felicitarnos —contestó Álex en tono burlón—. Todo el mundo sabe que formamos un gran equipo.

Jana se detuvo sobre la gravilla blanca para mirar a su compañero.

—No te lo tomes a broma, por favor. Ya tengo suficiente con las ironías de mi hermano. Lo que hicimos en Venecia fue maravilloso. ¿Cómo íbamos a saber entonces las consecuencias que traería? Además, Argo no nos dejó elección...

—Siempre hay elección. —Álex, que se había detenido un momento junto a Jana, reanudó la marcha.

Caminaba con la cabeza gacha, mirando al suelo con tanta atención como si esperase encontrar entre los guijarros una moneda de oro. —De todas formas, ya no tiene remedio. ¿Sabes lo que me habría gustado?

Sus ojos se encontraron con los de Jana.

—Me habría gustado seguir en la casa de la playa, contigo, con mi madre, con Laura. No tener que volver aquí. Este sitio es odioso... Ojalá hubiese podido convencer a mi madre de que me matriculase en otro centro.

—Seguramente, la directora Lynn te lo habría agradecido —replicó Jana con ironía—. David dice que nos echan la culpa de la pérdida de alumnos.

—¿A ti y a mí? —Álex sonrió, incrédulo.

—A nosotros, sí. Nos tienen miedo. Recuerda cómo eran las cosas cuando volvimos de Venecia. Era como si caminásemos envueltos en magia... Eso asusta a la

gente.

—¿Incluso a los *Medu*?

—Especialmente a los *Medu*. Muchos siguen considerándote un enemigo, el culpable de que perdiésemos buena parte de nuestros poderes. Y yo, por estar contigo, también soy sospechosa.

—En realidad, no saben nada de lo que pasó. Solo se lo imaginan. No tienen ni idea...

—En eso te equivocas. Saben que leímos el libro de la Creación y que eso, durante un tiempo, nos volvió muy poderosos. Saben que, desde que leímos el libro, nada ha vuelto a ser igual... Y que muchas cosas han empeorado.

Sin mirar a Jana, Álex hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No pueden culparnos de eso. Ni siquiera nosotros estamos seguros de que haya alguna relación...

—Vamos, Álex. La hay —el tono de Jana era apagado, como si su voz hubiese perdido la musicalidad y el brillo de otros tiempos—. Todo ha empeorado por nuestra culpa. La gente está asustada, y no me extraña, la verdad. Incluso a mí me asustan los fantasmas... ¿Quién iba a pensar que lo que hicimos alteraría de esa forma las fronteras entre la vida y la muerte?

—Échale la culpa, entonces, a vuestra maldita profecía. Todo aquello sobre el regreso del rey... ¿Qué era, una broma o un engaño? Parece que el único muerto que no tiene ningún interés en regresar a la vida es nuestro amigo Erik.

Un escalofrío estremeció los hombros de Jana.

—No hables así de él. Seguramente habría regresado si dependiese de su voluntad. Pero nadie parece entender por qué las puertas de la muerte se han abierto para unos y para otros no. Y en cuanto a la profecía... quién sabe. Quizá la interpretamos mal.

Álex buscó una respuesta para aquella reflexión de Jana, pero no la encontró. Durante un buen rato caminaron sin dirigirse la palabra hacia el edificio administrativo de Los Olmos. El ruido de sus pasos al aplastar la gravilla quebraba con su ritmo cálido y familiar el triste silencio del jardín.

La puerta de cristal estaba bien engrasada y no chirrió cuando Álex la empujó para abrirla. En el interior del edificio reinaba una penumbra polvorienta y helada. Todavía no habían encendido la calefacción. En teoría, seguían estando en verano...

Mientras subían las escaleras, Álex se fijó en que Jana iba abrochándose, uno a uno, los botones plateados de su chaqueta negra.

No esperaban un buen recibimiento de la directora Lynn, y no lo tuvieron. Ella los vio en el umbral de su despacho antes de que tuviesen tiempo de llamar a la puerta.

—Adelante —dijo. Su tono era cansado, desabrido—. Supongo que no es la primera vez que entráis aquí. Por supuesto, he hecho varios cambios... A algunos

compañeros míos no les gustan mis peces. Creen que están fuera de lugar entre tanto mueble antiguo. Pero los peces quedan bien en todas partes. ¿No estáis de acuerdo?

Jana asintió sin mucha convicción. Bajo la luz blanca del fluorescente del techo, el acuario que ocupaba el centro de la estancia tenía un aspecto opaco y siniestro. Entre sus cuatro paredes transparentes, media docena de peces tropicales languidecían en un agua no demasiado limpia. El acuario había sido la principal aportación de la nueva directora de Los Olmos al mobiliario de aquel viejo despacho, compuesto por sólidos muebles ingleses del siglo XIX, un sofá Chester de cuero rojo y un estilizado reloj de péndulo. También había hecho instalar dos feos archivadores metálicos detrás de su escritorio, en los que guardaba todos los informes heredados de sus antecesores en el cargo, distribuidos en cientos de carpetas.

—Llegáis tarde —continuó la directora haciéndoles una seña para que se sentaran. Luego, ella misma se dejó caer pesadamente en su sillón giratorio de cuero marrón—. Diez minutos tarde, para ser precisos. Habíamos quedado a las cuatro y media. Pero, claro, me imagino que es lo que ocurre con las celebridades... Les gusta hacerse esperar.

El tono irónico de aquella última frase desagradó profundamente a Álex. Iba a replicar, cuando captó la mirada de advertencia de Jana. Se trataba de una provocación, y no debían caer en ella. Eso era lo que los ojos de Jana trataban de decirle.

—¿Para qué quería vernos, doctora Lynn? —Preguntó Jana, afectando indiferencia—. ¿Podemos ayudarla en algo?

—¿Ayudarme? —Barbara Lynn clavó en la muchacha sus ojos azules, orlados de una espesa y mal distribuida máscara de pestañas. Eran el único rasgo destacable del rostro de la directora, y Álex recordaba haberse fijado en ellos en otras ocasiones. Siempre irritados y llorosos, parecían canicas azules atrapadas en una telaraña de hilillos sangrientos—. Es una forma de decirlo, sí. Podríais ayudarme dejando de crear problemas en Los Olmos. Ya habéis perjudicado lo suficiente a esta institución.

Álex y Jana se miraron.

—¿Se puede saber qué hemos hecho? —Preguntó Jana sin perder la calma—. Que yo sepa, no faltamos a clase, y ningún profesor se ha quejado de nosotros...

—Esa no es la cuestión. Vuestra sola presencia alborota el colegio —Barbara Lynn se pasó una mano nerviosa por sus cabellos color miel, cuyo aspecto deslucido y encrespado contrastaba de un modo sorprendente con la pulcritud de su traje de chaqueta negro—. Sí, sí, no me miréis así. Sabéis perfectamente de lo que hablo. Aquí ya no quedan humanos corrientes, gracias, en buena medida, a vosotros. Y todos los *Medu* están enterados de vuestras... ¿cómo llamarlas? ¿Proezas? Libros mágicos, tumbas malditas, estatuas que cobran vida...

—No todo lo que cuenta la gente es verdad, directora —la interrumpió Álex,

impaciente—. Además, desde que empezó el curso hemos procurado llamar la atención lo menos posible. Para que la gente se olvide de todas esas historias...

—No intentes decirme lo que debo creer y lo que no —el tono de la directora Lynn se volvía más incisivo por momentos, y su mirada más acusadora—. Mi exmarido es un agente *Zenkai* en activo. Sé dónde buscar la información cuando me interesa... Puede que seáis unos aliados recomendables cuando se trata de zanjar una lucha entre clanes. Pero aquí, en los Olmos, no queremos enfrentamientos, sino tranquilidad. Los padres han oído cosas sobre lo que ocurrió en Venecia. Saben que sois muy poderosos, y tienen miedo... No voy a mentirles. Si de mí dependiese, ya os habría expulsado del colegio.

—Pero no hay ningún motivo —comenzó Jana—. Usted lo sabe...

—Yo no necesito motivos. Sería una simple precaución. Por desgracia, en el Consejo Escolar sigue habiendo gente excesivamente escrupulosa con este tipo de cosas. No puedo echarlos sin contar con su aprobación. Así que, ya que no tengo más remedio que soportarlos aquí, he pensado que sería mejor poner las cartas sobre la mesa.

Asqueada por el tono insultante de la directora, Jana se levantó de su silla.

—De acuerdo, ya lo ha hecho —dijo, sosteniendo con fiereza la mirada acuosa de Barbara—. Nos ha dejado muy claro que no nos puede ni ver. No se preocupe, no crearemos ningún problema. Lo único que queremos los dos es descansar un poco... y llevar una vida lo más normal posible.

—¿Como este verano, en la playa de Lockheart?

Álex se mordió el labio inferior para controlarse. ¿Sabía la directora que Jana había pasado un mes con él y su familia en un apartamento de la costa? ¿Habría oído lo de la contaminación mágica del puerto, la huida de los bancos de peces y todo lo demás? Quizá también lo de los espectros...

Jana y él parecían atraerlos como la miel a las moscas. David, el hermano de Jana, aseguraba que no era algo casual. Los muertos necesitaban acaparar toda la magia posible para mantenerse anclados a este mundo, y ellos tenían mucha... aunque cada día les iba quedando un poco menos.

En los apartamentos de Lockheart habían organizado bastante revuelo. Había mucha gente corriente pasando las vacaciones; gente que lo único que quería era descansar, tomar el sol y nadar en el mar sin tener que pensar en nada serio. Y esa gente, sin saber cómo, se había visto de pronto sumida en una especie de película de terror. Gritos desgarrados en la noche, objetos que se movían solos, rostros medio disueltos en la oscuridad... Los muertos utilizaban su miedo para presionar a Álex y a Jana, para absorber su poder sin que ellos se atreviesen a defenderse. ¡Pobre Laura! Ella también estaba aterrorizada. Al final, Álex había tenido que escuchar de labios de su madre que sería mejor que él y su novia se fueran.

¿Quién le habría contado todo aquello a la directora? No podía ser David, aunque él estaba al corriente de lo que había sucedido. Ni tampoco Laura... Nunca se le habría ocurrido chismorrear sobre su hermano.

Mientras Álex intentaba encontrar una respuesta a aquella pregunta, Jana había vuelto a sentarse y miraba con aire desafiante a la directora.

—Álex y yo no tenemos la culpa de ser... especiales —dijo—. Mucha gente en Los Olmos lo es. Por eso estamos estudiando en este centro y no en cualquier otro. Cuando entramos aquí, nuestros padres confiaban en que nos encontraríamos con gente tolerante... Pensaban que aquí, al menos, nadie nos discriminaría por nuestras rarezas.

—No te confundas, Jana. Los Olmos ha sido desde su fundación una institución *Medu*. Cuando los *Medu* acaparábamos buena parte de la magia de este mundo, la magia era algo normal por aquí. Pero tu amigo Álex hizo que eso cambiara. Gracias a sus esfuerzos por arrebatarnos nuestro poder, ahora, en Los Olmos, la magia es, como tú dices, una rareza.

—Lo que no entiendo es a qué viene restregarnos todo eso ahora. —En vista de que la directora iba volviéndose más desagradable a medida que hablaba, Álex había decidido pagarle con la misma moneda—. Si lo que intenta es que nos sintamos incómodos en el colegio y que nos vayamos por nuestra propia voluntad sin que tenga que tomarse la molestia de expulsarnos, ya le digo desde ahora que pierde el tiempo. Jana y yo estamos en el último curso. Solo tiene que tener un poco de paciencia. El año que viene iremos a la Universidad y no volveremos a pisar este lugar.

—Desgraciadamente, no puedo esperar tanto —la directora hundió un momento la barbilla entre sus manos, pensativa. Luego, con un gesto brusco, giró un busto de mármol que adornaba el escritorio hacia Jana.

La muchacha contuvo una exclamación al fijarse en los rasgos de mármol del busto. Representaba a Óber, el padre de Erik... El último gran jefe *Drakul*.

Cuando ambos estaban vivos, Jana nunca había encontrado demasiado parecido entre Erik y su padre.

Sin embargo, aquel retrato de un Óber joven y enérgico le trajo a la memoria el rostro noble e inteligente de su amigo perdido. La misma nariz recta, el mentón firme, la frente despejada y levemente fruncida...

—¿Te recuerda a tu compañero? —Preguntó la directora, espionando la reacción de Jana sin molestarse en ocultar su curiosidad—. Fue una gran pérdida para todos nosotros... No hablo de Los Olmos, sino de la comunidad *Medu* en general.

—¿A quién se refiere, a Erik o a su padre? —preguntó Álex.

La directora meditó su respuesta durante unos instantes.

—A los dos, supongo —dijo finalmente con una sonrisa—. ¿Sabéis que Óber ha

sido el mayor benefactor de Los Olmos en toda su historia? Aún gestionamos parte de su legado, a través de una fundación que lleva su nombre.

—¿Adónde quiere ir a parar? —Jana parecía a punto de perder la paciencia—. No nos ha hecho venir solo para acusarnos sin pruebas de ser un problema para el colegio. Me figuro que querrá algo... ¿Tiene que ver con los *Drakul*?

—En cierto modo. Supongo que no ignoráis que la mayor parte de los alumnos que conservamos pertenecen a ese clan. El consejo de sabios *Drakul* ha concedido medio centenar de becas a algunos de sus jóvenes más prometedores para que estudien aquí. De no ser por esa iniciativa, este curso nos habríamos encontrado con serios problemas de financiación. En esas circunstancias, comprenderéis que les estemos muy agradecidos...

—¿Y?

Álex se inclinó hacia delante al formular su breve pregunta.

—No podemos permitirnos quedar mal con los *Drakul*. Lo peor que le podría ocurrir a Los Olmos es perder su apoyo. Y estamos a punto de perderlo.

La directora hizo una pausa, esperando quizá que alguno de los dos jóvenes la interrogara. Ambos la miraban expectantes, pero no estaban dispuestos a darle la satisfacción de manifestar en voz alta su curiosidad.

—Sabemos que la situación es delicada para nosotros en cualquier parte del mundo —continuó Barbara Lynn finalmente—. Sabemos que las fuerzas del Más Allá que se han desencadenado desde la pasada primavera esperan obtener de nosotros la magia que necesitan para anclarse de nuevo al mundo de la materia. Precisamente por eso es tan importante que Los Olmos sean considerados un lugar un poco más seguro para los *Medu* que el resto del planeta. Supuestamente lo es, y la gente lo sabe... Pero empezarán a dudar cuando se enteren de que hemos perdido a dos alumnos.

Esta última afirmación consiguió sorprender a Álex y a Jana.

—¿Qué... qué alumnos hemos perdido? —preguntó el primero, olvidándose de su fingida reserva.

En lugar de responder, la directora se puso en pie y se dirigió a los archivadores de la pared, castigando el parquet con sus altos tacones de aguja.

Después de rebuscar un rato en uno de los cajones, extrajo una carpeta de cartulina azul celeste. Aún tuvo que revolver unos segundos más antes de encontrar la segunda carpeta.

Con un informe en cada mano y una sonrisa satisfecha, la directora regresó a su sillón ergonómico detrás del escritorio.

—Aquí tengo los informes —explicó, abriendo una de las carpetas azules—. Este es el de Kinow Kuud... La última en desaparecer, la semana pasada.

—¿Ocurrió en el centro? —preguntó Jana.

—Claro que no. Empezó a faltar, y después de una semana la tutora nos dio el aviso. Nadie la ha visto desde el martes pasado. Esa tarde no acudió al ensayo de las animadoras. ¿Sabéis que este es el primer curso en el que Los Olmos tendrá un equipo de animadoras? La primera vez en toda la historia de nuestra institución...

—¿Tiene eso algo que ver con la desaparición de la chica? —gruñó Álex.

—No, claro que no. La chica es una *Drakul* bastante bien considerada en el círculo de Issy. No sé si la conocéis. Es una de las delegadas de primero.

—Yo sí sé quién es —dijo Jana—. Suele venir a clase en moto. Tiene una Harley que despierta muchas envidias.

—En efecto. Kinow Kuud era una de sus mejores amigas...

La directora volvió a repasar rápidamente las líneas del informe.

—El año pasado estaba matriculada en el bachillerato a distancia —explicó a medida que iba leyendo—. Pero recibió una de esas becas *Drakul* de las que os hablaba antes y este año se inscribió en un curso normal. Pelo liso, bastante largo, teñido de azul... Quizá la hayáis visto ensayando en las pistas.

Barbara Lynn volvió a meter cuidadosamente el informe en su carpeta y buscó la mirada de Jana.

—¿Por qué nos lo cuenta a nosotros? —preguntó esta.

—Porque quiero que llegemos a un acuerdo: yo os dejo en paz y no vuelvo a plantear vuestra expulsión en el Consejo Escolar. A cambio, vosotros me ayudáis a localizar a los dos desaparecidos. Estoy segura de que no les ha ocurrido nada grave. Esa chica ha corrido mucho mundo y sabe defenderse sola, según me han dicho. Seguramente habrá encontrado algo que le interese más que el estudio y se ha largado sin dar explicaciones. Pero es la segunda *Drakul* que desaparece, y no puedo permitirme que cunda el pánico entre los padres.

—La segunda, ha dicho... ¿Quién fue la primera? —preguntó Álex.

—El primero, en realidad —le corrigió Bárbara, abriendo la carpeta que contenía el segundo informe—. Desapareció a mediados del mes pasado. Se trata de un chico bastante peculiar. Se llama Pórtal... Su padre murió en extrañas circunstancias y, según consta en el informe, alguien se molestó en construir para Pórtal una tumba al lado de la de su padre. Una broma muy pesada, y costosa. No resulta barato encargar una lápida y un monumento funerario en un cementerio *Drakul*.

—¿Han hablado con su familia? —quiso saber Jana.

—Su único pariente vivo es un tío suyo, y últimamente, por lo visto, no tenían muy buena relación. Contactamos con él, por supuesto. Hace más de un año que no ve a su sobrino. La última vez que hablaron por teléfono fue en el mes de junio... Desde entonces, no ha tenido noticias de él.

—A ver si lo entiendo —Álex fijó una mirada distraída en el rostro de mármol de Óber—. Lo que en realidad quiere es que la ayudemos a descubrir el paradero de esos

dos *Drakul* desaparecidos...

—Si no fuera así, no os lo estaría contando —le interrumpió la directora clavándole sus ojos enrojecidos—. Demostradme que os importa esta institución... A cambio, dejaré que terminéis el curso en Los Olmos.

—No hacía falta que nos amenazara para conseguir nuestra colaboración —murmuró Jana levantándose—. No somos de esa clase...

—Todo el mundo es de esa clase hoy en día, querida. —La directora también se puso en pie, y sus descoloridos labios se estiraron en un intento de sonrisa—. Supongo que eso equivale a un sí... ¿Los buscaréis?

—Por la forma en que nos ha tratado no se merece un sí —dijo Álex, estrechando de mala gana la mano que la directora Lynn le tendía—. Pero, a pesar de todo, puede contar con nosotros.

CAPÍTULO 2

La casa de Jana en la Antigua Colonia estaba exactamente igual que la noche en que Álex la visitó por primera vez. Sin embargo, alrededor de ella habían cambiado algunas cosas: habían colocado andamios en la casa contigua y las columnas estaban envueltas en plástico para evitar que se mancharan de pintura. Además, los árboles de los jardines, exceptuando algunas palmeras y cipreses, componían una estampa típicamente otoñal, un brillante mosaico de hojas rojas y amarillas...

Álex no podía cruzar el umbral de aquella casa sin recordar, con la piel erizada, el primer beso que Jana y él se habían dado allí mismo, en las escaleras. ¡Qué lejana le parecía aquella noche! La noche de la fiesta del Molino Negro... Erik lo había recogido en su casa, y los acompañaban dos chicas. Se había subido a aquel coche pensando tan solo en pasar un buen rato... ¡Cuántas cosas habían pasado desde entonces!

—No está en su habitación —dijo Jana bajando de dos en dos las escaleras—. ¿Has mirado en la cocina?

Álex hizo un gesto negativo. Se había quedado inmóvil como una planta delante del retrato de la bisabuela de Jana, aquel cuadro que tanto le había impresionado en su primera visita.

—A lo mejor no deberíamos involucrarlo —se atrevió a observar cuando Jana se le acercó—. Ya le hemos causado suficientes problemas.

—No vamos a involucrarlo. Solo vamos a preguntarle si sabe algo sobre esos alumnos desaparecidos. Él se relaciona más que nosotros en el colegio, Álex. Odio tener que darle la razón a la directora, pero es cierto que en Los Olmos no somos precisamente populares. Nos han cogido miedo...

—Pues si así están las cosas, me estás dando la razón. Cuanto menos relacionen a tu hermano con nosotros, mejor para él.

—David es de confianza; le podemos preguntar cualquier cosa sin correr el menor riesgo. Y tiene un don especial para captar todos los detalles de lo que sucede a su alrededor. ¿De cuántas personas más puedes decir lo mismo, Álex? No le des más vueltas. Lo necesitamos, y tú lo sabes.

Álex entró detrás de Jana en la vieja y destartalada cocina. Olía a queso requemado bajo el gratinador del horno, y había restos de macarrones en una olla, sobre la encimera. Alguien se había dejado una enorme botella de refresco de limón sin cerrar encima de la placa de vitrocerámica.

Jana cogió la botella y leyó la etiqueta con gran concentración. Era como si no pudiera dar crédito a la presencia de aquel elemento extraño en su cocina.

—Refresco de limón —murmuró—. En mi vida he visto a David tomando un refresco de limón. Qué raro...

Justo en ese momento la puerta del jardín se abrió bruscamente, y el propio David apareció en el umbral con un vaso de plástico lleno de moras recién cosechadas.

Detrás de David había una chica. Era aproximadamente de su misma estatura, y tenía unos ojos tranquilos, oscuros y aterciopelados.

—Os presento a Dora —anunció David con solemnidad—. Dora, esta es mi hermana Jana, y este es Álex... Dora es nueva en la clase. Briggs, el de Biología, nos ha pedido un trabajo sobre plantas de jardín.

Sin dejarse acobardar por aquella torpe presentación, Dora le tendió la mano a Álex, y luego a Jana.

—Me alegro de conoceros —dijo—. David se pasa la vida hablando de vosotros.

La expresión de la muchacha reflejaba una intensa curiosidad. Jana se había fijado en ella un par de veces desde el comienzo del curso, en el patio de Los Olmos. Siempre llevaba tops ajustados y faldas vaporosas, y se movía con la elasticidad y la elegancia de una bailarina.

—¿Eres nueva en la ciudad? —Preguntó Jana, decidida a mostrarse amable, pues se daba cuenta de que a David debía de importarle bastante aquella chica para haberla invitado a su casa—. Los Olmos es un sitio bastante agradable, cuando te acostumbras...

—En realidad, siempre he vivido aquí —contestó Dora, interrumpiéndola.

—¿A qué colegio ibas el año pasado? —preguntó Álex.

Ella lo miró pensativa antes de contestar.

—No iba a ningún colegio —dijo—. A ninguno.

Se hizo un incómodo silencio, que David se apresuró a romper.

—Dora tuvo un accidente de coche muy grave, y ha estado en coma cuatro años —explicó—. Despertó en el mes de julio... Por eso no iba a ningún colegio.

Jana arqueó levemente las cejas.

—Yo... Lo siento —balbuceó—. No he debido sacar el tema.

—No te preocupes, es normal preguntar —la atajó Dora con una sonrisa—. Y a mí no me importa hablar de ello, de verdad. Al menos, no con David... ni con vosotros.

Álex tuvo la sensación de que los ojos de Dora se detenían durante un tiempo excesivamente largo en el rostro de Jana antes de seguir hablando.

—Mis padres dicen que ha sido un milagro —añadió, frunciendo ligeramente el ceño—. Habían perdido la esperanza. Los médicos les habían dicho que, probablemente, no despertaría nunca. Y los chamanes del clan opinaban igual.

—¿De qué clan eres, por cierto? —Preguntó Álex—. Lo siento, no soy *Medu* y a veces me cuesta distinguir...

—Sé quién eres —le interrumpió Dora, estudiando su expresión con la cabeza ladeada—. Álex, el último descendiente de los *Kuriles*... He oído hablar de tus

poderes.

Álex no pudo evitar volverse hacia David, pero este agitó las manos para subrayar su negativa.

—No me mires a mí, no se lo he dicho yo —dijo—. Ten en cuenta que, en los últimos meses, te has vuelto bastante famoso, Álex.

—Es cierto —Dora se mordió el labio inferior, como si temiese haber cometido una indiscreción—. Perdona si te he incomodado; pensé que estarías acostumbrado a que te reconociesen... En cuanto a lo de mi clan, soy una *Varulf* —añadió, apartándose el cabello castaño por detrás de la oreja izquierda para dejar al descubierto el tatuaje de una pequeña libélula.

—*Varulf* —repitió Jana, sorprendida—. No tenemos muchos amigos *Varulf*...

—No tenemos muchos amigos de ningún clan, Jana; ni siquiera del nuestro —observó David en tono ligero, aunque tras aquella ligereza se adivinaba cierta amargura—. Este curso menos que nunca. Ya le he explicado a Dora que, si le interesa convertirse en un personaje popular en el instituto, no debería siquiera dirigirme la palabra. En la clase casi nadie lo hace...

—No me interesa ser popular —aclaró Dora fijando en David sus grandes ojos oscuros.

David alargó el brazo hacia el pelo de la muchacha. Fue una caricia tan rápida, que cuando ella empezó a ruborizarse el muchacho ya se había dado la vuelta y estaba sirviendo refresco de limón en unos vasos altos.

Jana y Álex intercambiaron una mirada.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Dora —dijo Jana—. David, luego, si te parece, hablamos...

David se giró a mirar a su hermana con un vaso de cristal azul en la mano y una pajita transparente en la otra.

—¿Quieres hablar? Debe de haber pasado algo grave —dijo, mirando alternativamente a su hermana y a Álex—. Claro, por eso estáis aquí a estas horas. Álex no viene nunca... Contadme, ¿qué pasa?

Jana miró de reojo a Dora.

—No corre prisa; luego hablaremos —contestó, sonriendo para suavizar su respuesta.

Esperaba no tener que añadir nada más para que su hermano entendiese que no iba a contarle absolutamente nada en presencia de una extraña.

Sin embargo, David reaccionó de un modo que ni Álex ni Jana esperaban. Continuó insistiendo...

Parecía ofendido por las reservas de Jana, y pronto quedó claro que estaba decidido a incluir a Dora en aquella conversación que su hermana parecía considerar tan importante.

—Luego no podremos hablar —dijo en tono resuelto—. Ya te he dicho que tenemos que terminar un trabajo, y nos va a llevar toda la tarde y buena parte de la noche. Si tenéis algo que contarme, tendrá que ser ahora, antes de que empecemos. Así que vosotros veréis. De todas formas, si se trata de un secreto, prefiero no saberlo.

—No... no es ningún secreto —murmuró Jana, deteniendo a su hermano cuando se disponía a salir de nuevo al jardín con los vasos de refresco que acababa de servir—. Pero son cosas familiares, y seguro que a Dora no le interesan...

—Todo lo que tiene que ver con David me interesa —replicó instantáneamente Dora—. Es mi único amigo en Los Olmos... No soy una persona indiscreta, os lo aseguro. Y, además, nadie en el colegio parece demasiado interesado en escucharme, así que por mí no tenéis que preocuparse, de verdad.

Álex torció el gesto. Era muy poco delicado por parte de aquella chica obligar a Jana a incluirla en unas confidencias que no tenían nada que ver con ella. Pero Dora no parecía en absoluto turbada... David la miraba complacido por lo que acababa de decir, y ella le sonreía.

Jana se derrumbó sobre una silla y apoyó ambos codos en la mesa. Sus ojos sostuvieron durante unos instantes la mirada de su hermano.

—Está bien —suspiró—. Como queráis; supongo que, después de todo, no importa demasiado... ¿Habéis oído lo de esos dos *Drakul* de Los Olmos que han desaparecido?

—Kinow y Pórtal —dijo David de inmediato—. Pórtal fue a mi clase en los dos últimos cursos de primaria. Nunca llegamos a ser amigos, pero tampoco me caía mal. El tipo iba a su bola... No sé si me entendéis.

—Sí... Como tú, más o menos —dijo Jana, irritada—. ¿Qué más sabes sobre él?

—Su madre murió al nacer él, y a su padre lo mataron. Él nunca hablaba de eso, como te puedes imaginar. No tenía muchos amigos en Los Olmos... Hasta que empezó a andar con el grupo de Railix.

—¿Railix? ¿Quién es Railix? —Preguntó Álex—. En qué curso...

—¿Estás de broma? —David lo miró con cara de pasmo—. ¿No sabes quién es Railix? Tú y Jana debéis de vivir en otro planeta. Es el tío más popular del colegio... Aunque la edad de estudiar se le pasó hace tiempo.

—No entiendo —Jana parecía molesta con el tono burlón de su hermano—. Si no estudia en Los Olmos, ¿por qué es tan popular?

—Porque tiene la moto más impresionante de la ciudad, y probablemente de todo el universo. Has tenido que fijarte en ella alguna vez, a la salida. Viene por lo menos un par de veces a la semana a recoger a Issy... Todo el mundo le gasta bromas a Issy sobre su amigo, pero ella se hace la tonta y no cuenta nada. Cuesta trabajo imaginar la relación que existe entre esos dos... ¿A Issy la conocéis? Está en mi curso, en el

grupo C.

—La directora la mencionó al hablar de Kinow Kuud, la otra desaparecida —recordó Álex—. Dijo que eran amigas, creo... ¿Y ahora resulta que también está relacionada con Pórtal?

—No es que sean uña y carne, pero Pórtal y Kinow se unían a veces al grupo de Railix a la salida de clase —explicó David—. Tienes que haberte fijado en Railix alguna vez, Jana. Un tipo atlético, con una cicatriz que le cruza la mejilla... Supuestamente dirige un gimnasio de entrenamiento *Drakul*, pero por ahí dicen que eso del gimnasio es solo una tapadera.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Álex.

David se encogió de hombros.

—No lo sé; aparenta unos treinta años, pero quizá sea mayor. Por lo visto, algunos estudiantes *Drakul* van a entrenar sus poderes a su gimnasio por las tardes. Es una especie de actividad extraescolar.

—Deberíamos montar algo parecido en nuestro clan —murmuró Jana con ironía—. Tú podrías ser el entrenador, David... Nos vendría bien algo así entre los *Agmar*. O sea, que entrena a estudiantes...

—Eso es lo que él dice. Pero también he oído que recibe órdenes directas del regente *Drakul* para realizar «misiones especiales», y que no responde más que ante él.

—¿Dónde está su gimnasio? —preguntó Álex.

—No tengo ni idea. Ya sabéis que la red de túneles *Drakul* bajo la parte moderna de la ciudad es un verdadero laberinto. Pero lo que sí sé es que él y sus chicos van mucho por esa cafetería... La Rosa Oscura.

—La Rosa Oscura —intervino Dora con los ojos fijos en su vaso—. Mi hermana solía ir por allí, creo... Es uno de los pocos locales *Medu* donde admiten a gente de cualquier clan sin hacer preguntas.

—He estado un par de veces —dijo Jana con indiferencia—. Hacen unas hamburguesas bastante buenas, pero el local no me gusta demasiado. Es... opresivo.

—Un buen sitio para empezar a buscar —dijo Álex—. ¿Hay algo más que puedas decirnos sobre Kinow Kuud o sobre Pórtal, David?

—Nada aparte de lo que habéis comentado. Kinow es amiga de Issy, y también, por lo visto, se entrenaba con Railix. Qué se yo, a lo mejor se les ha ido un entrenamiento de las manos y se han hecho daño de verdad... Ya sabéis cómo son los *Drakul*: tontean con las fuerzas de la naturaleza e intentan dominarlas a través de la mente. Literalmente, juegan con fuego... Es normal que a veces se quemen.

—Con fuego, con hielo, con el poder de la tierra y del agua... Tienes razón —murmuró Jana—. Es la magia más peligrosa que existe. Quizá hayan sufrido un accidente.

Hizo una mueca y se puso en pie, dando a entender que la conversación había terminado.

—Será mejor que os dejemos solos —dijo en tono burlón mirando a David—. Necesitáis concentraros para hacer ese trabajo.

—Espera, espera —David le sujetó una muñeca cuando ella fue a coger la mochila que colgaba del respaldo de su silla—. ¿No vais a explicarme a qué viene tanta curiosidad por esos *Drakul*? Será mejor que me cuentes lo que está pasando.

—No tiene nada que ver contigo, David —replicó ella soltándose—. Cuanto menos sepas, mejor.

—Eso dices siempre. —David, con el cuerpo inclinado hacia delante y apoyándose en la mesa con los brazos, la contemplaba con la frente arrugada—. Y luego resulta que siempre es al contrario. Cuanto menos sé, peor me va, Jana. ¿Es que todavía tengo que demostrarte que puedes confiar en mí, a estas alturas?

Jana miró a Dora, y luego de nuevo a David.

—Ahora estáis ocupados —dijo—. Ya hablaremos cuando tengas tiempo...

—No. Ahora.

En vista de que David no iba a conformarse con una respuesta a medias, Jana volvió a sentarse. Álex, apoyado en la encimera, seguía la conversación un poco apartado de los demás.

—Está bien —dijo Jana—. La directora Lynn nos ha llamado a su despacho.

—¿A los dos?

—A Álex y a mí, sí —confirmó Jana—. Nos amenazó con expulsarnos si no la ayudamos a encontrar a esos dos estudiantes *Drakul* desaparecidos. ¿Estás satisfecho?

David tardó una eternidad en contestar.

—De acuerdo —gruñó finalmente—. Si me entero de algo más, os lo haré saber.

—Pareces decepcionado —observó Álex sonriendo.

El hermano de Jana se encogió de hombros.

—Sí —admitió—. Supongo que esperaba algo más... romántico. Una orden de la directora... ¡A vosotros, los lectores del Libro de la Creación!

Jana y Álex lo miraron alarmados, pero David ni siquiera pareció inmutarse.

—¿Es que creéis que Dora no lo sabe? De verdad, no sé cómo, siendo tan listos y tan poderosos, conseguís arreglároslos para no enteraros de nada. Todo el mundo lo sabe. ¡Sois una especie de estrellas del mundo *Medu*!

Álex asintió, tratando de adoptar un aire despreocupado. Quizá supieran muchas cosas sobre ellos, pero había algo que ni siquiera David sabía: desde agosto, sus poderes no habían hecho más que debilitarse continuamente... Por fortuna, habían conseguido mantener en secreto aquella debilidad, pero antes o después la gente acabaría enterándose también de aquello.

Jana se despidió de Dora con un beso en la mejilla.

—Espero verte por aquí alguna otra vez —dijo; la sinceridad de su tono sorprendió incluso a David—. Dile a mi hermano que te enseñe su estudio. Es un artista, y hace cosas impresionantes. Nos vamos...

Jana ya había salido al pasillo, y Álex estaba en la puerta cuando se oyó un estallido de cristales rotos.

Dora dejó escapar un grito.

—¡¡¡Ay!!!

Al volverse a mirar, Álex vio un goterón de sangre que se deslizaba por el dorso de la mano de la muchacha. Al parecer, el vaso se le había caído al suelo. Dora estaba muy pálida.

—Tráeme un desinfectante, rápido —le pidió a David con temblorosa—. Mi sistema inmune está muy debilitado desde que salí del coma. Una infección podría matarme...

David salió en tromba de la cocina.

—Jana, ¿dónde hay alcohol? O betadine, o lo que sea... ¿Tenemos botiquín?

—En tu estudio, para los tatuajes... —dijo Jana, alejándose por el pasillo.

—Ya no —David parecía aún más nervioso que Dora—. Lo tiré todo cuando Heru me destrozó la mano. Pensé que ya no volvería a necesitarlo.

—Arriba entonces, en el baño. Ven conmigo...

Álex oyó los pasos de Jana y David subiendo por las escaleras de madera. Cuando miró a Dora, se dio cuenta de que la expresión de esta había cambiado por completo. Parecía serena, y estaba buscando algo en un bolso que había dejado sobre la mesa con gestos rápidos y precisos de su mano sana.

—Aquí está —susurró la muchacha, sacando algo de una de las cremalleras interiores del bolso y tendiéndoselo a Álex—. Necesitaba quedarme a solas contigo para darte esto. Por favor, no se lo enseñes a Jana. Pronto entenderás por qué. Confía en mí...

Álex cogió, aturdido, el pequeño objeto que Dora le tendía. Era un alfiler dorado rematado por un ala tallada en azabache.

—¿Qué demonios...?

—Chist. Guárdalo. Ya vienen...

Sin pensarlo, Álex se guardó el alfiler en el bolsillo. Justo en ese momento entró David con un frasco de alcohol en una mano y un algodón empapado de betadine en la otra.

Dora le tendió con expresión lánguida la mano herida y dejó que el muchacho le aplicase sucesivamente los dos desinfectantes.

—No os preocupéis por mí —dijo, alzando los ojos hacía Álex—. La sangre me ha asustado, pero estoy bien... Y David, como veis, es un buen enfermero.

—¿Seguro que no necesitas nada? —preguntó Jana, preocupada—. Puedo acercarme a una farmacia si hace falta...

—No, no te preocupes —contestó Dora mirándola con sus inocentes ojos de terciopelo oscuro—. No me hace falta nada más.

CAPÍTULO 3

Al entrar en casa, Álex tenía la intención de irse directamente a su cuarto, pero oyó música en la habitación de su hermana y, sin pensarlo mucho, llamó a su puerta.

Laura tardó bastante en abrir. Cuando lo hizo, Álex tuvo que disimular una sonrisa al ver su pelo pringoso de tinte bajo un gorro de plástico transparente. Una espesa mancha marrón le había caído en el hombro de la camiseta.

—¿Qué color es esta vez? —Preguntó, pasando al interior del cuarto sin esperar a ser invitado—. ¿Se lo has dicho a mamá?

—Caoba. Y no, no se lo he dicho. Habría sido una estupidez decírselo. Me lo habría prohibido...

—Estupendo razonamiento. Prefieres un castigo a una prohibición.

Laura se encogió de hombros, y al hacerlo vio la mancha de tinte en la camiseta. Horrorizada, cogió una toalla blanca que había tirada sobre la cama y se la limpió rápidamente.

—Buena idea —aplaudió Álex—. A mamá le encantará ver cómo has dejado la toalla.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo te has convertido en un aguafiestas? Te recuerdo que tú, el año pasado, te hiciste un tatuaje sin pedir permiso. Eso, para empezar...

«Sí; para empezar», se dijo Álex con cierta amargura. Si hubiera tenido que hacer una lista de todas las cosas que le había ocultado a su madre en los últimos meses, habría necesitado más de un cuaderno. Y ni siquiera era algo que se hubiese propuesto. Sencillamente, no le había quedado otra opción...

Quizá por eso le parecía tan infantil que Laura hubiese intentado ocultarle a su madre algo tan insignificante como un cambio en el color del pelo.

—¿Has probado a usar la magia? —Preguntó, sentándose en la cama con las piernas cruzadas, como solía hacer cuando estaban juntos desde que eran pequeños—. A algunos les funciona...

—A mí no —Laura suspiró teatralmente—. Al principio, alguna vez, conseguí hacer alguna tontería de poca monta: una mancha de luz en la piel, o sobre la ventana... Pero ya hace meses que ni siquiera puedo hacer eso. Está claro que no tengo talento para la magia.

—No estoy seguro de que se necesite talento para eso. Es más bien... un don.

—Un don, sí. Que tú tienes y que yo no tengo. ¿Crees que estaré guapa de pelirroja? Mara, la de tercero, se lo tiñó en la peluquería y la dejaron como un loro, a la pobre...

—Por muy mal que te quede, seguro que no será peor que lo de Mara.

Los dos hermanos se miraron unos instantes en silencio. Hacía siglos que no

tenían una de aquellas charlas entre solemnes y absurdas que tanto solían divertir a Álex en otros tiempos.

—¿Mamá llegará tarde? —preguntó Álex, lanzando al aire un cojín en forma de corazón violeta y recogéndolo al vuelo.

—Dijo que intentaría llegar a la hora de la cena. Tenía reunión, pero no estaba de humor para quedarse hasta el final. Esta noche casi no ha dormido...

—¿Otra pesadilla?

Laura clavó los ojos en la moqueta.

—Supongo —murmuró—. Todos los tenemos.

Álex asintió, distraído. No quería indagar demasiado en los sueños de su hermana. Bastante tenía con los suyos... Además, sabía que en eso no podía ayudarla. Aquel verano había visto y oído cosas que no olvidaría fácilmente, y aunque de día no pensara en ellas, su subconsciente aún seguía dándoles vueltas, regresando obsesivamente a ellas cada noche para intentar comprender su significado.

—¿Sabes algo sobre una chica llamada Issy? Está en bachillerato, pero igual te suena.

—A todo el mundo le suena Issy. Es guay. Los alumnos *Drakul* le tienen mucho respeto. Me imagino que será porque siempre anda con ese tipo mayor, el de la moto...

—Me han dicho que suele ir mucho por La Rosa Oscura. Tú también vas a veces...

—Ya no. Yo no soy *Medu*, ¿recuerdas? Solo soy una humana normal y corriente... Y los humanos, allí, no somos bienvenidos.

—Estás exagerando. La Rosa Oscura será un antro ruidoso y mal ventilado, pero si de algo tiene fama es de no hacer distinciones entre sus clientes. Admiten a todo el mundo...

—Una cosa es que te dejen entrar y otra muy distinta que te consideren uno de los suyos. La última vez que fui con unos amigos me sentí fuera de lugar. La gente me miraba, susurraba. Un tipo me señalaba continuamente con el dedo y se reía... Me dijeron que era un *Varulf*.

Álex asintió, reprimiendo un escalofrío. Le erizaba la piel pensar que su hermana estuviese tan enterada acerca de las distinciones que reinaban entre los clanes *Medu*. Un año antes, ni siquiera sabía que los *Medu* existían...

Un año antes, ni siquiera él los había oído mencionar.

—Tengo que irme a la ducha, a quitarme esto —dijo Laura, cogiendo un amasijo de toallas del suelo—. ¿Esperamos a mamá para cenar? Cena con película, como en los viejos tiempos...

—Cena con película. Pero elijo yo —dijo Álex, sonriendo.

No se dio demasiada prisa en dejar el cuarto de Laura para meterse en el suyo.

Cuando abrió la puerta de la habitación, hacía un buen rato que Laura cantaba a voz en cuello bajo el chorro de agua de la ducha.

Había retrasado todo lo posible aquel momento; el momento de quedarse a solas con sus remordimientos por haberle ocultado a Jana lo del alfiler...

El momento, sobre todo, de tener que tomar una decisión sobre aquel objeto.

No conocía de nada a Dora. No tenía ningún motivo para fiarse de ella. Sin embargo, por alguna razón que ni él mismo podía comprender, le había hecho caso y, durante toda la tarde, había sentido la presencia de aquella joya extraña en su bolsillo como un reproche, sin decidirse a mostrársela a su novia.

Jana no se merecía que tuviese secretos con ella, y Álex lo sabía. Quizá por eso se sentía tan mal... Se había comportado como un crío, dejándose arrastrar por una desconocida que, probablemente, lo único que deseaba era ponerle a prueba, o gastarle una broma, o incluso apartarle de Jana, ya fuese por capricho o por un motivo aún más oscuro e inquietante.

De pie en medio de la habitación, Álex hurgó en su bolsillo hasta palpar el ala de piedra pulida que coronaba el alfiler. Cogiendo el ala entre los dedos, sacó el objeto y se lo acercó a los ojos.

Fue un gesto rápido, sencillo. Tal vez demasiado precipitado...

Lo bastante, en todo caso, como para que la punta del alfiler le arañase en diagonal todo el dorso de la mano derecha.

Álex ahogó un gemido. Era como si acabase de rozarse con un manojito de ortigas; como si una medusa le hubiese acariciado con sus tentáculos... La sensación de quemazón en la mano resultaba casi insoportable.

Pensó que tal vez la piel se le calmaría bajo un chorro de agua fría. Pero no le dio tiempo a llegar al baño... Estaba agarrando el picaporte de la puerta de su habitación, cuando se vio obligado a soltarlo de nuevo con un grito de dolor.

La mano le temblaba convulsivamente. La miró espantado, con la sensación de que había perdido el control sobre ella. Un zigzag de sangre trazado con toda precisión la atravesaba desde la base del dedo meñique a la muñeca.

Tenía la forma de un rayo. Y se estaba ensanchando. Su piel se abría de un modo que no parecía real, que no podía ser real. Se separaba convirtiendo la grieta roja en una franja de músculo sanguinolento cada vez más grande. Y, a medida que aquella franja iba creciendo, el dolor crecía también.

No podía hacerle frente. Se estaba desgarrando.

Cayó al suelo de rodillas y cerró los ojos. Por un momento tuvo la esperanza de que, al desaparecer la visión de la herida, el dolor desaparecería también. Quizá solo se tratase de un espejismo...

Pero no fue eso lo que sucedió. El dolor continuó intensificándose, extendiéndose desde la mano hasta el brazo, y de allí al hombro y al cuello. Estaba perdiendo

movilidad...

Sintió una humedad viscosa en la mano que no se había herido, y que aún sujetaba el alfiler. Abrió los ojos y se miró.

Estaba hundido hasta la cintura en una piscina de sangre.

¿Cómo había podido caer en una trampa tan burda? Una chica *Varulf* le daba un objeto mágico y él, como un idiota, jugueteaba con aquella cosa sin tomar ninguna precaución.

Cualquiera podía haber enviado a Dora a entregarle el maldito alfiler. No le faltaban enemigos en los clanes; desde Glauco hasta Yadia, por no hablar del Gran Consejo de los *Drakul*.

Estuviera quien estuviera detrás de aquel truco, se la había jugado.

Era repugnante enfrentarse a aquel líquido espeso y luminoso como si estuviese hecho de rubíes licuados, pero no le quedaba otra Opción. Alguien lo había conducido a aquella pesadilla con alguna intención, probablemente no demasiado honesta. Debía descubrir por qué lo habían llevado allí si quería tener alguna posibilidad de escaparse. Tenía que averiguar con quién se estaba enfrentando.

Hundió la mano herida en la sangre y el dolor se calmó un poco. La superficie del líquido se pobló de reflejos plateados. En un par de segundos, aquellos reflejos se habían extendido sobre la sangre como una mancha de aceite sobre el agua. Formaban un espejo ovalado... un espejo fluido y ondulante.

Reconoció enseguida el rostro que se reflejaba en ese espejo.

—Erik —murmuró—. Erik... ¿Eres real?

La imagen del espejo líquido movió los labios, pero el sonido tardó en llegarle una eternidad, como si, para alcanzar sus oídos, hubiese tenido que atravesar una distancia oceánica.

—Tan real como tú —dijo la voz serena y diluida en el tiempo de Erik—. No quiero hacerte daño, Álex. No quiero hacerle daño a nadie...

—¿Dónde estás? —Álex sintió que el corazón le martilleaba el pecho hasta dolerle antes de formular la siguiente pregunta—. ¿Has... has vuelto?

Los labios de su amigo volvieron a moverse en silencio. La voz llegó de nuevo con retraso, distorsionada por la distancia.

—No. No he vuelto, Álex... No puedo volver. Y, aunque pudiera, no sé si desearía hacerlo.

—Muchos han vuelto. Tú debes de saberlo. Seres del otro lado de la muerte, espíritus... Ni siquiera yo sé definirlos muy bien.

—La muerte ofrece una variedad infinita, Álex —dijo Erik—. Es tan rica y compleja como la vida.

Álex asintió. No se sentía con fuerzas para intentar analizar las palabras de Erik, para intentar comprender su sentido.

—Pero si estás hablando conmigo, debes de encontrarte en alguna parte... ¿Dónde estás, Erik? ¿Cómo... cómo es?

El rostro de su amigo se contrajo en el espejo, sacudido por un dolor que lo desfiguraba.

—Es... es peor de lo que imaginas. No puedo describirlo de otra manera... Es la muerte, Álex. Es la nada, la nada absoluta.

—¿No hay cuerpo? ¿Ni materia? Pero puedes hablar, y pensar...

—Sí. Puedo pensar. Esa es la peor tortura.

Álex había dejado de sentir el dolor de la herida mágica, y la sangre en la que se hallaba sumergido ni siquiera le molestaba. Lo único que quería era comprender; comprender y recordar todas las preguntas que alguna vez le habían cruzado la mente al intentar imaginar lo que le había ocurrido a su amigo.

—¿A todos les pasa lo mismo? ¿Todos están ahí?

Esta vez, antes de responder, Erik sonrió. Su sonrisa resultaba aún más escalofriante que su tristeza.

—No, Álex. Casi nadie está aquí. Yo no quería volver a la vida, aunque la vida me llamaba. No debisteis leer ese libro. No debisteis hacerlo nunca... Tuve que resistirme y me quedé atrapado en un lugar que no está ni en este mundo ni en el otro. Yo lo llamo la Frontera.

—La Frontera —repitió Álex, desconcertado—. Entonces, ¿dónde están los demás?

La mandíbula de Erik osciló repetidamente arriba y abajo, en una carcajada silenciosa.

—¿Los demás? Qué sé yo. Cada uno, supongo, donde se merece estar. O, mejor dicho, donde ha elegido estar. Los muertos son tan libres y tan prisioneros como los vivos.

—Muchos han vuelto —insistió Álex, luchando por no dejarse atrapar en el terror que destilaba cada palabra de Erik—. Han vuelto en forma de fantasmas, de espectros... No todo el mundo los ve, pero la gente que los ha visto una vez no puede olvidarlos. Es como una especie de invasión.

—Vosotros tenéis la culpa.

Álex asintió, derrotado.

—No sabíamos lo que iba a ocurrir. Argo no nos dejó ninguna alternativa. Me convirtió en un monstruo. No era dueño de mis actos... Si Jana no me hubiera salvado, ahora estaría haciéndote compañía en ese lugar horrible entre la vida y la muerte.

—Tal vez —el tono de Erik era de pronto monótono e inexpresivo—. De todas formas, no es justo que, a cambio de librarte a ti de «esto» el mundo haya tenido que pagar un precio tan alto.

—Pero, Erik, nosotros no pudimos elegir... ¿Tienes idea de lo peligroso que era Argo?

Erik lo miró con expresión indiferente.

—Lo que desde ese lado se ve como peligroso, desde aquí se ve insignificante. Os equivocasteis, Álex. Os equivocasteis completamente.

Álex suspiró. Había dejado de sentir la humedad espesa de la sangre sobre sus pantalones, y la herida, de pronto, ya no le dolía. Pero el espejismo de la sangre seguía allí, rodeándolo por todas partes y meciendo el espejo líquido en el que se reflejaba la imagen remota de su amigo.

—¿Para eso querías hablar conmigo? —Murmuró con tristeza—. ¿Para decirme que nos equivocamos? Te has tomado muchas molestias...

—No, no se trata de eso —la voz de Erik llegaba ahora perfectamente sincronizada con el movimiento de sus labios—. Están sucediendo muchas cosas, Álex. Cosas de las que no tienes ni idea. Algunos de los míos piensan que son buenas. Yo no...

—¿A qué te refieres? ¿Hay movimiento entre los *Drakul*?

La respuesta de Erik tardó un momento en llegar.

—Es más que eso. Afecta a todos los clanes *Medu*. Han tenido mucho cuidado para que no os enteraseis de nada. Están haciendo lo posible por dejarlos al margen.

—De verdad, Erik, no sé de qué me estás hablando. Si pudieras ser un poco más preciso...

—No puedo. Estoy atrapado en una existencia inmaterial desde la que solo puedo sentir y pensar, pero no ver. Tengo sensaciones, intuyo que está ocurriendo algo importante... Algo grave, que puede conducir al desastre a mi pueblo.

—Entonces, eso significa que todavía te importa lo que nos pase a los vivos...

—Esto no concierne solo a los vivos. Nos concierne a todos. Sé que están hablando, conspirando, intentando acumular poder. Creen que el poder puede salvarles de la destrucción. De esto... Pero yo era poderoso, Álex, y fíjate. Aquí estoy, reducido a una sombra, a un pálido fantasma de lo que fui un día.

—No debiste sacrificarte por nosotros —musitó Álex, pensativo—. Eras el mejor de los tres.

—No, eso no es cierto. Es posible que yo lo creyese entonces, pero estaba en un error. Además, eso no es lo que importa. No se trata de ser el mejor, ni de demostrar nada. Se trata de actuar; de decidir cómo será el mundo que habiten las generaciones futuras. Quiero que estés... conmigo en eso...

—¿Contigo? —Álex sintió un escalofrío—. Pero tú estás muerto...

—Justamente por eso necesito tu ayuda. Tienes que impedirles que hagan lo que intentan hacer. Tienes que decirles que es un completo error, y que solo conseguirán provocar una catástrofe. No son los primeros que caen en esa tentación: esclavizar a

las almas errantes y utilizar su poder. Otros lo intentaron antes. Óber lo intentó, y también otros. Todos fracasaron.

—Entonces, ¿por qué te preocupas? Si es como dices, tampoco esta vez tendrán éxito...

—Esta vez todo es diferente. La frontera entre tu mundo y el mío se ha vuelto tan porosa, que resulta fácil atraer hacia la materia a los espíritus más débiles. Podrían componer un ejército formidable. Basta con encontrar la manera de controlarlos. Alguien inteligente, con carisma y con el valor necesario podría hacerlo.

—¿Crees que hay un líder *Medu* ahora mismo que reúna todas esas condiciones? La única que podría acercarse a esa descripción sería Jana. Y Jana no está conspirando para atraer a los muertos y robarles su poder, te lo puedo asegurar. ¿Desconfías de ella?

—¿De Jana? —Una sonrisa inmensamente triste afloró a los labios de Erik—. No, claro que no. Jana ha sufrido mucho y está mentalmente agotada. No podría hacer lo necesario... Aunque quisiera.

—Pero si crees que ella no está implicada, ¿por qué has decidido mantenerla al margen? Esa chica, Dora, me rogó que no le dijese nada acerca del alfiler que me ha conducido hasta ti.

—No es por desconfianza, Álex. Quiero protegerla. Y además, sé que ella no podría estar de acuerdo conmigo si supiera lo que está pasando. Ha vivido toda su vida pensando en su clan, en el poder de su clan, y se siente culpable porque piensa que, por su culpa, los *Medu* han perdido toda la magia que una vez tuvieron. No puedo pedirle que me ayude a evitar que la recuperen.

—¿Es eso lo que intentas, entonces? ¿Por qué?

—Es difícil de explicar —murmuró Erik en tono cansado—. Ya te lo decía antes. Desde aquí las cosas se ven... muy diferentes.

Las últimas palabras de Erik llegaron hasta Álex enredadas en un rumor confuso de viento y ramas agitándose. A su alrededor, la sangre se había coagulado en una miríada de hojas secas y frágiles, de un rojo tan brillante como el fuego. Eran tan delicadas que se podía mirar a través de ellas como si se tratase de delgadas láminas de cristal transparente. Revoloteaban en la oscuridad, y cada vez que rozaban la piel del muchacho le arrancaban un gemido de dolor.

La imagen de Erik se disolvió en cuanto aquellas hojas rozaron el espejo líquido que la aprisionaba.

Pero la voz seguía llegando, lejana y sombría.

—Se acaba —dijo, y la frase resonó largamente en la negrura que envolvía el remolino de hojas muertas—. Se acaba, Álex, no podemos seguir... El vínculo se rompe. Indaga, descubre lo que está sucediendo... E impídelo, por favor. Impídelo.

—Un momento, Erik, un momento, no te vayas todavía... ¿Quién es Dora? ¿Qué

tiene que ver contigo? Erik...

—Dora... La encontré aquí, en la Frontera, y la ayudé a regresar. Ella tenía un cuerpo vivo al que volver. Yo no. A cambio, le pedí ayuda. Le pedí que te hablara.

—Entiendo. Estaba en coma... Por eso su espíritu se encontraba atrapado entre la vida y la muerte.

—Cuídala si puedes, Álex. Ha regresado porque yo se lo pedí. Para... ayudarme...

La voz del último rey *Drakul* se extinguió en medio de los crujidos que el viento arrancaba de las hojas secas. Álex sintió de nuevo un agudo pinchazo de dolor en el dorso de la mano, pero cuando fue a tocar la zona herida no pudo palpar la grieta, ni siquiera una cicatriz.

La cabeza le daba vueltas, y un torbellino de destellos inundaba sus ojos, cegándolos a todo lo que le rodeaba. La cabeza le dolía como si alguien le estuviese clavando agujas en las sienes, y un frío insoportable le oprimía el pecho como una coraza metálica.

Abrió los ojos. Su habitación estaba igual que siempre: libros abiertos sobre la mesa de estudio, el flexo apagado, el portátil conectado a la corriente para recargar la batería.

No había sangre, ni hojas otoñales, ni viento... Ni siquiera un leve rasguño en su mano.

CAPÍTULO 4

Localizar a Issy al día siguiente durante la hora del recreo resultó imposible. Jana estuvo preguntando discretamente a algunos de sus compañeros de clase, y resultó que había ido a hablar con el profesor de Música acerca de algo relacionado con un concierto benéfico de los *Drakul*. El timbre sonó antes de que la muchacha saliese al patio...

A la hora del almuerzo tuvieron más suerte. En cuanto entraron en la cafetería la descubrieron en una esquina junto a la ventana, comiendo sola.

Jana pagó a toda prisa su ensalada y su zumo de naranja en la caja y, sin esperar a Álex, que aún estaba en la cola del autoservicio, se fue con su bandeja a sentarse frente a Issy.

Los intensos ojos azules de la muchacha se clavaron en Jana sin pestañear. No habló hasta que terminó de masticar el pedazo de pizza que tenía en la boca.

—¿Querías algo? —preguntó con desconfianza.

—En realidad, sí —dijo Jana, un poco molesta por el tono prepotente de la *Drakul*.

Lo normal habría sido que fuese Issy la que se pusiera nerviosa, no ella. Era más joven, estaba en primero, y además, tenía que saber quién era Jana...

—No tengo mucho tiempo —dijo Issy, concentrada en separar con su cuchillo un nuevo pedazo de pizza—. En cuanto termine de comer, me voy a la biblioteca a terminar un trabajo de Matemáticas. ¿Qué quieres?

—Es sobre tu amiga Kinow —contestó Jana sin dejarse impresionar—. Quiero saber dónde está.

El tenedor de Issy cayó sobre el plato, golpeando con un chasquido metálico la porcelana. Sus ojos permanecieron fijos en la pizza durante un momento.

—No sé dónde está —dijo en tono apagado—. Y tampoco entiendo por qué te interesa.

Para demostrar que se había repuesto de su momento de debilidad, Issy cogió su vaso lleno de refresco de cola y se lo llevó a los labios con pulso firme. Mientras bebía, sus ojos siguieron los movimientos de Álex, que acababa de sentarse junto a Jana con su bandeja.

—Vaya, las estrellas del colegio quieren hablar conmigo —gruñó Issy mientras se limpiaba los labios con una servilleta de papel—. No tenía bastante con una... ¡Qué suerte la mía!

—Nos han dicho que eres muy popular —comentó Álex sin hacer caso de la ironía de la joven *Drakul*—. ¿Cómo es, entonces, que estás tan sola?

—Soy lo bastante popular como para poder elegir estar sola cuando me da la gana. Créeme, poca gente en Los Olmos puede decir eso.

—Kinow era tu amiga, ¿no? —preguntó Jana. Issy la miró desafiante unos segundos antes de contestar.

—Es mi amiga.

Jana tragó saliva, incómoda por el desliz que acababa de cometer.

—Por supuesto, mejor hablar en presente. Es tu amiga Mira no me voy a andar con rodeos. La directora nos ha pedido que investiguemos su desaparición, y la mejor pista que tenemos eres tú.

—¿Yo? —Issy sonrió con amargura—. Pues entonces no es mucho lo que tenéis. Mira, Jana, sé quiénes sois. Sé que os consideran una especie de elegidos, que tenéis muchos poderes y todo eso. Pero déjame que te diga una cosa: si de verdad te interesa ayudar a mi amiga, no metas las narices en nuestros problemas. Ya estamos en ello, ¿entiendes? Y no necesitamos la ayuda de ninguna *Agmar* para encontrarla.

Con aquel largo discurso, Issy parecía querer dar por terminada la conversación; y, para subrayar sus intenciones, apartó el plato de pizza y se concentró en pelar la pera que se había servido de postre.

—Me parece que la que no lo ha entendido eres tú —dijo Álex, alargando el brazo para agarrarle la muñeca de la mano que sujetaba el cuchillo—. Esto no es algo que nosotros hayamos decidido. Nos lo han ordenado. Es una orden de la directora. Tenemos que encontrar a tu amiga y al otro chico que ha desaparecido... ¿Cómo se llamaba? Espera; Pórtal...

—¿También sabéis lo de Pórtal? —Issy suspiró, descontenta—. Railix no se va a alegrar mucho cuando se entere.

—¿Railix, el del gimnasio? ¿Qué relación tenía con los desaparecidos? Vamos, Issy, por favor; colabora... Lo único que queremos es ayudar a tu amiga.

—¿Que qué relación tiene Railix con Kinow y con Pórtal? —A Álex le pareció que la piel morena de Issy se teñía de un ligero rubor—. Pues... todos somos *Drakul*. ¿Te parece poca relación?

—Dicen que Railix, además de entrenar a jóvenes *Drakul*, realiza misiones para la cúpula del clan —intervino Jana—. ¿Tú le conoces bien? Nos gustaría hablar con él...

—¿Kinow y Pórtal se entrenaban con Railix? —quiso saber Álex.

Abrumada por la insistencia de los dos jóvenes, Issy arrojó el cuchillo sobre el mantel y miró alternativamente a Álex y a Jana.

—A veces, sí —confirmó, impaciente—. A veces los entrenaba. Apartaos de este asunto, os lo advierto. No os conviene mezclaros... Los *Drakul* sabemos resolver nuestros problemas sin ayuda de nadie.

Issy iba a levantarse para vaciar su bandeja, pero Jana le puso una mano en el brazo con suavidad.

—Por favor, solo te pido que nos escuches un momento más. Lo último que

queremos es perjudicar a tu amiga. Si no quieres decirnos nada, al menos llévanos hasta Railix... Es importante que hablemos con él.

Issy clavó los ojos en el dorso de sus manos mientras, con el índice de su mano izquierda, hacía girar la redonda piedra de luna engarzada a la sortija que llevaba en la derecha.

—Supongo que no habría ningún riesgo en eso —murmuró—. Railix sabe cuidarse. Y él es el único que puede tomar decisiones...

Sus iris, de un azul eléctrico, se alzaron hacia Jana.

—Está bien —dijo—. Hoy, a las cinco, vendrá a buscarme. Salid al aparcamiento de alumnos y buscad una Harley con un dragón de plata en el portaequipajes. Si quiere hablar con vosotros, hablará... Aunque mi consejo es que dejéis a Railix en paz y os olvidéis de todo este asunto.



Había caído una ligera llovizna durante las clases de la tarde, y quedaban charcos en el aparcamiento cuando Jana y Álex salieron en busca de Railix. Issy los estaba esperando apoyada en su flamante moto plateada. Sus botas altas de ante, con flecos negros por debajo de las rodillas, tenían las punteras empapadas.

—Llegará enseguida; siempre es puntual —dijo en cuanto Jana y Álex se le acercaron—. Tened cuidado con lo que decís. Es un guerrero *Drakul*... y no le caéis bien.

—¿Cómo lo sabes? —Preguntó Jana—. ¿Le has hablado de nosotros?

—Le telefoneé antes para advertirle de que estaríais aquí, conmigo —replicó Issy sin sonreír—. No es buena idea intentar jugársela a Railix, o que piense que intentáis tenderle una trampa. De todas formas, ya os conocía... Todo el mundo os conoce. Vosotros sois los que le entregasteis nuestro poder a los guardianes... Los culpables de que Erik muriese.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Jana indignada—. No ocurrió así. Nosotros vencimos a los guardianes. Conseguimos la paz. Y Erik no murió por culpa nuestra...

—Yo creo que sí —dijo una voz varonil y ronca justo detrás de ella.

Railix se había acercado tan sigilosamente al grupo que ni Jana ni Álex lo habían oído llegar. Era un hombre alto, de cabello moreno y rostro bastante atractivo, curtido por el sol y las inclemencias del tiempo. La cicatriz que le atravesaba el párpado izquierdo volvía su mirada extraña... inquietante.

—Así que queríais verme. La princesa *Agmar* quiere entrevistarse con un humilde entrenador *Drakul* como yo... ¿A qué debo semejante honor?

Mientras hablaba, Railix se había inclinado en una reverencia cargada de ironía. A Álex no le pasó desapercibida la mirada socarrona que le dirigió a su protegida

Issy.

—Estamos buscando a Pórtal y a Kinow Kuud por encargo de la directora Lynn —explicó Jana—. No queremos entrometernos en los asuntos de los *Drakul*, solo cumplir el encargo que nos han hecho. Tú, por lo visto, conoces bien a los dos desaparecidos. Los entrenabas...

Railix miró a derecha e izquierda para comprobar que no había nadie cerca. Algunos alumnos se dirigían charlando y riendo al aparcamiento de motos desde la salida posterior del patio.

—Este no es un buen sitio para hablar —dijo el entrenador *Drakul*—. Será mejor que vengáis conmigo. En La Rosa Oscura estaremos tranquilos... ¿Tenéis coche, o moto?

Álex y Jana hicieron un gesto negativo con la cabeza.

—De acuerdo. Issy tú lleva al chico. Yo llevaré en mi moto a la princesa *Agmar*. Nos vemos en La Rosa... Issy vete cogiendo sitio si llegas antes, y pídeme unas tortitas con sirope de fresa.

Mientras se subía al confortable sillín de cuero de la moto de Issy Álex se fijó en que Railix cojeaba un poco al caminar. Daba la impresión de que su pierna izquierda tenía que hacer un gran esfuerzo para seguir a la derecha. Si realmente se trataba de un agente de operaciones *Drakul*, aquella cojera debía de suponer un verdadero problema para él.

Iba a preguntarle algo a Issy sobre el asunto cuando el rugido de la moto ahogó su voz. Un instante después, el vehículo arrancaba con la precisión y la suavidad de una máquina perfectamente diseñada, y a los pocos segundos ya estaban rodando limpiamente por la carretera que conducía al centro de la ciudad.

Había bastante tráfico a esa hora de la tarde, ya que era el momento en que la gente terminaba su trabajo en fábricas y oficinas y regresaba a casa. Sin embargo, aquello no parecía suponer ningún obstáculo para Issy. Incluso en los cruces más congestionados encontraba un hueco para deslizar su moto entre los coches y escapar del atasco. Y lo hacía sin un solo frenazo y sin acelerones bruscos, cambiando de carril con la misma fluidez con la que un buen futbolista atraviesa las líneas del campo hasta meterse en el área del contrario.

Llegaron a La Rosa Oscura en poco más de quince minutos. Toda una proeza, teniendo en cuenta que la cafetería se encontraba en una zona de calles estrechas y llenas de tiendas donde la gente tenía por costumbre aparcar en doble fila, volviendo casi imposible la circulación.

En lugar de dejar la moto en la calle, Issy pulsó un mando justo enfrente de la cafetería, y de inmediato se puso en funcionamiento el portón metálico del garaje. Por lo visto, tenía una zona de aparcamiento reservada para ella entre dos columnas, al final del subterráneo. Allí fue donde, finalmente, detuvo la moto e invitó a su

pasajero a apearse.

Álex estaba todavía intentando recobrar el equilibrio de sus temblorosas piernas, cuando el portón, que había empezado a descender, subió de nuevo para dejar pasar la moto de Railix.

El entrenador aparcó justo al lado de Issy. Jana descendió con las mejillas encendidas por el roce del viento y quizá también, pensó Álex, por la excitación de la vertiginosa carrera a través de la ciudad.

Los cuatro subieron en silencio en un montacargas pequeño y sofocante que comunicaba con el guardarropa de La Rosa Oscura. No había nadie en ese momento ocupándose de las perchas y las taquillas, así que no tuvieron que dar ninguna explicación por irrumpir allí de repente.

Estaba claro que Railix e Issy conocían el lugar como la palma de su mano. Fue la muchacha la que los guio a través de un estrecho pasillo hasta el salón principal del local, un espacio amplio y elegantemente decorado en blanco y negro que se parecía muy poco al antro vulgar saturado de olores rancios que Álex recordaba.

—¿Qué le ha pasado a este local? —preguntó—. Menudo cambio...

—Ha sido todo obra de Lilieth —explicó Issy, eligiendo una mesa para cuatro protegida de cualquier mirada indiscreta por un biombo de papel de arroz—. ¿No la conocéis? Es *Írida*... Podría haber estudiado en Los Olmos o en cualquier colegio *Medu* de élite, pero eligió trabajar aquí. Empezó de camarera, pero es muy lista.

—Lo es —confirmó Railix con una nota de orgullo en su voz—. Y sabe poner en práctica lo que enseñan... Gracias a eso, a sus dieciocho años se ha convertido prácticamente en la propietaria del local.

—Hay que admitir que lo ha dejado irreconocible —observó Jana, fijándose en el gran cilindro de cristal lleno de guijarros blancos del que sobresalían dos rosas negras de tallo larguísimo—. Qué flores tan impresionantes... ¡Parecen naturales!

—Lo son —dijo la camarera, acercándose a la mesa con una sonrisa—. Me alegro de que os guste... Eres Jana, la princesa *Agmar*, ¿verdad? Me llamo Lilieth. Es un honor tenerte por aquí.

Aquella cálida bienvenida no pareció agradar demasiado a Railix, que le dirigió a Lilieth una mirada ceñuda.

—Para mí lo de siempre —dijo con rudeza—. Tortitas con sirope de fresa y cerveza negra. A Issy sírvele un refresco isotónico, vamos a entrenar luego... Y a estos, lo que quieran.

Álex se disponía a pedir una Coca Cola cuando Lilieth le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—No, esperad. Es la primera vez que vienen y quiero impresionarles... «Sueño blanco» para los dos. Creedme, no os defraudará.

La muchacha se alejó, agitando con gracia sus cortos cabellos negros. El

uniforme que llevaba, del mismo color que su pelo, era moderno y elegante, como la nueva decoración del local.

—Supongo que ya no servirán hamburguesas —comentó Álex, recordando con una sonrisa la conversación que había mantenido con su hermana.

—¿Que no? Las mejores de la ciudad —dijo Railix—. Este es el reino particular de Lilieth y lo gobierna con mano de hierro. No se permite ni un fallo, y es capaz de dar órdenes incluso a sus clientes... Bueno, ya lo habéis visto.

—Eso del «sueño blanco»... No será ninguna bebida mágica ¿verdad? —Preguntó Jana con aprensión—. No me ha sonado demasiado bien.

—No te preocupes, no te hará daño —respondió Issy con ligereza—. Bueno, vamos al grano. Podéis contarle a Railix lo mismo que me habéis contado a mí...

—Es muy sencillo. Si no encontramos a Kinow y a Pórtal, la directora de los Olmos nos expulsará —explicó Álex con un suspiro—. Lo único que necesitamos es una prueba de que están bien. A lo mejor andan por ahí, metidos en alguna misión secreta de los *Drakul* —añadió mirando a Railix—. No nos interesan los detalles... Dadnos un vídeo que pruebe que están bien y que diga cuándo volverán, y asunto resuelto.

Issy y Railix intercambiaron una mirada que a Álex le pareció cargada de preocupación.

—Aunque tuviéramos esa información, no os la daríamos —dijo Railix con cautela—. Al menos, no gratis... Digamos que tendría su precio.

—¿Qué es lo que queréis, exactamente? —preguntó Jana.

Lilieth apareció en ese momento con las bebidas y las tortitas de Railix. Este no esperó a que la camarera se fuese para contestar a Jana.

—Dinero, quizá —murmuró, clavando en la joven *Agmar* sus penetrantes ojos castaños—. Pero tienes que dejarme que lo piense mejor. En principio, dinero...

—Un momento —Álex buscó la mano de Jana sobre el mantelillo de bambú que protegía la mesa—. Es un farol; no tienen nada... Nos está engañando.

Railix sonrió, y al hacerlo, la sombra de la cicatriz que le atravesaba el párpado pareció ensancharse, dándole el aspecto de un pirata.

—Yo no lo llamaría un engaño —dijo con total tranquilidad—. Como mucho, una pequeña exageración. Quizá sea cierto que no es demasiado lo que tengo... Pero al menos es algo, y vosotros necesitáis algo para empezar.

—¿Sabéis dónde están? —Preguntó Jana, harta de rodeos—. Ni siquiera necesitamos que nos digáis el lugar. Solo queremos poder llevarle una prueba a la directora Lynn de que están bien... y de que van a volver pronto.

—¿Cuánto podéis darme? —insistió Railix. Álex sostuvo su mirada retadora.

—Depende —dijo—. ¿Cuánto puedes darnos tú?

Railix frunció levemente las cejas, lo suficiente para imprimirle a su rostro una

expresión feroz.

—Esto no va así, chico. Tú no eres el que pone las reglas. Tú compras y yo vendo, ¿lo entiendes? Pero solo vendo si me da la gana. Si me caes bien, o si me interesa lo que me ofreces... ¿Te vas aclarando?

Con gesto titubeante, Jana buscó el engarce de una pulsera de plata que llevaba en la muñeca derecha y lo abrió. Railix cogió la joya que la muchacha le tendía sin demasiado entusiasmo.

—¿Qué es esto, un recuerdo de familia? —preguntó—. La plata está muy devaluada últimamente...

—Tiene poderes —murmuró Jana—. Sirve para detectar la magia de cualquier objeto cercano. ¿No has visto como brillaba al pasar por encima del anillo de Issy? Eso significa que tiene magia.

—Muy práctico —dijo Railix, guardándose la pulsera en el bolsillo de su chupa de cuero con una descarada sonrisa—. Me sirve para empezar.

—Entonces, habla —exigió Álex, incapaz de seguir conteniéndose—. Ya hemos pagado. ¿Dónde están? ¿Puedes conseguirnos una prueba de su paradero?

Issy y Railix se miraron. Al contrario de lo que Jana esperaba después de la ventajosa transacción que acababan de lograr, sus rostros no reflejaban satisfacción, sino, más bien, desasosiego.

—La verdad es que no sabemos dónde están —murmuró Issy después de unos instantes.

—¿Que no lo sabéis? —Álex se inclinó hacia delante sobre la mesa—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Ya os dije que no era mucho lo que teníamos —dijo Railix en tono cansado—. Pero es más de lo que vale esa baratija mágica que me acabáis de dar. Todo lo que os podemos decir es que no se han ido de vacaciones ni de exploración, y que no han dejado ninguna carta despidiéndose de sus amigos. En mi opinión, no ha sido decisión suya desaparecer... Espero que entendáis lo que significa eso.

—Significa que los han secuestrado —concluyó Jana—. O algo peor... ¿De quién sospecháis?

Railix se encogió de hombros.

—De nadie... y de todos —contestó, y antes de proseguir se llevó el botellín de cerveza a los labios y apuró un largo trago—. No voy a negar que hayan trabajado para mí, ni que hayan participado en varias misiones secretas de cierta importancia al servicio de los intereses de los *Drakul*. Si os digo esto no es para impresionarlos, sino para que entendáis que lo mejor que podéis hacer por esos chicos es dejar de buscarlos. Nosotros somos sus compañeros, casi su familia. Nadie está más interesado que yo en encontrarlos... Y estamos haciendo todo lo posible, creedme.

Jana sonrió con escepticismo.

—No creo que esa explicación le baste a la directora Lynn —observó—. Escúchame, Railix: solo queremos ayudar, y tú sabes que podemos hacerlo. Seguramente habrás oído hablar de nuestros poderes... Aunque no te caigamos simpáticos, estoy convencida de que eres lo bastante profesional como para aprovechar cualquier ayuda que le permita recuperar a los tuyos, venga de donde venga. Solo te pido que no nos dejes al margen. Que cuentes con nosotros...

—¿Y por qué iba a confiar en una traidora que vendió a su propio pueblo?

Aquello pareció herir profundamente a Jana. Tanto, que cerró los ojos por un instante, como si acabase de recibir un golpe, y no fue capaz de responder.

Álex decidió hacerlo por ella.

—Ni tú mismo te crees lo que acabas de decir —dijo con firmeza—. Los *Agmar* y los *Drakul* siempre habéis tenido relaciones conflictivas, pero te recuerdo que también ha habido épocas de colaboración.

—Eso he oído, sí —le interrumpió Railix, mirando a Jana con expresión burlona—. Incluso se rumorea que, si el rey Erik hubiese vivido, hubiésemos asistido a una fusión de los clanes... ¡Suerte para nosotros que ella te prefiriese a ti!

—Deja en paz el pasado —exigió Jana, apretando los puños bajo la mesa—. Deja en paz el pasado o te arrepentirás...

—Esperad, no perdamos la calma —dijo Álex—. Jana tiene razón, lo que debe preocuparnos ahora es el futuro... Sobre todo, el futuro de esos dos críos que han desaparecido. Sabemos que te estás guardando información, Railix. Supongo que es normal, si esas desapariciones tienen algo que ver con tus misiones secretas. Lo único que te pido es que te tomes un tiempo para pensar si te conviene o no aceptar nuestra ayuda. Es mucho, muchísimo lo que Jana y yo podemos hacer. No tomes una decisión precipitada. Consulta a tus superiores, si quieres...

Railix se puso en pie, y, por un momento, Álex creyó que iba a dejarlos allí plantados sin molestarse en darles una respuesta. Sin embargo, tras un instante de vacilación, el *Drakul* se decidió a hablar.

—Lo pensaré —dijo—. Es todo lo que puedo prometerles.

—¿Cuándo nos dirás lo que has decidido? —Preguntó Jana con ansiedad—. No podemos esperar mucho...

La muchacha pegó un brinco en el asiento, sobresaltada por el puñetazo que Railix acababa de descargar sobre la mesa.

—Las decisiones las tomo yo —dijo el entrenador con una voz extrañamente calmada—. Yo doy las órdenes, yo estoy al mando... Y yo decido si podéis o no podéis esperar.

CAPÍTULO 5

—¿Qué te pasa, Álex? —Jana posó una mano en el antebrazo derecho del chico, cubierto por la manga oscura de una sudadera—. Estás muy raro. No sé, distante...

—Intento estar concentrado para que no se nos pase nada —fue la lacónica respuesta de Álex—. Quizá debimos seguir a Issy...

—Fuiste tú el que dijiste que sería mejor centrarnos en Railix. Y yo estoy de acuerdo.

Se encontraban escondidos en un coche de alquiler dentro del aparcamiento de La Rosa Oscura. Habían pasado poco más de veinticuatro horas desde su primera visita a aquel lugar, y las habían utilizado bastante bien. Jana se había encargado de obtener, a través de una visión, las claves de entrada y salida del aparcamiento, y Álex había vigilado el local hasta comprobar que Lilieth estaba lo suficientemente ocupada como para no prestar atención a la entrada de un coche desconocido en el subterráneo.

Lo fácil, por supuesto, habría sido intentar seguir a Issy desde el colegio para comprobar si se reunía o no con Railix y espiar, a ser posible, su conversación. Pero eso era, probablemente, lo que Railix esperaba que hicieran; así que Álex tuvo la idea de fingir que lo hacían para saltar después al otro plan.

Comenzaron siguiendo a Issy en una vieja moto de la madre de Jana, pero más tarde fingieron que no eran capaces de sortear el tráfico como ella y que la perdían. No resultó demasiado difícil: en realidad, Álex y Jana se limitaron a no utilizar ninguno de sus poderes durante su paseo en moto tras las huellas de Issy. La joven *Drakul* era mucho más diestra y rápida que ellos conduciendo, y, sin magia, no tenían ninguna posibilidad de alcanzarla. Gracias a eso, la representación fue perfecta.

Media hora después de abandonar el rastro de Issy, recibieron una llamada telefónica de David.

—Railix acaba de entrar en La Rosa Oscura —fue su saludo—. ¿Tengo que hacer algo más?

—No, agente David —contestó Jana, bromeando—. Gracias... Cambio y corto.

Al principio pensaron que la espera en el aparcamiento no sería demasiado larga. ¿Cuánto tiempo podía permanecer Railix allá arriba? Como mucho, quizá, una hora... No parecía la clase de tipo que se refugiaba en un bar para matar el tiempo, así que seguramente habría quedado allí con alguien para hablar sobre alguno de sus dos trabajos, el de entrenador o el de agente *Drakul*. Probablemente de este segundo...

Railix iría al grano, diría lo que tuviera que decir, se tomaría sus tortitas con sirope y su cerveza negra y se largaría.

Ese había sido el cálculo de Álex. Pero, evidentemente, se había equivocado en algo... Porque llevaban tres horas y media esperando dentro de aquel coche y Railix

no salía.

Tal vez en otro momento, estar tres horas y media a solas en un coche con Jana le habría parecido incluso excitante. Pero ese día no. La imagen de Erik rodeado de un charco de sangre le obsesionaba como una pesadilla infantil; no conseguía quitársela de la cabeza... Y, por otro lado, se sentía tan culpable por no habérselo contado a Jana que apenas se atrevía a mirarla a la cara. Pero ¿qué podía hacer? Su amigo muerto le había pedido que le guardase el secreto.

Su amigo muerto...

También cuando vivía solía hacer todo lo posible para mantenerlo alejado de Jana.

Álex se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. Estaba siendo injusto, y lo sabía. Erik se había sacrificado por ellos dos. Si ahora le pedía ayuda y discreción, tenía derecho a confiar en su lealtad.

Además, él no era nadie para poner en duda la generosidad y la inteligencia de Erik. Siempre había sido el mejor de los tres: el más íntegro, el más desinteresado. El que siempre sabía lo que había que hacer...

Pero eso se le podía aplicar al viejo Erik, a su amigo; Erik, el chico alegre y despierto que disfrutaba bailando en las fiestas como un crío. El Erik al que había visto a través de la magia del alfiler era alguien muy diferente: solemne, frío, oscuro... ¿Cómo no iba a serlo? Estaba muerto.

—A lo mejor deberíamos dejarlo por hoy —dijo Jana, interrumpiendo una vez más sus reflexiones—. Tal vez se haya ido andando... Es muy tarde, y si nos quedamos mucho más tiempo, esa chica, la propietaria del local, terminará bajando aquí y descubriendo nuestro coche.

—No, espera; ya viene.

En el local de arriba, Railix acababa de ponerse en pie y se despedía del muchacho con el que se había reunido. Álex pudo verlo en un fogonazo que a él mismo le sorprendió, porque sus poderes se habían debilitado tanto en los últimos meses que había perdido la costumbre de invocar visiones instantáneas con el pensamiento. Debía de haberlo hecho inconscientemente...

Cinco minutos más tarde Railix se subía a su Harley y encendía el motor.

—Ahora te toca a ti —le susurró Álex a Jana—. Confunde su mente, llénala de visiones, de recuerdos... Lo que sea, con tal de que no se fije en nosotros. ¿Podrás hacerlo?

—No lo sé —confesó ella—. Espero que sí; parece un tipo peligroso... No me gustaría que nos descubriera aquí dentro.

Álex puso en marcha el coche mientras, de reojo, observaba a Jana cerrar los ojos y aplicar todo su poder de concentración a la mente de Railix. Notó que el pulso se le aceleraba al sacar el vehículo al carril de salida del subterráneo y colocarlo justo

detrás de la moto del *Drakul*. Jana debía de estar haciéndolo muy bien, porque el tipo no se giró ni una sola vez en el sillín.

Aun así, seguir a Railix a través de las abarrotadas calles de la ciudad no resultaba tarea fácil. Al igual que su protegida Issy, el agente *Drakul* se las ingeniaba para colarse entre los huecos que dejaban los automóviles y escapar rápidamente de cualquier retención. Incluso se saltaba algunos semáforos en rojo...

Álex, por su parte, era un conductor bastante mediocre. Se había sacado el carnet de conducir al final del curso pasado, y desde entonces no había tenido muchas oportunidades de practicar, porque su madre casi nunca le dejaba el coche.

Apenas un cuarto de hora después de iniciar la persecución, perdieron de vista la moto de Railix a la salida de una rotonda. De no haber sido por el instinto mágico de Jana, les habría resultado muy difícil recuperar el rastro.

—Ha cogido esa salida, la que acabamos de dejar atrás —dijo la muchacha en cuanto se dio cuenta del error que habían cometido—. Tienes que dar la vuelta. Cuanto antes...

—¿Estás segura? Por ahí no se va a ninguna parte. Solo hay polígonos industriales.

—Hazme caso; ha salido por ahí.

No encontraron una rotonda para dar la vuelta hasta un kilómetro más adelante. Para cuando llegaron a la desviación indicada por Jana, Railix les llevaba ya más de diez minutos de ventaja.

—No vale la pena seguir —gruñó Álex, descontento—. No lo encontraremos. Además, aquí todas las calles son iguales.

—No hay casi nada de tráfico. Y su moto llama mucho la atención. Métete por ahí, la primera a la izquierda... Ahora, sigue hasta el final. ¿No puedes acelerar un poco?

Recorrieron en silencio aquella calle silenciosa, bordeada de almacenes industriales cuyos contenedores abarrotados animaban con una nota de color el desolado paisaje. De vez en cuando veían entrar o salir algún camión de los almacenes, pero no había peatones. Aunque hubiesen querido preguntarle a alguien por la moto de Railix, no habrían podido hacerlo.

—Podemos seguir si quieres, pero no creo que tenga mucho sentido —murmuró Álex, girando el volante al final de la siniestra avenida para entrar en otra casi idéntica—. Se habrá metido en algún edificio. Tendremos que dejarlo para mañana...

—No. Está cerca. Métete por esa rampa, la que va a ese aparcamiento.

Álex detuvo el coche un par de metros antes de llegar a la rampa y miró a Jana con expresión interrogante.

—Es un negocio de coches de segunda mano. ¿Por qué quieres entrar ahí?

—Porque se ha ido por ahí. Confía en mí, Álex, por favor...

Descendieron por la rampa hasta la oxidada verja del establecimiento, que estaba abierta. Un cartel metálico sobre el arco de entrada anunciaba el nombre del negocio: Mc Wire, vehículos de ocasión.

Dentro del recinto, el asfalto por el que circulaban estaba muy deteriorado, aunque habían intentado repararlo aquí y allá con gruesos parches de alquitrán negro.

El coche de Álex y Jana traqueteó por la desierta calle principal mientras sus ocupantes acechaban a través de las ventanillas en busca de algún signo de Railix.

—Mira —dijo Jana, señalando algo—. Al final de esa hilera de coches, ¿la ves?

Álex asintió. Era la moto del *Drakul*.

—Jana, es mejor que nos vayamos —murmuró el muchacho, aminorando la velocidad hasta casi detener el coche—. Aquí tiene que haber alguien, y si no salen a ver qué queremos es porque saben que no venimos a comprar nada. Nos están vigilando...

—Seguramente. ¿Y qué? No van a atacarnos, puedes estar tranquilo.

—De todas formas, estamos perdiendo el tiempo. Si Railix está aquí, se habrá escondido...

—No está aquí. No noto su presencia. Ha dejado su moto y se ha largado... Lo que no sé es adónde.

—Sí, ¿adónde? —Álex no intentaba ya ocultar su exasperación—. Esto está en medio de la nada... ¿Adónde demonios podría haber ido sin su moto?

Detuvo completamente el motor del vehículo y se quedó mirando a Jana mientras ella se frotaba las sienes con los dedos índice y corazón de cada mano, intentando concentrarse.

—No hay nada alrededor —dijo ella lentamente al cabo de unos segundos—. Pero hay algo... hay algo debajo.

Sus ojos se encontraron con los de Álex.

—¿Qué sugieres que hagamos, que dejemos aquí el coche y nos vayamos andando a buscar un subterráneo? —preguntó el muchacho, incrédulo.

—No van a impedirnoslo. Aquí no hay ningún *Medu*, Álex; lo sé. Ni siquiera estoy segura de que haya humanos corrientes... Yo creo que la tienda está cerrada.

—Pero la verja estaba abierta...

—No nos pasará nada. Hay magia debajo de nosotros, ¿no lo notas tú? Una acumulación muy intensa de magia... Tenemos que averiguar por qué.

Con un gruñido, Álex salió del coche y cerró la puerta con más violencia de la necesaria. Jana, desde el otro lado del vehículo, lo miró un instante con expresión reprobadora antes de echar a andar por aquel laberinto de coches polvorientos y oxidados.

—¿Sabes adónde vas? —Le gritó Álex, que no parecía dispuesto a dar un paso hasta saber si merecía la pena—. No me apetece dar vueltas a lo tonto...

—Detrás de esa caravana sin ruedas —le contestó Jana sin volverse.

Álex la observó alejarse unos pasos más antes de decidirse a seguirla. La perdió de vista un momento cuando ella rodeó una furgoneta negra para acercarse a la caravana que había señalado. Él la imitó, y al dar la vuelta a la parte trasera de la furgoneta descubrió a Jana clavada en el suelo a pocos pasos de él, mirando fijamente un agujero rectangular en el suelo.

—Como en el cuento de Aladino —murmuró ella cuando sintió a Álex a su lado—. Unas escaleras que bajan...

—Qué bonito —Álex no pudo reprimir una mueca—. Supongo que será uno de esos portales *Medu* que tanto les gustan a los tuyos.

—No; esto es algo más —contestó lacónicamente Jana.

Antes de que Álex pudiese preguntarle a qué se refería, la muchacha había comenzado ya a bajar las escaleras.

Álex no se lo pensó dos veces antes de seguir los pasos de Jana, pero ella se había dado mucha prisa, tanta que cuando comenzó a bajar el ruido de sus tacones se oía ya a gran distancia bajo la tierra. Los peldaños de ladrillo por los que bajaban parecían nuevos, y las paredes, de un color ocre rojizo, olían a pintura fresca.

A medida que Álex descendía, todo a su alrededor se iba hundiendo progresivamente en las sombras.

El rectángulo de luz solar por encima de su cabeza se hacía cada vez más pequeño, y empezaba a temer que en algún momento la oscuridad se volvería tan espesa que no podría seguir adelante.

Sin embargo, antes de que eso sucediera las paredes empezaron a poblarse de reflejos cambiantes y temblorosos. Era como si en algún lugar, al final de aquellas escaleras, hubiese una laguna luminosa cuyos destellos se proyectaran sobre los muros y la bóveda del túnel de bajada.

También se oía ruido; un murmullo confuso y débil al principio, formado por la suma de miles de sonidos diferentes. Poco a poco, no obstante, Álex pudo distinguir en medio de aquella amalgama las voces de varias personas, y también ruidos de motores y un rumor sordo y repetitivo, como de lluvia cayendo sobre la tierra.

De pronto, una fuerza desconocida lo empujó hacia atrás, dejándolo sentado sobre el peldaño que acababa de bajar. La escalera se había puesto en marcha con un chirrido de cables y ruedas dentadas, y ahora descendía por sí sola. Álex se fijó con asombro en las enormes ruedas de madera cuyos dientes se imbricaban con los de otras ruedas y con gruesos cables plateados sobre una de las paredes de la galería. Se trataba de un mecanismo anticuado, que por algún motivo le recordó los inventos de Leonardo Da Vinci...

Cerró los ojos mientras el descenso proseguía. Su mente intentaba anticipar lo que se encontrarían al final de aquella galería. Una guarida *Drakul*, probablemente. Tal

vez un portal secreto protegido por antiguos conjuros de los clanes... Pero si se trataba de eso, ¿qué significaba aquella mezcla de ruidos cada vez más cercanos e inquietantes?

Una sacudida devolvió a Álex a la realidad. Las escaleras se habían detenido. Al despegar los párpados, Álex vio a Jana de pie ante él, esperando con impaciencia a que se levantase del escalón en el que se hallaba sentado. Por encima de Jana, millares de puntos fosforescentes hormigueaban sobre el techo de roca, poblando la oscuridad de destellos verdosos.

—¿Qué clase de sitio es este? —preguntó Álex, levantándose y mirando a su alrededor—. En mi vida había visto nada así... ¿Quién lo habrá excavado?

—No tengo ni idea —reconoció Jana—. Pero esto no han podido improvisarlo en unos cuantos meses.

Jana tenía razón. La sala excavada en la roca, con su suelo pavimentado y aquella extraña iluminación en la bóveda, solo era el aperitivo de lo que les esperaba más allá del alto arco de piedra que comunicaba esa zona con el resto de la ciudad. Porque era una ciudad lo que había allí debajo; una ciudad entera...

Pasado el arco, Jana y Álex se encontraron con una caverna de enormes dimensiones en la que se había construido todo un barrio de edificios rectangulares de tres pisos con enormes ventanales de cristal y jardines artificiales en las azoteas. Estaban alineados a lo largo de anchas calles salpicadas de puestos de perritos calientes y patatas fritas. Había gente en las calles, mucha gente. Casi todos iban vestidos con sudaderas negras y llevaban la capucha puesta, pero también se veían entre la multitud algunos grupos de sacerdotes *Drakul* con su túnica púrpura ceremonial, así como cantores *Pindar* y guerreros *Zenkai*. Incluso distinguieron a un diplomático *Varulf* comprando un kebab en uno de los puestos ambulantes. Llevaba, discretamente anudado a la muñeca, el distintivo amarillo que utilizaban los de su clan en las misiones oficiales.

Sin molestarse siquiera en ocultar su llegada, Jana y Álex avanzaron mirando con la boca abierta hacia los lados, hasta mezclarse con la multitud.

Curiosamente, ninguno de los transeúntes manifestó la menor curiosidad hacia ellos. En los ojos de algunos de los que pasaban Jana captó un destello de reconocimiento. Sabían quiénes eran, pero no les extrañaba demasiado su presencia allí. Las miradas que se posaban sobre Álex reflejaban casi siempre hostilidad, eso sí. Los *Medu* recordaban el papel que había jugado en la muerte de Erik, y también sabían que no era uno de ellos, a pesar de descender del último gran rey *Kuril*.

La mayoría de la gente iba a pie, pero algunos hombres y mujeres de cierto rango, a juzgar por sus capas ribeteadas de plata, circulaban a caballo. Ese fue uno de los detalles de la ciudad subterránea que más sorprendieron a Álex. ¿Por qué, en lugar de vehículos, los habitantes de aquel extraño lugar empleaban monturas, como en la

Edad Media?

Jana debió de leer sus pensamientos, porque dijo en voz alta:

—Es por los gases contaminantes, y también por el ruido. Podrían usar vehículos eléctricos, pero me figuro que quieren evitar ser detectados desde fuera. Por eso usan caballos... Es una ciudad secreta, por si no te habías dado cuenta.

Álex asintió con la vista fija en los toldos de un pequeño mercadillo de frutas y verduras instalado en una bocacalle de la avenida por la que transitaban.

—¿Para qué quieren los toldos? —Murmuró con aire ausente—. Aquí no hay sol...

—Nostalgia de la superficie —contestó Jana, pensativa—. No están aquí por gusto. A nadie le gusta vivir bajo tierra, sobre todo cuando no hay ninguna necesidad... ¿Cómo es posible que no me haya enterado antes de todo esto?

Álex la miró.

—Parece que, últimamente, hay muchas cosas que no te cuentan.

—Ni tampoco a David... No veo a ningún *Agmar* entre la multitud.

—En realidad, parece más bien un lugar dominado por los *Drakul*, ¿no? Hay muchos sacerdotes y dignatarios de ese clan...

—Sí —continuaban avanzando por la atestada avenida, pero ya no prestaban tanta atención como antes a los transeúntes que los rodeaban—. Casi toda esta gente es *Drakul*. Pero no todos... Mira a esa chica, la que acaba de cruzar la calle. ¿La ves?

Álex siguió con la mirada a la esbelta muchacha que le había señalado Jana. Tenía el pelo de color rubio platino recogido en una trenza arrollada sobre la nuca en forma de moño. Su piel, muy clara, aparecía enrojecida en las mejillas, y a pesar de la distancia se distinguía perfectamente el azul profundo e intenso de sus ojos.

La chica se había detenido delante de un escaparate de armas y estaba consultando su reloj de pulsera.

—¿La conoces? —Preguntó Álex—. Parece una *Drakul*, ¿no? No la había visto en mi vida.

—Claro que la has visto —le contradijo Jana en tono burlón—. Ayer mismo... De verdad que no entiendo lo que le está pasando a tu magia, Álex. ¿Cómo es posible que no la reconozcas?

Álex estudió con atención el perfil delicado de la joven rubia.

—Me rindo —dijo finalmente—. ¿Quién es? No tengo ni idea.

—Es Lilieth, esa *Írida* de La Rosa Oscura. Claro que ahora tiene un aspecto muy diferente del de ayer. Me pregunto qué estará haciendo aquí. Parece que está esperando a alguien...

La mirada de la joven se apartó un instante del escaparate para mirar a su alrededor, hasta detenerse, por casualidad, en el rostro de Jana.

Inmediatamente, los ojos de Lilieth se agrandaron, y en su rostro ficticio apareció

una expresión de alarma que no era en absoluto fingida. Al segundo siguiente, ya estaba huyendo... Se alejaba entre la multitud con pasos muy rápidos, pero sin llegar a correr, Seguramente no deseaba llamar la atención de los que pasaban junto a ella.

—Hay que alcanzarla —dijo Jana—. Venga, deprisa...

Ellos sí echaron a correr, sin importarles lo que pensase la multitud que los rodeaba. Algunas personas se apartaron rápidamente a su paso, otras se los quedaban mirando estúpidamente sin moverse ni un centímetro. Álex agradeció mentalmente sus buenos reflejos, que le permitían sortear a aquellos mirones sin perder demasiada velocidad en su carrera.

La versión rubia de Lilieth había doblado la esquina, desapareciendo entre los toldos del mercadillo ambulante. Pero Jana parecía saber exactamente dónde se encontraba, porque tomó a Álex de la mano y lo guio entre unos puestos de hortalizas y frutas frescas hasta un pequeño tenderete de adivinación mágica donde una mujer joven disfrazada de hechicera esperaba a sus clientes delante de una cabina protegida por una raída colgadura de terciopelo verde.

—Está ahí —dijo Jana, apartando de un empujón a la falsa hechicera y descorriendo con violencia la cortina.

El rostro de Lilieth tal y como la habían visto la tarde anterior en La Rosa Oscura, con sus cabellos cortos y oscuros y su agradable sonrisa, no reflejó al verlos aparecer ni la más mínima sorpresa.

—Le dije a Railix que terminaríais encontrándonos —dijo únicamente—. Era cuestión de tiempo...

—¿Qué haces tú aquí? —Preguntó Jana, irritada por el tono condescendiente de la muchacha—. ¿Y por qué has huido al vernos? Vamos, contesta...

—Bienvenidos a Polgar —dijo Lilieth, inclinándose en una irónica reverencia—. Veremos qué dice el rey cuando se entere de que estáis aquí.

CAPÍTULO 6

Al principio, Álex pensó que lo del «rey» debía de ser un apodo que Lilieth empleaba para referirse a Railix. Ella debía de saber que lo habían seguido hasta allí, y por eso bromeaba con el asunto. No podía estar hablando de otra cosa. Era demasiado absurdo...

Pero Jana no opinaba lo mismo. Se había puesto pálida como la muerte, y Álex no recordaba haber visto nunca en su rostro una expresión tan parecida al miedo.

—¿Quién... quién es el rey? —preguntó, después de unos segundos.

Impresionada por la reacción de Jana, Lilieth dio un paso atrás, cobijándose en una esquina del tenderete de adivinación.

—Oye, yo... Será mejor que se lo preguntes a Railix. Él recibe órdenes directas de Su Majestad. Él sabrá lo que tiene que hacer.

Álex tragó saliva. Era Jana la que estaba en lo cierto: había realmente un rey *Medu* en aquella ciudad, y Jana acababa de enterarse. Como jefa del clan de los *Agmar*, debería haber recibido alguna información, al menos indirecta... Pero todo aquello era tan nuevo para ella como para él. Álex podía imaginarse la mezcla de asombro y desasosiego que debía de estar sintiendo su novia en ese momento.

—Con Railix hablaremos después —contestó Jana en un tono que no admitía réplica—. Ahora te estoy preguntando a ti... ¿Quién es ese que se llama a sí mismo el rey de los *Medu*? No puedo creer que el regente *Drakul* haya tenido la osadía de ocupar el trono vacío.

—¿Quién, Harold? —Lilieth se echó a reír, pero la mirada amenazante de Jana le hizo recuperar rápidamente la seriedad—. No se trata de Harold —añadió con ojos asustados—. Se trata de nuestro rey legítimo, que ha regresado de la muerte.

—¿Erik?

En la pregunta de Jana había angustia y esperanza a la vez. Pero cuando Lilieth asintió con la cabeza, la esperanza pareció ganarle la partida a la angustia, y una tímida sonrisa afloró a sus labios.

El corazón de Álex comenzó latir desordenadamente, y con tanta fuerza que cada latido le golpeaba el pecho con un latigazo de dolor.

No era posible. El nuevo rey no podía ser Erik. Erik no había regresado de la muerte. No podía regresar...

El propio Erik se lo había dicho.

—Jana, todo esto puede ser una trampa *Drakul* —se atrevió a sugerir—. Si Erik hubiese regresado de verdad, ¿no crees que los primeros en saberlo habríamos sido nosotros? Al fin y al cabo, nosotros fuimos los que abrimos las puertas leyendo ese libro, ¿no?

—Sí, pero quizá no nos esté muy agradecido por eso. Erik no quería volver. Su

mensajero, Garo, vino a decírmelo antes de que yo consiguiera liberarte del Nosferatu, allá en Venecia. Me dijo claramente que Erik no quería despertar. Me advirtió de que, si leíamos el Libro de la Creación, un mal de efectos devastadores se extendería por el mundo. Que es exactamente lo que ha ocurrido...

—No tuvimos elección —murmuró Álex, acariciando el pelo de Jana y obligándola a mirarle a la cara—. El otro mal era aún peor. Era la destrucción de todo aquello por lo que los hombres y los *Medu* hemos vivido. En comparación con eso, la liberación de unos cuantos espectros ni siquiera me parece un precio demasiado alto.

Jana se desprendió con suavidad de la caricia de Álex.

—Es verdad, pero eso no cambia el hecho de que Erik no quisiera volver. Es lógico que esté enfadado con nosotros... Por eso no nos ha avisado de su regreso.

—Aun así, él tenía que saber que antes o después nos enteraríamos... ¿eh, adónde vas?

Álex le había dirigido aquella última pregunta a Lilieth, quien, aprovechando el momento de distracción de los dos jóvenes, había intentado deslizarse hacia el exterior del tenderete. Al ver que Álex le cortaba el paso, la muchacha alzó hacia él sus ojos serios e inteligentes.

—Iba a advertir a Railix —reconoció—. Pero como veo que no estáis dispuestos a separarse de mí, podéis acompañarme si queréis. Supongo que lo encontraremos en la Unidad de Entrenamiento... Venid conmigo.

Jana y Álex salieron tras Lilieth al aire denso y saturado de aromas del mercadillo. Millares de estrellas fosforescentes parpadeaban en el techo de la cueva, proyectando sus cambiantes reflejos sobre las frutas y hortalizas de los tenderetes y sobre las caras de los vendedores. Al final de una de las hileras de puestos, una mujer de largos cabellos rizados y vestida con una raída túnica *Pindar* cantaba una canción antigua acompañándose de un laúd. De cuando en cuando dejaba de tocar para señalar, con una sonrisa, el cuenco de barro que había a sus pies, dentro del cual brillaban un par de monedas de escaso valor.

—Hasta tenéis mendigos aquí —murmuró Jana con amargura—. Los mendigos *Medu* se han enterado antes de la existencia de este lugar que la jefa del clan de los *Agmar*.

Lilieth, que caminaba delante de ellos, se volvió a mirar a Jana con una sonrisa compasiva.

—Tómalo como un cumplido —dijo—. Los *Drakul* todavía os temen lo suficiente como para tener secretos con vosotros.

—En cambio, los *Íridos* os lleváis muy bien con ellos últimamente, por lo que veo...

—No todos los *Íridos*. Digamos que yo... voy por libre. Mi padre dirige una organización de mercenarios que ha trabajado para los *Drakul* durante muchos años.

Ni él ni yo tenemos demasiada relación con los dirigentes de nuestro clan.

—Eres muy joven para andar metida en conspiraciones de este nivel, ¿no? —Intervino Álex—. No solo diriges tú sola un negocio, sino que encima lo utilizas de tapadera para tus otras actividades con el equipo de Railix...

Lilieth emitió una breve carcajada y reanudó la marcha.

—¿Crees que no sé lo que intentas? —Dijo, mirando a Álex de reojo—. No voy a contarte nada sobre la gente de Railix. Estoy acostumbrada a guardar secretos... Forma parte de mi trabajo.

—¿Has visto al rey alguna vez? —Preguntó Jana, adelantándose para caminar al lado de la joven Írida—. ¿Ha habido alguna ceremonia oficial de coronación? Los *Drakul* han sido muy hábiles; todavía no puedo entender cómo se las han arreglado para mantener todo esto en secreto.

—Es fácil de entender —contestó Lilieth con gravedad—. Quien los dirige sabe más que ninguno de nosotros. Y es prácticamente invencible... No olvides que ha regresado de la muerte.

—¿Cómo voy a olvidarlo? —murmuró Jana con voz casi inaudible.

Continuaron caminando sin hablar durante un buen trecho, hasta que llegaron a una amplia avenida excavada en la roca cuya bóveda era algo menos elevada que la de la zona que acababan de dejar atrás.

Allí no se habían construido edificios, ni se permitía establecer puestos de comida o de ropa. Estaba claro que se trataba de una zona de tránsito.

Había menos gente en aquella parte de la ciudad, y casi todos los que iban y venían llevaban las túnicas ceremoniales púrpura típicas de los *Drakul*.

—No has contestado a la primera pregunta de Jana —observó Álex, rompiendo finalmente el silencio—. ¿Lo has visto?

Lilieth le miró un instante, sin variar el ritmo vivo de sus pasos.

—¿A Su Majestad? Un par de veces, en actos ceremoniales. Yo no estaba muy cerca de él, claro. Más bien en las últimas filas...

—¿Estás segura de que era él? Tú debes de acordarte bien de Erik. Aunque no fueras a nuestro curso, tienes que haberlo visto en el colegio...

—No he ido mucho al colegio en los últimos años, Álex. He estado ocupada, y estudiaba a distancia. Pero, de todas formas, él venía de vez en cuando por La Rosa Oscura. No era un chico que pasara desapercibido. Tan alto, con esos ojos tan azules... A todas mis amigas les gustaba. Era guapísimo.

Bueno, y lo sigue siendo, porque la verdad es que no ha cambiado nada.

—Pero lo has visto de lejos —insistió Álex—. Y hacía mucho tiempo que no lo veías...

—Déjalo, Álex —Jana le sonrió con expresión cansada—. Ningún *Drakul* habría tenido el atrevimiento de ocupar el trono vacío haciéndose pasar por Erik, ¿no lo

entiendes? Ese trono provoca una especie de terror supersticioso entre los *Medu...* Erik es el único que tiene derecho a ocuparlo. Ha vuelto, y se ha cumplido la profecía. Ha vuelto... ¡Casi no puedo creerlo!

—Ni yo tampoco —gruñó Álex en voz muy baja.

—Hemos llegado —intervino Lilieth señalando una especie de carpa circense instalada al final de la galería—. Esa es la sede de la Unidad de Entrenamiento. Será mejor que entre yo delante para avisar a Railix. No tengo ni idea de cómo reaccionará cuando le diga que estáis aquí. Espero que no me eche la bronca...

—Dile que llegamos hasta aquí siguiéndole a él desde La Rosa Oscura —replicó Jana—. Si tiene que culpar a alguien, que se culpe a sí mismo por su exceso de confianza.

Lilieth asintió con una sonrisa y se acercó a la cortina entreabierta que daba acceso al interior de la carpa. Parecía un lugar muy poco discreto para entrenar a una unidad especial de operaciones como la que supuestamente dirigía Railix, pero todo en la ciudad de Polgar era, en cierto modo, diferente de lo que cabía esperar.

Álex se estaba preparando mentalmente para una larga espera, cuando Railix en persona apareció en la entrada de la carpa-gimnasio.

—Entrad —dijo secamente—. Tengo que hablar con vosotros.

Lo siguieron a través de una especie de escenario de varias pistas, en cada una de las cuales había un equipo de personas entrenándose en una disciplina diferente. El primero de ellos practicaba el tiro con arco, apuntando a una diana que se desplazaba mágicamente de un lado a otro si adivinaba la intención del movimiento del tirador. Lilieth se había unido a ellos, y esperaba su turno tensando la cuerda de su arma con tal concentración, que ni siquiera levantó la cabeza cuando ellos pasaron.

En la segunda pista, media docena de chicos y chicas practicaban extrañas acrobacias colgados de altos trapecios. Aquello parecía más un espectáculo circense que una sesión de ejercicios militares...

La última pista que atravesaron estaba ocupada por una chica que sorteaba obstáculos invisibles con una moto silenciosa. Era Issy... Con una sonrisa, levantó una mano del manillar para saludarlos, y eso le hizo perder la concentración, porque al instante siguiente se oyó un estruendo de cristales rotos y la moto cayó pesadamente al suelo, lanzándola a ella por los aires.

—¿Estás bien, Issy? —le gritó Railix, que no parecía excesivamente preocupado.

—Perfectamente —fue la respuesta de la joven—. Tengo que practicar más con barreras curvas, eso es todo.

Álex siguió a Issy con la mirada mientras ella ponía la moto en pie y volvía a subirse a ella.

—¿Qué son las barreras curvas? —preguntó—. Yo no veo nada...

—Esa es justamente la gracia que tienen; que no se ven —contestó Railix

lacónicamente—. ¿Crees que Issy se estrellaría contra una barrera que se viera? No es tan idiota... Venid conmigo; por aquí.

Dejaron las pistas y atravesaron un vestuario de baldosas rojas, verdes y plateadas. El suelo estaba mojado, como si alguien hubiese utilizado las duchas y lo hubiese salpicado todo de agua.

Al otro lado de los vestuarios había un despacho. Era una habitación cuadrada y agobiante, con media docena de archivadores alineados contra la pared y una valiosa mesa de escritorio que ocupaba casi la mitad de la habitación.

De pie junto a la mesa, consultando con mucha atención unos informes forrados de plástico, había un hombre. Era un joven rubio, con gafas de montura dorada y un jersey de anchas mangas negras. El pecho y la espalda del jersey se hallaban divididos en cuatro cuadrados: dos púrpuras y dos negros...

Un diseño que recordaba mucho al traje ceremonial de los antiguos bardos.

—¿Sigues aquí? —Preguntó Railix alzando las cejas—. Te dije que podías dejarlo por hoy, Athanambar. Esta es Jana, la princesa de los *Agmar*, y este es su amigo Álex. Os presento a Athanambar, uno de los jóvenes más prometedores de mi equipo.

—¿Vienes aquí a entrenarte? —preguntó Jana sonriendo—. No pareces uno de ellos...

—No parezco un guerrero, es verdad —dijo Athanambar. Su tono era agradable, un poco tímido, pero firme—. Sin embargo, lo soy... aunque también soy otras muchas cosas.

—El talento de Athanambar para pintar motivos mágicos es único entre los *Drakul* —comentó Railix con orgullo—. Aunque no sé si es prudente contarle esto a la jefa de un clan rival...

—He oído hablar de tu hermano David —intervino Athanambar sonriéndole a Jana—. Y he visto algunos de los tatuajes que hace. Son impresionantes... Yo no soy tan bueno con los tatuajes, pero apostarí a que le supero en el arte del grabado.

Jana le devolvió la sonrisa.

—Tengo que hablar a solas con ellos, hijo —dijo Railix, poniéndole una mano en el hombro derecho al joven artista—. Luego seguiremos con esto... Mientras tanto, vete si quieres a charlar un rato con Lilieth. Está con los tiradores.

No hizo falta que se lo dijeran dos veces. Athanambar salió como un vendaval hacia los vestuarios, y sus rápidos pasos dejaron de oírse cuando llegó al suelo arenoso de la carpa.

En cuanto el muchacho salió, Railix les hizo un gesto a sus invitados para que ocupasen las sillas de cuero que había a un lado de la mesa. Él se sentó en el lado opuesto, en un confortable sillón de directivo.

—Eso que has dicho acerca de un clan rival... Ya no son tiempos para andarnos con rivalidades, Railix —comenzó Jana, sin esperar a que él hablase—. No soy una

enemiga de los *Drakul*. Ya no... Por eso no entiendo que me hayáis ocultado durante tanto tiempo el regreso de Erik.

—Eran las órdenes de Su Majestad —contestó Railix diplomáticamente—. Todavía no sé cómo reaccionará cuando se entere de que habéis estado aquí... Polgar es su baluarte, su fortaleza. Lo que ha conseguido hacer con este lugar en poco más de cuatro meses resulta asombroso.

—¿Cuatro meses? ¿Tanto tiempo? —preguntó Jana, asombrada—. Cuatro meses, y no ha querido vernos... ¿Tanto nos odia?

—Yo no soy quien para interpretar las órdenes de Su Majestad —replicó Railix, dejando traslucir cierta irritación en sus palabras—. Me limito a cumplirlas... Y ahora, si no os importa, seré yo quien haga las preguntas. ¿Por qué me habéis seguido? Os dije que ese asunto de los chicos desaparecidos no debía preocuparlos. Yo sé cuidar de mi gente...

—¿Los has encontrado? —quiso saber Álex.

La cicatriz que atravesaba el párpado izquierdo de Railix se contrajo bruscamente, curvando hacia abajo su espesa ceja oscura. Aquello confirió a su rostro una momentánea expresión de ferocidad, que él se esforzó en suavizar de inmediato.

—No es tan sencillo —dijo, en tono deliberadamente calmado—. Pero los encontraré... Decidle a vuestra directora que puede estar tranquila, y que, aunque sus intenciones son buenas, los *Drakul* preferimos que no se meta en esto.

—Quizá sería preferible que se lo dijeras tú —observó Álex sosteniendo la mirada del entrenador—. Ella quiere complacer a los *Drakul* por encima de todo. Vuestros argumentos la convencerán mucho más que los nuestros. Si se lo decimos nosotros, pensará que nos estamos inventando una excusa para no colaborar en la búsqueda de esos chicos.

—Solo está buscando un pretexto para echarnos de Los Olmos —añadió Jana—. Por mucho que Erik se haya distanciado de nosotros, no creo que quiera que nos expulsen del colegio... Es imposible que haya cambiado tanto.

—¿Por qué no le dices que queremos hablar con él? —propuso Álex, desafiante—. Ahora que sabemos que ha vuelto, no tiene sentido que siga escondiéndose de nosotros. Dile que no tiene nada que temer, que no le haremos daño...

—¡Álex!

Jana lo miraba con expresión de reproche, y Railix, apretando sus enormes puños, parecía a punto de lanzarse sobre él.

—¿Para eso has venido? ¿Para provocarme burlándote en mi cara de Su Majestad? Ya me habían dicho que eras de esa clase. No respetas nada, ¿verdad? Él te salvó la vida...

—Razón de más para que no me tenga miedo —replicó Álex, imperturbable—. Le estoy agradecido.

Railix le dio un empujón a la mesa, hasta golpear con el borde al muchacho.

—¿Quién te crees que eres? —Vociferó, perdiendo los estribos—. ¿Te crees que puedes venir aquí, a esta fortaleza que tanto trabajo nos ha costado construir para sustituir a la que tú destruiste, solo para burlarte de nosotros? Eres un miserable. Haré que te encierren y que te despellejen. Quiero ver cómo te tragas tus palabras...

—Lo siento —dijo Álex sin perder la calma—. Mi intención no era ofenderos ni a ti ni a los de tu clan. Solo te estaba dando argumentos para que convenzas a «Su Majestad» de que debe recibirnos. Quiero que el rey entienda que no tiene nada que temer de nosotros. Pero si se niega a recibirnos la gente pensará que nos tiene miedo, y su liderazgo podría empezar a agrietarse.

Esta vez, la reacción de Railix fue una seca carcajada.

—Debes de estar loco para hablarme así —dijo, cuando logró dominar los últimos ecos de su risa—. Está claro que no sabes quién soy, ni lo que he hecho en el pasado. Ella tal vez sí lo sepa... Al menos no es tan descarada como para burlarse de su legítimo rey.

—Álex no conoce nuestras costumbres —murmuró Jana, evitando la mirada de su amigo—. Su intención no era provocar, créeme. Se ha expresado mal, eso es todo... Lo único que quería decir es que nos sentiríamos muy agradecidos si Erik accediese a recibirnos. Le debemos mucho. Se lo debemos todo, en realidad... Y él tal vez no haya olvidado que una vez fue nuestro amigo.

Railix se echó hacia atrás en su sillón y cerró los ojos un instante. Parecía extrañamente apesadumbrado.

—Se lo diré —murmuró—. Sé que se siente solo... y también sé que, en el fondo, os aprecia. Aunque, la verdad, no consigo entender por qué —añadió, mirando a Álex con resentimiento—. No le habéis traído más que problemas.

—¿Está bien? —preguntó Jana con un ligero temblor en la voz.

Railix asintió, aunque no con tanta energía como Álex esperaba.

—Antes de que me llamase para colaborar en la fundación de Polgar yo no lo había tratado mucho. Mi jefe directo solía ser su padre, Óber. Yo respondía ante él... Cuando Óber murió, hubo un momento en que temí que toda su obra se desmoronase. Harold tenía buenas intenciones, pero no es ni ha sido nunca un hombre de acción. Cometía errores. Nos dejó de lado a muchos... A todos los que podríamos haberle ayudado a recuperar la grandeza perdida de los *Drakul*. Por suerte, hasta él ha tenido que rectificar después del regreso de nuestro señor Erik. Volvemos a tener un jefe decidido y valiente. Y con él, seremos más fuertes que nunca.

Railix se detuvo, jadeante. Estaba claro que hablar no era lo suyo, y el esfuerzo que había supuesto para él soltar aquel pequeño discurso le había dejado completamente exhausto.

Sin embargo, Jana no parecía satisfecha con su larga explicación.

—Todo eso es estupendo, pero no has contestado a lo que te preguntaba —insistió—. ¿Él está bien, Railix? ¿Se siente feliz? ¿Ha cambiado?

Por primera vez, una sombra de incertidumbre empañó los rasgos del entrenador.

—Ya te he dicho que no lo conocía demasiado, antes —murmuró—. Además, es muy reservado... Siempre se muestra a la altura de lo que esperamos de él, y eso es mucho decir; porque son enormes las esperanzas que hemos puesto en su regreso. Pero él siempre es mejor que los que le rodean: más tranquilo, más digno, más templado...

—Es Erik, no hay duda —murmuró Jana con una sonrisa cargada de nostalgia—. Pero no me has dicho si parece feliz...

—¿Feliz? —Railix meneó la cabeza sombríamente—. No, no parece feliz. Pero un rey no necesita parecer feliz para guiar a su pueblo. Además, él ha visto horrores que los demás ni siquiera podemos imaginar. Ha estado al otro lado del Gran Muro, y ha mirado cara a cara a la muerte.

—Es cierto —murmuró Jana—. Es imposible que eso no le haya cambiado.

—Por eso me han sacado de mis casillas esas insinuaciones acerca de que podría tener miedo —añadió Railix mirando de nuevo a Álex—. Después de lo que él ha visto, nada humano parece darle miedo. Os lo digo en serio: he conocido a muchos valientes en mi vida, pero él... Es como si no tuviera límites.

—Dile que queremos verle, Railix, te lo ruego —suplicó Jana, alzando hacia el entrenador unos ojos brillantes de lágrimas—. Dile que nunca hemos podido olvidarle, y que necesitamos que nos perdone. Dile que necesitamos explicarle muchas cosas; por favor...

Railix clavó una mirada interrogante en Álex.

—¿Tú también me lo pides por favor? —preguntó con aspereza.

Álex comprendió que no era el momento de dejar traslucir su escepticismo.

—Sí, te lo pido por favor —murmuró—. Puede que no lo creas, pero yo también quería a Erik.

Railix apoyó los codos en la mesa y hundió un momento el rostro entre las manos. Cuando lo alzó de nuevo, sus rasgos parecían tallados en piedra, y resultaba imposible adivinar lo que estaba pensando.

—Está bien. No me corresponde a mí juzgar. Que Su Majestad decida... Le plantearé al rey vuestra petición. Mañana por la tarde, a eso de las siete, esperadme en La Rosa Oscura. Creo que para entonces ya tendré su respuesta... aunque tal vez no sea la que vosotros esperáis.

CAPÍTULO 7

Cuando se encontraban en el patio del colegio o en alguno de sus edificios, Álex y su hermana se limitaban, por lo general, a saludarse con una sonrisa o con un empujón cariñoso al pasar. No se paraban a hablar, y a veces podían pasarse días enteros sin cruzarse mientras estaban en Los Olmos. Incluso volvían a casa en autobuses distintos.

Sin embargo, al día siguiente del descubrimiento de Polgar Álex decidió romper aquella regla no escrita, y entre la primera clase y la segunda se escabulló escaleras abajo hasta el pasillo del primer piso, donde sabía que encontraría a Laura.

Al ver aparecer a su hermano en el umbral del aula, buscándola con la mirada, Laura se puso en pie tan deprisa que estuvo a punto de derribar su pupitre.

—¿Le pasa algo a mamá? —Preguntó, casi a gritos—. Álex, no me asustes.

Álex, incómodo por la atención que había atraído la pregunta de Laura, le hizo un signo a la muchacha para que le acompañase fuera.

—¿Tan grave es? —Laura parecía a punto de echarse a llorar al decir aquello.

—¿Por qué te pones así? Solo vengo a pedirte un favor...

La expresión alarmada de Laura se transformó instantáneamente en una sonrisa de incredulidad.

—Imposible —dijo en voz baja—. Mi todopoderoso hermano me necesita...

—Me gustaría que no bromeases con eso. El timbre va a sonar, te lo explico lo más rápido posible. Lo que quiero es que, al salir al recreo, busques a Jana, te la llesves y la entretengas. ¿Me has entendido? Invéntate cualquier excusa: que necesitas ayuda para un trabajo, que quieres entrevistarla... Lo que sea. Necesito que la mantengas ocupada por lo menos veinte minutos.

Los ojos de Laura se fueron agrandando al escuchar la petición de Álex.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Quieres que te libre un rato de tu novia? Álex...

Álex frunció el ceño, decidido a no dejarse impresionar por la mirada reprobadora de Laura.

—Oye, no es lo que crees. No voy a engañarla ni nada parecido —explicó—. Y tampoco es que me haya cansado de ella, ¿vale?

—Vale —se miraron en silencio unos segundos antes de que Laura se decidiera nuevamente a hablar—. Entonces, ¿qué es?

—No tengo tiempo para explicártelo ahora —Álex le echó una ojeada al gran reloj de agujas que colgaba de la pared del vestíbulo, al final del pasillo—. Solo hazlo, por favor...

—No lo haré si no me explicas por qué es tan importante —replicó Laura con firmeza—. Jana me cae bien. Casi nos hemos hecho amigas...

—¡Pero si no te estoy pidiendo nada malo! —La interrumpió Álex desesperado

—. Tengo que hablar con una persona, y es una conversación confidencial.

—¿Con qué persona?

—No la conoces. Es una chica nueva, se llama Dora. Va a la clase de David...

¿Qué pasa?

Laura se había cruzado de brazos y lo miraba con expresión ceñuda.

—O sea, que es una chica. Y quieres hablar con ella sin que se entere Jana. Y esperas que yo te ayude... Pues conmigo no cuentas.

Laura se dio la vuelta para volver a la clase, y casi en el mismo instante sonó de nuevo el timbre.

—Laura, por favor —suplicó Álex, deteniendo a su hermana y asiéndola por el hombro para obligarla a mirarle—. Laura, no es por mí. Es por Erik... Se lo debo a él, ¿de acuerdo?

Laura lo miró muy seria.

—No utilizarías a Erik para hacerme tragar una mentira —dijo lentamente—. No serías capaz de eso.

—Entonces, ¿me crees?

Laura se encogió de hombros.

—Más o menos —varios alumnos habían cruzado a su lado para entrar en la clase, y ella parecía ansiosa por imitarlos—. De acuerdo, Álex, tú ganas... Por esta vez, te ayudaré.



A la hora del recreo, Álex temió por un momento que Laura hubiese olvidado su promesa, porque pasaban los minutos y no aparecía por ninguna parte. Jana y él se habían sentado en un banco debajo del olmo más antiguo del patio, como hacían siempre. Había visto pasar a Dora de camino al gimnasio con sus zapatillas de danza en la mano. Lo tenía todo calculado: sabía que ella utilizaba siempre los recreos para ensayar, y que eso le permitiría hablarle de Erik a solas.

Había intentado usar el alfiler mágico de Dora para establecer una nueva comunicación con su amigo la noche anterior, pero no lo había logrado. Quizá el descubrimiento de que alguien estaba usurpando el lugar de Erik para hacerse pasar por el rey de los *Medu* le hubiese puesto nervioso. Necesitaba más que nunca contarle a Erik lo que estaba pasando, averiguar si él sabía quién podía encontrarse detrás de aquella superchería. Pero por más que apretó el alfiler dentro de su mano, no consiguió tejer a su alrededor el velo de oscuridad y sangre que la otra vez, había diluido momentáneamente los obstáculos entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Por eso era tan importante que viera a Dora. Si no podía comunicarse con Erik, al menos la tenía a ella.

Venía del mismo lugar en el que Erik estaba, conocía los dos mundos, y tal vez pudiese explicarle qué había fallado la noche anterior al usar el alfiler.

Jana, por su parte, no parecía haberse dado cuenta de la ansiedad que le agitaba por dentro. El descubrimiento de la ciudad secreta de la Resistencia *Medu* y del supuesto regreso de Erik parecía ocupar todo su pensamiento, sin dejar espacio para nada más.

—¿Tú crees que nos recibirá? —Le estaba preguntando a Álex cuando Laura surgió finalmente en una de las puertas laterales del colegio—. No puede guardarnos tanto rencor. Tiene que saber todo lo que hemos pasado...

—¿De quién me estás hablando? —Álex, distraído, no podía apartar los ojos de su hermana, que venía a su encuentro con una lentitud exasperante.

Jana torció el gesto, enfadada.

—No me estabas escuchando. Te estaba hablando de Erik, ¿de quién si no? No hago más que pensar en él desde ayer por la tarde. No puedo quitármelo de la cabeza...

Por fortuna para Álex, en ese instante Laura llegó por fin hasta el banco donde estaban sentados e interrumpió las reflexiones de Jana sin la menor consideración.

—Te estaba buscando —dijo con su mejor sonrisa—. Necesito que vengas un momento. Tengo un problema...

Hicieron falta un par de minutos más de explicaciones para que Jana se pusiese al fin de pie y siguiese sin demasiado entusiasmo a Laura hacia su aula, después de despedirse de Álex con un mohín de resignación. Álex no podía contener su impaciencia por ver desaparecer a las dos chicas dentro del edificio. Mientras las miraba alejarse, el corazón le latía tan deprisa como si estuviese a punto de cometer un delito.

Se escabulló en dirección al gimnasio tan pronto como la puerta del colegio se cerró tras su hermana.

Tenía que aprovechar cada minuto, porque Jana podía regresar a buscarlo antes de tiempo con cualquier pretexto.

Cuando Álex abrió la puerta del gimnasio, un haz de luz atravesó el parquet, reflejándose en las innumerables partículas de polvo que danzaban en el aire.

Sonaba una grabación de música de piano. La calidad del sonido no era demasiado buena. Al final de la barra, frente al espejo, Dora practicaba sus puntas haciendo bajar y subir sus talones en una secuencia rapidísima de movimientos repetidos.

Aún siguió subiendo y bajando durante unos segundos después de ver aparecer a su visitante. Era como si le costase trabajo abandonar los ejercicios. Álex vio cómo, finalmente, se dirigía hacia él con la cabeza muy alta, caminando como una bailarina.

Del extremo de la barra colgaba una chaqueta negra. Dora la cogió y se la puso

sobre las mallas de color rosa desvaído, anudándose el cinturón justo por encima de la vaporosa falda de tul que le cubría las piernas hasta las rodillas.

Aún no había terminado de ajustarse el lazo cuando se sentó en el parquet, invitando a Álex a hacer lo mismo.

—Siento interrumpirte —se disculpó el muchacho—. Necesitaba hablar contigo a solas.

Dora asintió, y dejó que su mirada vagase un momento por las espaldas polvorientas del gimnasio antes de detenerse en él.

—Esto era lo que más echaba de menos allí —comentó, agachando la cabeza y fijando los ojos en una de las zapatillas de baile mientras, con las dos manos, se frotaba la punta—. Esto, el baile. Antes del accidente, me esforzaba mucho, y me gustaba, pero no era tan importante para mí como ahora. Ahora, lo es todo.

Había terminado de frotarse la punta del pie derecho, y pasó a hacer lo mismo con el pie izquierdo.

—Supongo que es porque no me queda nada más —añadió en tono inexpresivo.

—¿Cómo que no? —Álex se había olvidado por un momento de sus propios problemas—. Tienes todo lo que tenías antes. Tu familia, por ejemplo. Estarán muy contentos de haberte recuperado...

—Sí, sí lo están —una sonrisa marchita afloró a los labios de Dora—. Mi madre tiene tanto miedo de que me pase algo que no me deja en paz. Y mi hermana ya no me toma el pelo como antes del accidente. Es como si le diera miedo... Sí, creo que hay algo en mí que le da miedo.

—No hables así. Eso es solo una impresión tuya, seguro. Sé lo que se siente cuando has vivido cosas que no puedes compartir con tus seres queridos; sé que no es nada fácil... Se siente uno muy solo.

Dora estudió un momento el rostro de Álex, como si estuviese buscando algo por debajo de la comprensión y la simpatía que reflejaba en ese instante.

—¿Usaste el alfiler? —Preguntó, ladeando un poco la cabeza—. ¿Funcionó?

—La primera vez sí. Ayer lo intenté de nuevo, pero no conseguí ver a Erik. Tengo que hablar con él, Dora. Es muy importante que hable con él. Erik quería decirme algo, pero no le dio tiempo. Y ahora, además, hay una cosa importante que debo contarle. ¿Qué tengo que hacer para que el alfiler vuelva a funcionar?

Dora estaba examinando con gran atención un punto suelto de su media rosada.

—El alfiler no volverá a funcionar. No es algo que dependa de un objeto. Un objeto no puede crear los puentes por sí solo. Tiene que estar impregnado de la mente y los sentimientos de una persona. De una persona que haya estado en los dos mundos; aquí y allí...

—O sea, tú.

Dora levantó los ojos hacia él.

—Yo soy el vínculo, sí. Soy el puente. Para eso me devolvió Erik a la vida. Eso te da una idea de lo importante que es para él recuperar la conexión contigo.

—Supongo que yo soy otro enlace más —murmuró Álex—. Lo que quiere, en realidad, es recuperar la conexión con el mundo.

—No es tan sencillo —murmuró Dora. Sus mejillas se colorearon ligeramente—. Él podría haber vuelto si hubiera querido. Podría haber salido, pero se negó.

Álex la miró con curiosidad.

—¿Lo conoces bien? —preguntó.

Dora hizo un gesto ambiguo con la cabeza; un gesto que podía querer decir que sí o que no.

—Allí el tiempo no existe —explicó en voz baja—. Ni tampoco la materia. Solo su sombra... No tuvimos más remedio que conocernos, supongo. Aunque tal vez el Erik que yo conocí no tenga mucho que ver con el que fue tu amigo.

—¿Tanto... tanto se cambia en ese lugar?

—Se cambia —los ojos de Dora se oscurecieron de pronto, volviéndose profundos y peligrosos como pozos—. Es muy triste ser una sombra. Y esa tristeza se te mete dentro y no te deja volver a ver las cosas como las veías antes. Lo que era importante para ti deja de serlo. Quieres desesperadamente volver a existir y, al mismo tiempo, sabes que es inútil, que ni siquiera eso te devolverá la esperanza.

—No puede ser tan malo —murmuró Álex, impresionado.

Dora se encogió de hombros.

—Recuerda que Erik y yo estábamos atrapados en la frontera. Es el peor lugar. No perteneces ni a un mundo ni al otro. Pobre Erik...

—Si es tan espantoso, ¿por qué no quiso volver?

—Eso debe contártelo él. Está convencido de que debe cumplir una misión. No ha tenido suficiente con sacrificarse una vez... Quiere volver a hacerlo.

Álex captó la irritación latente en el tono suave e irónico de Dora.

—Te importa —murmuró, sorprendido—. Él te importa...

Ella intentó sonreír, pero no pudo.

—Me había acostumbrado a él. Después de tanta soledad, él se convirtió en una parte de mi vida. No podrías entenderlo, aunque lo intentaras. Allí no había nada más... Solo nosotros, rodeados de sombras aterradoras que nos ignoraban. Yo ya había perdido la capacidad de recordar, de razonar como los seres humanos. Él me devolvió todo eso. Me arrancó de la muerte. No se dejó asustar por aquella indiferencia inhumana que se había apoderado de mí. Y te aseguro que no hay nada más aterrador que esa indiferencia. Es lo que hace verdaderamente temibles a los fantasmas.

—Muchos han vuelto —observó Álex, mirándola con atención—. ¿Tú puedes verlos?

Dora clavó los ojos nuevamente en sus zapatillas.

—Los ignoro —dijo—. Quiero olvidar lo cerca que estuve de convertirme en eso. Aunque no todos son iguales... Pero tú no has venido aquí para hablar sobre mí, me imagino. Lo que quieres es volver a hablar con Erik.

—¿Tú puedes ayudarme?

Dora dejó transcurrir unos segundos en silencio. Luego, sin mirar a Álex, comenzó a desanudarse las cintas de la zapatilla izquierda.

—Para ayudarte, tengo que darte un objeto íntimamente conectado conmigo. Esto servirá —añadió, tendiéndole la zapatilla—. Servirá incluso mejor que el alfiler. Una parte de mi alma vive a través de mis pies cuando bailo. Pero no tardes mucho en utilizarla. Cuanto más tiempo pase, más difícil será establecer la conexión. Además, necesito mi zapatilla —concluyó sonriendo.

Álex cogió la zapatilla de raso con las puntas reforzadas y la giró entre sus manos. Él tampoco podía esperar a intentarlo. Necesitaba hablar con Erik lo antes posible.

—¿Sabes si hay clase aquí ahora, después del recreo? —preguntó.

—Este sitio solo se utiliza después del horario escolar, para las actividades complementarias. Pero tengo que devolver la llave...

—Devuélvela —dijo Álex, mirándola con los ojos brillantes—. Pero deja la puerta abierta, por favor.

Siempre puedes decir que se te olvidó cerrar...

—¿Vas a quedarte? ¿No te echarán de menos en clase?

Álex sonrió.

—Ya me inventaré algo. Cuando termine, dejaré la zapatilla ahí mismo, debajo de la barra.

—Podrías pasar por mi clase para dármela...

—No —la sonrisa de Álex se disolvió en un gesto preocupado—. David va a tu clase... y sé por experiencia que es peligroso jugar con la curiosidad de David.

CAPÍTULO 8

Esta vez no hubo sangre, pero sí oscuridad. Apenas un par de minutos después de que Dora abandonase el gimnasio, la zapatilla, en las manos de Álex, comenzó a emitir un calor envolvente, acompañado de un zumbido casi inaudible, como el aleteo de un insecto. Y luego, mientras a su alrededor todo se hundía en la penumbra, las cintas de raso pálido empezaron a agitarse cada vez con más furia, tirando cada una en una dirección, como si intentasen desgarrar la zapatilla rompiéndola por el medio. La tensión adelgazaba por momentos el raso sucio de las punteras, volviéndolo casi transparente. Y el zumbido crecía.

De pronto, como en una explosión, las zapatillas se disolvieron en una miríada de libélulas vivas que se dispersaron en todas direcciones llenando el gimnasio con sus vuelos imprevisibles, rapidísimos, y con los destellos de oro de sus transparentes alas.

Mareado por la tempestad de insectos, Álex cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, las libélulas se habían convertido en flotantes lámparas de cristal. Pequeñas lámparas de aceite... En cada una de ellas ardía una llama vertical y oscilante como la de una vela, y un olor ácido impregnaba el gimnasio, un olor de aceites tropicales quemados y transmutados en humo.

Erik estaba sentado frente a él con las piernas cruzadas, exactamente en el mismo lugar en el que se había sentado Dora. Se miraron largamente antes de que ninguno de los dos se decidiese a pronunciar palabra.

Álex no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a su amigo hasta ese instante. Cuanto más lo miraba, más hondo era el vacío que sentía en su interior, más insoportable la idea de que ese vacío nunca podría volver a llenarse.

—El otro día te perdí muy pronto —dijo Erik con una sonrisa que parecía haber tomado prestada de un recuerdo—. Fue una lástima...

—Sí. Tengo que contarte muchas cosas, Erik. Necesito saber qué debo hacer... Qué es lo que quieres que haga.

—Yo también tengo que explicarte algunas cosas.

Erik extendió una mano abierta con gran lentitud. Parecía estar explorando el aire, la consistencia de aquella visión, de aquel lugar. ¿Cómo lo estaría viendo él? ¿Cómo se vería el estudio de danza del viejo colegio de Los Olmos desde el otro lado?

Detrás de Álex se encontraba la pared de los espejos. Y Erik la estaba mirando fijamente, como si hubiese en ella algo fascinante que le impidiese apartar la vista. Ese algo tenía que ser su propio rostro... Tal vez, en aquella frontera inmaterial en la que vivía, hubiese comenzado a olvidarlo.

—Erik —Álex trató de concentrarse—. Alguien se está haciendo pasar por ti. Dicen que has resucitado... Los *Drakul* han organizado una ciudad subterránea secreta a la que llaman Polgar, y se supone que tú eres quien los dirige. No sé lo que

pretenden hacer desde allí. Todo es muy raro...

—Polgar. Según la tradición, era el nombre de la aldea en la que nació *Drakul*, el fundador de nuestro clan.

—Parece que alguien quiere hacerles creer a los tuyos que ha llegado el momento de empezarlo todo otra vez. De empezar de nuevo...

—No lo entiendo —un par de pliegues habían aparecido en la despejada frente de Erik—. No puede ser Harold. Harold nunca haría algo tan audaz. Y tan loco...

—Sea quien sea, debe de tener un buen dominio de la magia. Especialmente, de la magia de las transformaciones. Los que lo han visto lo confunden contigo. Incluso los que te conocían bien... ¡Incluso Harold!

—No puede ser. La magia de las transformaciones no es propia de los *Drakul*. Es más bien propia de los *Íridos*.

Una chispa de comprensión iluminó los ojos azules de Erik, y por un momento toda su figura pareció reverberar en medio de la oscuridad como si fuese transparente y estuviese iluminada por dentro.

—Sabes quién es —dijo Álex, asombrado—. ¿Quién? Erik, ¿quién puede haber hecho algo así?

Erik meneó lentamente la cabeza.

—Tengo una sospecha —admitió—; pero no puedo compartirla contigo.

—Entonces, ¿vas a dejar que ese tipo, sea quien sea, se salga con la suya sin más? ¿Que utilice tu nombre para sus propios fines y que engañe a todos? Es un disparate...

—Al contrario. Quizá sea una buena solución. Es difícil saberlo desde aquí...

—¿Que aparezca un usurpador es una buena solución? Por el amor de Dios, Erik, ¿no sería mejor solución que regresases tú?

Una sonrisa cargada de dolor afloró a los labios de su amigo.

—Yo no puedo volver. Y, en cuanto a lo de la solución... tengo que tener más datos para saberlo.

—¿Para saber qué?

—Para saber si puedo descansar o no. Para saber si puedo dejarlo todo en manos de los vivos o si eso supondría la mayor de las catástrofes. Hay un desequilibrio entre los dos mundos, Álex. Un desequilibrio que tú y Jana creasteis. La puerta que habéis abierto puede destruir todo aquello por lo que nos sacrificamos; vosotros y yo...

—No te entiendo del todo, Erik. ¿Qué es lo que quieres que haga?

La voz del *Drakul* resonó amplificada por un eco que no procedía de las paredes, sino de algún muro invisible, más lejano y, a su manera, más sólido.

—Quiero que se lo expliques al rey —contestó—. Dile que debe usar su poder para ayudarme a cerrar la Puerta de Plata.

—¿La Puerta de Plata? ¿Qué es?

—Es una entrada mágica al otro mundo, Álex. Es la puerta que vosotros abristeis leyendo el Libro de la Creación. Hay que devolver a los muertos a este lado, pero yo no puedo hacerlo solo. Si ese rey consiguiese unir a los *Medu* para que cooperasen...

—¿Ese impostor? Bueno, tu nombre tiene mucha fuerza. Si se lo prestas de tan buena gana, a lo mejor consigue unirlos a todos. Si alguien puede conseguirlo, ese eres tú... O tu doble.

—Precisamente —Erik ignoró el tono irónico de Álex—. Él puede conseguirlo. Y, con todos los *Medu* unidos, tal vez podríamos lograrlo. Yo desde aquí y vosotros desde allí.

—Bueno, no creo que nadie esté en contra de devolver a los muertos a su sitio. Sabes lo que están haciendo, ¿no? Captan la magia. La arrancan del mundo material. Se vuelven más y más poderosos.

—Tienes que entender que los que han regresado no son los mejores. Son los más humanos, los que aún no han podido olvidar la atracción irresistible de la materia. Pueden hacer mucho daño, Álex; mucho daño.

—Lo entiendo —murmuró el muchacho—. Y supongo que tú te has quedado allí para asegurarte de que ellos regresen. No puedes hacerlo desde este lado...

—No, no podría. Ni siquiera uniendo mis fuerzas con las vuestras es seguro que podamos conseguirlo.

Estáis perdiendo poder, lo sé. Lo noto...

—¿No crees que ese tipo, el que se hace pasar por ti, se asustará cuando le lleve tu mensaje? ¿No crees que intentará hacerme callar, para que nadie averigüe lo que sé sobre él?

—Eso no me preocupa —dijo Erik con despiadada calma—. No, eso no es lo importante...

—Vaya, gracias.

—Lo importante es que ese rey, sea quien sea, entienda lo que le pido y acepte el precio que tendrá que pagar.

—¿El precio?

Erik asintió. Las luces de las lámparas se reflejaban repetidas mil veces en sus iris azules.

—El precio es el fin de los *Medu* —dijo lentamente—. La desaparición de los clanes mágicos.

—Estás loco —a Álex se le escapó una sombra de carcajada—. Ningún rey *Drakul*, aunque sea un farsante, aceptaría eso. Ningún *Medu* lo aceptaría. Ni siquiera Jana...

—Por eso te pedí que no le contases nada. Pero el rey debe saberlo. Él sí. Tienen que dejar que los espectros arranquen toda la magia del mundo de los vivos. Deben dejar de oponer resistencia. Y luego, en el último momento, los devolveremos a su

lugar. A este lado de la Puerta de Plata. La magia nunca debió salir de aquí... Eso es lo que debes decirle al que se hace llamar por mi nombre.

—Se negará. ¿Cómo puedes creer que va a aceptar una cosa así? Ya no conoces a los tuyos, Erik. Has olvidado cómo son...

—No me importa cómo sean. Si el rey es quien creo que es, me debe lealtad. Hará lo que yo le pida sin pedir explicaciones.

—Se hará muchas preguntas. Querrá saber, seguramente, por qué no se lo has pedido a él directamente. Y quizá desconfíe...

—¿Desconfiar?

Álex asintió.

—Puede argumentar que todo es un truco, Erik. Puede argumentar que tú ya no eres uno de los suyos... que estás del otro lado.

Una fría sonrisa iluminó el rostro de Erik.

—No te entiendo.

—Yo creo que sí —insistió Álex sosteniéndole la mirada—. Después de todo, es cierto que estás del otro lado, y que eres uno de los suyos... Un muerto.

Durante unos instantes los dos amigos se desafiaron con los ojos.

—No puedes estar insinuando de verdad lo que creo que estás insinuando —dijo Erik, incrédulo—. No puedes...

—Únicamente te estoy advirtiéndote de lo que pensarán los demás. Todos.

—¿Eso no te incluye a ti?

Álex suspiró profundamente.

—No, eso no me incluye a mí.

—O sea, que me crees.

—Nadie más te creará, Erik. No puedes pedirles a los *Medu* que sacrifiquen una tradición mágica de siglos porque se lo ordene un muerto. Si quieres que te sigan, vuelve. Regresa aquí, echa a ese impostor y ocupa tu lugar entre los vivos.

Un silencio sepulcral acogió la sugerencia de Álex.

—Supongo que eso es un no...

—Lo siento, amigo. —La sonrisa de Erik ya no era tan gélida. Ahora parecía más humana, y también más triste—. No puedo hacerlo.

Álex se pasó una mano por la frente, agotado. Tenía la sensación de que nada de lo que dijera influiría en Erik. Él le estaba pidiendo que le ayudase en recuerdo de su vieja amistad, pero, al mismo tiempo, parecía insensible a cualquier argumento o súplica que pudiera plantearle.

—Ese hombre, el impostor... No me recibirá —murmuró—. Ni siquiera querrá escucharme.

—Debes llegar hasta él como sea —exigió Erik—. Y tal vez yo pueda allanarte el camino... Sí, ya sé cómo hacerlo. Solo hazle saber que le llevas un mensaje desde la

gruta negra del escorpión. Si es quien yo creo que es, eso bastará para que te escuche.

—¿Y quién es, Erik? ¿No vas a decírmelo?

—No sería prudente. Además, es posible que me equivoque. Lo único que puedo decirte es que no es un ambicioso sin principios. Se trata de alguien que se preocupa de verdad por el destino de los *Medu*. Y es leal a los *Drakul*... al menos, eso creo.

—La gruta negra del escorpión —recitó Álex en tono escéptico—. ¿Y crees que eso bastará? Tendría que hacerle llegar el mensaje a través de uno de sus subordinados. Hay un tipo, Railix...

—Le conozco. Siempre fue leal a mi padre. Puedes darle a él esa contraseña y pedirle que se la repita al supuesto rey. Railix no sabe lo que significa... pero el rey lo sabrá.

Álex se encogió de hombros. Tal vez por efecto del agotamiento, empezaba a ver a su amigo borroso, como a través de un filtro de niebla. Las lámparas de aceite empezaron a apagarse. El brillo de sus cristales se volvió más tenue, más irisado. Volvían a ser alas... Alas de libélulas inmóviles en el aire, difuminándose progresivamente a través de una cortina de bruma.

—Hay otra cosa, Álex —la voz de Erik llegaba distante, y los labios de su imagen ya no se movían—. Es sobre Dora... Me gustaría que le dijeras que... No, mejor no le digas nada.

—No entiendo —Álex intentaba distinguir la expresión de su amigo a través de la neblina cada vez más densa que llenaba el viejo gimnasio—. Si una zapatilla suya ha conseguido que yo pueda comunicarme contigo, debe de resultarte fácil comunicarte con ella. Hay un vínculo entre vosotros, ¿no?

—Sí. Y me ha resultado muy útil para llegar hasta ti. Pero tendrá que romper los lazos antes de que sea demasiado tarde. Ella lo sabe...

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para desligarse definitivamente de la muerte. Cuando las puertas se cierren, ella debe quedarse de ese lado. Del lado de la vida.

—Lo dices como si fuera muy importante para ti —observó Álex.

—Lo es. Es extremadamente importante. Quiero que ella siga viviendo. Que mi sacrificio, al menos, haya servido para eso...

—¿Te gusta! O sea que... Los muertos también se enamoran...

—Yo no lo llamaría amor —dijo Erik con sarcasmo—. Como mucho, una sombra del amor. Una nostalgia... Adiós, Álex. Me gustaría decirte hasta nunca, por tu bien... Pero estamos juntos en esto, y antes o después nos volveremos a ver.



—¿Dónde te habías metido? —De pie al final de la cola del autobús, Jana miraba a Álex con ojos furiosos—. Te han puesto falta en Biología y en Matemáticas. Si

pensabas irte, por lo menos podrías habérmelo dicho.

—Me encontraba mal —mintió Álex sin mucha convicción—. Pensé que, hasta que se me pasara, estaría mejor en la biblioteca.

—No has estado en la biblioteca. —Jana, aferrándose a su carpeta como si se tratase de un escudo protector, sonrió con desconfianza—. Otra vez las mentiras, Álex. Pensé que nunca tendríamos que volver a esto.

Álex clavó la mirada en sus zapatos. La cola del autobús escolar avanzaba lentamente a medida que los alumnos de Los Olmos iban ocupando sus asientos en el vehículo. Jana no parecía dispuesta a añadir nada más a su acusación... Y Álex no se sentía con ánimos para rebatirla.

Al fin y al cabo, ¿qué podía decir? Jana no se merecía que insistiese en su mentira, que añadiese detalles absurdos para hacerla más creíble. En cierto modo, casi se alegraba de haberse inventado una excusa tan torpe. Ella se había dado cuenta de que le estaba mintiendo, y eso, curiosamente, le hacía sentirse menos traidor.

En ese instante odió a Erik por haberle puesto en aquella situación. Por un motivo o por otro, Erik siempre terminaba interponiéndose entre ellos dos. Así había sido cuando vivía, y también después de su muerte. Erik, siempre Erik...

Ni siquiera estaba seguro de que fuese buena idea seguir sus instrucciones. Por muy amigos que hubiesen sido en el pasado, Erik ya no era el mismo. Sus motivos resultaban demasiado oscuros para comprenderlos. Estaba muerto, nada del mundo material le importaba, y no era fácil entender por qué se apasionaba aún de tal manera por los asuntos de los *Medu*. Además, lo que ahora pretendía era justo lo contrario de lo que habría querido cuando estaba vivo. Deseaba la destrucción de los clanes mágicos, el regreso de los *Medu* a la normalidad de los seres humanos. Quería quitarles lo que los hacía diferentes: su magia... ¡El antiguo Erik nunca habría luchado por eso!

Miró de reojo a Jana. Necesitaba desesperadamente contarle lo que había pasado en el antiguo gimnasio, explicarle lo que Erik se proponía. Ella era la única persona en la que deseaba confiar.

Además, conocía bien la historia de los clanes, su relación de siglos con la magia. El único motivo que tenía Erik para exigirle que no hablase con Jana era su convicción de que ella no apoyaría su plan. Pero tal vez fuese Jana la que tuviese razón, y escuchar a Erik fuese un error...

La siguió escaleras arriba y a través del pasillo del autobús hasta un par de asientos vacíos que había justo por detrás de las puertas traseras. Jana ocupó el asiento de la ventanilla, y ni siquiera lo miró cuando él se sentó a su lado.

—Issy ha venido a hablar conmigo —dijo con la mirada fija en la marquesina de la parada—. Railix tiene un mensaje de Erik para nosotros.

El autobús arrancó con brusquedad y los asientos empezaron a vibrar

insistentemente, al igual que los cristales.

—¿Un mensaje del rey? ¿Qué dice?

—No he hablado con Railix todavía. —Jana seguía evitando su mirada—. Hemos quedado a las tres menos cuarto en La Rosa Oscura. Pensaba bajarme en la última parada y desde allí coger el metro para llegar a tiempo. No hace falta que me acompañes, si no quieres.

—Claro que te acompañaré. Podremos comer algo allí. Un sándwich...

Apenas intercambiaron palabra durante el siguiente cuarto de hora. Había empezado a llover, y el autobús escolar avanzaba a trompicones por las calles atestadas de coches y de gente con paraguas. En los asientos delanteros, un grupito de chicas se había puesto a cantar una canción de moda cambiando el final de las estrofas para adaptar la letra a alguna anécdota ocurrida en los baños durante el recreo.

Álex las oía sin prestar atención. De vez en cuando se atrevía a mirar a Jana con el rabillo del ojo. Le pareció que Jana escuchaba cantar a las compañeras de delante con una mezcla de desprecio y envidia.

Él sabía que Jana nunca había participado en una escena como aquella. No tenía ninguna amiga íntima, y sus compañeras de clase no la habrían incluido jamás en aquella clase de juegos. Evitaban enfrentarse a ella, pero no les caía bien. Era como si le tuvieran miedo... Era diferente, vivía de una manera distinta, y ni siquiera se esforzaba por ocultarlo. Con sus modales altaneros y su forma de vestir un tanto excéntrica, parecía desafiar a todo el mundo.

Y sin embargo, Álex estaba seguro de que a Jana le hubiese gustado en algún momento de su vida poder cantar una estúpida canción a coro con las demás chicas, sin tener que pensar en nada más; ni en su clan, ni en su hermano David, ni en los oscuros secretos de su madre... Jana, algunas veces, se sentía harta de ser diferente. Y esa era, justamente, una de aquellas veces.

El trayecto en metro hasta La Rosa Oscura no fue mucho más animado que el viaje en autobús. Álex procuraba distraerse observando a la gente que viajaba en su mismo vagón e intentando adivinar cómo serían sus vidas. Pero no era un juego demasiado divertido: ninguno de los pasajeros parecía, a primera vista, ocultar ningún secreto interesante.

Se apearon en la penúltima parada de la línea y subieron en las escaleras mecánicas hasta la salida. Una vaharada de frío húmedo los envolvió al salir al aire libre. La Rosa Oscura se encontraba allí mismo, en la acera de enfrente... Railix había dejado la moto fuera, pero no vieron la de Issy.

Al entrar en la cafetería, los ojos de Álex se cruzaron con la mirada indiferente de Lilieth. Allí, detrás de la caja registradora, mientras terminaba de dar el cambio a un cliente, su aspecto era muy distinto al de la muchacha decidida y entusiasta que los

había guiado a través de las calles de Polgar. Apenas llegó a esbozar una sonrisa al saludarlos... Cuando trabajaba, Lilieth parecía dejar a un lado todo lo demás.

Railix los esperaba sentado en una mesa al fondo del local, comiéndose una ensalada con aire melancólico.

—Tengo que cuidar mi dieta para mantenerme en forma —explicó en cuanto ellos se sentaron, como si la presencia de aquella ensalada en la mesa exigiese algún tipo de disculpa—. Los años no pasan en balde... ¿Qué queréis? Invita Su Majestad.

Jana pidió una hamburguesa sencilla y una coca cola, y Álex, un sándwich. Railix se acercó a la barra para transmitirle el pedido a Lilieth, tras lo cual regresó a la mesa renqueando y con una desconcertante sonrisa en la cara.

—Su Majestad acepta —anunció, dejándose caer pesadamente en su asiento—. Quiere que nos ayudéis a encontrar a mis colaboradores desaparecidos. El cree que estáis preparados... Pero no será una misión fácil, os lo advierto. El lugar en el que vamos a entrar es uno de los más traicioneros que conozco. Lo llamamos «el Laberinto»... aunque la gente normal lo conoce como «Magic Land».

—¿Magic Land, el parque temático? —Jana lo miró con incredulidad—. ¿Es allí donde tenemos que buscar?

—Ese sitio no es lo que parece —gruñó Railix, y engulló un nuevo bocado de su ensalada antes de continuar—. Es decir, sí lo es... pero es mucho más que eso. El parque se construyó para proteger una antigua ruta secreta de la tradición *Drakul*. Fue una idea de Óber... Él siempre tenía ideas brillantes.

—¿Cuándo podremos ver a Erik? —Preguntó Jana—. Hay tantas cosas que quiero decirle... ¡Casi no me puedo creer que haya vuelto!

—Ni yo tampoco —murmuró Álex en tono sombrío.

—Su Majestad os recibirá cuando regresemos de la misión que nos ha encomendado —contestó Railix—. Es un momento delicado; la existencia de Polgar no tardará en salir a la luz, y debemos estar preparados...

Jana parecía enormemente desilusionada.

—Pensé que lo veríamos hoy mismo —murmuró—. No sé por qué, pensé que él tendría tantas ganas de vernos como nosotros de verlo a él.

—Si hubiese estado tan ansioso por vernos, nos habría buscado —observó Álex de mal humor—. Te recuerdo que hemos averiguado lo de su regreso prácticamente por casualidad.

—Creo que Su Majestad se alegrará de volver a verlos —intervino Railix, mirando a Álex con el tenedor suspendido en el aire a escasos centímetros de su boca—. Pero esta misión es urgente. Estamos preocupados, no lo voy a negar. Muy preocupados... Hemos salido de otras peores, y de esta también saldríamos incluso sin vuestra ayuda. Pero si el rey piensa que se puede confiar en vosotros, toda colaboración es bienvenida. Y sabemos que entre los dos reunís más magia que

algunas ciudades enteras.

—Para poder ayudar, antes tendríamos que saber de qué va toda esta historia —dijo Jana—. Esos chicos, Kinow y Pórtal, estaban colaborando contigo en una misión. ¿Cuál era el objetivo de esa misión?

Railix se la quedó mirando con aire abstraído mientras meditaba su respuesta.

—En realidad, tenéis que saberlo —dijo, hablando más para sí que para Jana—. El rey no quiere que nos limitemos a encontrar y liberar a los dos agentes desaparecidos. Quiere que la misión se lleve a cabo tal y como estaba prevista. Y para eso hay que atravesar el laberinto.

—¿Qué es, una especie de prueba? —preguntó Álex en tono burlón.

Railix frunció el ceño.

—Esto es una misión real, chico. Una misión muy peligrosa. La ruta secreta del Laberinto conduce a la frontera misma del mundo de los Muertos. Termina en la Puerta de Plata... ¿Habéis oído hablar de ella?

Tanto Jana como Álex asintieron, aunque Álex no había oído mencionar la existencia de aquella puerta hasta aquella misma mañana.

—Los muros invisibles que separan este reino del Otro Mundo se han vuelto permeables. Muchos espíritus han aprovechado la circunstancia para regresar e intentar quedarse entre los vivos. Para ello, acaparan toda la magia que pueden...

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Jana.

—Creo que ya lo sé. —Álex estudió pensativo el rostro áspero de Railix—. Tu rey quiere que los espíritus regresen a su lugar. Quiere cerrar la puerta...

—No. Quiere controlarla.

Aquella respuesta consiguió desconcertar a Álex.

—¿Controlarla? —repitió—. No entiendo...

—Si conseguimos controlar el paso a través de la puerta, podremos imponer condiciones. Los espíritus no pueden quedarse eternamente de este lado. Necesitan ir y volver, ir y volver...

—¿Queréis negociar con los muertos? —preguntó Jana, incrédula.

—No son todos los muertos. Solo son aquellos que no pueden resignarse a aceptar su propia muerte, los que han dejado asuntos pendientes. Y sí, queremos negociar con su muerte... Nosotros les dejamos ir y venir y ellos, a cambio, nos entregan su magia.

Jana lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Eso puede hacerse?

—Su Majestad cree que sí. Una vez conquistada la puerta, ellos dependerán de nosotros para usarla. Y en eso consiste justamente nuestra misión: en conquistar la puerta.

—¿Intentarán impedirnoslo? —preguntó Jana.

—Claro —Railix lanzó una breve risotada—. Ahora saben lo que intentamos, y harán todo lo que puedan por detenernos. ¿Cómo crees, si no, que perdimos a Kinow y a Pórtal? Fueron ellos... los Olvidados.

Jana se estremeció al oír aquel nombre.

—Los Olvidados —murmuró—. Es espantoso pensar que ellos puedan... que ellos tengan la llave de esa puerta.

—Veo que lo has entendido —la interrumpió Railix—. Es mejor que la tengamos nosotros. Y cuanto antes consigamos controlarlos, mejor. Ganan poder cada día que pasa.

—¿Cuándo iremos a ese lugar? —preguntó Álex.

—¿Al laberinto? Tendrá que ser esta noche —Railix desvió la mirada hacia la barra—. Vaya, parece que vuestra comida ya está lista.

Jana se levantó a recoger su plato. En lugar de seguirla, Álex decidió aprovechar aquel momento, que quizá fuera el único que se le presentase en toda la comida, para hablarle a Railix del mensaje de Erik.

—Necesito ver a solas al rey —dijo, inclinándose hacia delante y mirando al entrenador *Drakul* a los ojos—. Y tiene que ser hoy mismo, no puedo esperar. Es muy importante...

—Ya te he dicho que el rey os recibirá cuando regresemos del laberinto —replicó Railix, molesto—. ¿Es que no me has oído?

—Cambiaré de opinión. Dile que tengo un mensaje que viene de la gruta negra del escorpión. Él lo entenderá... Y estoy seguro de que querrá recibirme.

—Le pasaré el mensaje —rezongó Railix—. ¿Qué es, una especie de contraseña? No la había oído nunca...

Jana regresó en ese instante con su hamburguesa en una mano y el sándwich de Álex en la otra.

—Te toca ir por las bebidas —dijo, dejando con brusquedad los platos sobre la mesa—. No me gusta hacer de camarera, y menos cuando nadie me lo agradece.

Sin intentar defenderse del ataque de Jana, Álex se levantó de su asiento y se alejó en dirección a la barra, donde recogió los dos vasos altos de Coca Cola que Lilieth acababa de servir para ellos.

—Railix me ha dicho que vais a acompañarnos al laberinto —dijo la muchacha, sonriéndole como si estuviese hablando de una excursión al campo.

—¿Tú también vienes? —preguntó Álex.

—Por supuesto —Lilieth lo miró directamente a los ojos—. No hay nada más divertido que ir a un parque temático de noche... Sobre todo, cuando te juegas la vida de verdad.

CAPÍTULO 9

Álex estaba abriendo la puerta de su casa cuando un breve zumbido hizo vibrar su móvil dentro de la mochila. Descolgándosela del hombro, la puso en el suelo junto a la puerta de entrada, tiró de la cremallera y extrajo el teléfono.

Un rectángulo gris con un mensaje dentro brillaba en medio de la pantalla negra. Alguien le estaba solicitando una videoconferencia.

Corrió a su habitación y, después de quitarse la chaqueta negra y arrojarla sobre una silla, pulsó el icono verde del programa de conexión.

Se sentó en el borde de la cama, mirando fijamente la pantalla del teléfono. Lo primero que solía hacer al entrar en su cuarto cada tarde era quitarse los zapatos, pero esta vez ni siquiera se acordó de eso.

No podía despegar los ojos de la pantalla, ahora completamente blanca, donde el nombre de Erik aparecía enmarcado en un rectángulo rojo para indicar que, por el momento, el solicitante de la conexión no estaba disponible.

Pero el rectángulo rojo no tardó en volverse verde, y, unos segundos después, el rostro de Erik apareció en la pantalla.

La velocidad de la conexión no era muy alta, y eso hacía que la imagen llegara pixelada en algunos momentos. Sin embargo, en seguida recuperaba la nitidez. Era el rostro de Erik, no cabía ninguna duda...

Solo que no podía tratarse del verdadero Erik. De eso Álex estaba seguro.

Se miraron largamente antes de decidirse a pronunciar palabra. Fue el rey quien, finalmente, se atrevió a romper el hielo.

—Me alegro de verte —dijo. Sus ojos no miraban directamente a Álex, sino al monitor donde debía de estar viendo la imagen de su amigo—. Estás como siempre...

—Pues yo no puedo decir lo mismo —murmuró Álex.

El parecido de aquel chico con el verdadero Erik resultaba tan asombroso que era necesario un auténtico esfuerzo de la voluntad para recordar que, en realidad, se trataba de un impostor.

—¿Quieres decir que no te alegras, o que yo no estoy como siempre? —preguntó el rey sonriendo.

No. No era Erik. Esa sonrisa insegura no la había visto nunca en el rostro de su viejo amigo.

—No me alegro, es cierto; y también es cierto que no estás como siempre... Tal vez porque no eres el de siempre.

La sonrisa del rey se congeló en una mueca rígida.

—Tienes razón. Ahora deberías llamarme «Majestad» y tratarme con un poco más de respeto —observó.

Álex le sostuvo la mirada con curiosidad.

—El respeto hay que ganárselo —dijo en tono sereno—. A mí, la verdad, me cuesta sentir respeto por los impostores.

La imagen pixelada de Erik en la pantalla del móvil perdió color, adquiriendo una tonalidad cenicienta.

—Me estás llamando impostor —murmuró—. Álex, no puedo creerlo. Si alguien me conoce bien, ese eres tú...

—Conozco al verdadero Erik, y sé distinguir cuándo alguien le está imitando. Lo haces muy bien, sorprendentemente bien, pero no eres él.

—Espero que eso no lo hayas ido diciendo por ahí —dijo el rey con frialdad—. Los *Drakul* lo considerarían una traición, y podrían hacerte daño. Aunque no lo creas, me preocupa tu seguridad...

—No tienes que preocuparte por eso; sé cuidar de mí mismo. Además, por el momento no se lo he contado a nadie. Y no lo haré a menos que no me dejes otra salida.

A pesar de la escasa nitidez de la imagen, Álex captó un brillo burlón en la mirada del supuesto Erik.

—Haces bien en no ir contando por ahí ese disparate. Pensarían que estás loco... Todos los *Medu* me conocen, Álex. Recuerdan mi aspecto, saben quién soy cuando me ven. Soy Erik, el hijo de Óber, el último descendiente de los jefes *Drakul*. Me corresponde hacer todo lo que esté en mi mano por ver cumplidos los deseos de mi padre y hacer realidad sus sueños.

—Tu aspecto es el de Erik, pero no eres Erik. Cualquiera que lo conociese bien se daría cuenta del truco. Lo que me gustaría saber es quién eres en realidad...

—¿Y tú? ¿Quién eres tú? Ni siquiera se te puede considerar un *Medu*. Y muchos de los míos no han olvidado que, una vez, te pusiste del lado de los guardianes...

Álex meneó la cabeza con aire sombrío.

—Si fueras el verdadero Erik no me habrías hecho esa pregunta —murmuró—. El verdadero Erik tiene muy claro quién soy yo: soy su mejor amigo.

La imagen de Erik torció el gesto en la pantalla.

—Mi mejor amigo —gruñó—. Una definición muy pobre para una persona...

—A mí no me lo parece.

Los dos jóvenes se miraron desafiantes. En los ojos de Erik, Álex creyó reconocer la fiereza indignada de otros tiempos. Sus iris azules tenían aquel mismo brillo acerado que había en ellos el día en que se enfrentó a su padre para defender a Jana.

Por un momento, Álex dudó de sí mismo, de sus visiones, de la conversación que había mantenido poco tiempo atrás con un Erik casi irreconocible que le hablaba desde más allá de la muerte.

Quizá su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Tal vez aquel rostro que le retaba con los ojos a través del teléfono fuese en realidad el rostro de su amigo.

Pero, en ese caso, ¿quién era el otro, el Erik de la visión? ¿Un espejismo? ¿Una alucinación de su mente enferma?

Tal vez el rey captase el instante de vacilación de Álex, porque cuando volvió a hablar lo hizo en un tono completamente diferente del que había empleado hasta entonces.

—Tienes razón, Álex —murmuró—. No importa quién seas para el resto de los *Medu*. Eres mi mejor amigo, y no vas a dejar de serlo porque yo me haya convertido, a mi pesar, en rey. Tú sabes que no era mi deseo. Sabes que no quería volver...

—Sí —admitió Álex con voz apagada—. Sí, lo sé.

Erik asintió, y una tenue sonrisa afloró a sus labios.

—Sabía que podía contar contigo —dijo—. Álex, necesito tu ayuda. Todos la necesitamos. No te culpo, pero tú sabes que la actual situación de los *Medu* se debe, en buena medida, a lo que tú hiciste. Y ya va siendo hora de que mi pueblo recupere el lugar que le pertenece por derecho. Los *Medu* están hechos para la magia, Álex. Los hombres no.

—Puede que tengas razón —dijo Álex con la mirada fija en los ojos de su amigo.

—Tengo razón, créeme. La magia debe regresar a los *Medu*. Está provocando estragos entre los humanos, que no saben utilizarla ni parecen dispuestos a aprender de ella. Por culpa de su torpeza, los espíritus del otro lado están acaparando buena parte de ese poder que los humanos no saben cómo dominar. Se lo roban sin que ellos hagan nada, y eso los hace cada vez más fuertes. A este paso, pronto serán invulnerables...

—Y tú quieres impedirlo.

Erik asintió.

—No será fácil, pero con tu ayuda y la de Jana lo conseguiremos. Lo único que os pido es que acompañéis a Railix a través de esa senda secreta que llaman el Camino de la Oca hasta la Puerta de Plata, que comunica este mundo con el otro.

Álex sintió que se le aceleraba el pulso. Por un momento, pese a las explicaciones que le había oído a Railix y que apuntaban en una dirección muy distinta, creyó adivinar lo que el rey le iba a decir. Se le ocurrió de pronto que probablemente su visión no hubiese sido más que un anticipo del futuro, un adelanto de lo que el verdadero Erik estaba a punto de decirle. Después de todo, esa clase de visiones eran la especialidad de los *Kuriles*, y él descendía de ellos.

—Quieres que cerremos la Puerta de Plata —murmuró—. Quieres que te ayudemos a cerrarla para siempre y a dejar a los muertos definitivamente atrapados al otro lado...

Erik se echó a reír.

—¿Cerrarla? Claro que no. Lo que quiero es controlarla, ser yo quien decide quién entra y quién sale, y a qué precio... Ellos pagarán por ese paso entre los dos

mundos cuando comprendan que yo tengo la llave capaz de abrirlo o cerrarlo según me plazca. Me pagarán con lo que han robado aquí, a este lado... Con su magia.

—¿Quieres controlar la Puerta de Plata para obligar a los espíritus a entregarte su magia a cambio de franquearla? —resumió Álex, espantado—. Es un disparate. Además, eso no es lo que...

Álex se interrumpió, sin saber cómo proseguir.

—Adelante, continúa —le exigió Erik en tono imperioso a través de la pantalla—. Eso no es lo que... ¿Qué querías decir?

—Eso no es lo que haría el verdadero Erik —concluyó Álex, sondeando con curiosidad el cambio que sus palabras produjeron instantáneamente en la expresión del rey.

—Otra vez vuelves con eso —murmuró este con aire hastiado—. Vas a obligarme a hacer algo que no quiero hacer, Álex. No puedo permitir que digas esas cosas en público. En este momento, no puedo permitir que nadie ponga en duda mi autoridad...

—No lo entiendes —dijo Álex con lentitud—. No estoy hablando así por capricho, ni porque tenga una sospecha. Yo... he hablado con el verdadero Erik... Y sé que no está aquí, sino al otro lado de la Puerta de Plata, en la frontera entre la vida y la muerte.

Le pareció que el rostro del rey cambiaba de color, volviéndose más ceniciento.

—No... no es cierto —balbuceó, rehuendo la mirada de Álex—. Amigo, estás desvariando...

Ahora era Erik el que se mostraba vacilante, como si, de repente, él mismo no recordase del todo quién era ni lo que estaba haciendo un instante atrás. Se quedó callado, mirando al vacío, abstraído en sus propios pensamientos. Por un momento, Álex temió que se hubiese olvidado de él.

—No estoy desvariando. Seas quien seas, estoy seguro de que, en cierto modo, respetabas a Erik. Incluso lo admirabas... Si no fuera así, no te habrías tomado tantas molestias para usurpar su lugar.

El rostro del rey parecía una máscara de piedra congelada en la pantalla del teléfono. Su mirada se había quedado tan fija como si en ella no latiese ni el más leve resto de vida.

—No sé quién eres, pero si es verdad que admirabas a Erik y que has usurpado su puesto para completar su labor entre los *Medu*, necesito que me escuches con atención. Erik no quiere que la magia regrese a los *Medu*. Eso es lo último que desea, ¿entiendes? Lo que quiere es cerrar la Puerta de Plata para siempre, y que los muertos arrastren con ellos todo ese poder sobrenatural que anda suelto por el mundo.

El rey, a través de la pantalla, lo miraba con incredulidad.

—No es cierto —murmuró, inseguro—. Te lo estás inventado, Álex. Es una

especie de prueba...

—Te juro que digo la verdad. Erik me pidió que hablase con el usurpador que había tomado prestado su nombre y su trono. Me pidió que te dijese cuáles eran sus verdaderas opiniones. No sé por qué, parecía convencido de que tú me escucharías... De que harías lo que yo te dijera cuando supieses que hablo en su nombre.

—No puede ser —murmuró el falso Erik, meneando la cabeza con expresión de angustia—. No, no lo creo. No puede ser...

—O sea, que necesitas convencerte a ti mismo de que lo que digo no es verdad —concluyó Álex—. Lo que significa... que no estás tan seguro. O, lo que es lo mismo... Crees que es posible que Erik me haya dicho realmente todo eso... De lo cual se deduce que tú no eres Erik.

Un silencio sepulcral acogió aquella última conclusión.

—De acuerdo —dijo finalmente el rey, mirando a Álex con una cínica sonrisa—. Tú ganas.

—Lo sabía. —Álex respiró hondo, porque, pese a la frase que acababa de pronunciar, durante unos minutos había llegado a creer que aquel rostro que tenía delante era realmente el de su amigo—. Sabía que no eras Erik, pero debías de conocerlo bien para poder imitar con tanta fidelidad sus expresiones, su forma de hablar... ¿Quién eres?

El falso rey se lo quedó mirando con expresión pensativa.

—¿Quién soy? Nadie —contestó tristemente—. Maldito Erik —añadió con rabia—. Si tanto le interesa lo que estoy haciendo aquí, ¿por qué no viene a hacerlo él? Es su deber, no el mío... ¿Por qué intenta impedirme que actúe si él no está dispuesto a actuar en mi lugar?

—No intenta impedir que actúes —precisó Álex—. Ni siquiera parece interesado en que dejes de fingir que eres él. Lo que quiere es que actúes como él lo haría. Si realmente te importó alguna vez, tienes que hacer lo que él te pide. Piénsalo... Él está al otro lado, y sabe mejor que nosotros lo que conviene hacer.

El rostro de Erik reverberó un instante en la pantalla, como si estuviese a punto de deshacerse en una nube de píxeles coloreados. Sin embargo, enseguida se recompuso.

—Al contrario, Álex —murmuró—. Justamente porque está al otro lado, ha olvidado cuál era su deber. Lo que él quiere que haga no es lo mejor para los *Medu*.

—Es lo mejor para todos. Para el equilibrio del mundo en su conjunto. Por favor, Majestad, seas quien seas... Confía en el mensaje que él te envía y haz lo que te pide.

El rey, de pronto, se puso en pie con gesto decidido.

—De acuerdo —dijo con sequedad—. De acuerdo, lo haré. Informaré a Railix del cambio de planes. La misión cambia un poco, pero no en los detalles esenciales. Sigue siendo una prioridad adentrarse en la Senda de la Oca y rescatar a esos chicos que quedaron atrapados en ella. Jana y tú acompañaréis a Railix y a los suyos.

Después, cuando hayáis liberado a los agentes *Drakul*, podréis seguir adelante si queréis y hacer lo que os plazca con esa puerta. Le daré instrucciones a Railix para que obedezca vuestras órdenes sin discutir las. Si eso es lo que quiere Erik, eso es lo que se hará.

El tono brusco y decidido del usurpador hizo que Álex lo mirase con suspicacia.

—Has cambiado de opinión muy deprisa —observó—. Me pregunto por qué...

—Y yo me pregunto qué dirá Jana cuando sepa lo que me has contado a mí —dijo el otro, desplegando una vez más aquella cínica sonrisa tan diferente a la del verdadero Erik—. No se lo has contado... No me mires así, lo leo en tus ojos. Además, Railix me comentó que ella estaba entusiasmada con mi «regreso». No lo habría estado tanto si hubiese tenido la más mínima sospecha de que yo pudiera no ser Erik. No le has contado nada...

—Erik me pidió que no lo hiciera.

El falso rey asintió.

—Claro. Y tu lealtad hacia Erik es más importante que nada. O quizá debería decir, más bien, tu sensación de culpa y la necesidad de pagar por esa culpa. Eso te importa más que Jana y que sus sentimientos, ¿verdad?

Álex no respondió.

—Pobre Jana —murmuró el usurpador con repentina gravedad—. Pobre y derrotada princesa *Agmar*. Entre los dos le habéis arrebatado todo lo que de verdad significaba algo para ella. A pesar de lo mucho que supuestamente la queréis...

—Deja a Jana en paz —dijo Álex con voz sorda—. No la metas en esto. Y no te atrevas a poner en duda lo que siento por ella. Eso no se lo voy a permitir a nadie, ni siquiera al supuesto rey de todos los *Medu*.

—O sea, que no vas a contárselo —concluyó el rey visiblemente aliviado—. Mejor para todos. Que ella crea que soy el verdadero Erik que ha regresado de la tumba. A su manera, sé que ella quería a Erik. Es decir, que me quería. Veremos lo que pasa cuando volvamos a encontrarnos...

—¡Cállate! —gritó Álex sin poder contenerse—. No voy a dejar que utilices a Erik para acercarte a mi novia. No te hagas ilusiones, te lo advierto. Un usurpador como tú no bastará para alejarla de mí.

—Para eso te bastas tú solo, con tus mentiras. Con todo lo que le estás ocultando. ¿Qué crees que pensará Jana cuando averigüe todo lo que no le has dicho, Álex? Porque, antes o después, lo descubrirá...

Tenía razón. Aquel desconocido sin rostro que se hacía pasar por Erik conocía lo bastante a Jana para adivinar lo que ocurriría si descubría que, una vez más, él le había mentado. Esta vez no habría nuevas oportunidades. Jana estaba cansada de sacrificarse, de sacrificar todo aquello que le importaba por él. Si averiguaba que todos esos sacrificios no habían servido ni siquiera para ganarse su sinceridad...

No quería pensar en ello. Y menos aún quería que se lo recordase aquel intruso, aquel usurpador que se creía con derecho a hablarle como si realmente fuese su amigo, como si fuese el verdadero Erik.

—Tú no sabes nada —le dijo al teléfono.

Tenía la garganta tan seca que la voz le salió quebrada. Tal vez el otro ni siquiera hubiese llegado a oírle. En todo caso, no pensaba quedarse a esperar para comprobarlo...

Con un gesto rápido y preciso de su mano derecha, golpeó la pantalla justo encima del rostro de Erik.

La conexión se perdió inmediatamente, y apareció un cuadro de diálogo que le daba a elegir entre reanudar la videoconferencia o anularla. «¿Desea restablecer la conexión?», le preguntaba.

Álex pulsó con decisión el botón virtual de color rojo, que llevaba escrita en su interior, con caracteres blancos, una única palabra: «No».

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 1

La noche fijada por Railix para la misión de rescate en Magic Land soplaba un viento deshilachado cuyas heladas rachas parecían un anticipo del invierno. Apoyada en uno de los muros del parque, Jana contemplaba fascinada la danza de las hojas muertas que el vendaval arrancaba y hacía girar en remolinos en torno a las copas de los árboles, convertidas en frágiles sombras incapaces de reflejar el resplandor mortecino de la luna.

No muy lejos de ella, Álex recorría a grandes zancadas el sendero de arena que los había conducido hasta aquella parte del muro, a apenas un centenar de pasos de las puertas que utilizaban los trabajadores del parque temático.

Railix les había asegurado que no encontrarían vigilancia ni dentro del parque ni en los alrededores.

Tanto en las puertas como en los accesos a las principales atracciones había cámaras que lo grababan todo, y un sofisticado sistema de alarmas conectadas directamente a la comisaría central de la ciudad protegía los tornos de entrada y el edificio de control. Pero nadie les impediría escalar el muro y colarse dentro sin ser detectados.

—Railix se retrasa —dijo Álex, acercándose—. En serio, no sé si es muy buena idea contar con él para esto. Quizá deberíamos haber venido solos.

—El conoce este lugar mejor que nosotros; ha estado aquí antes —replicó Jana, cansada de tener que repetir aquel argumento una vez más, e incapaz de comprender el nerviosismo de Álex—. He estado informándome, y es un agente *Drakul* con mucha experiencia. Será una buena ayuda. Además, ésta también es su misión, no lo olvides.

—Railix no es quien me preocupa; solo cumple órdenes. Me gustaría saber cuáles son las órdenes que ha recibido, eso es todo.

En ese instante un haz de luz atravesó oblicuamente los árboles, y el ronquido suave y fluido de un motor de última generación llegó a sus oídos un momento antes de que vieran aparecer un coche negro.

El coche se detuvo justo a su lado con sus grandes faros redondos encendidos, y Railix emergió inmediatamente del asiento del acompañante. Al mismo tiempo se abrieron las puertas traseras. Por una de ellas salió Issy seguida de Lilieth, mientras por la otra se apeaba Athanambar, el muchacho rubio al que habían visto con Railix en el gimnasio de Polgar.

—Bonito equipo —gruñó Álex—. Son unos críos...

—Nosotros también —Jana sondeó su rostro en la oscuridad, intentando descifrar su expresión—. ¿Qué te pasa? Todos estamos del mismo lado. Kinow y Pórtal eran sus amigos.

Antes de que Railix y sus compañeros llegasen hasta donde ellos estaban, el coche arrancó de nuevo con un gemido casi inaudible y se alejó despacio por el sendero de arena.

Railix se giró para seguir su trayectoria hasta verlo desaparecer detrás de los árboles. Luego volvió a darse la vuelta.

—Bueno, ha llegado el momento —murmuró, frotándose las manos y mirando alternativamente a Jana y a Álex—. Espero que esta vez tengamos más suerte que la anterior. Para eso estáis vosotros aquí, me figuro...

—¿Qué ocurrió exactamente la otra vez? —preguntó Álex, suspicaz.

Issy, que se estaba recogiendo el pelo detrás de la nuca con una especie de pasador metálico, contestó en lugar de Railix.

—No ocurrió nada; eso es lo que pasó. Ruidos extraños, una especie de aullido que te ponía los pelos de punta... Efectos especiales, los llamaría yo. Pero de Kinow y Pórtal, ni rastro. No estaban por ninguna parte.

—No creo que sigan aquí —dijo Athanambar, mirando a Jana con interés a través de sus gafas de montura dorada—. Se los habrán llevado a otro lugar. No tendría sentido que los hubiesen dejado aquí; ningún sentido...

—Olvidas que no les resulta fácil operar en el plano material —dijo Railix, lanzando una ojeada distraída a los remolinos de hojas que bailaban junto al muro—. Son espíritus, Athan. Pueden matar a un hombre o arrastrarlo a la locura, pero no pueden hacer desaparecer un cuerpo así como así.

—Tal vez ahora sí puedan —observó Jana pensativa—. Ahora tienen nuestra magia...

—Sí; sí, tienen nuestra magia. Y parece que la seguirán teniendo, al menos durante un tiempo... ¿Qué le has dicho a Su Majestad, muchacho? —preguntó, mirando a Álex con gesto sombrío—. Esta misión no iba a limitarse a rescatar a mis chicos. Había una segunda parte. Su Majestad lo había ordenado así; teníamos que llegar hasta las puertas...

—¿Y ya no vamos a hacerlo? —Jana se giró hacia Álex, sin comprender qué tenía que ver él con aquel cambio de planes.

—Después de hablar con tu amigo, el rey cambió de opinión —explicó Railix con rencor—. Por el momento, la segunda parte de la operación queda aplazada. ¿Para cuándo, me pregunto yo? Cada vez son más poderosos. Llegará un momento en que no podamos hacerles frente.

—Vamos, Railix, no hables así —dijo Issy en tono ligero—. Solo son espíritus, tú mismo lo has dicho. Están muertos...

—Eso no les impide robarnos la magia. Sé que no resultaría fácil, pero al menos tendríamos que intentarlo. En fin, otra vez será... Ahora, vamos a concentrarnos en encontrar a Pórtal y a Kinow.

Lilieth y Athanambar ya habían comenzado a fijar sobre el muro los tacos autoperforantes que debían ayudarles en la escalada. Lilieth iba colocándolos y su compañero los aseguraba golpeándolos con un martillo de escalador. Ambos trabajaban con rapidez y perfectamente coordinados. Resultaba evidente que no era la primera vez que hacían aquello.

Mientras la pareja terminaba de encajar los anclajes, Issy les tendió a Álex y a Jana unas zapatillas negras con las suelas de goma.

—Se llaman «pies de gato» —explicó en voz baja mientras procedía, sentada en el suelo, a ponerse las suyas—. La goma tiene bandas adherentes, y llevan horma de calcetín, lo que significa que son bastante cómodas. Pero tienen que ajustarse bien al pie, eso sí. ¿Os quedan bien? Railix las encargó ayer en un taller especializado. Es un milagro que las hayan tenido a tiempo...

—Se ajustan como un guante —dijo Álex, poniéndose en pie y dando un par de saltos para adaptarse al nuevo calzado—. Y sí que son cómodas...

—No os confiéis —rezongó Railix mientras comprobaba los anclajes del muro—. Hace falta un pie resistente para soportar este calzado mucho tiempo. Bueno, allá vamos...

Empezaron a escalar, con Railix a la cabeza. Athanambar y Lilieth le siguieron, y Jana los oyó aterrizar con un salto limpio y sin una sola exclamación al otro lado de la pared de piedra.

—Tu turno —le dijo Issy—. Veamos qué tal se te da esto...

Jana afianzó el pie derecho sobre el primer anclaje mientras se aferraba al tercero con la mano. Al impulsarse hacia arriba, notó la forma del perno bajo la flexible suela de su zapatilla. Sin detenerse a pensar, buscó con el pie izquierdo el siguiente anclaje. Sabía que, si se paraba a reflexionar sobre lo que estaba haciendo, le entraría miedo y empezaría a temblar, lo que no haría sino complicar la subida.

Al llegar a la parte de arriba miró hacia el interior del parque temático. Athan y Lilieth, sentados en la hierba húmeda, alzaron los ojos hacia ella. Iban completamente vestidos de negro, pero los ojos de Athanambar brillaban como lentejuelas de plata a la luz de la luna.

—Vamos, salta —le urgió Railix—. La tierra está mullida bajo la hierba, no te harás daño.

Jana saltó, y cayó mal, apoyando casi todo el peso del cuerpo sobre la pierna derecha y torciéndose un tobillo.

Ahogó un gemido de dolor.

—¿Ves? Esto es lo que pasa cuando se trabaja con aficionados —dijo Lilieth, acercándose a ella con preocupación—. Railix, te dije que no era buena idea...

—No ha sido decisión mía, sino de Su Majestad. ¿Puedes continuar? —El mercenario miraba a Jana desde arriba sin molestarse en ocultar su irritación por la

torpeza de la muchacha—. Si quieres darte la vuelta, aún estás a tiempo. Piénsalo bien, porque luego, durante la misión, no podremos estar pendientes de tu pie. Si te duele, es mejor que lo dejes ahora...

—No lo dejaré —dijo Álex desde arriba del muro.

Sin esperar respuesta, dobló un poco las rodillas y saltó, cayendo a un par de metros de Jana.

Encogiéndose de hombros, Railix se apartó y fijó su vista en Issy, que se disponía a saltar.

—¿Estás bien? —Susurró Álex, acercándose a Jana—. Espero no haber metido la pata. No quiero que nos tomen por unos blandos.

—Me he hecho daño de verdad, Álex —se quejó Jana en voz baja, frotándose con suavidad el tobillo dolorido—. No sé si voy a poder caminar...

—Podrás. Esto es importante. No podemos darnos la vuelta.

—Sí, ya veo que para ti es muy importante —replicó Jana, mirándole con fijeza—. ¿Qué te traes entre manos, Álex? Railix dice que has hablado con Erik... ¿Es verdad?

Álex rehuyó su mirada.

—No podía resistir la curiosidad —dijo en tono vago—. Seguro que a ti te pasa lo mismo...

—Seguro. La diferencia es que a mí no se me ocurriría intentar hablar con él a tus espaldas.

Lentamente, los ojos de Álex regresaron de su vagabundeo para enfrentarse a los de Jana. En la penumbra de la noche, ella apenas podía distinguir su expresión.

—Piensa lo que quieras —replicó él—. No he hecho nada que pueda perjudicarte.

Su tono de voz no era tan indiferente como intentaba aparentar. Jana adivinaba la culpabilidad que latía bajo aquel disfraz de perfecta calma.

—Me estáis ocultando algo —murmuró—. Los dos... ¡A veces consigues que te odie, Álex!

—¿Por qué dices eso?

El tono dolido de su voz merecía una respuesta, pero Railix se acercó a ellos en ese momento, interrumpiendo la conversación.

—Tenemos que ir por ahí, en dirección a la gran montaña rusa. La llaman «El Precipicio»... Antes de llegar hay un lago artificial, y fue junto a ese lago donde perdimos a Kinow Kuud.

Todos echaron a andar en silencio por un camino asfaltado que conducía, a través de un falso bosque encantado, hacia la montaña rusa. Álex había aprovechado el momento para alejarse de Jana y entablar conversación con Athanambar.

Los dos iban en cabeza del grupo, seguidos de cerca por Railix y Lilieth. Jana se había quedado al final, por detrás de Issy.

Estaba claro que Álex intentaba rehurla. Todavía no podía creer lo que acababa de averiguar acerca de su conversación con Erik. Al principio, cuando se enteró del regreso de su amigo, no parecía nada contento, sino más bien preocupado. Y luego, a espaldas de Jana, había concertado una entrevista con él. ¿Qué se habrían dicho?

A juzgar por las palabras de Railix, Álex había hecho que Erik cambiase de planes, y que ya no deseara buscar el control de la Puerta de Plata. Pero ¿cómo era posible? Una vez más, cuando los *Medu* empezaban a organizarse para reconquistar el poder que habían perdido, Álex se cruzaba en su camino y arruinaba sus planes. Un verdadero guardián no lo habría hecho mejor... ¿Por qué tenía ese empeño en impedir que los *Medu* recuperasen su antigua grandeza?

Mientras caminaba por el sendero bañado en la luz de la luna con pasos de autómata, Jana no podía apartar la vista de la espalda de su amigo. Qué poco lo conocía en realidad. A pesar de todo lo que habían vivido juntos, a pesar de las aventuras que habían compartido, Álex seguía siendo un extraño para ella. Se había engañado a sí misma convenciéndose de que lo más importante para él era la relación que existía entre ambos, pero no era cierto. Aunque estuviese enamorado de ella, Álex tenía sus propias preocupaciones, sus propios objetivos. Parecía obsesionado con evitar que los *Medu* volviesen a ser lo que fueron en otros tiempos. Y Jana, como una idiota, le había seguido el juego... lo mismo que Erik, que de la noche a la mañana se había dejado persuadir por los argumentos de su viejo amigo.

Tenía que hablar con Erik. Ella podía influir sobre el nuevo rey *Drakul* tanto como Álex, o incluso más.

Además, los dos estaban en el mismo bando. A Jana ya no le importaba que el mérito de una nueva era dorada para los *Medu* se lo llevasen los *Drakul*. Sabía que ya ni siquiera los *Agmar* confiaban en ella.

Muchos la veían como una fracasada; algunos, como una traidora... Intentar cambiar su opinión habría resultado una pérdida de tiempo. En realidad, hacía muchos meses que había renunciado a sus ambiciones personales en relación con la jefatura de los *Agmar*. Lo único que quería era que los *Medu* pudiesen salir definitivamente de las sombras donde Álex los había arrinconado. Que volvieran a ejercer un dominio absoluto sobre la magia que, por culpa de Álex, se había dispersado por el mundo.

En definitiva, que volviesen a ser lo que nunca debieron dejar de ser. Y si la gloria de esa recuperación se la llevaba Erik, le parecía bien... Al fin y al cabo, era digno de llevársela, y lo suficientemente sensato como para no dejar que se le subiese a la cabeza.

Jana ardía en deseos de volver a ver a su viejo amigo, pero, al mismo tiempo, sentía cierta angustia al pensar en el reencuentro. ¿Habría cambiado? Tenía que haberse transformado, a la fuerza. Había pasado mucho tiempo más allá de la frontera

entre la vida y la muerte, y eso tenía que haber dejado una huella imborrable en su espíritu. Quizá todo aquello por lo que él y su padre habían luchado le pareciese ahora vacío y sin sentido. Y eso incluía sus sentimientos hacia ella. Porque Erik la había amado...

Un carraspeo de Issy la sacó bruscamente de sus reflexiones.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó la joven *Drakul*—. Este sitio impresiona de noche, y aún más con este viento.

Jana miró a su alrededor. Casi había olvidado dónde estaban... Era verdad que Magic Land ofrecía un aspecto entre romántico y siniestro a la luz de la luna. Los brillantes colores pastel que lo convertían en una especie de gigantesco mostrador de confitería durante las horas de luz se transformaban, bajo aquel fulgor fantasmagórico, en tenues sombras plateadas, y los gigantes árboles de cartón-piedra del bosque encantado parecían mágicos de verdad. Todo el lugar se encontraba envuelto en una sutil atmósfera de fantasía, de hechizo...

A lo lejos, por encima de las copas de los falsos árboles, se veía un fragmento de la gran montaña rusa.

Un poco por delante, se alzaba una noria gigante de barquillas en forma de flores o frutos.

—La llaman «La Rueda de la Fortuna» —explicó Issy siguiendo la dirección de su mirada—. ¿Nunca has venido aquí de día? Hace unos años, cuando era pequeña, la Rueda de la Fortuna era una de mis atracciones favoritas. Desde arriba se puede ver toda la ciudad.

—¿También la Antigua Colonia?

—También, al menos una parte —Issy la miró de reojo—. Tú vives allí, ¿no? Con tu hermano...

Jana asintió.

—Mis padres murieron y nos quedamos solos —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Debió de ser muy duro. No puedo imaginarme en una situación así... Aunque, gracias a Railix, la verdad es que no me costaría demasiado trabajo cuidar de mí misma, o incluso de mi hermano, si hiciera falta.

—¿Hace mucho que trabajas para él?

En lugar de contestar directamente, Issy hizo un gesto ambiguo con las manos.

—Es todo un honor que Railix confíe en ti. Esta misión, por ejemplo... Más de uno se habría jugado el cuello por participar.

Pero nos eligió a nosotros... Fue una lástima que todo terminase tan mal.

—¿Qué fue lo que pasó exactamente?

Issy se apartó un mechón de pelo que le caía sobre la cara y se lo sujetó por detrás de la oreja.

—No lo sabemos —murmuró, bajando la voz—. Teníamos que llegar a ese lugar mágico, a la Puerta de Plata. Al principio todo parecía normal, como ahora; un parque temático desierto y nada más... Pero de pronto, no sé cómo, las cosas empezaron a cambiar.

—¿Empezaron a cambiar?

Issy continuaba caminando a su lado con la vista clavada en el suelo.

—Sí; no sé cómo explicar lo que pasó. Se levantó un viento extraño, que te llenaba los ojos de arenilla. De repente, nos costaba muchísimo avanzar. Era como si el aire se hubiese vuelto más denso, aunque ya sé que parece una tontería.

—A mí no me lo parece. ¿Qué pasó después?

—¿Después? —Issy se encogió de hombros—. No lo sé. Cada uno luchaba con su propio cansancio. Recuerdo que empezó a dolerme mucho la cabeza. No podía pensar en nada más que en volver a casa y tomarme una aspirina... Y luego, miré a mi alrededor y no vi a Kinow. Pórtal tampoco estaba. Al principio no me preocupé. Supuse que se habrían adelantado, porque los demás íbamos muy despacio. Cuando Railix nos ordenó que nos diéramos la vuelta, ni siquiera se me pasó por la cabeza que la orden tuviera algo que ver con la desaparición de Kinow y de Pórtal. No entendí lo que había sucedido hasta más tarde... en el taxi que me llevaba de regreso a casa.

—Suenan todo muy confuso —murmuró Jana—. ¿Quiénes más estaban contigo? Alguien tuvo que ver lo que les pasó a Pórtal y a Kinow Kuud...

—Eso es lo curioso, que nadie los vio. A todos les ocurrió más o menos lo mismo que a mí. Durante un buen rato no pudieron hacer mucho más que luchar contra su propio cansancio; y luego, cuando se quisieron dar cuenta, estábamos fuera... Y nuestros compañeros habían desaparecido.

Railix se había detenido para esperar a las dos chicas, mientras Lilieth seguía su camino.

—Ya empieza —murmuró el viejo agente mirando a su alrededor con mal disimulada aprensión—. Están aquí, ¿no lo notáis?

No hacía falta que fuese más explícito; Jana entendió de inmediato a quiénes se refería. Tal y como había dicho Issy un momento antes, el aire parecía haberse espesado de repente. Era como si a su alrededor respiraran miles de criaturas invisibles, incorporando su aliento caliente y húmedo a la atmósfera en la que flotaban.

Jana notó un calor repentino en la nuca, seguido de una cuchillada de viento helado. Álex se había detenido en mitad del camino y la miraba con fijeza. También él había captado algo, se le veía en la cara.

Señaló con el índice a algún punto indeterminado del bosque artificial, a su derecha.

—Viene de ahí —pronunciaron sus labios sin emitir ningún sonido.

Jana hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Sí, también ella lo había captado: una fuerza imposible de resistir tiraba de ella hacia aquel lugar del bosque, tratando de apartarla de su camino. Issy, Athanambar y Lilieth caminaban como zombis en aquella dirección.

Railix, sujetándose a un falso tronco de árbol junto al camino, tenía cerrados los ojos, y su expresión era la de alguien que sufre intensamente.

—Jana —dijo entre dientes—. Jana, ayúdame. Y a ellos...

Jana cerró los ojos y concentró su mente en la imagen del zafiro de Sarasvati. Hacía tiempo que el poder de aquella joya mágica latía en su interior. Formaba parte de ella, y podía encontrar en su sobrenatural luz azulada la fuerza necesaria para neutralizar aquel extraño hechizo que no comprendía y liberar a sus compañeros. Bastaba con que no se distrajese...

Permaneció en pie con los ojos cerrados mientras el viento se arremolinaba en sus cabellos. El zafiro brillaba tanto dentro de su mente que parecía un objeto completamente real. Poco a poco fue notando cómo la ordenada estructura de su red cristalina disolvía el caos a su alrededor, liberando a Issy y a los demás de la telaraña de espejismos que los envolvía.

Pero el esfuerzo de mantener la concentración durante tanto tiempo resultó excesivo para ella. Ya no tenía la misma capacidad para soportar el peso de la magia que solía tener en el pasado. Había perdido resistencia. Quizá ellos, los espíritus del otro lado, le habían arrebatado una parte de la fuerza que le permitía resistir sus ataques...

Las piernas se le doblaron y cayó al suelo, extenuada. Oyó a pocos pasos la voz de Issy, que sonaba remota e incomprensible.

—Ya vuelve —dijo Álex en un susurro—. Aprovechad ahora para seguir avanzando. Jana se queda conmigo. Entre los dos los mantendremos a distancia...

—No. No vale la pena —era Lilieth quien hablaba—. Caerán sobre nosotros, como la otra vez. Además, nada de esto tiene sentido. Ni Kinow ni Pórtal están aquí. No pueden estar aquí...

—Te equivocas —todavía temblando y con los ojos desencajados, como una sonámbula, Jana apuntó hacia la noria, cuyas barquillas en forma de flores y frutas se balanceaban en el viento emitiendo chirridos siniestros—. Kinow está ahí. Ha estado ahí todo este tiempo.

—No es cierto —Railix miró a Jana con el ceño fruncido—. Registramos todas las atracciones palmo a palmo. Te aseguro que Kinow no está ahí...

Jana entrecerró los ojos y siguió mirando la noria hasta que su silueta se confundió con la imagen del zafiro de Sarasvati, que aún ardía como un fuego espectral dentro de su mente. La noria empezó a girar con un lúgubre quejido de sus

engranajes de hierro. Jana apretó los párpados hasta que su campo visual se pobló de estrellas multicolores; no necesitaba seguir mirando a la Rueda de la Fortuna para saber que sus barquillas habían comenzado a dar vueltas mientras oscilaban salvajemente en el aire.

Los giros de la vieja atracción de feria fueron haciéndose más y más rápidos. Y al mismo tiempo, el mundo entero parecía estar girando dentro de la mente de Jana, en un torbellino tan veloz e imparable que por un instante pensó que no podría resistirse a él.

Entonces oyó un grito. Un grito largo, lastimero, seguido del ruido sordo de algo pesado que chocaba contra el suelo.

Cuando abrió los ojos vio un bulto encogido en medio de la gran explanada de baldosas blancas que bordeaba el lago, al final del sendero. El bulto se estremecía de cuando en cuando, como una cría de pájaro que acabase de caer de su nido.

Un penacho de azul llameante resbalaba desde aquella masa oscura hasta las baldosas de mármol. Cabellos...

Jana recordó que Kinow Kuud llevaba el pelo de ese color el día de la inauguración del curso, en el viejo Salón de Actos de Los Olmos.

CAPÍTULO 2

—Tienes que saber dónde has estado —la voz de Issy vibraba de un modo extraño en la oscuridad del parque desierto—. Kinow, haz un esfuerzo... Nadie puede estar desaparecido tanto tiempo sin enterarse.

Kinow Kuud miró a su amiga con expresión ausente. Jana se preguntó por un momento si el rostro de Issy se habría vuelto transparente para ella, porque sus ojos parecían fijos en un punto por detrás de la cabeza de su amiga, como si algo les llamase poderosamente la atención a la altura de la garita que daba acceso a la noria.

—Déjala —intervino Railix en tono cansado—. Es la quinta vez que le preguntas lo mismo. Ni siquiera te oye, ¿no lo ves?

Una chispa de lucidez atravesó fugazmente los ojos de la muchacha del pelo azul.

—Railix —murmuró, pronunciando muy despacio cada sílaba—. ¿Dónde estamos?

—¿Lo has olvidado? Estamos en Magic Land, Kinow —contestó Railix obligándose a sonreír—. Vinimos en busca de la Puerta de Plata. Lo ordenó Su Majestad... ¿Lo recuerdas ahora?

—Su Majestad... ¿Desde cuándo tenemos un rey? Desde la muerte del último de los *Kuriles*, no ha habido un rey entre los *Medu*.

Railix e Issy intercambiaron una mirada de frustración. Jana también buscó los ojos de Álex, esperando algún signo de complicidad. Pero Álex no la miraba... No la había mirado en ningún momento desde la brusca aparición del cuerpo de Kinow en el sendero que conducía hacia la noria. En realidad, estaba casi tan ausente como la propia Kinow. Parecía abstraído en sus propios pensamientos... que debían de ser bastante sombríos, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Es un milagro que no tenga ningún hueso roto —dijo entonces Athanambar. Se mantenía un poco apartado del banco de madera en el que habían tendido a Kinow, y atravesaba una y otra vez, a grandes zancadas, los cuatro metros de asfalto del camino, sin sacar en ningún momento las manos de los bolsillos—. ¿La habéis visto caer, o han sido imaginaciones mías? Lo normal sería que se hubiese matado...

—No fue una caída natural —observó Álex con voz apagada—. Creo que hemos compartido una especie de visión, pero ella no ha caído realmente.

—Entonces, según tú, ¿no estaba en esa noria? —preguntó Issy, alzando los ojos hacia él—. Pero, entonces, ¿dónde estaba? No tiene ni pies ni cabeza...

—No sé dónde estaba, Issy —Álex meneó la cabeza—. No entiendo nada de todo esto. Y lo que menos entiendo es cómo Jana...

Se detuvo sin llegar a completar la frase. Jana creyó que por fin iba a mirarla, pero se equivocó de nuevo. Álex rehuía sus ojos. ¿Por qué? Tal vez se había dado cuenta. Era la única explicación posible. Sí, él parecía ser el único que lo había

notado...

Jana no había liberado a Kinow sin más. Se la había arrebatado a algo; a alguien... Se había medido con ese alguien que la retenía y había vencido. Y, al vencer, le había arrebatado a aquel ser toda su magia.

Desde el mismo momento en que reconoció la melena azul de Kinow en medio de la noche, notó aquel nuevo poder en su interior. No sabía a qué se había enfrentado. No sabía cómo había ganado aquella batalla. Pero una fuerza oculta en su mente había luchado en su nombre, y el resultado era aquel flujo de magia desde el mundo inmaterial de los muertos hasta ella, una criatura frágil y viva.

Lo que eso significaba estaba claro: Erik tenía razón. Los *Medu* podían recuperar la magia perdida si unían sus fuerzas para llegar a controlar la Puerta de Plata. Podían arrebatarse el poder a los espíritus de los muertos que se habían aventurado a regresar a la Tierra. Si ella los había vencido sin darse cuenta de lo que hacía, quería decir que no se trataba de algo difícil.

—No es difícil para ti —murmuró Álex, que se había acercado a Jana mientras los demás volvían a concentrar toda su atención en Kinow, que había empezado a llorar derramando gruesas lágrimas en silencio—. Pero tú no eres una *Medu* normal y corriente. Tú eres especial, cielo.

Aquella proximidad repentina de Álex, unida a sus extrañas palabras, hizo que a Jana se le erizase la piel del cuello y de los brazos.

—¿Qué pasa? ¿Ahora puedes leerme el pensamiento?

Sus ojos se encontraron por fin con los del muchacho. Él se encogió de hombros.

—Hay lazos entre nosotros —contestó, esbozando una sonrisa—. Estamos unidos. Si aumenta tu poder, el mío también, supongo.

«Ya», pensó Jana, dándose la vuelta para que Álex no pudiese distinguir la expresión de su rostro. Entonces, ¿cómo era que ella no podía leer en su mente, a pesar de toda la magia que había recuperado?

En realidad no era algo nuevo. Siempre, casi desde el principio, le había sucedido lo mismo con él. Un muro de silencio se interponía entre sus pensamientos y los de Álex. Un muro que rara vez llegaba a romperse... y que él reconstruía de inmediato.

Aunque tal vez no fuese culpa suya. Tal vez el muro no estaba ahí por su voluntad, o porque él pensase que debía protegerse de Jana. Quizá aquel muro fuese un producto de su formación con los guardianes, en aquellos meses en los que estuvo desaparecido. O quizá fuese un legado de sus antepasados *Kuriles*...

Probablemente nunca llegaría a saberlo.

Aún molesta por aquella desigualdad, por el hecho de que él pudiese adivinar lo que pensaba mientras ella se devanaba los sesos intentando adivinar lo que pensaba él sin ningún éxito, decidió concentrar toda su atención en Kinow y en lo que sucedía a su alrededor. Así, Álex no tendría ningún secreto que descubrir. Más tarde, cuando

estuviera sola, podría dedicarse a sacar conclusiones sin temor a ser espiada.

Kinow se había sentado en el banco y, con los brazos en alto, rotaba las muñecas a un lado y a otro, sorprendida, al parecer, de poder ejecutar aquel sencillo movimiento.

—Es como si tuviese que acostumbrarse de nuevo a tener un cuerpo —murmuró Issy—. Me pone los pelos de punta...

—Lo importante es que está mejor —dijo Railix—. Poco a poco, vuelve a ser la de siempre.

—A lo mejor ya le ha vuelto la memoria —sugirió Athanambar—. Anda, Railix, ¿por qué no le preguntas si sabe dónde está Pórtal?

Un relámpago de miedo iluminó, durante breves instantes, los ojos de la muchacha.

—Quiero... quiero irme de aquí —murmuró—. ¿Dónde está mi abuelo? ¿Por qué no ha venido a buscarme?

A Jana no le pasó inadvertida la expresión de alarma que asomó a los ojos de Railix.

—Kinow, tu abuelo no puede venir. Hace tiempo que no sabemos dónde está, ¿lo recuerdas? Tienes que recordarlo. Es por lo que te uniste a mi equipo. Yo quería a ese viejo. Fue mi mentor, y después mi amigo...

—¿De qué están hablando? —preguntó Jana en voz baja, mirando a Issy.

La muchacha tenía el ceño fruncido, y parecía estar haciendo esfuerzos para no echarse a llorar ella también.

—Amunkur, el abuelo de Kinow, lleva desaparecido mucho tiempo —explicó en el mismo tono que había empleado Jana—. Kinow lo adoraba. Él era la persona más importante de su vida. No puede haber olvidado lo que le ocurrió...

Álex se aproximó al banco casi con timidez y se quedó mirando a Railix mientras este, sentado junto a Kinow, le cogía la mano a la chica para intentar reconfortarla.

—No ganaremos nada presionándola —murmuró—. Railix, es mejor que la dejemos descansar. Quizá se recupere cuando pase algo de tiempo. Es todo muy reciente...

Railix asintió de mala gana.

—Tienes razón —gruñó—. Ahora lo importante es encontrar a Portal. Issy, por favor, quédate tú con Kinow... Nosotros seguiremos con esto.

—¡Pero no es justo! —Protestó Issy—. Aquí no pinto nada, y sabes que lo mío es ir a donde está la acción...

—Esta vez no —la interrumpió Railix con sequedad—. Vete con ella si quieres. Sabes cómo llamar para que os recojan. O, si lo prefieres, puedes esperarnos aquí... Esa condenada *Agmar* parece saber muy bien lo que se hace, así que es posible que no tardemos en regresar con Pórtal.

Jana, que había oído la despectiva alusión de Railix a sus poderes, estuvo a punto de ofrecerse para cuidar de Kinow en lugar de Issy. No tenía ningunas ganas de seguir con aquello. Al fin y al cabo, ¿qué había conseguido? Había liberado a Kinow, pero nadie le había dado las gracias por ello. Al contrario; la miraban con más hostilidad aún que antes. Y también, quizá, con cierto temor... No se merecían que siguiese ayudándolos.

Pero casi en el mismo instante en que esos pensamientos invadieron su mente, Jana recordó la mirada desafiante de la directora Lynn el día en que había amenazado con expulsarlos, a Álex y a ella, del colegio. No tenía más remedio que ayudar a aquellos *Drakul*. Además, Erik era su jefe, aunque él no formase parte de la expedición. Y Erik lo había sacrificado todo por ella. Todo, hasta la vida...

—¿Por dónde vamos ahora? —preguntó en tono indiferente.

Si algo tenía claro, era que no pensaba dejar que aquellos *Drakul* notasen lo herida que se sentía por la forma en que la estaban tratando.

Railix señaló hacia una altísima montaña rusa que se veía en el otro extremo del Parque. La llamaban «La Caída del Ángel», y era la atracción estrella de Magic Land.

—Tengo el pálpito de que podríamos encontrarlo allí —dijo—. Aunque tú, seguramente, lo sabrás mejor. Si has podido encontrar a la chica, seguro que también sabes cómo localizar a Pórtal.

Comenzaron a caminar en silencio por el sendero asfaltado que conducía hacia la Caída del Ángel, con Railix y Athanambar en cabeza y Álex y Jana detrás.

El viento se enredaba en los recortes de césped que separaban unas atracciones de otras. Estaban atravesando un falso paisaje volcánico decorado con calderas gigantes que, de día, emitían continuamente humo de diferentes colores y fétidos olores. Era Wicked Island, el país de las brujas.

Sus árboles artificiales alzaban sus ramas desnudas contra el cielo nocturno sin responder a la caricia del viento.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Álex después de un rato.

Se habían quedado un poco rezagados con respecto a los dos *Drakul* que lideraban la marcha, de modo que nadie, aparte de Jana, podía haber oído la pregunta.

—No lo sé —contestó la muchacha después de un momento—. De verdad, Álex, no tengo ni idea de cómo ha ocurrido. Ha sido mi subconsciente, supongo. Yo no recuerdo haber visto ni oído nada especial. Solo fue una sensación. Una sensación rara, que daba miedo...

—Todo esto da bastante miedo, si te paras a pensarlo.

Jana asintió, pero no dijo nada más. El miedo no era una sensación a la que estuviera acostumbrada, y prefería no detenerse a reflexionar demasiado sobre ella. Tener miedo era un lujo que, durante la mayor parte de su vida, no se había podido permitir. Pero también debía admitir que nunca antes se había enfrentado a algo tan

hostil, tan desconocido como aquello. Salvo, quizá, el Nosferatu... Claro que, entonces, ella había sabido todo el tiempo que dentro de aquel monstruo de piel tatuada se encontraba prisionero el espíritu de Álex. En cambio, nada en aquellas sombras procedentes del mundo de los muertos le resultaba familiar. Por eso eran tan peligrosos; porque resultaba imposible ponerse en su lugar, tratar de imaginar sus pensamientos y sus deseos. Tal vez fuesen humanos en otro tiempo, pero ya no lo eran. Se habían convertido en otra cosa: en almas errantes y llenas de odio, en seres de la oscuridad...

Fue justo al llegar a la salida del falso reino de las brujas cuando notó de nuevo su presencia. Involuntariamente, apretó la mano de Álex.

—Están cerca —murmuró—. Los siento... No, no llames a Railix —añadió, al ver que su amigo se disponía a gritarles a los *Drakul* que volviesen sobre sus pasos—. Solo serán una molestia. Viene de allí...

—¿Del barco pirata?

—Creo que sí, aunque no estoy segura.

Se habían detenido en una encrucijada con varios carteles en forma de garras de madera indicando las atracciones a las que se dirigían los seis caminos que allí se encontraban. El cartel que señalaba hacia el barco llevaba la inscripción de «Playa del Corsario».

Antes de que su voluntad pudiese intervenir, sus pies ya habían comenzado a avanzar en aquella dirección. Álex tardó unos instantes en seguirla, unos instantes que a Jana se le hicieron eternos. Ella no podía retroceder, aunque quisiera. Una fuerza más poderosa que la de sus decisiones la atraía como un imán hacia el viejo galeón anclado en la orilla del lago. Sus cañones parecían extraños dedos rígidos que surgían del casco de la embarcación como si este fuese un guante de madera. Las velas estaban recogidas y formaban estrechas franjas de lona blanca suspendidas de los palos. Durante las horas en las que el parque estaba abierto, aquel era un barco fantasma. Los visitantes bajaban a las bodegas en grupos y contemplaban, con una mezcla de asombro y deleite, un sofisticado espectáculo de hologramas donde no faltaban los esqueletos danzarines, los estallidos de pólvora y las espadas manchadas de sangre. Pero durante la noche, el galeón podía verse como lo que realmente era: un gran escenario vacío, tan falso como un decorado de teatro.

Un puente de cuerdas conducía desde los tornos de entrada de la atracción hasta la cubierta del barco.

Jana saltó el torno sin acordarse de las alarmas que podían estar conectadas a él, pero afortunadamente estas no se dispararon. Oyó a Álex saltar detrás de ella, pero no se giró a mirarlo. Necesitaba toda su concentración para avanzar por el tembloroso puente sin perder el equilibrio.

Una vaharada de calor húmedo le azotó el rostro, y supo que eran ellos.

De buena gana se habría dado la vuelta y habría salido corriendo de aquel mundo mágico de cartón piedra sin mirar atrás, pero sus piernas ya no la obedecían. Una fuerza interior que no podía controlar la impulsaba a seguir adelante, a pesar de que podía sentir con toda claridad la cercanía de aquellas sombras malignas, invisibles. La sensación que le producía su proximidad era una repugnancia parecida a la que se siente en presencia de algo corrompido, descompuesto. Todo, en aquellos seres, tendía hacia el desorden y la putrefacción. Necesitaban desesperadamente la magia de los vivos para no disolverse en aquel caos de destrucción y desaparecer definitivamente. Por eso se acercaban a ella; era como si la estuvieran olisqueando, igual que hacen los perros de caza antes de lanzarse en busca de una presa.

Era tan intensa la repugnancia que le inspiraban que no podía percibir ninguna otra cosa. Si Pórtal estaba allí, atrapado en medio de aquella decadencia, ella no lo sentía. Pero los otros, en cambio, se le aproximaban cada vez más, tanto que en algunos momentos llegaba a sentir su contacto. Un contacto blando, como cuando el dedo se hunde al tocar una fruta podrida y mohosa...

Y en uno de esos contactos, de repente, tuvo una visión. Pero no era una visión compuesta de imágenes o de elementos visuales. Era, más bien, una idea. Una certeza repentina...

Había reconocido a alguien en aquella telaraña invisible de espíritus muertos. Por un momento, él había logrado despegarse de los demás, volviendo a ser un individuo aislado. Solo por un momento...

Lo suficiente como para reconocer, bajo su máscara de decrepitud y podredumbre, el poderoso rostro de Óber, el padre de Erik.

CAPÍTULO 3

En el mismo momento en que puso los pies en la cubierta del barco, Jana oyó un ruido inarticulado a sus espaldas. Envuelta en la red invisible de Óber y los suyos, ni siquiera había pensado en Álex hasta ese instante. Se volvió a mirar, y lo vio chapoteando allá abajo, en el metro y medio de agua de aquel océano artificial que rodeaba al galeón pirata. El puente de cuerda se había roto... Ellos lo habían hecho.

Y eso significaba que estaba sola con ellos, con aquellas criaturas informes entre las cuales había reconocido, sin verlo, al padre de Erik. Los llamaban los Olvidados, y formaban una cadena de espíritus atormentados que se remontaba hasta un tiempo anterior a la aparición de los *Medu*. Ya se había enfrentado a ellos una vez, mientras velaba a un Erik moribundo en las inacabables noches de la Fortaleza. Y ahora volvían... Pero un nuevo rostro se había unido a ellos: el rostro de Óber, el jefe *Drakul* que dio su vida para salvar la de su hijo.

Era Óber, sí. Pero, al mismo tiempo, era otra cosa, algo inhumano y maligno que solo albergaba un vago parecido con lo que había sido en los tiempos de su existencia sobre la tierra. El Óber que había intentado destruirla, que había ordenado la muerte de su madre, parecía inofensivo como un niño al lado de aquel monstruoso espíritu en el que se había convertido. Si el Óber de carne y hueso habría sido capaz de cualquier cosa con tal de vencerla, este ni siquiera la veía como una rival. No; la veía como una presa...

Jana avanzó dando traspiés por la cubierta del barco, que de pronto se bamboleaba como si realmente estuviesen en alta mar, a bordo de un galeón de verdad. El viento se enredó furiosamente en las lonas recogidas sobre los mástiles, hasta que una de ellas se desprendió y barrió la cubierta como un fulgurante latigazo. Jana escapó del golpe por los pelos, aferrándose a una de las barandillas doradas de estribor. No entendía lo que estaba viendo más allá de aquellas barandillas. Parecía un mar encrespado y furioso, negro hasta el horizonte; un horizonte que subía y bajaba al ritmo de las olas que zarandeaban el barco...

No podía estar navegando de verdad. Aquel era un barco de juguete, una atracción para los niños que disfrutaban soñando con la vida aventurera de los piratas bajo la atenta vigilancia de sus padres en un parque temático. Y sin embargo, Jana se dio cuenta de que estaba viviendo en una realidad desdoblada, y de que en una de sus dos mitades el barco se hallaba realmente en alta mar, a merced de las olas violentas e impredecibles.

¿Quién tripulaba el barco en aquella parte de la realidad? Tenían que ser ellos, los responsables del desdoblamiento. Seguían rodeándola, rozándola con su podredumbre invisible, esperando el momento de lanzarse sobre ella. Intentarían hacerle lo mismo que le habían hecho a Kinow; quizá también a Pórtal... No

atacarían su cuerpo, porque no podían hacerlo. Pero existen muchas maneras de matar, y no todas implican atacar al cuerpo. Basta con romper los vínculos que lo unen a la mente. Es otra forma de morir que no deja ningún cadáver detrás, al menos de forma inmediata. Porque la muerte del cuerpo, una vez que ha perdido los lazos con el espíritu que lo animaba, no suele tardar en llegar. Es cuestión de tiempo...

Solo cuestión de tiempo.

—Óber —murmuró Jana—. Este no es el camino. Matarme a mí no te devolverá la vida.

—La vida no —oyó que le respondían sus propios pensamientos, aunque sabía que, en ese momento, ya no eran suyos, sino del viejo jefe *Drakul*—. Pero sí me devolverá el poder. Deja de oponerte, Jana. No ofrezcas resistencia. Solo conseguirás empeorar las cosas.

Un coro de voces idénticas a la de Óber, algunas levemente distorsionadas, empezó a canturrear antes de que la primera voz se extinguiera.

—Ven con nosotros. No volverás a estar sola. Es bueno sentir que ya no está uno solo. Sentir que formas parte...

—¡Basta! —Jana se tapó los oídos—. Dejarme en paz; no quiero escucharlos. No pienso rendirme...

—Lo harás —la voz de Óber sonaba ahora más rápida y aguda, como si se filtrase a través de una atmósfera de helio—. Es el chico o tú. Les devolveremos a Pórtal. Es lo que habéis venido a buscar, ¿no? Ellos tendrán lo que quieren, y nosotros también. Nos interesas mucho más que Pórtal.

—Dejaré de interesarles cuando me una a vosotros. Óber...

—El chico o tú —la interrumpió el *Drakul* hablándole desde el interior de su propio pensamiento—. No hay tiempo... Elige.

—Pórtal —repuso Jana sin pensar—. ¿Está bien? ¿Cómo vais a devolvérselo?

—Como hicimos con la muchacha. Ya les hemos sacado todo lo que se les podía sacar. Sus familias no los reconocerán, pobres... Nuestras familias tampoco nos reconocen a nosotros. No quieren reconocernos.

—Demostradme que podéis hacerlo —murmuró Jana—. Sigo teniendo la suficiente magia para defenderme de vosotros, si decido que debo defenderme. Solo podéis evitarlo mostrándome cómo devolvéis a Pórtal. Es la única condición que pongo.

Se oyó una risa aguda, limpia. Un instante después, aquella carcajada se había dividido en millares de risas de cristal, tan parecidas unas a otras como gotas de agua.

—El chico no importa —oyó Jana dentro de su cabeza—. Míralo, ¿lo ves? Allá, al otro lado de la tormenta...

Jana miró hacia donde le señalaban. Era el lugar donde supuestamente debía estar el muelle, aunque un momento antes había mirado hacia allí y no había distinguido

más que una extensión de mar nocturno interminable, hasta donde le alcanzaba la vista.

Pero esta vez todo era de nuevo como al principio. El muelle desierto, el puente de cuerda roto, colgando tristemente de su armazón de hierro. Y Álex, que había conseguido encaramarse a la orilla, mirando asombrado cómo un cuerpo surgido de la nada se desplomaba a media docena de metros de él.

Tenía que ser Pórtal...

De modo que era cierto. Óber había devuelto a su prisionero.

—¿Qué te hace pensar que voy a cumplir mi parte del trato? —se oyó decir Jana en voz alta.

Su propia voz le sonaba distante, tan desconocida como si perteneciese a otra persona.

—Te conozco lo bastante para saber que intentarás engañarme —respondió la voz de Óber dentro de su cabeza—. Pero no importa... Era algo que teníamos pendiente. Una vez nos venciste. Ha llegado la hora de la venganza.

—En aquella época, tú no formabas parte de... de esto —murmuró Jana—. Y me enfrenté a los Olvidados para salvar a tu hijo. ¿Eso ya no significa nada para ti?

—No —le pareció que en la voz múltiple de los Olvidados latía, de repente, una tristeza muy real—. A este lado de la muerte todo cambia, Jana. Aquello por lo que un día me sacrificué ya no tiene ningún significado. Solo se siente un inmenso vacío. Pronto lo comprobarás, querida... Estamos deseando que te unas a nosotros.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jana.

—No pienso unirme a vosotros —musitó—. No puedes haber perdido todo rastro de tu antigua humanidad, Óber. Antes de atacarme, piensa en Erik. Es él quien nos ha enviado aquí. Tu hijo ha regresado y es rey, ¿no lo sabías? Se han cumplido tus deseos. Aquello por lo que tanto luchaste... ¿Por qué te empeñas ahora en destruirlo?

—No intentes jugar conmigo, muchacha —ahora la voz crepitaba ásperamente, reproduciendo el sonido de un papel consumiéndose en el fuego—. No eres uno de los nuestros. No eres una *Drakul*. Pudiste serlo... Pudiste tenerlo todo, tener a Erik, un trono... Pero lo despreciaste. ¿Y ahora intentas convencerme de que atacarte a ti es atacar a mi hijo? Vamos, Jana... Aunque me importase Erik, no te creería.

—Sí te importa —dijo Jana, desafiando al viento y a la oscuridad con sus ojos brillantes—. Has hablado de los *Drakul* con la misma pasión que entonces. No has olvidado lo que ese nombre representaba para ti cuando estabas vivo... No puedes engañarme, Óber.

—Jana —la voz crecía y decrecía en el viento, estallando en coros de espuma contra el casco de madera del barco—. Jana, la hija rechazada de Alma, que nunca ha podido hacer reconocer su autoridad entre los *Agmar*. El tiempo de las mentiras se ha acabado, Jana. Erik no va a volver; no puede volver. El no forma parte de nosotros.

Por tu culpa, Jana. Separado para siempre de mí; de los muertos de su linaje...

—¿Qué estás diciendo?

A Jana se le había formado un nudo de dolor en el pecho, un nudo que apenas le permitía respirar.

Habría deseado huir de allí sin tener que formular aquella pregunta, sin tener que esperar pacientemente a que el monstruo del pasado *Drakul* le respondiese con su coro de voces desgastadas por el tiempo.

—La profecía no se ha cumplido, Jana. Erik no ha regresado. Edgar siempre envidió en secreto al pobre Erik, y ahora ha encontrado la forma de vengarse... de vengarse de todos nosotros.

—No... no entiendo nada. ¿Quién es Edgar?

Le pareció que una carcajada estallaba contra el barco, rodándolo con sus salpicaduras de ácido desprecio.

—Edgar no es nadie —dijo la voz de Óber, distorsionada ahora por un rencor feroz—. Pudo serlo todo, pero yo... yo se lo impedí. Edgar. Pobre Edgar. Él creía que lo odiaba... Lo único que pretendía era defender el linaje que había heredado.

—Todo el mundo lo ha visto —dijo Jana en voz baja, mirando frente así con los ojos agrandados por el miedo—. Yo no, pero lo han visto otros que lo conocían. Y todos coinciden en que es Erik. Hasta Álex ha hablado con él...

—Álex —la voz siseó y escupió un chasquido que envolvió a Jana como un latigazo—. No pronuncies ese nombre en mi presencia. Él mató a mi hijo. El deshizo nuestra esperanza...

—Pero él conocía bien a Erik —insistió Jana—. Y ha hablado con él. Tu hijo ha vuelto, Óber, te guste o no. Ha vuelto para ocupar el trono vacío. No puede ser otro. No puede ser... ese tal Edgar...

—¿Que no? —De nuevo estallaron las carcajadas, secas y quebradizas como papel quemado—. Edgar puede ser lo que quiera, Jana. Lo que quiera... Es un *Írido*.

—Espera. Espera, no puede ser verdad. No puedes estar diciéndome que en el trono de los reyes *Drakul* se sienta... se sienta un *Írido*...

—También es un *Drakul*. Ya ves que es muy poco lo que sabes sobre nosotros, Jana. O sobre los *Medu* en general. Siempre has estado al margen. Ni siquiera los *Agmar* confían en ti. Prefieren a tu hermano como jefe... ¿Es que no te has enterado?

—Eso no me importa —replicó Jana con fiereza—. Probablemente tengan razón, y David sea un mejor jefe que yo. He cambiado, Óber. Tú ya no puedes entenderme. El poder ya no me interesa.

—Lo sé —rio el coro polvoriento de los Olvidados—. Lo sé... Ahora te interesa el amor.

Todo se quedó en silencio después de aquellas palabras. El mar y el viento se habían calmado, pero ellos seguían allí, rodeando el barco por todas partes,

convirtiéndolo en una isla alejada de todo y de todos.

—Álex sabe que no es Erik —dijeron las voces—. Álex lo sabe, pero te lo ha ocultado. ¿Te das cuenta? Has renunciado a todo a cambio de nada. Ven con nosotros, Jana.

Las voces, de repente, se volvieron más suaves y musicales, hasta sonar completamente femeninas.

—Ven con nosotros. A este lado no existe el sufrimiento. Y somos poderosos, más de lo que lo hemos sido nunca. Tú nos abriste la puerta. No vamos a irnos; no conseguiréis echarnos por mucho que lo intentéis. Créeme, te conviene estar de nuestro lado...

La imagen del palacio de los guardianes en Venecia llenó en ese momento la imaginación de Jana. Allí también le habían hecho el mismo ofrecimiento: dejar de sufrir; olvidarlo todo. Solo que ahora esa oferta iba envuelta en una certeza que entonces no sentía. Óber le estaba hablando desde el otro lado de la muerte. Sabía lo que podía esperar si decidía escucharlo, si dejaba que su voz la arrastrase hacia él: la aniquilación de su yo, la unión con todos los que la habían precedido. Los Olvidados...

Y del lado de la vida estaba Álex. Álex, que parecía incapaz de cumplir sus promesas. Que, una vez más, la había engañado. Lo lógico habría sido que estuviera furiosa con él. ¿Por qué no estaba furiosa?

No tenía una respuesta para aquella pregunta, y supo que en esa incertidumbre estaba su fuerza frente a Óber. Él no podía entenderla porque no había nada que entender; ningún pensamiento secreto que sacar a la luz, ningún rencor íntimo que utilizar para manipularla.

No había nada de eso. Solo había tristeza por los tiempos oscuros que le había tocado vivir, dudas acerca de lo que tenía que hacer como jefa de su clan, planes más o menos disparatados para devolverles a los suyos una parte de todo lo que habían perdido. Seguía teniendo ambición; la había tenido siempre...

Lo que Óber no entendía era que no ambicionaba nada para ella misma.

—Gracias por tu ofrecimiento, Óber —dijo con una serenidad que la sorprendió—. No iré contigo por mi propia voluntad. Todavía quiero vivir.

Óber respondió dentro de su mente después de un largo silencio.

—Haces mal —dijo—. La vida ha sido injusta contigo, y seguirá siéndolo.

—La vida no es cuestión de justicia o injusticia —contestó la muchacha—. No se vive pensando en eso. La vida es hacer cosas, pensar cosas, actuar y ver y entender el mundo... La muerte es encerrarse otra vez en uno mismo. No quiero ser como tú, Óber. No quiero convertirme en prisionera eterna de mis propios pensamientos, ni existir eternamente atrapada en un espejo.

—Puedo intentar obligarte. Ahora soy poderoso, Jana. Mucho más poderoso que

la última vez...

—Yo también.

Jana desafió a la oscuridad con su mirada fija, serena. No veía a Óber, pero podía sentir los millares de existencias bullendo a su alrededor como un enjambre de abejas transparentes. Ahora hacían más ruido; zumbaban desordenadamente, como si ya no volasen todas en armonía y hubiesen emprendido caminos individuales, chocando unas con otras, estorbándose unas a otras en el aire, hundiéndose en el caos y la confusión.

Y Óber, de pronto, ya no era sino uno más de aquel enjambre de seres atrapados en las sombras. Tan pequeño, impotente y atormentado como todos los otros. Su fuerza estaba en la unión. Cuando los Olvidados se disgregaban, no eran nada...

Había renunciado a llevarla con él, y ahora se retiraba. Quizá pensaba que le sería más útil en el mundo de los vivos que en el de los muertos. O quizá, al comprender que ella ya no era la criatura ambiciosa y hambrienta de poder que había conocido en el pasado, había perdido todo su interés por ella.

En unos segundos, el barco volvió a ser el cascarón de juguete que los niños visitaban con sus padres después de hacer una larga cola al otro lado de los tornos. Un escenario para un pequeño espectáculo de terror fingido. Descargas de adrenalina cuidadosamente programadas, por las que los visitantes pagaban una entrada absurdamente cara.

Un barco corsario que nunca había navegado, en un mar de metro y medio de profundidad.

Después de buscar un rato junto a las barandillas de la cubierta, encontró lo que quedaba del puente de cuerda roto. Lo lanzó por la borda como si fuera una escalera y empezó a descolgarse por él. Las voces de Álex, Athanambar y Railix le llegaban desde la orilla de la playa corsaria, entremezcladas, ansiosas.

Estaban gritando su nombre.

Vaciló al hundir las piernas en el agua, agitándolas hasta encontrar el suelo. Sus pantalones empapados tiraban de ella hacia abajo como un lastre de plomo, y cada paso en dirección a la orilla le costaba un esfuerzo casi sobrehumano. Los fue contando uno por uno. Ocho en total.

Ocho pasos, y llegó al muro de piedra artificial del estanque.

Se apoyó en él con ambos brazos y se impulsó para encaramarse al borde, como solía hacer de pequeña en la piscina.

Antes de que pudiese ponerse en pie, Álex se había sentado a su lado y la rodeaba con sus brazos, protector, angustiado.

—He pasado mucho miedo, —Jana murmuró—.

—Jana... Háblame, por favor. ¿Estás bien?

Ella se deshizo de su abrazo y se apartó un poco para mirarlo. En sus labios

danzaba la sonrisa más extraña que él hubiera visto jamás en su rostro.

—No te preocupes —fue todo lo que dijo—. Estoy bien. Nunca he estado mejor... Sí, estoy mucho mejor que antes.

CAPÍTULO 4

Mientras los miembros *Drakul* más jóvenes de la expedición se encargaban de devolver a Pórtal y a Kinow a sus casas, Railix se ofreció a acompañar a Álex y a Jana hasta las suyas.

Como por arte de magia, el coche negro que parecía obedecer sus órdenes surgió de entre las brumas del bosque justo en el mismo sitio en el que antes lo habían visto desaparecer, y Railix invitó a los dos jóvenes a subirse en la parte trasera mientras él ocupaba el asiento del copiloto.

El chófer, un *Ghul* de rostro lobuno y salvaje, condujo en silencio por los caminos embarrados que descendían a través de pinares y campos de labor hasta la carretera principal. La emisora de radio que había sintonizado emitía trasnochadas canciones de amor. Jana miró de reojo a Álex, que se había adormilado apoyado en la ventanilla.

—Lo dejaré a él en su casa y luego te acompañaré a ti —dijo Railix, girándose un momento en el asiento para mirar a Jana—. Tengo algo que decirte.

Álex no despertó en todo el trayecto hasta la zona residencial donde se encontraba la casa de su madre.

Así, desmadejado sobre el cuero de color marfil del asiento, a Jana le pareció de pronto un niño grande.

¿Cómo podía ser capaz de dormirse después de todo lo que habían vivido aquella noche? Jana podía comprender que su cuerpo y su cerebro necesitasen un respiro después de la angustiosa aventura del parque, pero ¿qué clase de control mental hacía falta para ser capaz de desconectarse tan pronto de lo ocurrido?

A veces envidiaba el entrenamiento espiritual al que Álex se había sometido durante el tiempo que pasó con los guardianes. Había aprendido con ellos cosas que Jana, a pesar de su magia, nunca podría lograr.

Y una de ellas era precisamente aquella capacidad para aislarse del resto del mundo y encontrar la calma incluso en las situaciones más difíciles.

Cuando el coche aparcó frente a la casa de Álex, Railix tuvo que zarandear al muchacho para despertarlo. Salió del coche medio sonámbulo, y justo antes de llegar a la verja de su jardín se volvió para dedicarle a Jana una sonrisa de despedida.

Ella se la devolvió, aunque sabía que, a través de las lunas tintadas del vehículo, no podría verla.

El coche arrancó con suavidad y, después de una maniobra sorprendentemente precisa para dar la vuelta, enfiló la avenida principal de la urbanización en dirección a la salida.

Solo al llegar de nuevo a la carretera se decidió Railix a hablar.

—Necesitaba quedarme un momento a solas contigo, Jana —dijo—. Tengo un

mensaje para ti. Del rey...

—Ah, ¿sí? Pues yo también tengo un mensaje para él. Dile que exijo verle, y que si no me recibe hoy mismo haré pública cierta información que puede perjudicarlo gravemente.

Railix buscó su mirada a través del espejo retrovisor.

—No será necesario que se lo diga —replicó con seriedad—. Él también quiere verte... Me ha pedido que te lleve directamente a palacio desde aquí.

Aquello desconcertó un poco a Jana.

—¿Quiere que me lleves a su palacio? ¿A Polgar?

—Sí, esas fueron sus órdenes. Ah, y por cierto: yo si fuera tú evitaría amenazar a Su Majestad, tanto si está solo como en presencia de sus hombres. Por muy princesa *Agmar* que seas, no puedes andar diciendo esas cosas por ahí. Erik es el rey de todos los *Medu*. Parece que no te das cuenta de que puede castigarte, si así lo decide.

—No le tengo miedo —dijo Jana—. De todas formas, todo se aclarará cuando hable con él... ¿Tardaremos mucho en llegar?

—No mucho. Usaremos uno de los accesos especiales del palacio. Se llega directamente a través de un ascensor instalado en un edificio del centro de la ciudad.

—Uno de los rascacielos de Óber, supongo. Creía que los *Drakul* habíais perdido buena parte de esos edificios, pero veo que no es así...

—Hay muchas cosas que no sabes acerca de nosotros, Jana. Ahora espero que comprendas que debo vendarte los ojos antes de iniciar el descenso.

El *Ghul* detuvo el coche a la entrada de una gasolinera desierta, y Railix pasó a ocupar el asiento de atrás. Llevaba en la mano una especie de bufanda negra que acababa de sacar de la guantera. Jana no protestó cuando le cubrió los ojos con ella, anudándosela luego por detrás.

La presión de la tela sobre sus párpados llenó la oscuridad de destellos hasta que Jana logró acostumbrarse a ella. Por un lado, casi agradecía aquella negrura en la que Railix acababa de sumergirla a la fuerza. Alguien que lleva los ojos vendados no se siente obligado a darle conversación a su guía, de modo que la muchacha se encerró en un obstinado silencio que solo rompió casi una hora después, cuando, después de un largo recorrido primero en coche y luego a pie, seguido de un interminable descenso en un monta carga Polgar, Railix le desató la venda. Lo que no esperaba Jana era encontrarse en el mismísimo salón del trono del palacio real, y justo delante de Erik, que la observaba pensativo mientras ella trataba de acostumbrar sus pupilas a la intensa luz artificial que inundaba la estancia.

Estaban de pie sobre una vieja alfombra persa que, a pesar de encontrarse bastante raída, debía de tener un gran valor. Muy cerca de ellos, sobre una tarima de madera, se encontraba el trono de oro que Óber solía utilizar en las grandes solemnidades; y alrededor, formando un semicírculo, habían colocado los veintidós

asientos de terciopelo rojo destinados a los notables del clan *Drakul*.

—O sea, que esta es tu nueva vida...

Jana miró a los ojos al muchacho y se detuvo, sin saber cómo continuar. El rostro de Erik era el de siempre, sereno, relajado, tan joven y fresco como antes de que todo aquello empezara. Como cuando se sentaba dos pupitres por delante de ella en su clase de Los Olmos... ¿Era posible que aquel rostro fuese tan solo una máscara?

—Aunque no lo creas, Jana, me alegro mucho de verte.

Ella asintió, sin creerse del todo sus palabras. La voz también era la de Erik, y sin embargo... Erik no la habría saludado de aquella manera, estaba segura.

—Supongo que yo también me alegro, seas quien seas.

Railix se había retirado tras hacer una profunda reverencia, y había salido del salón sin hacer ruido apenas cinco segundos antes. Estaban los dos solos... Tal vez por eso la reacción del rey no fue de indignación, ni siquiera de sorpresa.

—Justamente de eso es de lo que quería hablarte —dijo, invitando a Jana a seguirle hasta el semicírculo de sillones rojos y a sentarse en uno de ellos, mientras él ocupaba el de al lado—. ¿Te lo ha dicho Álex?

Jana tardó un momento en contestar.

—No —admitió de mala gana—. No; él no me ha dicho nada.

El rey alzó levemente las cejas.

—¿Lo has descubierto tú sola? Vaya, eso sí que me sorprende. Tus poderes no han debido de debilitarse tanto como los del resto de los *Medu*, si has sido capaz de averiguar quién soy.

—En realidad, no sé quién eres —confesó Jana—. Aunque creo que sí sé tu nombre... Te llamas Edgar.

Le pareció que el rey palidecía al oírla.

—Edgar —repitió él, pronunciando cada sílaba con lenta deliberación—. Hace tanto tiempo que nadie me llama así, que había llegado a olvidar cómo sonaba...

—Entonces, ¿es cierto?

El joven rey asintió.

—Es cierto —dijo—, aunque me imagino que ese nombre no significará nada para ti.

Sus ojos permanecían fijos en el trono dorado. No tenía prisa por explicarse, estaba claro... Y también era evidente que aquella conversación le resultaba muy penosa.

—En realidad, no significa mucho para nadie —comentó con melancolía—. El único que solía pronunciarlo con cierto cariño está muerto desde hace mucho tiempo. Y no volverá, Jana. Durante un tiempo pensé que sí, que volvería... pero no quiere regresar.

—Te refieres... te refieres a Erik.

—Sí —Edgar clavó en los ojos de Jana sus iris limpios y azules—. Erik era mi hermano.

Jana no reaccionó lo bastante deprisa como para ocultar la sorpresa que le producían aquellas palabras.

—¿Un hermano? —preguntó—. Nunca había oído que Erik tuviese ningún hermano...

—Medio hermano, en realidad —precisó Edgar—. Mi padre era Óber, y mi madre, una noble *Írida*. De pequeño no me querían en ninguno de los dos clanes. Óber se encargó de que recibiese una buena educación, pero nunca venía a verme. No fue un buen padre para mí... A veces llegué a pensar que me odiaba.

Jana se estremeció. Aún le parecía estar oyendo la voz inhumana y sarcástica de Óber en su interior al hablar de su segundo hijo. Parecía furioso con él por haber usurpado el lugar de Erik, cuando, visto desde su perspectiva, tenía motivos para alegrarse. Al fin y al cabo, Edgar era un miembro del linaje real *Drakul*... ¿Por qué Óber lo despreciaba tanto?

—Tuvo que ser muy duro para ti —murmuró, pensativa—. ¿Dónde has estado todos estos años, Edgar?

Erik nunca te mencionaba. ¿Vivías escondido?

—Más o menos. Vivía apartado. Cuando cumplí ocho años Óber ordenó que me separaran de mi madre y me educasen en una comunidad de sacerdotes *Drakul*. Pero ellos tampoco me querían... En cuanto me enteré de la muerte de mi padre, me las arreglé para escapar.

—¿Erik lo sabía?

Edgar meneó la cabeza con tristeza.

—No llegó a enterarse —explicó—. El viaje desde el monasterio fue muy largo. Estábamos en un sitio muy aislado, en los bosques del norte... Cuando conseguí llegar aquí, todo había terminado. Erik había muerto. Ya no era más que historia... Hice todo lo posible para que regresara, pero él prefiere quedarse donde está, en el reino de los muertos. Si es que está allí... Nunca he logrado comunicarme con él, aunque llevo meses intentándolo.

Jana sondeó la expresión del muchacho. El parecido con Erik era asombroso. Resultaba difícil creer que aquello fuese tan solo una máscara *Írida*.

—¿Me habrías contado todo esto si yo no hubiese descubierto que eras un impostor? —preguntó—. ¿Era para contármelo para lo que querías verme?

—Sí. Después de lo que me dijo Álex, no me quedaba otra opción. Lo he estado pensando mucho, Jana, y creo que tú y yo debemos estar unidos. Tenemos que hacerles frente... Sin tu ayuda, no tengo ninguna oportunidad de conseguirlo, pero si te pones de mi lado todo es posible.

—No entiendo de qué hablas. ¿Unidos frente a quién? Espero que no te refieras a

Álex. Él también ha descubierto quién eres, ¿verdad? Pero no me lo dijo...

—En realidad, no sabe quién soy, pero sí sabe quién no soy.

—¿Cómo ha podido averiguarlo? Este verano, sus poderes se han debilitado mucho. Lo sé, yo misma lo he visto. No entiendo cómo...

—No lo averiguó por sus propios medios, Jana. Se lo dijo él... Se lo dijo Erik.

Jana tardó unos instantes en procesar aquella información.

—No puede ser, Edgar. ¿Cuándo? Erik está...

—Está muerto, sí. Pero, no sé cómo, se las ha arreglado para ponerse en contacto con Álex. ¿Te das cuenta, Jana? No te ha elegido a ti, ni a mí, que soy su hermano. Aunque sabe lo que estoy haciendo. No. Ha elegido a Álex...

—Quizá no haya sido una elección. A lo mejor, por lo que sea, no ha podido comunicarse con nadie más que con él...

—Para el caso, da igual. Lo cierto es que Erik le ha hablado a Álex desde el otro lado de la muerte. Y le ha pedido que haga algo... Algo que yo no quiero que haga.

Se hizo un breve silencio entre los dos. Jana intentaba pensar con rapidez, encajar todas las piezas de aquel puzle que a cada instante se volvía más complicado.

—Creía que me habías dicho que tú querías que Erik regresara. Y que le tenías cariño...

—Él fue el único de la familia que me aceptó. Me ofreció el apoyo que Óber debería haberme dado. Nunca le olvidaré, Jana. Él fue la persona más importante de mi vida. Pero ahora está muerto, ¿entiendes? Ya no es él mismo. No puede ver las cosas como las vemos los vivos... ni querer las mismas cosas que nosotros queremos.

Jana sintió un escalofrío al recordar su reciente encuentro con Óber. Aunque Erik no se hubiese unido a la monstruosa horda de los Olvidados, era probable que Edgar tuviese razón. La muerte le habría cambiado. Óber lo había dicho: la muerte siempre lo cambia todo.

—¿Qué es lo que Erik quiere que tú desees impedir? Dices que se lo dijo a Álex...

—Sí. Le pidió que le ayudase a cerrar para siempre la Puerta de Plata. Es un lugar de paso entre la vida y la muerte, y se llega hasta él por una senda secreta de los *Drakul*. Esta noche has recorrido los primeros tramos de esa senda, en Magic Land...

—Lo sé. Railix nos dijo al principio que quería que le ayudásemos a llegar hasta el final y controlar las puertas, pero luego tus órdenes cambiaron.

Edgar asintió.

—Lo hice para que Álex creyera que estaba dispuesto a seguir su consejo. Necesitaba ganar tiempo, Jana. Tiempo para pensar sobre cuál es mi deber... Pero ya lo he pensado, y he llegado a una conclusión. Erik me ha pedido, a través de Álex, que le ayude a cerrar para siempre la Puerta de Plata, dejando la magia atrapada del lado de la muerte. ¿Sabes lo que significaría eso? El final definitivo de nuestro poder.

El final de los *Medu*... Eso no es lo que yo quiero para mi pueblo.

—No lo comprendo —dijo Jana lentamente—. ¿Erik quiere hacer desaparecer la magia del mundo de los vivos? Pero eso no tiene ningún sentido... ¡Murió justamente por defender todo lo contrario!

—Ha cambiado, te lo dije. Podría haber regresado cuando Álex y tú leísteis el Libro de la Creación. Podría haber cumplido la profecía, pero no quiso... Y ahora quiere destruir definitivamente a los *Medu*.

—Quizá lo que quiera en realidad sea liberarnos. La magia es una carga muy pesada, Edgar. Cuando la tienes, a veces desearías librarte de ella. Tú debes de saberlo...

—Esa no es la cuestión. La cuestión no es lo que uno quiere, sino lo que uno debe hacer. Soy él último descendiente vivo del linaje real de los *Drakul*. Mi deber es proteger a los *Medu* y evitar que les roben lo que por derecho les pertenece. Durante siglos, hemos sido los depositarios de la magia de los símbolos. Luego, por culpa de tu amigo Álex, tuvimos que compartirla con los humanos. Y ahora, después de que leyeseis el Libro de la Creación, tenemos que proteger nuestro legado frente a la amenaza de los espectros que intentan robárnoslo. La solución no es devolverlos al lugar de donde vienen y cerrar la puerta, como pretende Erik. Lo he pensado mucho y estoy seguro. Hay una alternativa mucho mejor...

—¿Cuál?

—Controlar la Puerta de Plata. Eso significaría tener el control de los espíritus que la utilizan para entrar y salir, y por lo tanto de su poder. Nos volveríamos prácticamente invencibles.

—Invencibles...

—Piénsalo, Jana. Sería el comienzo de una nueva era de esplendor para los *Medu*. Esta vez haremos las cosas bien. No quiero ese poder para hacer con él lo que hizo mi padre. Quiero que todo empiece de nuevo. Seremos generosos con los humanos. Haremos grandes cosas, y todo el mundo saldrá beneficiado. ¿Por qué vamos a renunciar al poder de hacer grandes cosas? No somos niños, Jana. Tenemos la suficiente inteligencia y el suficiente valor para manejar todo esto.

Jana sonrió, admirada por la emoción y la energía que Edgar había sabido imprimir a su pequeño discurso.

—Desde luego, nadie puede negar que tienes madera de líder —dijo—. En eso te pareces a Erik...

—Me parezco a él en muchas otras cosas.

Justo al terminar de pronunciar aquellas palabras, el rostro del rey empezó a cambiar. Fue un cambio sutil, pero Jana lo notó de inmediato. Las facciones seguían siendo muy parecidas a las de Erik, pero ya no eran las mismas. Ni tampoco sus ojos. Recordaban, más bien, el aspecto que solía tener Erik dos o tres años antes de su

muerte, aunque la similitud no era perfecta.

—Este es mi verdadero rostro —dijo Edgar, sonriendo con tristeza—. He llegado a sentirme más cómodo con mis máscaras que con él. Me parezco a Erik, ¿verdad? Cada día que pasa me parezco más a él.

Jana se dio cuenta en ese momento de que no era la primera vez que veía aquel rostro. Lo había visto anteriormente en una ocasión. Fue un instante, apenas un fogonazo. Estaban en Venecia, en el viejo museo del ghetto, y acababa de enfrentarse por primera vez al Nosferatu.

—Yadia —murmuró, incrédula—. Yadia, eres tú...

El rostro de Edgar se transformó como por arte de magia en el del joven mercenario que tantos quebraderos de cabeza les había provocado a Álex y a ella durante su búsqueda del Libro de la Creación. Pero la transformación no duró mucho tiempo. Era como si Edgar ya no se sintiese cómodo en la piel de su antiguo personaje. Rápidamente recuperó su aspecto real, el de un muchacho de unos catorce o quince años, una versión joven y sombría de Erik.

—¿Por qué no me lo dijiste? —murmuró Jana.

De pronto se sentía extrañamente irritada con el chico, aunque ni ella misma comprendía por qué.

—Quería decírtelo, pero no sabía cómo —dijo Edgar, enrojeciendo—. Me daba vergüenza, después de todo lo que pasó en Venecia.

—Sí —dijo ella, mirándole con expresión acusadora—. Te hiciste pasar por Álex...

El rubor de las mejillas de Edgar se volvió aún más intenso.

—Formaba parte del plan —se justificó sin demasiada convicción—. Lo hice todo por Erik, Jana. Vosotros entonces no podíais comprenderme, porque no sabíais quién era. Pero lo único que yo quería, lo que me movió a hacer todo lo que hice, fue el deseo de que Erik regresase.

—Y ahora, sin embargo, quieres enfrentarte a él.

—No quiero un enfrentamiento. Pero tampoco estoy dispuesto a hacer lo que me pide. Quiero el control de la Puerta de Plata, Jana. Es lo que el propio Erik querría si siguiera siendo el mismo de antes. Si siguiera vivo...

—No sé si es lo mejor, Edgar. De verdad, no lo sé. Todos hemos sufrido mucho desde que la magia se dispersó por el mundo. Álex creyó que le haría la vida más fácil a la gente, pero ha sucedido todo lo contrario.

—Porque los humanos no saben utilizarla. Usan la magia para jugar, para impresionar a sus amigos. La magia es nuestra, Jana, de los *Medu*. Nunca debimos perderla. Y ahora tenemos la oportunidad de recuperarla. Ayúdame a conseguir el control de esa puerta.

Jana le miró a los ojos, pensativa.

—¿Y si nos equivocamos? —preguntó.

—Si nos equivocamos siempre habrá tiempo de rectificar. Cerraremos la Puerta de Plata, tal y como quiere Erik. Pero no nos estamos equivocando, Jana. Es lo correcto. Por una vez, no le falles a tu pueblo. Ya le has fallado demasiadas veces... y siempre por culpa de Álex.

—Quizá no sea tan mala idea —murmuró Jana—. Al menos, podríamos mantenerlas abiertas durante un tiempo, hasta que recuperemos la magia suficiente para seguir adelante. Suponiendo, claro, que consigamos hacerlo...

—Lo conseguiremos —aseguró Edgar con una sonrisa llena de confianza.

Jana arqueó las cejas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Conocemos el camino hasta la puerta, y te tengo a ti. En este momento eres la más poderosa de los *Medu*, Jana. Si tú no lo consigues, no podrá hacerlo nadie.

—¿Y crees que con eso bastará? Tengo poderes, es cierto, pero la mayor parte de las veces no sé cómo utilizarlos. No conozco los saberes antiguos; mi madre no me enseñó casi nada sobre las viejas fórmulas y conjuros de su clan. Por no hablar del resto de los clanes...

—Ya he pensado en eso —dijo Edgar muy seguro de sí mismo—. Y he estado consultando los libros de la biblioteca de Óber. Se dice que hay un conjuro para controlar a las criaturas que atraviesan la Puerta de Plata, pero no he dado con él. Sin embargo, sé de alguien que lo conoce. Aunque a mí jamás me lo revelaría...

—¿De quién estás hablando?

—Del viejo Pértinax. Los *Agmar* nunca llegaron a conocer las rutas mágicas que conducen hasta esa puerta, pero heredaron una fórmula de los *Kuriles* que, según algunos eruditos, podría ser el conjuro capaz de abrirla. Si alguien conoce esa fórmula tiene que ser Pértinax, ¿no estás de acuerdo?

Jana meneó la cabeza, escéptica.

—Si crees que Pértinax va a estar dispuesto a colaborar, te equivocas. Todavía está encerrado en una vieja prisión, y nunca nos perdonará lo que le hicimos. A mí me odia; me culpa de lo que les ocurrió a sus hijas.

—Estoy seguro de que su amor por ellas será más fuerte que su odio hacia ti. Quiero que hables con él. A ti, al menos, te escuchará. Dile que, si colabora, podrás devolverle a esos engendros a los que tanto quiere. Piénsalo, Jana. El control de las puertas podría ayudarnos a localizarlas. A mí no me importa que vuelvan con su padre... ¿Y a ti?

Jana se encogió de hombros.

—No me siento orgullosa de lo que les hice —dijo—. Y Pértinax ya ha pagado sus culpas. Además, es mucho lo que sabe. Si de verdad vamos a intentar reconstruir el poder de los *Medu*, le necesitaremos.

Edgar se puso en pie y la miró desde arriba. Sus ojos centelleaban de entusiasmo.

—Entonces, ¿eso significa que me ayudarás? —preguntó con un leve temblor en la voz.

Jana asintió con la cabeza. Intentó sonreír, pero no pudo.

—Solo mantendremos esa puerta abierta por un tiempo, Edgar. Luego la cerraremos. Ese es el trato que te ofrezco... Si lo aceptas, te ayudaré.

CAPÍTULO 5

La cárcel «extraoficial» en la que los *Medu* mantenían prisionero a Pértinax se ocultaba en una vieja granja rodeada por todas partes de un mar interminable de viñas. Jana tuvo que coger a primera hora de la mañana el autobús de línea que, después de tres horas y media de viaje y de veinticuatro paradas, la dejó bajo una marquesina roja junto a la carretera empapada de lluvia.

Los graneros de madera roja de la granja se veían a lo lejos, rodeados de frondosos árboles. Un tractor verde recorría pausadamente el rectángulo de tierra negra que se extendía a lo largo de la carretera. Más allá, las viñas componían un gran tapiz verde y dorado que se prolongaba hasta el horizonte.

Jana tomó el camino asfaltado que se dirigía a la extraña prisión, molesta por la pegajosa llovizna que empezaba a empaparle el pelo y la ropa. Hacía medio año que no pisaba aquel lugar. No estaba familiarizada con el campo, y la inmensidad silenciosa de todo lo que la rodeaba la ponía un poco nerviosa. Sin saber por qué, se sentía amenazada...

Dos jóvenes guardianes de la prisión salieron a su encuentro en cuanto llegó a la altura de los huertos.

Iban vestidos como granjeros corrientes, y uno de ellos llevaba puesta una gorra roja de béisbol. Les había telefoneado a última hora de la noche anterior para avisarles de que iba a visitar a Pértinax, y era evidente que la esperaban. La saludaron con inusual respeto, y uno de ellos se apresuró a abrir un enorme paraguas negro para protegerla de la lluvia. Los dos hombres eran hermanos, y pertenecían a una de las dos familias *Agmar* que, desde hacía más de cien años, se hacían cargo de aquella prisión.

—El prisionero no está muy bien de salud —la informó el más alto de los dos hombres, que aparentaba unos veinticinco años de edad—. Intentamos que reciba todos los cuidados necesarios, pero aquí estamos muy aislados.

—Es un viejo cascarrabias —apuntó el otro con aspereza—. Ni el mejor médico del mundo podría curarle. No quiere colaborar... Más de una vez me ha arrojado la bandeja de la comida a la cara.

—¿Es el único prisionero que tenéis ahora mismo?

—El único. Liberamos a un par de *Ghuls* que llevaban dos años prisioneros a finales del verano. Habían terminado su condena... que había firmado Pértinax en su época de regente.

—Así son las cosas —suspiró su compañero—. ¡Cuántas vueltas da la vida!

Su hermano, mientras tanto, estaba abriendo los cerrojos que sellaban la puerta del granero principal. Cuando terminó, empujó la vieja puerta de madera y se apartó para dejar pasar a Jana.

Dentro del granero olía a trigo y a manzanas. Nadie que no supiese lo que se ocultaba en él habría notado que no se trataba de un granero corriente. Pero Jana ya había estado allí antes, y sabía que las celdas se encontraban en la parte sur del edificio, ocultas detrás de una hilera de alegres puertas verdes.

Pértinax estaba encerrado en la más grande de las celdas, que era la de la esquina suroeste.

La bombilla del techo se encendió automáticamente al abrir la puerta. Pértinax, que estaba sentado frente a un escritorio que más bien parecía una vieja y manchada mesa de cocina, levantó la cabeza sobresaltado y miró hacia la entrada guiñando los ojos para protegerse de la repentina claridad.

A Jana le sorprendió el batiburrillo de objetos que se amontonaban en la celda. Todo estaba pulcramente ordenado, pero, aun así, la cantidad de libros, cuadernos, pergaminos y cajas llenas de recuerdos de familia que se apilaban en el suelo producían una desagradable sensación de agobio.

—La hija de Alma —dijo el viejecillo, extendiendo hacia Jana sus huesudos brazos envueltos en las mangas de un ridículo jersey de rayas—. Has tardado mucho en venir a verme, querida... Pero sabía que aparecerías antes o después.

Jana se volvió hacia los guardianes y les hizo una seña para que se fueran. Ambos obedecieron, cerrando la puerta tras ellos y corriendo uno a uno todos los cerrojos.

La habían dejado encerrada con uno de los individuos que más la odiaban en el mundo. Y estaba allí por su propia voluntad... Por un momento, Jana se preguntó si no sería mejor darse la vuelta en ese mismo instante y abandonar aquella locura.

Pero, en lugar de eso, se obligó a sostener la mirada del anciano, e incluso a avanzar unos cuantos pasos para acercarse a él.

—¿Qué tal estás, Pértinax? —preguntó—. Me han dicho que no andas bien de salud.

—¿Ahora te preocupa mi salud? —Una carcajada hostil y oxidada hizo temblar los labios del anciano—. Vaya, esto se pone interesante...

—He venido en son de paz, Pértinax. Quiero hacerte una oferta. Sé que es mucho lo que tienes en mi contra, pero tú sabes tan bien como yo que todo lo que hice fue para defenderme. Me traicionaste, y yo destruí lo que más querías. Es terrible, pero ya nadie puede cambiar lo que pasó. Es hora de pasar página...

—Yo nunca pasaré página, princesa. Mi vida se ha quedado paralizada en aquel día fatídico en que me robaste a mis niñas. Eran mejores que tú, Jana. Con ellas, nada de lo que ocurrió después habría pasado.

—¿Cuánto sabes sobre lo que ocurrió después? —preguntó Jana con curiosidad.

El viejo levantó un poco el elástico de la manga izquierda del jersey y se rascó con fruición antes de contestar.

—Sé todo lo que hay que saber. Aunque no lo creas, sigo conectado con el

mundo. Recibo muchas visitas. Tu hermano ha venido cuatro o cinco veces. Y no es el único... Todos y cada uno de los jefes de los clanes han venido a visitarme en los últimos meses. Ellos no necesitan permiso para hacerlo. Son tiempos difíciles para los *Medu*... y me figuro que eso les hace valorar más que nunca la experiencia de un hombre como yo.

Cada palabra de Pértinax eran un dardo envenenado contra ella, pero Jana se había propuesto firmemente no ceder a sus provocaciones. Estaba allí para obtener información, y si para ello tenía que mostrarse amable con aquel viejo tramposo, lo haría.

—Supongo que yo he venido a lo mismo que los demás —dijo con una sonrisa—. Al fin y al cabo, también soy la jefa de un clan...

—Por el momento —la interrumpió Pértinax, imitando su sonrisa—. A la mayoría de los *Agmar* no les gustas, Jana. Tienes lo peor de tu madre sin poseer sus virtudes. Y además has traicionado a tu clan... Todo el mundo lo sabe.

—¿También ha venido a verte Su Majestad? —preguntó la muchacha, ignorando el insulto que acababa de recibir.

Se dio cuenta de que Pértinax se quedaba congelado un instante, sin saber cómo reaccionar.

—Veo que eso no te lo han contado —continuó ella sin perder la sonrisa—. Erik ha vuelto, Pértinax. Hay un nuevo rey *Drakul* sentado en el trono de los *Medu*. Se ha cumplido la profecía... Yo he hecho que se cumpliera.

—Ya —el viejo hizo una pausa antes de decidirse a continuar—. Me contaron lo que pasó en Venecia, pero no tenía ni idea de que... Harold, el regente *Drakul*, vino a pedirme consejo sobre antiguos rituales para intentar hacer regresar al joven rey muerto. Le dije lo que sabía, y sé que celebraron una ceremonia para invocar su regreso. Pero fracasaron...

—Sin embargo, ha vuelto. Y me ha pedido que venga a visitarte. Tiene una oferta para ti: la libertad a cambio de tu ayuda.

—La libertad no me interesa tanto como para ayudar a un rey *Drakul*. Yo no he olvidado a qué clan pertenezco, Jana. No me importa pudrirme en este agujero. Casi ha llegado a gustarme. Me dejan leer y escribir, que es todo lo que necesito. Y no tengo que preocuparme de lo que andáis haciendo tú y ese traidor *Kuril* que tanto te gusta. No es una vida tan mala...

—La oferta incluye algo más —le interrumpió Jana en tono vacilante—. El rey me ha pedido que... quiere que te informe de que lo que va a pedirte podría hacer posible el regreso de tus hijas.

Algo en los ojos de Pértinax cobró vida de repente. Un brillo febril se instaló en sus ojos, y su barbilla comenzó a temblar.

—Aunque fuesen liberadas de su prisión en la piedra mágica, no sería fácil

hacerlas volver. Tú las convertiste en espíritus, en criaturas inmateriales...

—Quiero que me enseñes el conjuro que permite controlar la Puerta de Plata.

Pértinax miró a Jana con incredulidad.

—Esa puerta es solo una leyenda —murmuró—. No existe...

—Tú sabes que eso no es cierto. Existe, y los *Drakul* conocen una senda mágica para llegar hasta ella.

Un silencio sepulcral acogió la revelación de Jana. El anciano la miraba fijamente con sus ojillos brillantes, inmóvil como un buitre disecado.

—Ellos... ellos lo han sabido todo este tiempo —murmuró finalmente, mientras una sonrisa enloquecida empezaba a dibujarse en sus resecos labios—. Todo este tiempo yo he estado devanándome los sesos intentando encontrar una manera de hacerlas volver. Y ellos, mientras tanto, lo sabían...

—El rey cumplirá su promesa. A cambio, quiere ese conjuro.

—Nadie se ha atrevido a usarlo jamás. Ni siquiera los antiguos reyes *Kuriles*... Ellos tenían las dos cosas, el conjuro y el mapa de las sendas secretas, pero entendían que no es sabio jugar con las barreras que separan a los vivos de los muertos. No es que a mí me importe, a estas alturas. Con tal de recuperar a mis hijas, haría cualquier cosa, aunque supiese que es un disparate. Pero me sorprende que el hijo de Óber no haya pensado en las consecuencias que puede provocar una empresa tan arriesgada. Aunque él debería conocer los riesgos mejor que nadie, ya que, según parece, ha estado al otro lado de la muerte...

—Conoce los riesgos, pero es necesario hacer algo, y pronto. Esas barreras de las que hablas, las que separan a los vivos de los muertos, se rompieron el día en que Álex y yo leímos el viejo Libro de la Creación. El equilibrio ha desaparecido. Algunos de los del otro lado han aprovechado la circunstancia para regresar. Y son poderosos... Están arrebatándoles la magia a los hombres.

Una risilla convulsionó la huesuda mandíbula de Pértinax.

—Los muertos les roban la magia a los vivos —gorjeó, encantado—. Es lo que pasa cuando se concede el poder a quienes no están preparados para ejercerlo. Los hombres juegan con la magia como los niños con los petardos. Me lo han contado... Y mientras tanto, los *Medu* se consumen de angustia y de indignación, intentando como pueden recuperar una pequeña parte de aquello que nunca debieron perder. Supongo que te sentirás orgullosa, Jana...

—Sé que muchas de las cosas que he hecho han perjudicado a mi pueblo —reconoció Jana apesadumbrada—. Por eso ahora quiero reparar una parte del daño que he causado. El rey me ha pedido que le ayude a controlar la Puerta de Plata. Tú sabes lo que eso significa: el que controla la puerta controla el poder de los espíritus que necesitan atravesarla. Podemos recuperar todo lo que perdimos...

—Es una idea audaz, digna de un gran gobernante —murmuró Pértinax,

impresionado—. El hijo de Óber parece un chico listo. Quizá no nos vaya tan mal con él en el trono. El control de la puerta...

Los ojillos del viejo se clavaron en algún punto de la pared, ausentes. Parecía estar imaginando las consecuencias de aquella aventura en la que Jana le invitaba a participar.

—He cambiado, ¿sabes? —dijo de pronto—. Desde que perdí a mis hijas he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre mi vida. He cometido muchos errores, y el peor de todos fue sacrificarlas a ellas. Todo por un ansia infantil de poder. Estaba resentido con Alma, lo admito. Sentía que era injusto que se me cuestionase como líder de los *Agmar*. Yo sé más que todos vosotros juntos. Podría haber sido un buen gobernante...

—Fuiste regente unos cuantos años, Pértinax. Tuviste la oportunidad de demostrar tus cualidades.

—Y lo hice —fue la rápida respuesta del anciano—. Lo hice, pero no sirvió de nada. Se rindieron a tu juventud. Es cierto que eres poderosa, pero el poder no sirve de nada si no se sabe qué hacer con él. Y yo tenía esa sabiduría, esa experiencia... En fin. Lo que quería decirte es que ahora ya no me interesa nada de todo eso. Soy un anciano, y estoy enfermo... Más enfermo de lo que esos pobres granjeros pueden siquiera imaginar. Me queda poco tiempo, y me gustaría irme con la sensación de que mi vida no ha sido del todo inútil. En estos momentos, el futuro de los *Medu* me importa más que lo que pueda pasarme a mí. Quiero que volvamos a ser lo que fuimos. Quiero hacer lo que sea para acabar con el caos que tú y el *Kuril* sembrasteis. Y si eso significa, además, recuperar a las niñas...

—¿Eso quiere decir que vas a colaborar? —preguntó Jana.

Su voz dejaba traslucir, pese a sus esfuerzos por controlarla, una parte de la ansiedad que sentía.

—Has venido a pedirme un conjuro, y estoy dispuesto a dártelo —contestó Pértinax con solemnidad—. Pero antes quiero recuperar la libertad y el trato digno que se le debe a un antiguo regente del clan de los *Agmar*. Dile a tu rey que me saque de aquí y que me nombre administrador de su biblioteca. En cuanto firme ese nombramiento, tendréis vuestro conjuro. Lo que hagáis con él es cosa vuestra... Pero, sea cual sea el resultado, espero, por todos nuestros antepasados comunes, que esta vez no arrastres por el fango la memoria y el orgullo de los *Agmar*.

CAPÍTULO 6

El regreso desde la granja a la ciudad se le hizo a Jana más largo aún que el trayecto de ida. El autobús se desviaba continuamente de la carretera principal para detenerse en estaciones desiertas donde no bajaba ni subía nadie, o en paradas situadas al borde de viejas carreteras que probablemente ya no conducían a ninguna parte. Era como una pesadilla... Y los escasos viajeros que compartían aquel tormento con ella tenían el aspecto ensimismado y ceniciento de viejos retratos atrapados en un bucle del tiempo.

Llegó a casa agotada, deseando darse una ducha para quitarse de encima la sensación de suciedad que le había dejado aquel viaje interminable. Pero aún no había cerrado la puerta principal cuando David salió de su cuarto para darle la bienvenida.

—Creí que no ibas a llegar nunca —la saludó en voz baja y apresurada—. Esos dos llevan aquí toda la tarde, y no parecen dispuestos a marcharse sin ti. Por todos los engendros *Varulf*, ¿en qué andas metida? ¿Ahora eres amiga de la vieja guardia *Drakul*?

Jana resopló, cansada.

—Otro día, David —murmuró—. De verdad, hoy no tengo fuerzas para un interrogatorio. ¿Dónde están? ¿Los conoces?

—He conseguido dejarlos aparcados en el jardín. ¡Ya no sabía cómo librarme de ellos! A uno sí lo conozco, es ese tipo de la cicatriz, Railix. Pero al otro no lo había visto en mi vida. Y tiene una pinta que da miedo... ¿De dónde vienes, por cierto? ¿Y por qué no has ido a clase hoy? Álex vino a preguntarme a la salida si estabas enferma.

—¿Qué le dijiste?

David se encogió de hombros.

—Yo que sé, lo primero que se me ocurrió. Que no tenía ni idea de por qué no habías ido a clase, que volviste muy tarde por la noche y que a lo mejor habías decidido quedarte en casa a descansar... Creo que no fui muy convincente.

El muchacho siguió a Jana hasta la cocina y la observó mientras ella cogía una manzana del frutero y empezaba a mordisquearla.

—Necesito reponer fuerzas antes de ver a esos tipos —dijo entre bocado y bocado—. Diles que entren, anda...

Aún no había terminado la manzana cuando Railix apareció en la puerta del jardín, seguido de un anciano alto y cargado de espaldas cuyo grueso abrigo negro parecía tan viejo como él mismo, aunque mucho peor conservado.

David cerró tras él la puerta del jardín y se apoyó en ella, dispuesto a quedarse a escuchar la conversación; pero, para su sorpresa, los dos hombres, ahora que Jana

había regresado, tenían mucha prisa por irse cuanto antes, y ni siquiera quisieron sentarse.

—Tenemos que marcharnos ya —fue el saludo de Railix a Jana—. Cuanto antes hagamos esto, mejor. Son las órdenes.

—¿Qué órdenes? —preguntó David, asombrado—. ¿Órdenes de quién?

Jana iba a contestar cuando el hombre del abrigo siberiano se le adelantó.

—No hay tiempo —dijo con voz grave—. Nos vamos... Ya.

En otras circunstancias, Jana habría reclamado un poco más de respeto hacia su hermano por parte de aquellos *Drakul*. Pero el gesto tenso y concentrado de los dos hombres le hizo comprender que no era el momento. Si ellos decían que había que irse, debían de tener algún buen motivo para ello. Al fin y al cabo, ya estaban en aquella misión antes incluso de que Jana conociese su existencia...

Sin terminarse la manzana, Jana siguió a los *Drakul* hasta el vestíbulo y salió tras ellos a la carretera. Ni una sola vez se volvió para enfrentarse con la mirada perpleja e irritada de David.



Llevaban un buen rato rodando en silencio por la carretera que llevaba desde la ciudad a Magic Land cuando Railix, que iba conduciendo, se decidió por fin a hacer las presentaciones.

—Mi compañero se llama Stanislav —dijo, buscando en el retrovisor los ojos de Jana mientras su mano señalaba con gesto negligente al hombre que ocupaba el asiento del copiloto—. Stanislav Gavos. A lo mejor te suena su nombre...

—Creo haberlo oído alguna vez, sí. Pero no sé...

—Es juez —explicó Railix—. Un juez *Drakul*, de la vieja escuela... Algunas de sus actuaciones en los tribunales llegaron a hacerle bastante famoso.

—Era juez —le corrigió Stanislav, arrastrando un poco la erre—. Era, ya no. Además, también era otras cosas...

—Stanislav organizó muchas misiones secretas para Óber —dijo Railix—. Cuando había que hacer algo delicado, él era el cerebro de la operación. Lo mismo que ahora... ¿Tienes el conjuro de Pértinax?

—Me lo ha dado, sí —confirmó Jana—. Aunque todavía me estoy preguntando cómo logré convencerle.

—Ese viejo retorcido siempre esconde alguna carta en la manga —gruñó Railix—. Solo espero que no nos la juegue...

—Está encerrado en una prisión, en un lugar totalmente aislado —replicó Jana—. No podría jugárnosla aunque quisiera... ¿Adónde vamos?

—Vamos a buscar esa condenada puerta brillante —gruñó Stanislav. Conservaba un ligero acento ruso, que se notaba sobre todo cuando pronunciaba la erre—. Cuanto

antes, mejor. Muertos... No me gustan.

Stanislav pulsó el botón de bajar la ventanilla y se asomó para escupir. El viento se coló dentro del vehículo, enredándose en los cabellos de Jana. Pero solo duró un instante, hasta que Stanislav volvió a subir la ventanilla.

—¿Por qué tenemos que ir ahora? —preguntó Jana, molesta—. Ayer casi no dormí, y he tenido que viajar todo el día para ver a Pértinax... ¿Por qué no lo dejamos para mañana? Un día más o menos...

—No —la interrumpió Railix, tajante—. Tiene que ser hoy. Las palabras ocultas han sido pronunciadas, y la senda está abierta. Su Majestad lo ordenó así... Está ansioso por terminar con todo esto.

—¿Por qué no ha venido él? —preguntó Jana sin pensar en lo que decía—. Es muy fácil dar órdenes desde un despacho, o desde un trono, si es que es eso lo que hace...

—Su Majestad no juzgó conveniente presentarse en tu casa —contestó Railix con aspereza—. Tu hermano podría haber hecho muchas preguntas, ¿no crees? Nos está esperando dentro del parque... A la orilla del Gran Mar.

Aquello logró silenciar a Jana hasta el final del trayecto. Lo cierto era que no esperaba que Edgar se sumara a la misión. Él no había dado muestras de querer participar en ningún momento...

El hermano *Írido* de Erik nunca dejaba de sorprenderla.

Jana supuso que Railix aparcaría el coche en el mismo lugar en el que se habían apeado la noche anterior, pero se equivocaba. En lugar de detener el vehículo al final del camino embarrado que atravesaba el bosque, lo lanzó directamente contra el alto muro del parque. El brusco acelerón casi logró cortarle la respiración a Jana.

—Railix —murmuró—. Railix... ¡Qué haces!

Sin contestar, el *Drakul* pisó aún con más fuerza el acelerador. Jana dejó escapar un grito momentos antes de chocar contra el muro... que se disolvió mágicamente en el mismo instante en que entró en contacto con el abultado parachoques de color plata.

—Ya estamos dentro —anunció Railix, complacido—. Esta vez ha sido más fácil, ¿verdad?

—Odio los parques temáticos —rezongó Stanislav, mirando disgustado por la ventanilla el paisaje de cartón piedra que se extendía a ambos lados del camino por el que rodaban—. Adultos gritando y pataleando como niños en esos absurdos artefactos mecánicos, vomitando alegremente... ¿Por qué no se tiran desde un quinto piso? Sería más sencillo, menos aparatoso.

—Probablemente se matarían, Stan —dijo Railix en tono paciente—. La gente normal suele matarse cuando se tira de un quinto piso.

—Ah.

Stanislav no pareció encontrar un argumento frente a aquella demoledora observación, así que permaneció callado hasta que Railix aparcó el coche en la terraza desierta de una de las cafeterías al aire libre que había en las orillas del lago artificial conocido como «Océano Corsario».

Al apearse del coche, Jana miró distraída a su alrededor. El sol acababa de ponerse y un resplandor anaranjado teñía aún el horizonte, más allá del lago y del barco pirata.

Se estremeció al recordar el miedo que había sentido en aquel falso galeón la noche anterior. Ya nunca podría mirarlo sin sentir un escalofrío... Aunque a la luz del atardecer resultaba mucho menos amenazador que en la oscuridad.

—¿Hoy no abren el parque? —preguntó, distraída.

Acababa de descubrir a Edgar adormilado en un banco, muy cerca de los tornos que daban acceso al barco.

—Durante los meses de otoño e invierno solo abren los fines de semana —explicó Railix—. Una suerte para nosotros... Aunque habríamos podido solucionarlo de todas formas.

Echaron a andar hacia la orilla. Sus pasos debieron de despertar a Edgar, que se incorporó con brusquedad y miró desorientado a su alrededor antes de fijar la vista en ellos.

—Ah, ya estáis aquí —los saludó, desperezándose—. Cuánto habéis tardado... La lancha ya está preparada. ¿Todo bien, Jana? ¿Tienes el conjuro?

La muchacha asintió. No tenía ganas de entrar en detalles sobre su visita a la celda de Pértinax.

Se acercaron a la lancha, que resultó ser una flamante motora de última generación. Jana la contempló con incredulidad.

—¿De verdad necesitamos esto para cruzar este charco? —no pudo menos que preguntar—. Es un poco exagerado, ¿no?

—No, Jana —Railix señaló con la mano la otra orilla del lago artificial, donde se veía la silueta de un carrusel de estilo antiguo—. ¿Ves el viejo tio vivo y la atracción de barcos vikingos que hay junto a él, al borde mismo del agua? Nunca llegaremos hasta allí...

—¿Qué quieres decir?

—Que hay otra orilla, muchacha —gruñó Stan—. Otra orilla invisible, más lejana... Este mar, para aquellos que saben navegarlo, es mucho más grande de lo que parece.

Subieron todos a bordo de la motora, y Edgar, bajo su perfecto disfraz de Erik, encendió el motor. El bramido de la máquina se mezcló muy pronto con el bullir del agua al convertirse en espuma bajo la proa.

La lancha empezó a coger velocidad, y Jana temió por un momento que

terminasen empotrándose en la orilla opuesta, donde se alzaba la atracción de los barcos vikingos. Pero en lugar de acercarse, el carrusel y los barcos parecían ir haciéndose más pequeños cuanto más avanzaban, y poco a poco empezaron a difuminarse detrás de la bruma.

Aquello había dejado de ser un estanque. Se adivinaba, bajo la superficie negra y dorada de las olas, una profundidad cada vez mayor. Sentada en uno de los bancos de estribor de la cubierta, Jana podía ver la silueta de Edgar manejando el timón, con la vista perdida en el horizonte y los cabellos rubios al viento. Railix y Stanislav se habían refugiado en la cabina, y Jana los veía intercambiar de cuando en cuando unas pocas palabras.

Si aquel era el mismo mar en el que se encontraba el barco donde los Olvidados la habían atacado, era posible que siguieran allí. Y no solo ellos... Eran muchos los espíritus atormentados que, en los últimos tiempos, se servían de lugares de transición como la Puerta de Plata para regresar al mundo de los vivos. Tal vez estuviesen allí mismo, invisibles, acechantes, rodeándola por todas partes. Pero ¿por qué esta vez en lugar de atacarla la eludían?

Sintió un escalofrío. Prefería no pensar en ello...

—¿Qué opinas del empeño de Pértinax por convertirse en administrador de la biblioteca real? —le preguntó a Edgar, alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido del motor y de las olas—. Me pareció que estaba muy enfermo, pero no ha renunciado del todo a sus ambiciones.

—Cuando me llamaste desde la cárcel pensé que se trataba de una broma, la verdad. Pero luego me di cuenta de que no perdíamos nada con concederle ese capricho al viejo. ¿Le gustó el nombramiento que le envié por fax?

—Yo diría que sí. No me quiso escribir el conjuro hasta que leyó el documento. Pero eso le permitirá acceder a un montón de documentos clasificados...

—Todavía no está libre. Cuando los administradores terminen con los trámites de su excarcelación, ya veremos lo que hacemos con ese nombramiento. Pero te voy a decir una cosa... Por mí, si tanta ilusión le hace, puede quedarse con el cargo hasta que se muera —repuso Edgar mirándola un instante para volver a fijar enseguida la vista en el brumoso horizonte—. Es un buen puesto para él. Por lo menos tendré la seguridad de haber nombrado a alguien que sabe lo que se trae entre manos.

—¿Hasta cuándo... hasta cuándo piensas seguir con esta farsa?

Edgar frunció el ceño y soltó una mano del timón para señalar a la cabina con gesto alarmado.

—¿Por qué no hablas un poco más alto? A lo mejor no te han oído...

—Es imposible que me hayan oído. Casi no me oigo ni yo. Y no me has contestado, por cierto...

—La farsa de la vida dura hasta que te mueres. Y la de la monarquía también, si

te refieres a eso. Los reyes no se jubilan, ¿no lo sabías?

—No puedes estar hablando en serio. Antes o después, alguien se enterará, y eso sería fatídico para los *Medu*.

—La historia de las grandes dinastías de la antigüedad está llena de usurpadores que han sido recordados como grandes reyes. A nadie le importa en realidad de dónde vienes, ni lo que haces. Te quieren por lo que representas. Si haces bien tu papel, ¿por qué iban a querer cambiar?

—Pero el trono de los *Kuriles* no ha permanecido vacío tantos años para que al final alguien lo ocupe de esta manera. Es muy peligroso, Edgar...

—Soy heredero de los reyes *Drakul*; puedo demostrarlo. Y no hay nadie con más derecho que yo a ocupar ese trono. Salvo quizá tú... Pero eres una chica, una descendiente de la bruja *Agmar*, y nunca te aceptarán como reina.

—No digas idioteces. No quiero ser reina. Además, sé que es imposible...

—Aunque si te casaras con un legítimo rey *Drakul*, la cosa sería muy diferente. Mucha gente en los clanes vería con buenos ojos esa alianza. Ya se habló de ella cuando vivía Erik. Y si Álex no se hubiera interpuesto...

—Basta, Edgar. Tú no eres Erik. Y además, Álex sigue ahí, ¿recuerdas? Estás diciéndome esas cosas solo para irritarme.

Le dio la espalda al muchacho y se encaró con el viento que azotaba la proa. El cielo se había vuelto de un gris plomizo, con amenazadoras masas de nubes en perpetuo movimiento, empujándose unas a otras, persiguiéndose y juntándose como si estuviesen ejecutando una compleja coreografía.

De pronto, por debajo de una de aquellas nubes, Jana creyó ver un resplandor irisado, una tela agitándose. Una tela pesada, rígida, como de una falda antigua.

Siguió escudriñando el cielo, angustiada. El brillo de plata de la tela volvió a aparecer un instante. Y luego fue el reflejo de una manga acampanada y bordeada de encaje.

Después, nada.

El mar seguía oscureciéndose por momentos, y las olas, cada vez más altas, zarandeaban la lancha como si se tratase de una cáscara de nuez. Era un milagro que no hubiesen volcado todavía...

Tratando de librarse de la angustiada impresión de unos momentos atrás, Jana se giró en el banco para mirar por la borda.

No pudo reprimir un chillido. Había un rostro de porcelana bajo el agua, mirándola fijamente con sus cristalinos ojos de muñeca. Lo vio ascender hasta la superficie, flotar un instante y hundirse de nuevo.

Era el rostro triple de Urd, la hija de Pértinax.

CAPÍTULO 7

—Hemos llegado, Jana.

Jana abrió los ojos bruscamente y vio el rostro de Erik justo por encima del suyo.

Durante unos segundos se quedó mirándolo desorientada, convencida de que se trataba del verdadero Erik. Luego recordó a Edgar, recordó dónde estaban. Al menos, dónde estaban cuando ella se durmió... ¿Cómo pudo dormirse en medio de aquel océano sobrenatural, justo después de haber visto aparecer flotando, como en una pesadilla, el rostro de porcelana de Urd?

—Hace... hace mucho calor —murmuró, sentándose en el banco.

Todavía se encontraban a bordo de la lancha. Pero en lugar de un mar embravecido, los rodeaban las aguas turquesas de una playa tropical bordeada de altísimas palmeras y de otros árboles con grandes flores naranjas y violetas que no supo identificar.

—¿Aquí es adonde veníamos? —preguntó.

Stanislav, encorvado sobre una especie de mapa antiguo un poco por detrás de Edgar, levantó los ojos hacia ella y gruñó algo ininteligible.

—No hay otra orilla, Jana —dijo el rey—. Tiene que ser aquí...

—¿Habíais venido antes? Nada de todo esto parece sorprenderos demasiado...

—Yo vine hace un par de meses, pero no pude desembarcar —dijo Railix, que había saltado al agua y ayudaba a Edgar a dirigir la embarcación hacia la arena procurando que no se dañase el casco—. Algo falló en el último instante. Vi la isla, las palmeras, esa pared volcánica... Y luego, no sé cómo, me encontré medio ahogado junto a ese condenado tiovivo de feria. Había tragado mucha agua, pero no lo recuerdo. Esta vez ha salido mejor...

—Por ahora —precisó Stanislav—. Este sitio huele a muerte, con toda su luz y sus colores.

El ruso tenía razón. Desde la playa llegaba un extraño olor a flores podridas, a frutas descompuestas. Y había algo más raro aún: el silencio... No se oían gaviotas, ni el zumbido de ningún insecto, ni el ruido del viento en las copas plumosas de las palmeras. Nada... La playa parecía un acartonado paisaje de tarjeta postal.

—¿Es real? —preguntó Jana, más para sí misma que para los demás—. No puede ser real...

—Las ruinas están por allí —dijo Stanislav—. Dirección norte-noroeste... Justo donde hay más árboles... No será fácil avanzar.

Desembarcaron como en un sueño y atravesaron la arena blanca que ardía bajo sus pies hasta llegar al borde de la jungla. Stanislav, con el mapa en la mano, se había puesto a la cabeza del grupo; detrás iba Railix, y Jana y Edgar cerraban la marcha.

Empezaron a avanzar bajo la carpa verde que formaban las copas de los árboles.

Ni un chillido, ni un crujido, ni el más leve rumor perturbaba la calma sobrenatural de aquel lugar. El ruso le había dado el mapa a Railix e iba abriéndose paso con un viejo y oxidado cuchillo de monte, cortando lianas y arbustos para crear una especie de senda donde no la había. Porque aquella selva era tan densa y tupida como si jamás la hubiese pisado un ser humano...

Después de hora y media de marcha, empezaron a ensancharse las distancias que los separaban a unos de otros. Cada uno necesitaba avanzar a su ritmo, y eso impedía mantener la cohesión del grupo.

Además, allí no había ningún peligro. Al menos, ningún peligro evidente... aparte de aquel pesado silencio que lo envolvía todo, dándole a la jungla la apariencia de un terrario encerrado en una pecera, o de una colección de plantas en formol, aprisionadas en frascos de cristal invisibles.

Hasta que, de repente, algo se movió. Crujieron las hojas de una planta, se agitaron sus flores. Jana miró hacia la planta y vio fugazmente la figura de Urd, una especie de holograma flotante que se disolvió tan pronto como cesó el vaivén de la planta.

Era absurdo tener miedo. Jana se había enfrentado a Urd cuando estaba viva y llena de poder, y la había vencido. Y aquella no era ni siquiera Urd, sino un cascarón vacío, una sombra...

Pero por eso precisamente, porque había perdido lo poco de humanidad que latía en ella, Jana se sentía aterrorizada.

Aceleró el paso. Quería alcanzar a Railix y a Stanislav cuanto antes, pero la densa cortina de árboles le impedía ver a qué distancia se encontraba de ellos. Y tampoco los oía... Tal vez caminaban en silencio, o tal vez aquella isla espectral absorbiese los sonidos antes de que pudieran llegar a ser oídos por los seres humanos.

Jana seguía la senda que iba abriendo Stanislav con su cuchillo, pero en algunos lugares las lianas habían vuelto a su lugar después del paso de los dos *Drakul*, y resultaba difícil abrirse camino entre ellas sin ninguna herramienta. Quizá lo más sensato fuese esperar a Edgar, que avanzaba por detrás de ella. Tal vez en su presencia, Urd dejaría de manifestarse... Pero la perspectiva de quedarse quieta en medio de aquella selva amenazante no resultaba muy apetecible, así que Jana siguió caminando al mismo ritmo al que se había acostumbrado desde casi el principio de la marcha, procurando mirar lo menos posible a derecha e izquierda.

Aun así, volvió a verla dos veces. La primera fue en un árbol. Los tirabuzones de Urd colgaban como un fruto siniestro de una de sus ramas, balanceándose en la silenciosa brisa. Primero eran rubios, pero al oscilar cambiaban de color, volviéndose tan pronto oscuros como pelirrojos.

Los tres rostros de Urd. Y sus ojos, brillantes y redondos como canicas azules, brillando un momento en su cara de porcelana para disolverse en el aire al instante

siguiente.

La segunda vez que la vio fue justo al llegar al borde de la jungla, allí donde esta se abría para dar paso a una explanada de piedra que al principio le pareció vacía, hasta que empezaron a perfilarse, surgiendo de la nada como un ejército de naves extraterrestres, media docena de moles piramidales truncadas en la punta, que recordaban a los antiguos templos de los mayas.

Pero no había solo pirámides: también había escaleras, puentes que iban de unos templos a otros, terrazas amuralladas, paredes altísimas... No eran materiales, pero lo parecían. Sus masas oscuras se recortaban contra el azul eléctrico del cielo como deidades petrificadas. Dioses de otras épocas...

Y allí, sobre una de ellas, Jana vio por fin la silueta completa de Urd. Su vestido de terciopelo, sus enaguas de tul blanco, la cara de cera, sus labios breves y perfectamente perfilados, y aquellos ojos de cristal, de pájaro antiguo, azules como pedazos de cielo... Podía distinguir su brillo con toda claridad, a pesar de la distancia que las separaba.

Jana intentó ignorar la aparición, hacer como que no estaba allí. En respuesta a las señas que le hacían Railix y Stanislav, se acercó a ellos.

—¿Dónde está la Puerta de Plata? —les preguntó.

Railix señaló vagamente hacia una de las pirámides.

—Tiene que estar aquí, en algún lugar de estos muros. ¿Hay que preparar algún ritual para recitar el conjuro?

—No, no hace falta. Según me dijo Pértinax, las palabras son lo suficientemente poderosas como para actuar sin ninguna ayuda externa.

—Mejor —murmuró Stanislav, que se había cruzado los brazos sobre el pecho como si tuviese frío, a pesar del pegajoso bochorno que se notaba al llegar a la explanada—. No es sitio para los vivos... Acabemos con esto cuanto antes.

—¿No esperamos a Erik? —preguntó Jana, sorprendida.

—No lo sé —Railix se encogió de hombros—. No puede tardar mucho en llegar. Tú eres la que va a pronunciar el conjuro; decídelo tú... ¿Te lo sabes de memoria?

—Sí. Tuve tiempo de aprendérmelo en el autobús de regreso desde la prisión... Mirad, por ahí viene el rey.

Edgar, en efecto, acababa de surgir de la jungla y caminaba a su encuentro a buen paso. Jana lo vio detenerse en seco al fijar la vista en la cima de una de las pirámides. Su rostro palideció instantáneamente. Él también había visto a Urd, estaba casi segura.

Los otros, en cambio, no habían advertido la presencia del fantasma... Si es que era de eso de lo que se trataba.

Intercambiaron algunas frases incoherentes. Edgar parecía desorientado, indeciso. Era como si aquella brusca aparición de la hija de Pértinax le hubiese hecho dudar, de

pronto, de toda la operación. Jana estuvo a punto de explicarle que ella también la veía, que llevaba viéndola desde que se internaron en la selva, y antes incluso, en el barco; pero recordó lo joven que era el hermano de Erik en realidad, y pensó que no valía la pena asustarle. Al fin y al cabo, la que tenía que pronunciar el conjuro y culminar la misión era ella. Y cuanto antes lo hiciera, mejor...

Aun así, no podía entender por qué Urd, precisamente Urd, se había dedicado a vigilarla desde que se adentró con los *Drakul* en la senda mágica que conducía a la Puerta de Plata. ¿Qué pretendía?

¿Intimidarla? ¿Alentarla? ¿Asustarla hasta lograr que se diera la vuelta? No podía estar allí por casualidad. Pértinax, de algún modo, debía de haber encontrado la forma de comunicarse con su hija.

Pero ¿qué pretendía el viejo? El día anterior parecía sinceramente interesado en que los *Medu* obtuvieran por fin el control de la Puerta de Plata; aunque hablar de sinceridad en el caso del viejo Pértinax resultaba, cuando menos, arriesgado.

Miró una vez más hacia la pirámide donde la había visto momentos atrás, pero ya no estaba. O, por lo menos, Jana no la vio...

Tenía que concentrarse; pronunciar el largo conjuro en la lengua antigua y acabar con aquello de una vez por todas.

Les pidió a los otros que se apartaran un poco y que guardaran silencio. Ella caminó hasta detenerse justo delante de uno de los muros más altos de aquellas ruinas.

Visto de cerca, el muro parecía más sólido que desde lejos. Ya no daba la impresión de estar construido de sombras, o de ser un holograma que se volvía inmaterial según el ángulo desde el que lo miraras.

Lentamente, en el tono de voz grave e impersonal que le había enseñado a utilizar su madre cuando se trataba de pronunciar los sortilegios antiguos, fue desgranando, una a una, aquellas palabras que para ella no eran más que sonidos exóticos, sin significado alguno. Su madre, Alma, solía decir que, si los conjuros en lengua antigua se entendiesen, el significado de sus fórmulas asustaría tanto a los *Medu* modernos que ninguno se atrevería a pronunciarlos en voz alta. Jana se preguntó a qué oscuras fuerzas estaría invocando, qué palabras terribles acerca del equilibrio entre los vivos y los muertos estarían brotando de sus labios sin que ella las comprendiese.

Sin embargo, muy pronto dejó de hacerse aquellas preguntas. El ritmo hipnótico de su propia voz la sumió en el estado de concentración de los chamanes del pasado, y sin darse cuenta fue perdiendo la noción del tiempo. Las fórmulas del conjuro se sucedían con fluidez, sin que ella tuviese que hacer el menor esfuerzo por recordarlas. Era una de las pocas cosas que tenía que agradecerle a Alma: que le hubiese enseñado algunas de las técnicas memorísticas de la antigüedad...

En algún momento del ritual notó que algo estaba cambiando en el muro de

piedra que se alzaba delante de ella. La oscura pared se volvía más brillante con cada sílaba que pronunciaba, y aquel resplandor que parecía convertir las superficies en espejos se fue extendiendo como una sombra a todos los edificios que los rodeaban. El muro parecía ahora de plata, deslumbrante como un palacio de cuento, como una joya de tamaño imposible...

Y muy pronto las palabras antiguas empezaron a adelgazar aquella plata en el centro hasta volverla transparente, hasta convertirla en un profundo y negro agujero.

La puerta...

Lo había conseguido. Allí estaba: una entrada al reino de los muertos, y ella podía controlar aquella entrada a través de su voz, podía abrirla y cerrarla a voluntad. Ella, Jana, la última princesa *Agmar*, tenía la llave que dominaba la Puerta de Plata, la senda mágica que unía la vida con la muerte.

Y entonces algo cayó a sus pies, rápido y brusco como una piedra lanzada desde lejos. El sobresalto le hizo perder la concentración, y en el mismo momento le pareció que el hueco en el muro comenzaba a rellenarse de nuevo, a fundirse con la pared de plata.

Miró al suelo, desconcertada. Un terror sordo se apoderó de ella al descubrir que el proyectil que le habían lanzado era una mano... Una pequeña y delicada mano de porcelana.

Interrumpió su salmodia y, con una mezcla de horror y fascinación, la recogió del suelo.

La mano era lisa y suave, fría al tacto, pero apenas la había cogido cuando comenzó a calentarse rápidamente, al tiempo que se volvía más rugosa y oscura. Parecía estar quemándose por dentro, y en unos segundos aquel fuego interno había encontrado un camino hacia el exterior: cientos de diminutas burbujas de algo ardiente y anaranjado, similar a la lava, brotaron de su superficie, ahora negra. Jana intentó tirarla al suelo, pero aquel horror se había adherido a su piel como una ventosa, y no podía despegárselo.

Empezó a chillar, presa del pánico. Se estaba quemando, y el dolor era insoportable. Pero no chillaba por el dolor, sino por el miedo que le producía la mano muerta de Urd, su forma de engancharse a ella.

No sería capaz de quitársela de encima; aquella mano tenía voluntad propia. Y estaba allí para vengarse; solo en ese instante lo comprendió... Estaba allí para castigarla por lo que le había hecho a Urd, por el daño que le había causado a todo el linaje de Pértinax.

Él era el responsable. Había fingido aceptar sus condiciones, incluso le había facilitado el conjuro, pero el verdadero precio que pensaba exigir a cambio de su colaboración era su cabeza. Iba a morir...

Aquella cosa terminaría consumiéndola, convirtiéndola en un despojo sin vida

semejante a Urd, en un fantasma.

Estaba tirando de ella. La mano la arrastraba hacia la Puerta de Plata, hacia el agujero sin fondo que ella misma había abierto con su voz en el brillante muro que separaba los dos mundos. Intentó resistirse, no obedecer a sus piernas, impedir que se movieran... Pero aquella mano ardiente era más fuerte que su voluntad. Si quería derrotarla, tendría que medirse con ella en su propio terreno. En el terreno del espíritu...

Intentó evocar una visión a través de la imagen del zafiro de Sarasvati, la piedra que una vez había utilizado para atrapar a las tres criaturas que convivían dentro de Urd, a las tres hijas de Pértinax.

Abstrayéndose del dolor insoportable de la mano, de la fuerza que la obligaba a avanzar hacia la Puerta de Plata, imaginó el zafiro con todo detalle, y luego trató de proyectar aquella visión sobre su enemiga. Quería desconcertarla, asustarla. Quería, al menos, plantarle cara. No iba a rendirse sin luchar... Le tenía demasiado apego a la vida.

Cuando la mano empezó a aflojar su presión sobre ella, apenas podía creérselo. Estaba funcionando...

Ya no ardía como antes, y había comenzado a recuperar su superficie lisa y blanca de porcelana. Los agujeros de lava ardiente se iban cerrando como pequeñas cicatrices. Era... Parecía un milagro.

Pero duró poco.

Oyó un aleteo furioso, y en el mismo instante la sombra de un ave gigantesca se cernió sobre ella. Miró hacia arriba, sobrecogida...

Tenía alas, sí; pero no era un ave. Era un ángel... O eso creyó al principio.

Solo que los ángeles no tienen ojos carbonizados en las alas.

Cuando se vio envuelta en aquellos enormes apéndices de plumas negras dejó de luchar. Había perdido, lo sabía...

Quizá podría haber vencido a Urd, pero no vencería a Argo.

El guardián, manteniéndola firmemente atrapada entre sus alas tejidas de oscuridad, clavó en ella sus ojos serenos y sonrientes.

Había rejuvenecido. Ya no era aquel viejo decrepito al que había visitado en la prisión de los *Varulf*, allá en Venecia. Volvía a parecer joven, apuesto, lleno de calma y de poder. La muerte le había devuelto aquella plenitud que había perdido en su combate con Álex.

Podía sentir su aliento cálido en las mejillas. Su rostro estaba muy cerca del de ella. Y alrededor no podía ver más que sus alas, espesas, infinitas, sus plumas agitándose en el viento con majestuosa ligereza.

—Es hora de que vengas conmigo, Jana —le dijo, casi con benevolencia—. Lo justo es lo justo. Atravesarás conmigo la Puerta de Plata que tú misma has abierto.

—No. Por favor, Argo, no. No quiero morir...

—Te creía más valiente. La muerte solo es un cambio de perspectiva. Se ven las cosas de otra manera... ¿Qué es lo que tanto te asusta?

—No se trata de miedo. Es que no quiero separarme de las personas que...

—¿De Álex? —Una musical carcajada resonó, sofocante, en la cámara formada por el plumaje de las alas—. Lo olvidarás en cuanto estés ahí dentro.

—No, no es cierto. No lo olvidaré, igual que tú no me has olvidado a mí. La diferencia es que lo que tú sientes hacia mí no es amor, sino odio...

—Si su recuerdo consigue sobrevivir al dolor de convertirse en una sombra, mejor aún. Te lo mereces... Te mereces sufrir eternamente por esa pérdida que vas a experimentar.

Empezaron a elevarse, a flotar. La mano de Urd se había disgregado en cenizas entre los dedos de Jana.

Ahora ya solo estaba Argo, inmenso, deslumbrante bajo sus alas negras.

Planearon hasta el agujero en la Pared de Plata. Dentro solo había oscuridad, vacío: un vacío más aterrador que cualquier visión.

—¿Y tú que ganas con esto, Argo? —fue lo último que Jana pudo decir antes de atravesar el umbral.

—¿Yo? —El guardián desplegó una angelical sonrisa—. Yo no gano nada. No puedo ganar nada... Nada puede devolverme todo lo que tú me arrebataste.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Lo hago porque te odio, Jana. Porque quiero que sufras todo lo que yo he sufrido. No busques ninguna otra razón... La belleza de esta acción es que es completamente inútil. Es... es un acto de pura crueldad.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 1

Álex estaba harto de recorrer una y otra vez los treinta metros de largo del salón donde le habían encerrado mientras esperaba a que Su Majestad Erik lo recibiese. Había contado el número de baldosas de mármol negro desde la puerta de la pared norte hasta la ventana de la pared sur, se había asomado a aquella ventana para contemplar la luz artificial que bañaba una de las grutas más grandes de la ciudad de Polgar y los edificios de hierro y cristal que rodeaban el palacio *Drakul*, y se había detenido a mirar con curiosidad los retratos en bronce de varios antecesores *Drakul* de Erik, representados por los escultores del pasado con más benevolencia de la que merecían.

Aquel lugar le parecía irreal. ¿De dónde habría partido la idea de construir aquel ridículo mausoleo para venerar a los falsos antepasados de un rey de opereta? Probablemente del propio rey, quienquiera que fuese. En todo caso, no tardaría mucho en averiguar quién se escondía detrás de aquella máscara que con tanta exactitud reproducía las facciones de Erik. No pensaba irse sin haberle arrancado al rey usurpador aquella información. Aunque eso no era lo que más le preocupaba en ese momento...

Quien de verdad le preocupaba era Jana.

Llevaba tres días sin aparecer por el colegio, sin contestar a sus llamadas ni dar ninguna señal de vida.

Al principio supuso que estaría enfadada, y no insistió demasiado. Con Jana valía más no forzar los tiempos; sabía por experiencia que era preferible esperar a que ella hubiese reflexionado, a que el enfado, fuese cual fuese su causa, se hubiese enfriado un poco.

Pero después de setenta y dos horas sin tener noticias suyas, Álex empezó a ponerse nervioso. ¿Y si no se trataba solamente de un enfado? ¿Y si estaba enferma o le había ocurrido algo? La proeza que había realizado en Magic Land, salvando ella sola a los dos *Drakul* atrapados en el parque, probablemente la habría dejado muy debilitada. ¿Y si alguien se había aprovechado de ese momento de debilidad para intentar hacerle daño? Tenía que averiguarlo...

Hasta ese día, David había contestado con evasivas a sus preguntas en el patio del colegio, pero cuando se presentó en su casa no pudo seguir ocultándole la verdad.

—Supongo que es mejor que lo sepas —dijo el muchacho, que le había invitado a pasar a la cocina y estaba preparando un par de tazas de cacao caliente—. Hace un par de días vinieron dos tipos muy raros a buscar a Jana, y se fueron con ella. Desde entonces, no ha vuelto...

—¿Y no estás preocupado?

—¡Claro que lo estoy! Pero ya sabes que Jana no acostumbra a dar demasiadas

explicaciones. Ni siquiera me avisó este verano cuando se fue contigo a la casa de la playa.

—¿Quiénes eran esos tipos?

David frunció el ceño.

—Uno era Railix, el de la cicatriz. El otro es un ruso que, por lo visto, fue juez de los *Drakul* en tiempos de Óber. Llevaba un abrigo enorme, que parecía del siglo pasado...

—¿Sabes adónde fueron?

David se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo que sí he podido averiguar es algo bastante raro, Álex. Resulta que, ese día, Jana, en lugar de ir al colegio, cogió un autobús para ir a... ¿Sabes adónde? Ni te lo imaginas...

—David, por favor, no estoy para adivinanzas. ¿A dónde fue?

David suspiró.

—A la prisión donde tienen a Pértinax. Parece que el viejo está bastante enfermo; he estado informándome... Pero no creo que lo visitase por eso, claro.

—Así que fue a ver a Pértinax y luego se marchó con esos dos... y no ha vuelto. Tampoco he visto a Railix en la puerta del colegio estos días. Y el otro, el ruso, ni siquiera sé quién es...

—Últimamente, Jana y tú parecéis tener muchos amigos *Drakul* —observó David con cierta malicia—. Preguntadles a ellos; seguro que os pueden decir algo.

Fue entonces cuando a Álex se le ocurrió la idea. No conocía a tantos *Drakul* como David parecía suponer, pero conocía al más importante... Conocía a su rey. O, al menos, tenía su correo electrónico.

Concertar la cita para aquel mismo día resultó sorprendentemente fácil. El falso Erik contestó de inmediato a su mail convocándolo en el palacio a las siete de la tarde. Y allí estaba, esperándolo...

Pero el rey se retrasaba, como tienen por costumbre hacer los reyes. Quizá el usurpador creyese que un rey que acude puntualmente a sus citas no resulta convincente. Aquel retraso de casi hora y media debía de formar parte de su personaje.

Álex estaba empezando a considerar seriamente la posibilidad de armar un escándalo por el trato recibido, cuando la puerta se abrió dejando paso a Erik, que se dirigió hacia él con una mano tendida y una sonrisa de lo más amigable.

El parecido con el verdadero Erik era aún más asombroso al natural que en la videoconferencia.

Resultaba muy difícil convencerse de que no era él...

Pero no era él; no era su viejo amigo. Debía tenerlo presente en todo momento, para no cometer errores.

—Hola, Álex —fue el sencillo saludo del monarca—. ¿Qué pasa? Tu mensaje me dejó preocupado...

—Jana ha desaparecido, eso es lo que pasa —soltó Álex a bocajarro.

Curiosamente, al rey no pareció sorprenderle la noticia.

—¿Desde cuándo? —murmuró con afectada indiferencia.

Su tono convenció a Álex de que estaba intentando ocultarle algo.

—Tú lo sabías —dijo con expresión acusadora—. Y seguramente también sabes desde cuándo. ¿Qué le has hecho, «Majestad»? Su hermano me ha dicho que dos de tus hombres fueron a buscarla...

—Railix y Stan, sí —el rey se pasó una mano por la frente. Estaba pálido, y solo en ese momento se fijó Álex en las grandes ojeras moradas que rodeaban sus ojos—. Fue una estupidez. No deberíamos haberlo intentado...

—¿De qué estás hablando?

El rey alzó hacia él unos grandes ojos suplicantes. Aquella expresión desamparada le hacía parecer más joven que Erik; casi un niño.

Llevaba puesto un jersey negro y unos pantalones vaqueros. En realidad, fuese quien fuese el que se ocultaba bajo la máscara del último heredero de la dinastía *Drakul*, su aspecto estaba muy alejado del de un rey. Parecía un muchacho cualquiera. Un chico corriente, aunque más alto y más guapo de lo normal.

—Antes de que te explique lo que ha pasado —comenzó—, quiero que entiendas una cosa: yo nunca he querido traicionar la memoria de Erik. Lo único que intento es mantenerla viva... Él no quiere volver, ¿lo entiendes? Y alguien tenía que ocupar su lugar. Pero ocupar su lugar significa tomar decisiones... Y tengo que tomarlas siguiendo mi propio criterio, no el de un muerto.

—Aunque esté muerto, Erik aún puede comunicarse con nosotros. Te envió un mensaje, usándome a mí como mensajero. Ya que has decidido suplantarle, puedes seguir sus consejos...

—No, Álex. No puedo. Tengo que gobernar pensando en mi pueblo. Pensando en los míos... Pero supongo que esta vez me he equivocado, y Jana ha sido la que ha pagado las consecuencias.

—A ver si lo entiendo —dijo Álex con deliberada lentitud—. ¿Intentas decirme que has hecho algo en contra de los deseos de Erik? ¿Y qué has utilizado a Jana?

—No la he utilizado —replicó el rey, ofendido—. La convencí de que debía ayudarme. Ella también pensaba que era lo mejor para nosotros. Los *Medu* no podemos renunciar a la magia y pasar página como si nada. Diga lo que diga Erik, es imposible. Somos magia, Álex. Es de lo que estamos hechos... Es nuestro origen, y dudo que podamos sobrevivir sin ella.

—Ya lo estáis haciendo —dijo Álex, impaciente—. Habéis perdido buena parte de vuestros poderes, y ningún *Medu* ha muerto por eso.

—No estoy hablando de sobrevivir individualmente, sino de sobrevivir como pueblo. Jana piensa lo mismo que yo: vale la pena defender las tradiciones que hemos heredado. Me dijo que me ayudaría a controlar la Puerta de Plata. Incluso se ofreció a ir a ver a Pértinax para sonsacarle a ese viejo el conjuro que necesitábamos...

—¿La enviaste sola a la Puerta de Plata? No puedo creerlo, Erik. Perdón... no he debido llamarte así. Tú no eres Erik ni lo serás nunca, está claro. Erik no habría puesto en peligro a una chica para salirse con la suya.

—No seas idiota, Álex. Tú has puesto en peligro a Jana muchas más veces que yo. Y no la dejé sola. Fui con ella.

Aquello dejó completamente desconcertado a Álex.

—¿Fuiste con ella? —repitió—. Pero tú estás aquí, y Jana... ¿Por qué no ha vuelto? Le ha... ¡Le ha pasado algo malo! —concluyó, al notar la expresión angustiada y culpable del *Drakul*.

—Lo habría impedido si hubiera podido —murmuró el joven rey—. No soy ningún cobarde, Álex. Ya lo he demostrado en varias ocasiones, y tú has sido testigo, aunque ahora no es el momento de hablar de eso. Intenté salvarla, pero todo ocurrió demasiado deprisa. No pude impedirlo...

—¿Impedir qué? —gritó Álex, descompuesto.

—Que la arrastrasen al otro lado... Que cruzase la Puerta de Plata.

Álex miró largamente aquella máscara que reproducía con tanta exactitud el rostro de su amigo Erik.

Quería convencerse a sí mismo de que no había oído bien, o de que el falso rey le estaba gastando una broma; estaba asustándole a propósito, solamente para divertirse...

Pero la mirada de aquel joven no era de diversión, sino de miedo. De miedo, de tristeza y de culpa...

Quizá fuese un maestro del arte del engaño, capaz de sostener su falsa identidad delante de todos los *Medu*... Pero en ese momento no mentía.

—Cuéntame qué pasó —pidió Álex con un hilo de voz.

El rey se apoyó en la pared y le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de empezar a hablar.

—No ocurrió nada hasta que llegamos a la puerta —explicó—. Bueno, casi nada... Había un fantasma, una especie de muñeca espectral que nos seguía. La vi una vez en la jungla, y otra al llegar a la explanada de los templos. Allí es donde se encuentra la puerta, la Puerta de Plata, pero para abrirla y controlarla hace falta el conjuro... No ocurrió nada hasta que Jana empezó a pronunciarlo.

—Una muñeca espectral —Álex se estremeció, recordando con perfecta nitidez el rostro inhumano e inmóvil de Urd—. Las hijas de Pértinax...

—Estaba allí todo el tiempo, observando a Jana mientras ella canturreaba las

viejas fórmulas, vigilándola con aquellos ojos de vidrio azul que conseguían ponerte los pelos de punta. Los otros no la veían, pero yo sí. Les pregunté a Railix y a Stanislav. Estaban allí, pero no vieron al fantasma... Lo que sí vieron fue su mano.

—¿Su mano?

—Una mano de porcelana, la mano de la muñeca —aclaró el falso Erik—. De repente atravesó la explanada y cayó a los pies de Jana, pero no se rompió. No debía de ser verdadera porcelana, me imagino...

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Álex, impaciente.

El rey clavó la vista en el techo, como intentando hacer memoria.

—Jana no hizo nada al principio; pero luego, después de unos segundos, dejó de cantar las fórmulas, se agachó y recogió la mano del suelo. En ese mismo momento la mano empezó a carbonizarse, se llenó de ampollas de fuego, y Jana intentó lanzarla lejos, despegarla de su piel, pero fue imposible. La mano tiraba de ella hacia la Puerta de Plata, que ya se había abierto. Jana se iba acercando más y más al agujero. Intentaba resistirse, pero la mano era más fuerte. Al menos, daba esa impresión... Pero luego, en un momento dado, fue como si se cambiasen las tornas. Jana consiguió detenerse. Tenía cara de estar sufriendo. Luchaba con la mano... y parecía que estaba venciendo, porque la mano, poco a poco, fue recobrando su aspecto inicial, hasta convertirse de nuevo en una mano de porcelana, muerta.

—¿Y tú qué estabas haciendo todo ese tiempo? —gritó Álex sin ocultar la rabia que sentía—. Mirando, por lo que veo...

—Miraba porque no podía hacer otra cosa. Intenté avanzar hacia Jana, pero no pude. Era como si estuviese clavado en el suelo. La magia del fantasma, supongo.

—Supones —Álex intentó contener su sarcasmo, porque aún necesitaba más información—. Y dices que Jana le estaba ganando la partida a la mano, pero algo debió de suceder, porque al final atravesó la puerta...

—Sí. Sucedió algo. Apareció una sombra, una sombra oscurísima. La envolvió del todo, hasta que ya no pudimos verla. Y la sombra flotó hasta la puerta y la atravesó. Ocurrió tan deprisa que no nos dio tiempo a reaccionar. Cuando quisimos hacerlo, Jana ya no estaba, sencillamente. La sombra se la había llevado... Y no quedaba ni rastro de ella, ni tampoco del fantasma.

—Debisteis seguirla —murmuró Álex, desencajado—. Debisteis cruzar la puerta tras ella. Necesitaba ayuda, necesitaba que alguien al menos intentase salvarla... ¿Por qué no la seguisteis?

—¿Y qué habríamos conseguido con eso? Ya no se podía hacer nada, Álex. Una vez que estás al otro lado, no hay solución. Perteneces al mundo de los muertos... No al nuestro.

Álex lo miró sin verlo. La ira le cegaba por completo, llenando su campo visual de una única mancha fulgurante, roja.

—¿Y crees que eso me basta? —Se echó a reír con una risa destemplada, cortante como el filo de un cuchillo—. No voy a dejarla allí, rey farsante e inútil. Tú eres el culpable de esto, y ahora quieres escurrir el bulto; pasar página, como suele decirse... ¿De verdad crees que voy a permitírtelo?

—¿Y qué piensas hacer? —replicó el rey, desafiante—. Atacarme a mí no te devolverá a tu novia. Nadie la obligó a acompañarnos. Vino ella porque quiso, porque creía que era lo mejor. Siento mucho lo que pasó, pero no puedes culparme a mí...

—Me da lo mismo de quién sea la culpa. Lo que quiero es que me ayudes a recuperarla.

—Álex —la voz del rey se había apaciguado, y latía en ella un cierto calor que casi sonaba a simpatía—. Puede que esto que voy a decirte te suene raro, pero yo siento mucho lo de Jana. La conozco bien. No estuvimos mucho tiempo juntos, claro, pero fue intenso. Y a ti también llegué a respetarte, después de lo de Venecia...

—No sé de qué diablos me estás hablando —le interrumpió Álex, exasperado.

El rostro del rey empezó a cambiar lentamente.

—Os ayudé —dijo, mientras sus rasgos empezaban a reorganizarse para componer el rostro agresivo y felino de Yadia—. Reconozco que no siempre fui leal con vosotros, pero todo lo que hice fue por una buena causa. Lo hice por Erik, Álex, aunque no lo creas... Yo le quería. Le quería tanto como pudieras quererle tú.

Por un momento, Álex olvidó su dolor. Contempló aturdido las facciones de Yadia, intentando encajar aquel rostro en el rompecabezas de la Senda de la Oca, de los caminos secretos que conducían al otro mundo.

—Tú —dijo, mirándolo a los ojos—. Yadia el *Írido*... Resulta que eras tú. Lo que no entiendo es cómo te las has arreglado para convencer a los *Drakul* de que eres uno de los suyos, de que compartan contigo sus secretos mejor guardados...

—Es que soy medio *Drakul*, Álex. Mi madre era *Írida*, mi padre era *Drakul*. Me educó con su clan, aunque él tuvo buen cuidado de ocultárselo a todo el mundo.

—¿Por qué? No lo entiendo. Según he oído, las parejas mixtas entre los clanes no son tan infrecuentes. ¿Por qué tu padre tenía tanto empeño en ocultar que eras un *Drakul*?

—Porque eso habría planteado problemas. Mi padre no era un *Drakul* corriente, Álex, sino el jefe de todos ellos. Mi padre era Óber.

—Óber —Álex frunció el ceño, incapaz de asimilar lo que estaba oyendo—. Pero eso significaría... significaría que eres hermano de... de Erik...

Edgar sonrió con tristeza.

—Te dije que tenía buenas razones para intentar ocupar su lugar.

Siguieron mirándose sin saber qué más decir. Álex habría querido preguntarle muchas cosas al hermano pequeño de su amigo. Le habría gustado preguntarle, por ejemplo, por qué había decidido no escuchar el consejo que su hermano le enviaba

desde la tumba. Pero al mismo tiempo sentía que todas esas preguntas resultarían inútiles, que no le ayudarían en lo más mínimo a recuperar a Jana.

—Quizá Erik pueda ayudarme —murmuró, abstraído—. Él está allí. No en el reino de los muertos exactamente; en una especie de frontera intermedia. Pero tal vez desde allí sea más fácil.

—Intenta comunicarte con él. Eres el único que lo ha conseguido... Yo lo he intentado muchas veces, y siempre he fracasado.

Álex hizo un vago gesto de asentimiento y, sin despedirse, comenzó a caminar con aire ausente hacia la entrada. Edgar lo siguió.

—La Puerta de Plata sigue abierta. Si otros espíritus pueden usarla para entrar y salir, tal vez Jana...

Pero Álex salió de la estancia sin escuchar el final de la frase. Jana convertida en un espectro, en un fantasma inmaterial condenado a vagar como una sombra entre los vivos... ¿Y así era como el hermano de Erik pretendía consolarle? No era precisamente la clase de consuelo que él quería oír.

CAPÍTULO 2

Fin de semana. Álex nunca había lamentado tanto tener que pasar dos días sin ir al colegio. Los Olmos era su única conexión con Dora, y necesitaba desesperadamente hablar con ella... Solo ella podía volver a ponerle en contacto con Erik.

Pero no sabía dónde vivía Dora, y eso significaba tener que esperar dos días interminables para poder hacer algo. Dos días más sin Jana. No podía hacerse a la idea de que ella hubiese desaparecido, de que hubiese quedado atrapada en el reino de los muertos...

El sábado a última hora de la mañana, después de intentar distraerse inútilmente montando una maqueta de aerodelismo que su madre le había regalado por su cumpleaños, decidió ir a hablar con David.

Iba a ser duro. David no tenía ni idea de lo que le había ocurrido a su hermana, y él había rehuído contárselo hasta ese momento... Pero no podía seguir ocultárselo. Además, David podía colaborar.

Quizá él tuviese la dirección de Dora, o su teléfono... Tal vez pudiese ayudarle a localizarla.

David salió a abrirle la puerta en pijama, con el pelo revuelto y los ojos soñolientos.

—Lo siento —se disculpó, apartándose para dejarle pasar—. Ayer me quedé hasta tarde haciendo unos bocetos. No podía dormir... ¿Sabes algo de Jana?

—Sí —Álex tragó saliva—. Es largo de contar... ¿Me invitas a un café?

Con un gesto, David le pidió que avanzase hacia la cocina, y lo siguió después de cerrar la puerta tras él.

Mientras David preparaba el café en la nueva cafetera eléctrica que Jana había comprado recientemente, David contempló distraído la puerta trasera, con su cortinilla de tela blanca y traslúcida a través de la cual se filtraba el resplandor verdoso del jardín.

David le tendió una taza larga y transparente y se sirvió otra idéntica. Los dos sorbieron en silencio sus respectivas bebidas antes de que Álex se decidiese a hablar.

—Muchos *Medu* creen que Erik ha vuelto, que se ha proclamado rey y que ha establecido su corte en una ciudad secreta llamada Polgar. Pero no es él. No es Erik... Se trata de un medio hermano suyo que lleva sangre *Írida* y que ha decidido suplantarle.

David lo miró con la boca abierta, estupefacto.

—¿Erik tenía un hermano *Írido*? Estás de broma...

—Espera, eso es solo el principio. Resulta que, hace poco, recibí un mensaje del verdadero Erik. Tú sabes lo que está pasando desde que leímos el Libro de la Creación. Las fronteras entre el reino de los vivos y el reino de los muertos se han

vuelto... no sé cómo decirlo; permeables... Y el mundo se ha llenado de espíritus inquietos que vagan de un lado a otro intentando arrebatarnos a los humanos la magia.

—Sí. Todos vuelven menos Erik. Lo de la profecía ha resultado ser un fiasco, ¿verdad? Y su hermano lo ha aprovechado... ¡Qué listo!

—Como te decía, Erik me pidió que le ayudase a cerrar la Puerta de Plata, una especie de enclave mágico por donde tiene lugar la comunicación entre los dos mundos. Pero su hermano, que por lo visto se llama Edgar, tenía otros planes. No quería cerrar la puerta, sino controlarla: pedirles a los espíritus una especie de «peaje» por dejarlos pasar... De ese modo esperaba recuperar la magia para los *Medu*.

—Es una buena idea —dijo David, pensativo—. El tal Edgar no parece ningún tonto.

—Fue lo bastante listo como para convencer a tu hermana de que lo ayudara. Pero algo salió mal, David... Jana fue arrastrada a través de la Puerta de Plata hasta el reino de los muertos, y ha... ha quedado atrapada allí.

Con la taza en la mano, David se quedó mirando a Álex tan inmóvil como una estatua.

—No... No estarás intentado decirme que mi hermana está muerta —murmuró finalmente.

A Álex se le hizo un nudo en la garganta.

—No lo sé, David —logró contestar—. Yo no estaba allí. Ella no me dijo nada acerca de lo que se proponía. Claro que yo tampoco le dije nada sobre lo de Erik...

—¿Crees que... crees que él ha tenido algo que ver con lo que le ha pasado a Jana? Estaba loco por ella. Quizá la haya arrastrado hasta el reino de los muertos para estar con ella y no volver a perderla jamás, como en ese antiguo mito griego. Ya sabes, ese en el que Hades, el dios de los muertos, rapta a Perséfone...

—No creo que haya sido Erik, David. Él no le haría eso a Jana. No sé quién ha sido, pero es posible que Pértinax haya tenido algo que ver. Fue a verle para pedirle el conjuro capaz de abrir las puertas. Y Edgar me contó que había visto un extraño fantasma justo antes de lo que le ocurrió a Jana, un fantasma que parecía una muñeca antigua.

—Urd...

—Sí. Quizá haya sido su forma de vengarse de Jana.

David meneó la cabeza, escéptico.

—No; Jana no se dejaría vencer por Urd. Si ha sido ella, no estaba sola. Alguien ha tenido que ayudarla.

Álex sorbió el último tercio de su café en silencio. Cuando dejó la taza vacía en la mesa, los ojos de David seguían fijos en él.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó el muchacho.

—Desde ayer por la tarde.

—¿Lo sabes desde ayer por la tarde y no me has dicho nada? Álex...

—Lo siento —Álex sentía realmente un profundo malestar, una molestia física que le atenazaba el pecho y el estómago—. No sabía cómo decírtelo.

Se instaló entre ellos un silencio hostil, incómodo. Se oía el tictac del reloj de madera de la cocina, y los aspersores de riego de un jardín cercano.

—Voy a buscarla, David. No me mires así; estoy decidido a atravesar esa puerta maldita si hace falta. Pero antes necesito trazarme un plan. No va a ser fácil...

—¿Estás hablando de ir a buscarla? —David sonrió con amargura—. No seas idiota, Álex. No se ha ido de vacaciones. Está muerta... Está atrapada en el Otro Mundo.

—Todavía me quedan algunos poderes. Además, las fronteras entre los dos mundos nunca han sido tan fáciles de atravesar como ahora.

—Cruzar desde el reino de los vivos al de los muertos siempre ha sido bastante fácil. Lo difícil es cruzar en la otra dirección...

—Muchos lo están haciendo.

David se estremeció.

—Sí. Pero ya no son humanos. Son otra cosa. Y no me gustaría ver a Jana...

—Cállate. La recuperaremos. Aunque sea lo último que haga en esta vida.

David asintió, pero con tal expresión de derrota, que era evidente lo poco que confiaba en aquella declaración de intenciones.

—Si puedo hacer algo, dímelo —murmuró, mirando distraídamente hacia la ventana—. Cualquiera cosa. Puedo ir contigo... ¿Sabes cómo llegar hasta esas puertas?

—¿La Puerta de Plata? No, pero Edgar, el hermano de Erik, sí lo sabe. Estaba con Jana cuando ella desapareció.

—Quizá haya tenido algo que ver...

—No lo sé; no me parece muy probable. Es un tipo bastante complicado, hasta retorcido, si me apuras, pero no le creo capaz de eso.

Volvieron a callarse. Álex aspiró el intenso aroma del café y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar. El olor le recordaba la mañana en que se despertó por primera vez en casa de Jana. La mañana en que David le hizo aquel tatuaje...

Aquel día se había forjado entre ellos un vínculo indestructible. O, al menos, así lo había creído Álex hasta entonces. Pero había algo que podía destruir hasta los lazos más fuertes: la muerte.

La muerte le había arrebatado a Jana, y él estaba allí, en su cocina, bebiendo café y mirando al vacío como un estúpido.

Levantó la vista hacia David, que parecía abstraído en sus propios pensamientos.

—Necesito que me ayudes a encontrar a Dora.

El otro lo miró desorientado.

—¿A Dora, la de mi clase? —repitió—. No entiendo...

—Dora fue la que me puso en contacto con Erik la otra vez. Necesito que vuelva a hacerlo, pero hasta el lunes no la veré en el colegio... ¿Tú sabes dónde vive?

David asintió, y alargó la mano para coger su móvil de encima de la mesa.

—Apunté su dirección en la agenda del teléfono. La tengo aquí... ¿Quieres que te la diga?

—No. Quiero que vengas conmigo. Estamos juntos en esto, ¿no? Necesito tu ayuda... Sois amigos, y sé que Dora confía en ti.



La casa de Dora era una vivienda unifamiliar situada en una urbanización moderna, a escasa distancia de la playa. Había un par de tablas de surf en el jardín y una piscina hinchable, de bebé, aunque estaba vacía. Ya no era época de bañarse al aire libre...

Salió a abrirles una joven de unos veintitantos años, con el pelo rubio platino, corto y rizado. Sus ojos verdes y oblicuos recordaban a los de un felino. Llevaba una camiseta de rayas y unos *leggings* negros, y se quedó mirando a sus dos visitantes con aire inquisitivo.

—¿Está Dora en casa? —preguntó David, adelantándose—. Soy un compañero de clase. La he telefoneado, pero no me contesta.

—Soy Elena, su hermana. ¿Habíais quedado? —preguntó la chica con desconfianza.

—Para hacer un trabajo —improvisó David, sosteniendo ingenuamente la mirada de Elena—. Espero que no esté enferma...

—Pues la verdad es que no se encuentra muy bien. Ni siquiera se ha levantado de la cama. No ha dicho nada de ningún trabajo; debe de habersele olvidado.

Se oyó el llanto de un niño en algún lugar remoto de la casa.

—Es mi hijo. Tengo que ir a ver qué le pasa. Está muy inquieto, el pobre. Han empezado a salirle los dientes. Si me disculpáis...

—Por nosotros no te preocupes —dijo David.

—Dora está arriba, en su habitación —dijo Elena, alejándose ya por un largo pasillo hacia el fondo de la vivienda—. ¿Sabéis dónde es? La segunda a la izquierda...

Aquello equivalía prácticamente a un permiso para entrar en la casa, así que Álex y David no se lo hicieron repetir dos veces y subieron rápidamente las escaleras.

La puerta de la habitación de Dora estaba cerrada. Pegado sobre ella había un cartel de una bailarina suspendida en el aire en una grácil pirueta en medio de la oscuridad. Era un recorte de una vieja revista.

Álex se acercó a la fotografía para observar el rostro de la bailarina. Se trataba de la propia Dora, aunque debía de ser casi una niña cuando se tomó aquella foto.

David llamó con los nudillos.

—Dije que no quería que me molestaseis —dijo una voz desganada desde el interior de la habitación—. ¿Qué queréis ahora?

—Soy David. He venido con Álex... Necesitamos verte.

Se oyeron pasos rápidos aproximándose a la puerta, y esta se abrió apenas unos segundos después.

Dora estaba muy pálida. Llevaba puestas unas mallas negras, unas medias del mismo color y sus viejas zapatillas rosas de baile.

—Pasad...

—¿Estabas ensayando? —Preguntó David—. Tu hermana nos ha dicho que estabas enferma...

—¿Elena? Para ella, alguien que se pasa horas bailando es una persona enferma. Es verdad que me duele la cabeza, pero estoy bien... Exageré un poco en el desayuno para que me dejaran en paz. Me persiguen continuamente, no me dejan ni a sol ni a sombra... Y el crío, aunque es muy lindo, no para de llorar. Me pone nerviosa.

En la habitación, la pared opuesta a la de la cama estaba cubierta por un gran espejo, y debajo de la ventana había una barra de ejercicios.

También había algo más; algo que a Álex le llamó poderosamente la atención. Clavadas a la pared con chinchetas azules vio varias fotos de Erik recortadas de antiguos periódicos. En una estaba con Óber, sonriéndoles seductoramente a las cámaras. En otra se le veía tomando parte en una ceremonia oficial de los *Drakul*. Y otra era una foto de grupo de hacía un par de cursos, en el patio de Los Olmos.

Al notar que Álex estaba mirando aquellas fotos, Dora enrojeció.

—Quería... quería saber cómo era cuando estaba vivo, así que empecé a rebuscar en periódicos y revistas viejas. Y también en los archivos del colegio.

David parecía perplejo, y también levemente descorazonado.

—No sabía que Erik te interesara tanto —murmuró—. Nunca me lo habías dicho.

—Es un poco difícil de explicar, David. Y nunca he encontrado el momento de contártelo.

—Dora conoció a Erik mientras estuvo en coma —dijo Álex, acudiendo en su ayuda—. Si no hubiera sido por Erik, ella no se habría recuperado.

—Entiendo —dijo David con lentitud—. Erik, siempre Erik... Bueno, no me importa que me quite a la chica que me gusta si a cambio me devuelve a mi hermana.

Dora lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿De qué estás hablando?

—No le hagas caso —intervino Álex—. Es verdad que Jana ha desaparecido, pero Erik no ha tenido nada que ver, estoy seguro. Es una broma de David...

—Lo de que me gustas también es una broma —dijo el aludido, sin el más leve atisbo de sonrisa.

Álex frunció el ceño. Dora se había sentado en la cama, y los miraba alternativamente a uno y a otro sin entender nada.

—Necesito que me ayudes a entrar en contacto con Erik otra vez —dijo Álex—. Jana ha quedado atrapada en el Otro Mundo.

Dora alzó las cejas.

—No me digas... que ha sufrido un accidente...

—Es algo un poco más complicado que eso —explicó David—. Por lo visto, mi hermana se fue de excursión con unos cuantos *Drakul* por una senda secreta que lleva hasta la Puerta de Plata. Y allí, según parece, la obligaron a cruzarla...

—¿Los *Drakul*?

—No. No sabemos quién. Justamente por eso necesitamos la ayuda de Erik, para averiguar qué fue exactamente lo que pasó. Y rescatarla...

—¿Del otro lado? —Dora sonrió melancólicamente—. Eso no es posible, Álex. Nadie puede regresar del reino de los muertos al reino de los vivos.

—Pero tú regresaste —objetó David.

—Yo no estaba muerta, estaba en coma... Me encontraba en la frontera, en una especie de reino intermedio, que es el mismo lugar en el que se encuentra Erik. Jana, por lo que me decís, cruzó la Puerta de Plata. Eso significa que está muerta de verdad. Lo siento... sé que es muy duro, pero si os diera esperanzas de que es posible recuperarla os estaría mintiendo.

—De todas formas, quiero hablar con Erik —insistió Álex—. Él sabe mejor que nadie lo que se puede y lo que no se puede hacer.

—Yo no estaría tan segura —dijo Dora—. Él no está con los otros, ya te lo he dicho. De todas formas, no vas a poder preguntarle. He perdido la conexión, Álex... Se ha ido debilitando hasta que la he perdido definitivamente.

Había tanto dolor en aquella confesión, que los ojos de Álex no pudieron evitar fijarse en las fotografías de Erik clavadas a la pared.

—Creía que eso no podía ocurrir. El vínculo entre vosotros...

—Cuanto más tiempo pasa, más débil es el vínculo. Él me lo advirtió; me dijo que ocurriría... Pero yo no puedo aceptarlo. Erik... Él es la persona más importante para mí. Me da igual dónde esté, si está vivo o muerto. Es decir, no me da igual, pero mientras sentía que existía un lazo entre nosotros, era como tenerle cerca. Ahora, el lazo se ha roto. Así que no puedo ayudarte, Álex.

—¿No puedes hacer nada? Por favor, Dora, intentémoslo —suplicó el muchacho—. Jana significa mucho para mí. Quiero que vuelva...

Dora le clavó sus grandes ojos tristes.

—Y yo quiero estar con Erik. Pero ni lo uno ni lo otro es posible. Lo siento, lo

siento de verdad... Haría lo que fuera por ayudarte, pero no puedo hacer nada.

—Quieres a Erik —murmuró David, sentándose en el suelo frente a Dora y alzando los ojos hacia ella—. Estás loca por él. Y dices que has perdido la conexión... Pero seguro que te pasas horas aquí encerrada, pensando en la manera de recuperarla.

Dora le sostuvo un instante la mirada y asintió con la cabeza.

—Sí, es verdad —reconoció—. Aunque no me sirve de mucho...

—Pero seguramente habrás hecho planes; habrás pensado en posibles formas de actuar, de conseguir lo que quieres.

—Sí. Lo siento, no veo adónde quieres ir a parar...

—Cuéntenoslos —pidió David con voz firme—. Todos esos planes, por disparatados que sean. No tenemos nada mejor. Y tú has estado con él. Si alguien sabe cómo llegar hasta Erik, tienes que ser tú.

Dora desvió la mirada desde el rostro de David hasta el de Álex, que asintió imperceptiblemente.

—Está bien —comenzó la muchacha—. A veces, cuando creo que no voy a poder soportar estar sin él el resto de mi vida, empiezo a imaginar tonterías. Pienso que, si volviese a acercarme a donde él se encuentra, quizá conseguiría recuperar la conexión. El vínculo se ha aflojado porque estoy rodeada de vida. Si estuviese rodeada de muerte...

—¿Tú también estás pensando en cruzar la Puerta de Plata? —dedujo Álex.

—Al menos, pienso en acercarme a ella. En alejarme de los vivos por un tiempo, a ver si así consigo volver a comunicarme con él. Es como si toda esta vida que hay a mi alrededor crease interferencias, ¿comprendéis?

Los dos chicos asintieron.

—Puedo conseguir el mapa de una senda mágica *Drakul* que conduce a las puertas —Álex miró a David—. Edgar se siente tan culpable que me lo dará. Podemos usarlo para ir hasta la Puerta de Plata, Dora, y desde allí, intentar la conexión con Erik.

—¿Quién es Edgar? —preguntó la muchacha.

Álex comprendió que había metido la pata al mencionar al hermano de Erik.

—Es alguien con mucha influencia en el mundo de los *Drakul* —explicó en tono evasivo—. El caso es que nos conseguirá el mapa. La Senda de la Oca, creo que se llama.

—¿Es la misma que usó Jana? —quiso saber Dora.

—La misma, sí.

—Eso significa que no resulta segura. Pensadlo, chicos.

—Dora tiene razón —murmuró David—. Una sombra la arrastró al otro lado de la puerta. Con nosotros podría hacer lo mismo. Y está el fantasma de Urd... Podrían

seguir vigilando. A lo mejor es justamente lo que esperan, que tú vayas a rescatarla para atraptarte a ti también —añadió mirando a Álex.

—Pues si es así, me enfrentaré a ellos, sean quienes sean —contestó este en tono decidido—. Antes o después tendré que hacerlo, ¿no? Además, no hay otra alternativa...

—Sí la hay —dijo Dora.

Los dos muchachos la miraron.

—¿A qué te refieres? —preguntó David.

—Los *Drakul* no son el único clan que controla los caminos entre la vida y la muerte. Los *Varulf* también tenemos los nuestros... He estado estudiando el tema. Hay otra puerta que los *Drakul* no conocen. En los documentos antiguos de mi clan figura como «la Puerta de Sombra». Y existe un camino mágico que conduce hasta ella y que los chamanes *Varulf* pueden recorrer a voluntad. La llaman la Senda del Cuervo... Sean quienes sean vuestros enemigos, no os buscarán en ella.

—La Senda del Cuervo —repitió Álex, fascinado—. ¿Sabes dónde está?

—Ese es el problema, que todavía no he podido averiguarlo. Pero estoy en ello. Quizá pueda decirles algo de aquí a unos días.

—¿Y mientras tanto? —La voz de Álex era casi un quejido de angustia—. Jana está allí atrapada, sola.

Tiene que haber algo que yo pueda hacer...

—Solo puedes hacer una cosa, Álex —dijo Dora—: Armarte de paciencia y esperar.

CAPÍTULO 3

Pero Álex no podía quedarse esperando hasta que Dora encontrase la información que necesitaban. Tenía que hacer algo, lo que fuese. Tenía que hablar con alguien que tuviese respuestas, alguien que supiese más que él sobre los muros que separaban la vida de la muerte y sobre las posibilidades que una persona corriente tenía de atravesarlos... y de regresar otra vez al mundo de los vivos.

Desde el principio había pensado en llamar a Nieve, aunque no estaba seguro de que ella tuviese las respuestas que buscaba. Los guardianes habían sido inmortales durante demasiado tiempo... Tal vez comprendiesen la muerte peor incluso que los hombres. Pero eran poderosos, y tenían un dominio de sus capacidades mentales que les permitía ver más allá que las personas corrientes.

Hacía tiempo que no se comunicaba con ellos, y ni siquiera sabía dónde estaban. Después de lo ocurrido en Venecia, no habían vuelto a ponerse en contacto. Pero Álex tenía sus teléfonos, y estaba seguro de que Nieve respondería a su llamada. Así que llamó.

Le pareció que transcurría una eternidad mientras el tono de comunicación se repetía insistentemente en su oído. No parecía haber nadie al otro lado. Pero, como no saltaba ningún contestador y la señal continuaba repitiéndose, Álex esperó. Hasta que alguien descolgó el aparato.

—Álex —la voz soñolienta de Nieve sonaba muy lejana—. Me alegro de oírte...

—Yo también, Nieve. ¿Estáis todos bien?

—¿Bien? Sí, puede decirse que sí. Estoy con Corvino. Heru se fue. Hace meses que no lo vemos... ¿Y vosotros? ¿Y Jana?

Álex tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta.

—Justamente de ella quería hablarte. Ha ocurrido algo horrible, Nieve. Jana se fue con unos *Drakul* hasta la frontera con el reino de los muertos; un lugar llamado la Puerta de Plata... ¿Lo conoces?

Nieve tardó unos segundos en contestar.

—Sí —respondió en tono apagado—. He oído hablar de ella.

—Estaba abierta, y algo arrastró a Jana al otro lado. Los que estaban con ella dicen que era una sombra...

—¿Tú no estabas allí?

Esta vez fue Álex el que tardó bastante rato en elegir su respuesta.

—Jana no me contó lo que iba a hacer. No estaba con ella... No pude ayudarla.

—Lo siento mucho, Álex —en la voz de Nieve había auténtica compasión—. Es terrible; no sé qué decir...

—No te llamo para que me digas que lo sientes —repicó Álex con cierta aspereza—. Lo que quiero es que me ayudes. Tengo que sacarla de allí, Nieve. Tú... Vosotros

debéis de saber lo que hay que hacer para rescatar a una persona del reino de los muertos.

De nuevo silencio. Álex podía oír, al otro lado, la respiración rítmica y suave de Nieve.

—Has dicho que atravesó la puerta —murmuró finalmente la antigua guardiana—. Eso significa que no puede volver. Lo siento, Álex, lo siento de verdad. La has perdido... Sé que es muy duro, pero tarde o temprano tendrás que hacerte de la idea.

—Veo que no me has entendido —replicó el muchacho, hablando con creciente agitación—. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras ella está allí. O la traigo de vuelta, o me voy con ella, ¿entiendes?

—No digas locuras —en la voz de Nieve había una nota de alarma—. Hay mucha gente que sufriría si dieras ese paso. Tu madre, tu hermana... Te necesitan aquí, con ellas.

—Jana también me necesita...

—No. En eso te equivocas. Ya no puedes hacer nada por ella. Además, Jana no habría querido eso. No habría querido que tú sacrificases tu vida de una manera tan absurda.

—No hables de ella en tiempo pasado —exigió Álex, al borde de las lágrimas—. Tengo que recuperarla. Se ha hecho otras veces. Tú debes de saberlo...

—Dime cuándo, Álex. Dime dónde.

Álex se quedó un momento pensando.

—Hades y Perséfone —murmuró sin mucha convicción—. Orfeo y Eurídice.

—Esas son viejas leyendas, nada más. Tú no eres un dios, ni un héroe capaz de ablandar al rey de los muertos con tu música las cosas no funcionan así.

—¿Cómo funcionan, entonces? Eso es lo que quiero que me digas.

Nieve suspiró profundamente.

—Álex, lo siento. No puedo ayudarte, no sé nada que pueda ayudarte.

—¿En serio? Muy bien, entonces convénceme de ello. Cuéntame todo lo que sabes sobre el reino de los muertos, todo lo que te hace pensar que es imposible salvar a Jana. Si logras convencerme de que no vale la pena intentarlo, no lo haré.

—Pero, Álex, ahora mismo no sé cómo... Tendría que preguntarle a Corvino, reunir información. Y solo servirá para deprimirte aún más, te lo advierto...

—Me da igual. Díselo a Corvino. Reunid información, consultad vuestros viejos libros... ¿Cuándo puedo ir a verlos?

Una nueva pausa, esta vez más larga aún que las anteriores.

—No es buena ida, Álex —la voz de Nieve sonaba apagada, exhausta—. Corvino y yo hemos decidido apartarnos del mundo. Vivir todo aquello que deberíamos haber vivido antes, mucho antes. Cuando todo era nuevo para nosotros...

—Me alegro por vosotros, Nieve, de verdad. Pero no os molestaré mucho tiempo;

solo quiero que me contéis todo lo que sabéis sobre el tema, todo lo que penséis que puede ayudarme.

—Nada puede ayudarte, por desgracia; ya te lo he dicho...

—Por favor.

Álex esperó pacientemente a la voz de Nieve volviese asonar al otro lado del aparato.

—Está bien. Iremos a buscarte —dijo ella finalmente—. ¿Estás en tu casa?

—Sí, pero no hace falta que vengáis. Puedo ir yo adonde sea. Cogeré un avión...

—No, Álex. No llega ningún avión adonde estamos nosotros.

Álex supo inmediatamente a qué se refería.

—El palacio —murmuró—. ¿Habéis vuelto allí?

—En realidad, es nuestro hogar; el único hogar verdadero que hemos tenido en todos estos años.

Aunque ha cambiado un poco, Álex. Ya no tenemos fuerzas para mantenerlo como era...

—Será bonito volver allí. ¿Qué tengo hacer?

—Nada. Solo intentar relajarte. Aplica las técnicas que aprendiste con nosotros para olvidarte por unas horas de todo el asunto de Jana. Quiero que esta noche duermas como un niño... Mañana te despertarás en tu antigua habitación, frente a esa pared de cristal que da a las montañas y que tanto solía gustarte.

—Las montañas... ¿Siguen tan nevadas como siempre?

—Sí. Ellas no han cambiado... Aunque todo se haya ido desmoronando a su alrededor.



Abrió los ojos y vio la nieve, el cielo cristalino como un diamante, las cumbres plateadas reflejando la luz del sol. Nieve había cumplido su promesa: estaba en el viejo Palacio de los Guardianes.

Durante unos meses, aquel también había sido su hogar. Recordó con tristeza las lecciones de Argo, las horas que había pasado junto a él intentando dominar el arte de las visiones. Argo que parecía el más humilde, el más espiritual de todos ellos. Que luego había intentado destruirle, y que le había tendido la más insidiosa de las trampas atrapándolo en el cuerpo monstruoso del Nosferatu, convirtiéndolo en una máscara de sí mismo...

Resultaba difícil creer que el Argo que había conocido entre aquellas paredes fuese el mismo que le había hecho todo aquello.

Miro a su alrededor, y lo que vio no hizo sino aumentar su nostalgia. Estaba en su vieja habitación, pero muchas cosas habían cambiado. Los vidrios esmaltados que redecoraban las paredes habían perdido la brillantes de sus colores, y un par de ellos

estaban rotos. El pan de oro que recubría el artesonado del techo se había desprendido en algunos lugares, y el delicado biombo de tela que había junto a la cama exhibía un desgarrón en el panel central.

Antes, las cosas no solían ser así...

Se levantó de la cama y encontró las suaves zapatillas de piel que usaba siempre durante su anterior estancia en el palacio. Después de calzarse, atravesó la habitación y salió al largo pasillo que bordeaba el jardín.

Pero el jardín también había cambiado. A través de la pared de vidrio, Álex podía ver los frutales de hojas rojas y doradas agitados por el viento. Las dos fuentes estaban secas, y el lugar producía una impresión de abandono muy diferente de la que había experimentado el muchacho durante su primera visita al palacio.

La gran estancia al final del corredor era la que solían utilizar los guardianes para reunirse cada tarde después de las sesiones de entrenamiento. Empujó la puerta, y lo primero que captó su atención fue el alegre fuego que ardía en la chimenea. Allí se percibían menos transformaciones que en el resto del edificio. Las persianas esmaltadas de rojo contrastaban con el blanco y dorado de los muebles, y por todas partes seguía habiendo árboles en miniatura, bonsáis perfectamente podados y cuidados en macetas de antigua porcelana china.

Junto al fuego, leyendo un libro, estaba Nieve. Sonrió incluso antes de alzar la cabeza hacia el recién llegado.

—Álex —dijo, haciéndole una seña para que se acercaras—. Tenía ganas de verte...

Álex caminó hacia ella, acobardado. Los cambios que había observado en el palacio no eran nada comparados con la transformación que había sufrido su amiga.

Su rostro seguía siendo tan bello como siempre, pero ya no parecía joven. Tampoco viejo... Le faltaba frescura, y empezaban a insinuarse algunas arrugas superficiales alrededor de los párpados.

También le habían salido canas. Sus cabellos rubios, en otro tiempo deslumbrantes, se mezclaban ahora con largos bucles blancos.

Sus ojos azules, sin embargo, conservaban la misma vivacidad de siempre.

—Nieve —Álex no fue capaz de disimular lo impresionado que se sentía—. Lo siento, no tenía ni idea...

—¿De qué? Ah —dijo Nieve, cayendo en la cuenta y acariciándose el pelo con una sonrisa—. Intenté explicártelo ayer, cuando hablamos. Te dije que nos habíamos retirado para vivir las cosas que no habíamos vivido...

—¡No sabía que te referías a la vejez! Perdona, no es que parezcas vieja. Pero has cambiado...

—Son cambios que teníamos que experimentar. Hemos vivido muchos años, Álex. Demasiados años. Y esto era algo que teníamos pendiente.

—No sé por qué, me había imaginado otra cosa.

Corvino entró en ese momento en la habitación. Venía de los invernaderos, y traía en la mano una cesta de naranjas.

—¿Qué te habías imaginado? —dijo, sonriendo.

Dejó la cesta en el suelo y fue hacia donde estaban Álex y Nieves, junto a la chimenea. Antes de abrazar a Álex, se inclinó sobre Nieve y le dio un largo y suave beso en la boca.

—Esto —contestó Álex, después de darle una palmada en el hombro a Corvino—. Esto precisamente es lo que me había imaginado. Que vosotros dos...

—Sí —Nieve suspiró—. ¡Qué estúpidos hemos sido!

—Yo no lo veo así —dijo Álex sonriendo—. Habéis alargado un poco más de lo habitual la fase del cortejo, eso es todo.

—Varios cientos de años —admitió Corvino—. Y justo ahora, cuando por fin reunimos el valor de decirnos todo lo que habíamos callado durante tanto tiempo, míranos... ¿A que es ridículo?

Álex se echó a reír. Por supuesto que no era ridículo, y a sus amigos tampoco les parecía. El rostro de Corvino, suavizado por una incipiente flaccidez que antes habría resultado impensable en él, resultaba incluso más atractivo que antes, y el pelo gris de sus sienes le daba un aspecto respetable, elegante.

—Estáis muy guapos, aunque... diferente. Dios mío, deberíais habérmelo dicho... ¿Cómo ha ocurrido?

—Queríamos que ocurriera —respondió Nieve—. Es emocionante volver a sentirse vulnerable. Sentir dolor, saber que eres mortal... Y que estás enamorada de alguien que también lo es.

Sus ojos se enlazaron con los de Corvino, que le sonrió con una ternura de la que Álex no le habría creído capaz.

—Me alegro por vosotros —dijo con voz apagada.

Era cierto que se alegraba, pero al mismo tiempo verlos juntos le traía a la memoria los primeros días de su relación con Jana, la emoción que se apoderaba de él cada vez que escuchaba su voz por teléfono, que la veía aparecer en la puerta de la clase...

Nunca podría compartir esos recuerdos con ella. Sentarse con ella al fuego, contemplar sus canas disimuladamente mientras intercambiaban una sonrisa, como hacían ahora Nieve y Corvino.

La había perdido para siempre.

—Lo siento, Álex. Somos unos insensibles —dijo Nieve, comprendiendo el motivo de su repentina tristeza—. Has venido aquí para que te ayudemos y nosotros...

—No pasa nada, Nieve. La verdad es que me alegro de verlos así. Es un consuelo,

pero, a la vez, no sé cómo explicártelo... Hace que me duela más estar sin ella.

Corvino se sentó en un sillón de terciopelo rojo junto a Nieve, e invitó a Álex a ocupar una butaca de cuero que había al otro lado de la mesilla donde Nieve había dejado el libro que estaba leyendo.

—He estado repasando algunos documentos antiguos de la biblioteca —dijo el guardián—. Algunos son antiquísimos, de la época de Arawn. Hay algunas leyendas que aluden a enamorados que han ido a buscar a su amada al otro mundo y han logrado salvarla, pero podrían ser relatos simbólicos. No creo que te sirvan de mucho...

—Al menos, me dan esperanza —dijo Álex contemplando el fuego con fijeza.

Nieve y Corvino se miraron.

—Hemos estado estudiando cada historia, intentando cotejar unas con otras, ver lo que tenían en común —apuntó Nieve—. En casi todas ellas, el enamorado pierde a su amada antes de llegar a salir de nuevo al mundo de los vivos, por culpa de alguna falla que ella comete. Pero en algunos llegan a salir...

—De todos modos, Álex, yo no me fiaría mucho de esas leyendas. Sin embargo, hemos encontrado otra cosa interesante. Es un viejo documento *Medu*, anterior a la época de los siete clanes actuales.

Pertenecía a la tribu de los *Yavv*, antepasados, según se cree, de los *Varulf*.

—En ese documento se narra el testimonio de un *Ghul* que, según el texto, logró regresar de la muerte y les contó a sus amos lo que había visto —explicó Nieve—. El *Ghul* dijo que él había podido escapar porque la muerte no le había cambiado. Los humanos, en cambio, cambian al morir. Sus espíritus se transforman en sombras sin voluntad y sin capacidad de distinguir el presente del pasado y del futuro.

—Pero entonces, sí es posible volver —murmuró Álex con una luz de esperanza en los ojos—. El *Ghul* volvió...

—Porque no era plenamente humano, Álex —le recordó Corvino—. La conclusión que uno saca del viejo relato de los *Yavv* es que ellos creían que el único obstáculo para salir del mundo de los muertos y regresar al de los vivos no era material... Era una especie de barrera interior que tenemos los hombres y que nos impide volver a ser lo que fuimos una vez que hemos muerto.

—Pero si el obstáculo es algo que está dentro de nosotros, eso es bueno, ¿no? Significa que lo podríamos vencer...

Nieve meneó tristemente la cabeza.

—Es una limitación de nuestra naturaleza, Álex. No es algo que se puede arreglar con unas cuantas sesiones de meditación. Si perdemos la voluntad, si dejamos de distinguir el presente del pasado, no podemos regresar a la vida. Es imposible.

—A no ser... a no ser que alguien venga desde fuera para salvarte, como en esas antiguas leyendas.

—No lo entiendes —insistió Corvino con mal disimulada impaciencia—. A todos los seres humanos les pasa lo mismo cuando mueren: que dejan de ser quienes fueron, que pierden la voluntad. Olvidan...

—Si atraviesas la frontera del reino de los muertos por tu propia voluntad, te ocurrirá lo mismo que a todos —le advirtió Nieve—. No podrás ayudarla, porque te convertirás en lo mismo que es ella ahora: en una sombra de ti mismo... Y olvidarás para qué fuiste allí, y lo que querías conseguir.

Álex se levantó de la butaca.

—Me habéis ayudado mucho más de lo que esperaba —dijo, sonriendo—. Ahora, a lo mejor puedo protegerme de él.

Nieve y Corvino también se levantaron de sus respectivos asientos.

—Te estás engañando, amigo —dijo Corvino en tono amargo—. No es algo que dependa de tu voluntad. Estás sacando conclusiones completamente equivocadas.

—¡No vayas, Álex, por favor! —Nieve, con los ojos húmedos, le abrazó, y durante un buen rato mantuvo el rostro apoyado contra su hombro, dejando que las lágrimas fluyeran por sus mejillas.

Álex le acarició los rubios cabellos sembrados de canas.

—Si en lugar de Jana fuese Corvino, ¿irías? —preguntó suavemente.

Ella se sacudió el cabello hacia atrás, miró a Corvino y luego volvió a sondear los ojos de Álex.

—Mi caso es diferente. Si algo saliera mal, no importaría tanto. Yo ya he vivido todo lo que tenía que vivir. Cientos y cientos de años, Álex...

—No es tan distinto. Sin Jana, no me importa mucho lo que me ocurra en el futuro. Eso es lo que decís que les ocurre a los muertos, ¿no? Que el futuro no les importa... Pues, sin ella, yo sería una especie de muerto en vida, así que no hay mucha diferencia si al final termino convirtiéndome en un muerto rodeado de muerte.

Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Corvino, sombríos y angustiados.

—No os preocupéis —dijo alegremente—. No será eso lo que ocurrirá.

—¿De verdad lo crees?

—No tengo miedo, ¿sabéis? —dijo—. Y alguien que no tiene miedo es capaz de casi todo... Incluso de mirarle a la cara a la muerte. Además, no pierdo nada con intentarlo... Creedme, el único riesgo que corro es el de ganar.

CAPÍTULO 4

Los golpes en la puerta despertaron bruscamente a Álex. Se sentó en la cama, sudoroso, con el corazón acelerado como si acabase de tener una pesadilla. Sabía, antes incluso de mirar el despertador, que era tarde. Recordó haber oído el pitido agudo de la alarma como a través de un mar de nubes, pero luego había vuelto a dormirse...

—Álex, ¿te encuentras mal? —Dijo la voz de Helena al otro lado de la puerta—. Vas a perder el autobús...

—No he oído el despertador, mamá —contestó él en voz alta—. Ya me levanto...

Fue al ponerse en pie cuando se dio cuenta de lo mucho que le dolía la cabeza. Era como si una banda de goma le apretase las sienes y la frente, presionándole hasta hacerle ver las estrellas. Una ducha, quizá, le habría calmado un poco el dolor, pero no tenía tiempo de ducharse. Si no se vestía inmediatamente no llegaría a tiempo a coger el autobús de Los Olmos.

Se deslizó hasta el baño como un sonámbulo, abrió el grifo, formó un cuenco con las manos bajo el chorro de agua fría y hundió la cara en él durante unos segundos. El frescor del agua le hacía bien.

Estaba helada...

Una asociación de ideas le hizo recordar las montañas blancas que rodeaban el palacio de los guardianes.

No había sido un sueño. Realmente había estado allí con Nieve y Corvino. Aún le parecía estar viendo sus rostros extrañamente transformados, exhibiendo los primeros signos de vejez.

Sin embargo, no recordaba el viaje de regreso. Ellos habían de haberle transportado mientras dormía, igual que la otra vez.

Salió del baño, se vistió a toda prisa con lo primero que encontró a mano y pasó por la cocina para beber un vaso de agua. No tenía tiempo de desayunar cereales o tostadas. Encontró unas galletas dietéticas de su madre en el armario de encima del horno y cogió un par de ellas para comérselas en el trayecto hasta la parada del autobús.

Laura ya se había ido, y su madre estaba contestando a unos correos electrónicos por internet en el salón. Al verlo pasar con la chaqueta puesta, levantó los ojos hacia él preocupada.

—¿Dónde estuviste ayer todo el día, hijo? No puedes desaparecer de esa forma sin decirme nada. Te estuve llamando al móvil y no me cogiste ni una sola vez...

—Lo siento, mamá, luego te cuento. Ahora no tengo tiempo.

Sabía, que, en realidad, Helena había renunciado muchos meses atrás a comprender lo que pasaba en la vida de su hijo. Preguntarle lo que había hecho se

había convertido en un ritual vacío de contenido.

Álex estaba seguro que, en el fondo, Helena no quería conocer las respuestas a las preguntas que hacía. Todo lo que tenía que ver con *Medu* le producía una desazón que apenas conseguía disimular.

Por otro lado, confiaba tanto en él que raramente llegaba a preocuparse de verdad cuando se ausentaba durante uno o dos días. Ella veía a Álex como una criatura extraordinaria, a la que nadie podía hacer daño. Se había convencido a sí misma de que su herencia *Kuril*, unida al entrenamiento que había recibido de los guardianes, lo convertía en un ser prácticamente invulnerable. A Álex le irritaba un poco aquel exceso de confianza, pero, por otro lado, comprendía que era un mecanismo de defensa de su madre para no sufrir cada vez que él desaparecía.

Y en la calle, tuvo que correr para subirse al autobús justo cuando este estaba a punto de cerrar sus puertas. Una vez dentro del vehículo, se dejó caer en el primer asiento que encontró vacío y cerró los ojos, exhausto. Al menos, disponía de unos minutos para recuperarse de la carrera e intentar ordenar sus ideas.

—¿Me haces un sitio? —Preguntó una voz femenina en el pasillo—. Por poco no llegas, estaba preocupada...

Álex abrió los ojos y vio a Dora de pies junto a su asiento, con una parca negra y una pesada mochila rosa colgada a la espalda. Se deslizó hasta la plaza de la ventana para dejarle a Dora el asiento del pasillo.

Ella suspiró ruidosamente al sentarse.

—Este no es el autobús que te corresponde, ¿no? —Dijo Álex—. Vives al otro lado de la ciudad...

—David me dijo que este era el que tú cogías normalmente. Quería hablar contigo cuanto antes, Álex. Lo tengo...

Habían sucedido tantas cosas desde su última conversación con Dora, que Álex tardó un par de segundo en comprender a qué se refería.

—Te refieres a... al mapa...

—Sé cómo llegar hasta la Puerta de Sombra utilizando una antigua senda *Varulf* —dijo ella en voz baja—. Me costó un poco darme cuenta de lo que era, porque en los libros antiguos aparece como «la entrada a las catacumbas».

Álex miró a su alrededor, preocupado porque alguien pudiese haberla oído. Pero nadie les estaba prestando atención. Los dos asientos de detrás estaban vacíos, y delante de ellos iban sentadas dos chicas enfrascadas en una animada conversación sobre lo que habían hecho durante el fin de semana.

—¿Sabes cómo llegar? ¿Está lejos?

—No se trata de un lugar «físico», Álex. La senda se abre si la invocas. Es un camino espiritual, una senda mágica —explicó Dora.

—¿Y sabes cómo abrirla?

—Creo que sí. Lo único que necesitamos es un lugar tranquilo para hacer el ritual, y creo que lo tenemos. David nos está esperando en casa...

—Todos se van a fijar si nos bajamos del autobús en la siguiente parada —murmuró Álex.

—Lo sé... A mí me da lo mismo, ¿y a ti?

Justo en ese instante el autobús comenzaba a frenar para detenerse. Habían llegado al siguiente punto de recogida de alumnos...

Antes de que llegase a parar del todo, Dora y Álex ya estaban de pies, esperando para bajarse ante la puerta trasera del vehículo.

—Eh, vosotros, ¿adónde vais? —les gritó el conductor dándose la vuelta.

—A por los deberes. Se nos han olvidado —gritó Dora mientras bajaba las escaleras.

Ya en acera, vieron como el conductor los observaba un instante después, encogiéndose de hombros, volvía a cerrar las puertas y reanudaba la marcha.

—A lo mejor nos expulsan —dijo Dora, pensativa—. Esto es grave...

—Jana está en el reino de los muertos —Álex sonrió sin alegría—. Eso es grave.

Se encontraba en una de las calles que subían hacia la Antigua Colonia. Echaron a andar por ella hacia la casa de David y Jana.

Como de costumbre, aquel antiguo barrio parecía deshabitado. Las casas exhibían las grietas del último terremoto con orgullosa indiferencia, mientras las palmeras y los cedros de los jardines agrietaban sus copas en la brisa.

La Antigua Colonia siempre le producía a Álex el mismo efecto, una mezcla de desazón e impaciencia al verse atrapado en su laberinto de cuevas que subían y bajaban, de las calles que describían curvas imposibles y terminaban conduciéndole en la dirección opuestas a la que él quería seguir. A pesar de los meses que llevaba saliendo con Jana, todavía no había llegado a conocer bien aquel barrio en el que vivía. Quizá se debiese a que siempre lo recorría con angustia de querer llegar lo antes posible a ese destino, que era, invariablemente, la casa de Jana y David.

Pero Dora no parecía tener ese problema. Aunque su casa estaba en la parte moderna de la ciudad, estaba claro que sabía moverse por aquellas calles, y que no se sentía incómoda ni perdida en ellas.

—¿Cómo es que conoces tan bien esta parte de la ciudad? —Le preguntó Álex—. La gente normal no viene mucho por aquí.

—Hay muchos *Varulf* que proceden de la Colonia. La casa de mi abuela materna no está muy lejos de la casa de Jana. Todavía vive en ella, a pesar de que las autoridades le han amenazado varias veces con desalojarlas a la fuerza, porque está prácticamente en ruinas. Al final, nunca cumple sus amenazas. Mi abuela sabe cómo manejarlos.

Pocos minutos después, llegaron a la casa de Jana y David. Dora había elegido un

pasadizo de escaleras que permitían acceder a su calle sin tener que atravesar al parque de San Antonio.

Ni siquiera hizo falta que llamasen a la puerta. David debía de estar esperándonos, porque abrió cuando ellos aún estaban cruzando el descuidado jardín delantero.

—Álex —dijo, escrutando con gravedad el rostro de su invitado—. Intenté localizarte ayer, pero no te encontré por ninguna parte. Espero que no hayas estado haciendo ninguna tontería...

—Fui a ver a los guardianes. Necesitaba que me contasen todo lo que saben sobre las puertas del reino de los muertos.

—¿Pudiste averiguar algo interesante?

Álex se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero creo que lo que Dora ha encontrado es más interesante aún.

Los ojos de David se encontraron con los de Dora, pero no se dijeron nada. David, como de costumbre, los guio a través del pasillo hasta la cocina.

—He preparado las velas que me pediste —dijo, mostrando media docena de cabos de vela de distintas longitudes cuidadosamente alineados sobre la mesa—. Pero no tenían aceites de plantas. Ni romero ni lavanda... Ninguno de los que me pediste.

—Es igual, no son imprescindibles. —Dora fue cogiendo las velas una a una y examinándolas de cerca—. Se trata de encontrar algo que estimule agradablemente el olfato, pero puede ser cualquier cosa. Un perfume de tu hermana nos servirá. Solo que aquí no podemos hacerlo. Hay demasiada luz...

—¿Qué tal en la biblioteca? —sugirió David.

A Álex le habría gustado encontrar algún argumento para decir que no era buena idea. La biblioteca adonde Jana y David conservaban los libros de sus padres le traía recuerdos muy especiales, y temía que esos recuerdos le impidiesen concentrarse en el ritual. Claro, eso mismo que, pensándolo bien, eso mismo le sucedía con casi todas las habitaciones de aquella casa. Y no quería perder el tiempo buscando otro lugar... estaba ansioso por comenzar el ritual como antes.

En la biblioteca, David echó las cortinas y orientó las láminas de las persianas hacia abajo para impedir que se filtrase la luz del exterior.

Dora, mientras tanto, fue encendiendo las velas una a una sobre la repisa de la chimenea.

—La senda que vamos a recorrer es un camino espiritual, un ritual de aproximación —les fue explicando—. Cada paso que demos en ellas nos acercará más al mundo de los muertos... A su mundo «espiritual». Eso significa que, con cada paso que avancemos, tendremos más posibilidades de contactar con ellos. En algún momento, antes o después, quizá podemos establecer una comunicación.

—¿Podre ver a Jana?

—Es posible. O a Erik... No sé bien qué es lo que nos vamos a encontrar, Álex. Todo lo que os pido es que seamos cuidadosos... Si perdemos la concentración, la senda podría desaparecer en cualquier momento.

Una vez encendidas todas las velas, Dora las colocó en el suelo formando un semicírculo. Solo entonces se quitó la mochila que llevaba a la espalda, y sacó de ella un rollo de papel amarillento y quebradizo, y un sobre lleno de pétalos secos de rosa.

—Aquí están las fórmulas —dijo, desenrollando el papel y extendiéndolo en el suelo—. Y estos pétalos crearán el vínculo con el pasado que necesitamos para abrir la senda —añadió, mientras volcaba el contenido del sobre encima del documento—. David, el perfume...

David salió de la biblioteca en busca de lo que Dora le había pedido, y no tardaron en oír sus pasos en las escaleras. Dora, mientras tanto, se quitó la parca. Debajo llevaba únicamente un largo tutú de color rojo oscuro y una malla de ballet del mismo color, con un gran escote que dejaba al descubierto el tatuaje en forma de gacela de su espalda.

Pasando los brazos por detrás de la cabeza, se recogió el pelo con una goma, mostrando otro tatuaje, la pequeña libélula en el cuello que Álex ya conocía.

David entró con un par de varitas de incienso en una mano y con incienso de arcilla en la otra.

—No he encontrado ningún perfume, pero creo que esto servirá.

Con una cerilla, encendió el extremo de las dos varitas y las metió en los agujeros del pequeño recipiente, que depositó encima de una mesa. Una vez hecho esto, fue a sentarse junto a Álex, entre la chimenea y el semicírculo de velas.

Arrodillada frente al viejo papel del conjuro, Dora había comenzado a leer las fórmulas.

Al principio su voz era un canturreo monótono e ininteligible, que Dora iba desgranando con expresión ausente. Álex la miraba de cuando en cuando, aunque la mayor parte del tiempo procuraba mantener su atención fija en la llama de una de las velas.

Pronto se dio cuenta de que cada frase del conjuro parecía acentuar la oscuridad que los rodeaba, haciendo que la llama de las velas, por contraste, pareciese aún más brillante. En algún momento, Álex dejó de sentir el suelo bajo su cuerpo. Estaban flotando, o esa era al menor la impresión que tenía.

Dora, con los ojos cerrados, había acelerado el ritmo de su salmodia, y David, pálido y concentrado, no apartaba de ella la mirada. Los tres formaban un círculo de concentración cada vez más cerrado y seguro.

En algún momento, Álex dejó de notar el paso del tiempo. Los párpados le pesaban más y más, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse vencer por la somnolencia que había comenzado a invadirle.

La cera derretida colgaba de las velas en gruesas gotas que tardaban una eternidad en caer. Y debajo de ellos no se veía el suelo; solo una angustiada negrura...

Pero eso también empezó a cambiar a media que el canto de Dora progresaba. La oscuridad fue cediéndole el paso a una penumbra dorada muy agradable, y la habitación se llenó de una brisa apenas perceptible, que evocaba el frescor del amanecer.

Y así fue como empezó a tejerse en torno a los tres muchachos una realidad distinta de las que acababan de abandonar. De pronto ya no estaban en la vieja biblioteca, sino en un jardín inmenso, o tal vez en un parque, tan grande que su final no se veía.

Casi sin pensar en lo que hacía, Álex, se levantó del suelo y pisoteó con asombro la luminosa gravilla blanca del sendero. A ambos lados del camino se alzaban setos oscuros primorosamente recortados formando hélices, estrellas, conos y espirales. Era una especie de jardín francés. Fuentes de mármol vertían sus transparentes cascadas de una cubeta a otra, de un nivel a otro, y a su alrededor las estatuas de antiguas deidades desnudas se entremezclaban con los cipreses y los arbustos de boj plantados siguiendo un complicado patrón para dibujar sobre el suelo viejos motivos heráldicos de los siete clanes.

Dora avanzaba delante de Álex con la vista al frente. Caminaba descalzada sobre la gravilla, los tules púrpuras de su tutú hinchándose en el aire alrededor de sus tobillos. El tatuaje de su espalda había desaparecido...

Pero a su lado caminaba, moviendo con gracia sus frágiles patas blancas, una pequeña gacela.

No era el momento de hacer preguntas. La salmodia de Dora continuaba oyéndose, aunque Álex ya no viese el papel amarillento del conjuro ni notase el movimiento de sus labios cualquier error podía deshacer la magia que había creado momentáneamente aquel lugar para ella y sus acompañantes. No podían arriesgarse a cometerlo...

A Álex le dio un vuelco al corazón cuando, al final de uno de los senderos laterales de gravilla, vio aparecer al primer espectro.

No parecía un fantasma, sino una persona real, al menos de lejos. Una mujer, una mujer disfrazada...

Llevaba un rígido vestido que se extiende de un a lado otro del camino, decorado con mil rosas de encaje sobre un bordado de ramas de plata. Sus mangas parecía complicadas flores de las cuales emergían, como pistilos, unos largos y delicados brazos.

El personaje lleva una peluca de tirabuzones, una peluca imposible, llena de moños, trenzas y artificios recogidos adornados con pequeños lazos blancos.

El espectro caminó a su encuentro, sonriente. A medida que se iba acercando,

Álex podía distinguir con creciente horror las facciones de su rostro. Era muy hermoso, pero no exhibía ninguna expresión: ni de contento, ni de tristeza, ni de miedo, ni de angustia...

Sencillamente, se trataba de una máscara vacía.

Mientras seguían la voz de Dora y los pasos de su pequeña gacela, fueron cruzándose con otros espectros similares al primero. Todos, hombres y mujeres, iban ataviados con lujosos ropajes, y llevaban pelucas extrañísimas. Todos iban exageradamente maquillados. Y, bajo el maquillaje, sus facciones estaban huecas... Eran como autómatas, como muñecos a los que alguien hubiese dado cuerda.

La voz de Dora había dejado de oírse. Seguía caminando por delante de David y Álex, deslizándose con la gracia y la plasticidad de una bailarina de ensueño. Nunca se daba la vuelta...

Álex buscó la mirada de David.

—¿Qué diablos es todo esto? —preguntó—. Este jardín, esa gente... Es como un Versalles de pesadilla.

—No es un lugar real, Álex —repuso Davis—. Recuérdalo: es solo un estado.

—Pero esa gente sí es real. O lo fue en algún día. Ahora parece que no tienen nada dentro. Son como...

—Como cáscaras —dijo Dora suavemente, sin volverse—. Así los llama el viejo documento.

—Pero ¿por qué son así? ¿Qué les pasa? —Insistió Álex—. Supongo que están... Supongo que están muertos.

—Deberían estarlo, pero se han quedado en un lugar intermedio por su propia voluntad —explicó Dora—. Las cáscaras son espíritus cobardes... espíritus que no han tenido valor suficiente para enfrentarse con su propia muerte.

En ese mismo instante pasó un hombre joven a su lado. Iba enfundado en unas calzas de seda azul, y los bucles de su peluca rubia se mecían al viento. Cuando se cruzaron, hizo una reverencia y los miró un instante con ojos vacíos.

—Es escalofriante... —murmuró Álex.

Sin embargo, al acabo de un rato se acostumbraron a su presencia. Pasaban junto a ellos y les devolvían los saludos con una punzada de lástima, pero el horror de los primeros momentos fue desapareciendo. Se cruzaron con varias damas de mediana edad y con alguna muy joven; con hombres maduros y con algunos ancianos...

Álex cayó en la cuenta de que, entre aquellos espectros, no parecía haber ningún niño, y eso le reconfortó un poco.

Pero la sensación apenas duró unos instantes, porque unos pasos más allá vio venir a su encuentro por un sendero lateral a alguien a quien creía conocer bien.

Era hermosa, tan hermosa como lo había sido en su vida. La extraña peluca blanca y su vestido azul cielo con magas de encaje no hacían más que resaltar su

antiguo atractivo.

Era ella... Tan bella como siempre, pero convertida en un despojo; en una cáscara.

—¡Jana! —gritó lanzándose hacia ella.

La mujer se detuvo y clavó su mirada indiferente en el joven desesperado que la zarandeaba.

—Lo siento, te has confundido, chico —dijo con voz grave y melodiosa—. Yo no sé quién es Jana.

—¡Jana eres tú! —Jana, por favor... Jana... ¡No puedes haber olvidado tu propio nombre!

—No lo ha olvidado, Álex —dijo la voz apagada de David a su espalda—. No es Jana.

Álex se volvió desenchajado hacia él.

—¿Qué quieres decir? Es ella, ¿no la ves? Pero lo ha olvidado...

—No, Álex —David clavó una mirada llena de dolor en el sonriente fantasma—. No es Jana. Es Alma... Es mi madre.

CAPÍTULO 5

Fue como si el tiempo se congelara alrededor de Alma, de su esbelta y elegante figura enfundada en aquel vestido de época, o más bien de ninguna época, tan intemporal y absurdo como ella misma.

Alma se quedó mirando a su hijo sin que su rostro terso y perfecto reflejase la más mínima emoción.

—¿Eres David? —preguntó—. David, querido... Has crecido mucho.

—Mamá... —La voz de David era un borboteo tembloroso y sus ojos, tras varios segundos sin parpadear, se llenaron de lágrimas—. ¡Me has reconocido!

—¿Cómo no voy a reconocer a mi hijo? Mi querido David, ¡cuánto has crecido! Eres un chico muy guapo. ¡Y qué alto!

Los ojos de Alma, tan profundos y aterciopelados como los de Jana, se deslizaron hasta Álex.

—¿Has venido con un amigo? —Preguntó, como si se tratase de una visita de cortesía—. Deberías presentármelo. Creo que no le reconozco, aunque hay algo en su cara que me resulta familiar. Sí, no sabría decir qué es...

—Soy el hijo de Hugo, Alma —se oyó decir Álex—. Quizá lo recuerdes.

—Hugo... —Alma frunció delicadamente las cejas—. Claro, Hugo; ¿cómo iba a olvidarle? Nunca viene por aquí. Me pregunto dónde estará...

A Álex se le escapó un suspiro de alivio. Ver a su padre reducido a vagar como una máscara por aquel estúpido jardín le habría destrozado. Por fortuna, parecía que no lo encontraría allí... Observó de reojo a David, que miraba a su madre con una expresión tan perdida y desamparada como la de un abandonado.

—Mamá, ¿por qué estás aquí? —Preguntó con la voz rota de tristeza—. ¿Qué es este lugar?

—No lo sé —replicó la madre, mirando a su alrededor sorprendida—. A mí me parece un sitio muy agradable y elegante... ¿Has visto las estatuas? Tú siempre tuviste mucho talento para el arte... No como tu hermana.

—Mamá, precisamente estamos aquí por Jana. Recuerdas a Jana, ¿verdad? Le ha ocurrido algo horrible...

—¿Ha muerto? —preguntó Alma con una sonrisa.

—Algo parecido. Alguien la arrastró por medios mágicos al otro lado de la Puerta de Plata.

El miedo agrandó por un momento los ojos sin expresión de Alma.

—Esa puerta... Es muy peligroso acercarse a ella —dijo bajando la voz y mirando a ambos lados, como si temiese que alguien la oyera—. Te atrae como un imán, ¿entiendes? Yo siempre me mantengo alejada. «Alma sabe cómo protegerse, no hay que preocuparse por ella», decía siempre mi madre —añadió sonriendo con

orgullo—. «Es una chica muy lista». Tendrías que haber conocido a mi madre, David. Una gran dama... una de las más notables hechiceras que han tenido los *Agmar*.

Mientras Alma hablaba, Dora se había acercado en silencio. La gacela, su animal totémico se mantenía alejada del grupo, mirando a Alma con el lomo arqueado y el pelo erizado. Se veía que su aspecto aterrorizaba al animal.

—¿Quién es esta chica tan guapa? ¿Es tu novia? —preguntó Alma sonriéndole a Dora. Pero inmediatamente su sonrisa se congeló, y sus cejas volvieron a fruncirse levemente—. Aunque espero que no; es una *Varulf*... Un príncipe *Agmar* como tú debe casarse con alguien de su clan. Es lo mejor para la familia.

—¿Qué familia, mamá? —La voz de David sonó como un quejido desgarrado—. Solo quedamos Jana y yo. Y ahora he perdido a Jana... ¿Es que no me has oído? ¿No te importa? ¡Te estoy hablando de Jana, de tu hija!

Alma meneó la cabeza con desagrado, agitando los tirabuzones de su complicada peluca.

—Pobre Jana —dijo, sin el más leve atisbo de tristeza en su voz—. Ella no es como yo, ni como tú. No tiene lo que nosotros tenemos: la creatividad, el poder...

—Eres injusta, mamá —David ya no podía soportar mirarla a los ojos—. Siempre has sido injusta con ella, incluso cuando estabas, viva. Nunca has entendido a Jana. Ella tiene más cualidades para la magia que tú y yo juntos.

Alma frunció los labios en un mohín de disgustos que no llegaba a resultar creíble.

—¿Cómo te atreves a hablarle así a tu madre, jovencito? Y no te enseñé esos modales. Me preocupé por vuestra educación. Quise que tuvieses todas las oportunidades, que pudieseis aspirar a lo mejor...

—Sí, mamá.

David parecía tan cansado como si llevase largo rato caminando por un desierto de dunas. Ni siquiera le quedaban fuerzas para contradecir al espectro de su madre.

—Tú no tienes la culpa —murmuró para sí mismo, indiferente a que Alma pudiera oírle o no—. Eres como eres... Supongo que merecías esto, pero es muy duro.

—Querido, tendrías que venir a visitarme más a menudo —repuso Alma volviendo a sonreír—. Este lugar es encantador ¿Has visto las fuentes? El diseño de los surtidores no puede ser más ingenioso. Además, aquí nunca hace calor. ¿Recuerdas? Yo odiaba el calor...

Alma se calló y cerró los ojos, como intentando recordar qué significaba aquella palabra.

Álex juzgó que debía intervenir.

—Alma, necesitamos que nos ayudes a llegar hasta Jana. Quiero ir a buscarla. A lo mejor podrías ayudarme.

—¿Quieres ir a buscarla? Pero acabáis de decirme que Jana ha atravesado la Puerta de Plata. ¡Eso significa que... que está muerta!

—Mamá, ¡tú también estás muerta! —gritó David, destrozado—. Deja de hablar como si esto no fuera contigo...

—Te he dicho que no te dirijas a mí en ese tono, jovencito. Siempre he despreciado a las madres que permiten que sus hijos les falten al respeto. Nunca me faltasteis al respeto cuando estaba con vosotros. Y no voy a conseguir que me digas cosas desagradables...

Alma pronunciaba todas aquellas frases con gran agilidad, como si estuviese muy segura que era aquello lo que debía decir. Sin embargo, en su voz no había indignación, ni decepción, ni ningún otro sentimiento verdadero. Era como una actriz no demasiado buena recitando un papel que se sabía de memoria sin ninguna emoción.

—Tengo que atravesar la Puerta de Plata —continuó Álex, sosteniendo la mirada de Alma a pesar de lo difícil que le resultaba—. Y me vendría bien cualquier ayuda.

Alma arqueó sus finas y bien perfiladas cejas.

—¿Estás enamorado de ella? —sonrió y palmoteó, encantada—. ¡Qué delicioso! El hijo de Hugo, enamorado de mi hija. No me sorprende, la verdad. Si ha heredado aunque sea una mínima parte de mi belleza...

Su expresión cambió de repente y volvió a reflejar miedo. Era el único sentimiento de que aún parecía capaz, aparte de la indiferencia.

—Pero tú estabas destinado a convertirte en el Último —recordó, mirando fijamente a Álex—. Uno de esos repugnantes guardianes que solo desean destruirnos...

—Eso ya no debe preocuparte, mamá. Las cosas han cambiado —explicó David—. Ya no hay guerra entre los *Medu* y los guardianes. Y la magia...

Dora lo fulminó con la mirada, y David dejó la frase sin terminar. La muchacha tenía razón; no era prudente contarle aquello a Alma, ni a nadie que habitase aquella especie de jardín infernal junto a ella.

—Jana y yo estamos saliendo —dijo Álex. Se sintió ridículamente torpe haciendo una confesión semejante en un lugar como aquel, pero necesitaba mantener centrada la atención de Alma, pues veía que tendía a dispersarse—. Hace casi un año... Ahora la he perdido, y quiero entrar a rescatarla. ¿Puedes ayudarme?

Alma dejó escapar una carcajada tan cristalina y limpia como la de una niña.

—¿Quieres cruzar la Puerta de Plata y volver a salir con ella? Eso es una tontería, niño. Los muertos no regresan de la muerte. Solo una parte de ellos puede escapar... Su sombra.

—No quiero su sombra. La quiero a ella. Quiero que vuelvas a vivir —dijo Álex con firmeza—. Tiene toda la vida por delante.

Alma ladeó la cabeza graciosamente para observarle.

—Me habría gustado que alguien quisiese hacer eso por mí —dijo con envidia—. Es bonito...

—¿Dónde está papá, por cierto? —Pregunto David—. ¿Está contigo?

—No, querido. Está muerto, supongo. No he vuelto a verle desde hace... ¿Cuántos? No sé. Desde que vivíamos todos junto en la Colonia.

La expresión de sufrimiento de David se relajó levemente.

—Me alegro —murmuró—. ¡Pobre papá! Me alegro de que no haya tenido que ver esto.

—¿Por qué te alegras? —Alma le miraba sin comprender—. La muerte es algo horrible, horrible. Te lo arrebatan todo. Te lo quitan todo. Todo lo que verdaderamente importa...

—Por lo que estoy viendo, hay distintas clases de muertes, mamá. Quizá porque no a todo el mundo le importa lo mismo.

—No me hables de esa forma, como si lo supieras todo. Como si pensaras que yo estoy muerta; porque es eso lo que has querido decir, ¿verdad? Me has vuelto a faltar al respeto...

—Ayúdame, Alma —la interrumpió Álex, que empezaba a perder la paciencia—. Dices que la muerte es horrible. Supongo que querrás que saque a tu hija de allí. Tú querías a tu hija...

—¡Claro que la quería! —Dijo Alma abriendo mucho los ojos—. ¿Qué madre no quiere a sus hijos? Tendría que haber sido un monstruo, una madre desnaturalizada...

—Entonces me ayudarás a salvarla —Álex la desafió con la mirada—. Es lo que toda madre querría para su hija, ¿verdad?

Alma asintió, desorientada.

—Pero nadie puede regresar de la muerte, chico —murmuró—. Eso no pasa jamás. No puedes ir a buscar a un muerto y regresar con él... Si atravesas la puerta, tú mueres también, ¿lo entiendes?

Álex asintió.

—Es un riesgo que tengo que correr —dijo con firmeza.

El miedo afloró de nuevo a los ojos de Alma. Miró con recelo a la gacela de Dora, que retrocedió unos pasos.

—Yo sé cómo llegar hasta la puerta —dijo con una pálida sonrisa—. Una vez estuve cerca. Se llama la Puerta de Plata.

—La puerta de Sombra —la corrigió Dora desde atrás—. Los documentos decía claramente que esta senda conduce hasta la Puerta de Sombra...

—¿Documentos *Varulf*? —Alma se echó a reír—. Cada clan cree que conoce una de las puertas de la muerte, pero existe una única puerta, aunque pueda llegarse hasta ella por diferentes sendas mágicas. La Puerta de Sombra, la Puerta de Plata... Todas

son la misma.

—Y dices que sabes cómo llegar hasta ella...

—Sí —Alma miró a Dora y luego a Álex con sus grandes ojos asustados—. Pero no me acercaría allí ni por todo el oro del mundo. Es un sitio muy peligroso ¿Entendéis? Vosotros tampoco deberíais estar aquí. Demasiado cerca de la muerte...

—Yo he estado más cerca todavía —replicó Dora con aspereza—. Pero no se parecía en nada a este lugar... Esto no creo que hubiera podido soportarlo.

—¿Este jardín? ¡Pero si es un sitio encantador, querida! ¿A quién puede no gustarle? Y todo el mundo es tan educado...

David resopló, incapaz de seguir conteniéndose.

—Ya sé que no se te puede hablar como si razonases normalmente, pero aun así lo voy a intentar —dijo, dando un paso hacia su madre, quien definitivamente, retrocedió—. No hemos venido aquí a pasear, mamá. Estamos aquí para rescatar a Jana. Y tú vas a ayudarnos, ¿lo entiendes? Necesitamos acercarnos lo más posible a esa puerta maldita para intentar entrar en contacto con ella. Si lo conseguimos, decidiremos qué es lo que hay que hacer. Álex está dispuesto a entrar a buscarla, y yo le acompañaré si es necesario. Ahora, no nos hagas perder más tiempo y llévanos hasta allí, ¿de acuerdo? No debes tener miedo... Recuerda lo lista que eres, y todo lo que decía tu madre sobre lo bien que sabías cuidar de ti misma. No te va a pasar nada.

—¡Por supuesto! —El rostro inexpresivo de Alma ensanchó su sonrisa—. Vamos, queridos. Venid conmigo. Conozco un atajo para llegar a ese lugar. He espiado a los que escapan de él... Venid por aquí.

Siguieron a Alma por uno de los senderos de gravilla blanca hasta una fuente seca cubierta aquí y allá de verdín. Se cruzaron con otro espectro, un hombre de larga peluca pelirroja y el rostro empolvado que se apoyaba en un bastón de oro. Alma y él ni siquiera se miraron. Álex se preguntó dónde había quedado aquella educación exquisita que reinaba en aquel grotesco lugar, según la madre de Jana.

El sendero los condujo hasta un laberinto de setos pulcramente recortados.

—Hay que entrar por aquí —dijo Alma, volviéndose a mirarlos—. ¿Nunca habéis estado en un laberinto? Es muy divertido...

Con una superficial carcajada, Alma echó a correr por una de las calles del laberinto hasta desaparecer detrás de una esquina. Dora y los chicos corrieron tras de ella, temiendo perderla. Pero Alma los estaba esperando tras la esquina, sonriendo tontamente, como si hubiese llevado a cabo una gran hazaña.

—¿Sabes orientarte aquí dentro mamá? —preguntó David.

—¡Claro que no! Qué tonterías preguntas, hijo... Si supiera orientarme no tendría ninguna gracias. ¡La gracia de los laberintos es que te pierdes en ellos!

Dora y Álex se miraron.

—Al menos, mantengamos unido al grupo —propuso Dora—. Alma, por favor,

no juguemos más al escondite. Iremos todos juntos, ¿de acuerdo?

Alma palmoteó de nuevo, encantada.

—¡De acuerdo! —dijo—. Así será más divertido.

Siguieron recorriendo las intrincadas ramas del laberinto, entrando en un sendero detrás de otro, hasta que se encontraban en un callejón sin salida y tenían que retroceder. Parecía imposible orientare en aquel endiablado lugar. Pronto se dieron cuenta de que estaban dando vueltas, y de que una y otra vez regresaban sin proponérselo, al punto de partida.

La única que parecía estar disfrutando con aquel angustioso juego era Alma.

Después del cuarto regreso al principio, Dora se sentó en el suelo, desalentada.

—Así no llegaremos a ninguna parte —murmuró—. Alma, espero que no estés gastándonos una broma. Los documentos no decían nada de un laberinto...

—¿Documentos *Varulf*? —Alma sonrió con desprecio—. No te ofendas, querida, pero los conocimientos esotéricos de los *Varulf* siempre han sido más bien limitados.

La gacela de Dora se acercó entonces a la muchacha y empezó a lamerle el rostro, como si intentara confortarla.

Dora se la quedó mirando con fijeza.

—Ella encontrará el camino —dijo convencida—. Solo tenemos que seguirla.

—¿Ese animal? —Alma se cruzó de brazos, enfurruñada—. No pienso seguir a un animal. Es ridículo...

—Vamos a seguirla, y tú vendrás con nosotros —dijo David, retándola con los ojos.

Alma hizo un puchero y miró a su alrededor como si esperase encontrar a alguien que simpatizase con ella, pero al no encontrar a nadie cambió instantáneamente de actitud y se dispuso a seguir a la gacela como todos los demás, sin perder en ningún momento la sonrisa.

El animal, al principio, parecía inseguro. Avanzaba tan pronto a la izquierda como a la derecha, se detenía y olisqueaba el aire, y pasados unos segundos volvía a avanzar. Dora, los chicos y Alma se mantenían a una cierta distancia, para no interferir. El animal, poco a poco, pareció ir ganando confianza, hasta que sus pasos, cada vez más rápidos, se convirtieron en un trotecillo regular, que no aflojaba su ritmo al llegar a las bifurcaciones de los caminos.

Una vez tras otra, el animal elegía al llegar a una encrucijada el camino de la izquierda. Pasaron por sendas circulares, por caminos en forma de espiral, y por rampas bordeados de altos setos de boj que ascendían hacia niveles cada vez más altos del laberinto. Todos fueron acomodándose al ritmo siempre idéntico de la gacela, hasta llegar a caminar en una especie de estado hipnótico. Incluso Alma se dejó atrapar por la magia de aquel avance incansable y acompasado...

Y de repente, al doblar un recodo de un larguísimo seto más alto que Álex,

encontraron la verdadera salida.

Había una explanada llena de ruinas. Parecían los restos de antiguos edificios góticos, con altos arcos ojivales que alzaban hacia el cielo sus vanos vacíos. Algunos todavía conservaban restos de vidrieras.

Los pequeños cristales azules y púrpuras brillaban a la luz de aquel eterno amanecer sin sol que los bañaba.

En medio de todas aquellas ruinas se alzaba el único edificio que parecía intacto. Su fachada recordaba la de una antigua catedral medieval.

—Así era como la describía ese viejo papel —murmuró Dora—. La Puerta de Sombra...

—La Puerta de Sombra. La Puerta de Plata. La Puerta de Rubí... ¿Qué importa el nombre? —Alma señaló con una mano que no temblaba el arco central del edificio. La brisa agitaba la manga de encaje, dándole a toda su figura un aire irreal—. Es un sitio espantoso, ¿verdad? Siempre he pensado que la muerte es algo grotescamente feo. Bárbaro...

—Pues esta vez, mamá, vas a tener que enfrentarte a ella, aunque no te guste —dijo David, rehuyendo con disgusto la mirada de su madre.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Alma tembló levemente.

—Quiero decir que vamos a hacer lo que sea necesario para salvar a Jana. Lo que haga falta, mamá, ¿lo entiendes?

—Sí, lo entiende —contestó Álex, sosteniendo la mirada aterrorizada de Alma—. Lo entiende... Y, aunque no le guste, nos va a ayudar.

CAPÍTULO 6

—¿Estáis intentando contactar con Erik? —En medio del silencio de la explanada sembrada en ruinas, la voz de Alma chirriaba como un violín desafinado—. ¿Con Erik, el hijo de Óber? ¿Va a acudir? No quiero verlo. David, por favor, no quiero verlo...

—Cállate, mamá —susurró David—. Vas a desconcentrar a Dora.

Se encontraban sentado en círculo ante una de las ruinas más distantes de la Puerta de Sombra, y Dora había comenzado a cantar los conjuro *Varulf* que, habían consultado, podían abrirla. Una parte del ritual consistía en frotar con movimientos espirales el anillo de oro y cristal en forma de libélula que llevaba puesto en su anular derecho. Álex la contemplaba absorto mientras ella repetía una y otra vez aquel gesto, probablemente para no tener que enfrentarse de nuevo al fantasma de la madre de Jana.

—¿Por qué llamáis a Erik, y no Jana? —Insistió Alma—. Creía que era ella a la que queríais ver. El hijo de Óber es nuestro enemigo. Los *Drakul* son los culpables de la ruina del clan *Agmar*...

—Basta, mamá. Erik no se encuentra exactamente del otro lado, sino en un estado intermedio entre la vida y la muerte al que llaman la frontera.

Alma se estremeció.

—He oído hablar de él —dijo—. Allí no hay nada. Ni cuerpos, ni voces, ni nada agradable que hacer o mirar... ¡Nada!

—¡Aquí es donde no hay nada, mamá! —le recordó David en voz baja—. Todo esto no es real, no es más que una especie de decorado fantasmagórico. Erik, al menos, conserva lo principal en un ser humano: sus recuerdos, su conciencia... hasta su voluntad.

—Ya lo tengo. —Murmuró Dora, interrumpiendo el conjuro—. Me ha oído. Ha contestado mi llamada...

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Álex.

—Debo invitarle formalmente a sentarse en el círculo, según el ritual.

—¡No! —La madre de Jana hizo un ademán de levantarse, pero su hijo la sujetó por su frágil brazo para que no lo hiciera. Los ojos despavoridos de Alma parecían los de un animal asustado—. Por favor, David...

—No temas, mamá. No llegarás a verlo. La presencia de Erik será solo espiritual... Él no puede realmente llegar hasta aquí.

Dora se quitó el anillo y lo depositó en el centro del círculo. Luego, pasó la mano derecha sobre él varias veces, girándola en el sentido contrario al de las agujas del reloj.

—Allí donde te encuentres, te invito a que te acerques y entres en el círculo. Que

las voces se escuchan, que las conciencias se encuentren. Ayúdanos, Erik, acude a nuestra llamada. Álex te escucha, David te escucha, yo te escucho. Que nuestra atención forme un anillo alrededor de tu voz, para enlazar pasajeraamente nuestras almas.

El anillo, mientras Dora hablaba, fue cambiando poco a poco de color. El cuerpo de cristal de la libélula pareció incendiarse por dentro, hasta teñirse de un rojo intensamente oscuro que, gradualmente, fue extendiéndose a las alas.

—Estoy aquí, con vosotros —oyeron decir a Erik—. Me alegro de verlos, amigos, pero habéis corrido un riesgo acercándoos tanto a la frontera entre los mundo. ¿Por qué habéis venido?

Álex se preguntó si, en su saludo, Erik habría ignorado deliberadamente a Alma, o si tal vez no podía detectar su presencia. Ella, por su parte, tampoco parecía haber oído sus palabras, porque no reaccionó ante ellas.

—Erik, hemos venido porque necesitamos tu ayuda —dijo Álex—. Jana ha sido arrastrada por una sombra al otro lado de la Puerta de Plata. ¿Tú sabes algo de eso?

—¿Jana, muerta? —Se hizo un largo silencio, que la voz de Erik rompió finalmente—. No lo sabía —dijo—. Donde yo estoy no es donde están ellos. ¿Qué hacía Jana tan cerca de la Puerta de Plata?

—Eso deberías preguntárselo a tu hermano Edgar —dijo Álex—. Le hice llegar tu mensaje, y fingió escucharme, pero a mis espaldas formó una expedición para llegar hasta la Puerta de Plata y pronunciar los conjuros que permiten controlarla. El problema es que algo salió mal, y Jana terminó en el otro lado.

—Maldita sea —la voz de Erik sonaba deslocalizada, a veces cerca y a veces lejos, y en algunos momentos cerca y lejos a un tiempo—. Por una vez, podría haberme hecho caso... Debí figurarme que no lo haría.

—Quiero recuperarla, Erik. Quiero entrar a buscarla —dijo Álex con decisión—. He oído que no hay otra manera.

—¡No hay ninguna manera! Si atraviesas la puerta, estarás muerto, como ella. Quedarás atrapado, y yo no podré hacer nada para ayudarlos a ninguno de los dos. ¿No lo entendéis? Yo no tengo ningún poder aquí. Estoy separado de los vivos y de los muertos. No puedo hacer nada...

—Es tu elección, Erik, pero podrías elegir otra cosa, y tú lo sabes —le recordó Dora con suavidad—. Aún estás a tiempo de cruzar a este lado. Precisamente tú sí podrías hacerlo.

—No. Debo quedarme aquí. Álex, creía haberte explicado por qué. ¿Quién está con vosotros, además de David? Noto una presencia extraña, pero no sé qué es...

—Es mi madre, Erik —dijo David en tono apagado—. Hemos encontrado a Alma en esta especie de pesadilla que hemos tenido que atravesar para llegar hasta la puerta.

—Las Catacumbas, las llaman —la voz de Erik tembló levemente. Cada una de sus vibraciones, de las modulaciones de su tono, sonaba exactamente igual que cuando estaba vivo—. ¿Alma está con vosotros? No puedo creerle. La proximidad de David ha debido de atraerla, aunque seguramente ni ella misma entiende por qué.

—Sí, no puede ser casualidad que nos la hayamos encontrado —dijo Álex—. Hemos pensado que ella tal vez podría ayudarnos.

Alma, que no podía oír las palabras de Erik, pero sí las contestaciones de los demás. Dedujo que estaban hablando de ella.

—No puedo ayudarles —se quejó en tono infantil—. Esto es completamente ridículo. Yo no estoy muerta...

—La he oído —dijo Erik—. Es... es estremecedor... Pero puede que hayáis tenido suerte, Álex. Igual pudo localizar a David sin proponérselo, será capaz de atraer a Jana hasta la puerta. Solo tiene que llamarla. Ayudaría si, antes de llamarla, pronuncia, algún conjuro *Agmar* para la comunicación con los muertos. Podrás hablar con Jana, Álex, pero eso no significa que vayas a recuperarla. No deberías intentarlo siquiera. Ya es suficiente con haberla perdido a ella... Te necesito vivo. Tienes que ayudarme a cerrar esta puerta definitivamente, como te pedí.

—Te ayudaré, pero antes tengo que sacar a Jana. Tiene que haber alguna manera.

—Habla con ella —dijo Erik con tristeza—. Jana te convencerá de que no lo intentes. No se puede hacer nada... Ella no permitirá que te sacrifiques de un modo tan absurdo.

Álex asintió con una sonrisa ausente en la cara.

—Te ayudaré cuando esto termine, Erik. Lo prometo.

No se oyó ninguna respuesta; solo un viento que parecía sonar en otro lugar distinto a la inmóvil explanada en la que se encontraban, porque allí nada se agitaba.

—Erik, ¡no te vayas! —Suplicó Dora—. Te echo de menos. Dijiste que no ocurriría, que cuando volviese me olvidaría de ti. Pero no es eso lo que ha pasado.

Álex creyó oír la respiración agitada de Erik.

—No, Dora. No me hagas esto, por favor. No me lo hagas más difícil todavía. Si me he quedado aquí, es por una razón. Tengo un deber que cumplir. Tengo que cerrar esas puertas. No puedo volver...

—¿No puedes hacerlo desde este lado? —El tono de Dora seguía siendo implorante.

—No. Ellos son poderosos. Debe haber un poder del otro lado que equilibre la balanza. Ni siquiera estoy seguro de poder hacerlo desde aquí. Es posible que mis fuerzas no basten.

—Entonces déjame volver. Eso sí puedes hacerlo. No hay que atravesar ninguna puerta, tú estás en la frontera. Puedo ayudarte...

—Ni lo sueñes —dijo Erik, cortante—. No quiero que vuelvas aquí, ¿me oyes?

Nunca. Tu sitio está al otro lado, con los vivos.

Dora se pasó una mano por la frente, cansada.

—No. Mi sitio está donde estés tú. Intenté decírtelo...

—Lo siento, Dora.

Álex y David se miraron, mientras Dora, con el rostro enterrado entre las manos, sollozaba en silencio.

El cristal de su anillo había recobrado su transparencia original. Erik ya no estaba... Y entre tanto Alma, ajena a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, sonreía tontamente mientras jugueteaba con sus tirabuzones empolvados.

—Ha llegado tu turno, mamá —dijo David, mirándola a los ojos.

—¿Mi turno? No —Alma sacudió energéticamente la cabeza—. No pienso acercarme a esa odiosa puerta. Me pone enferma...

—Vas a hacerlo, mamá. Vas a ponerte frente a ella, con Álex, y vas a pronunciar los antiguos conjuros *Agmar* para comunicarse con el otro mundo. Fuiste una gran hechicera cuando estabas viva. Seguro que te hará ilusión volver a pronunciar esas viejas fórmulas.

—Esas viejas fórmulas, como tú las llamas, están llenas de poder, y no se debe jugar con ellas, jovencito. Además, no está bien que un hijo le dé órdenes a su madre. ¿Dónde se ha visto?

—¿Y dónde se ha visto una madre que no quiera salvar a su hija de la muerte?

Aquella pregunta dejó sin argumentos a Alma. Era evidente que, pese a haber olvidado todos los sentimientos reales que la unían a sus hijos, recordaba que una madre hiciera y sintiera.

—Está bien —murmuró—. ¡Las cosas que tiene que hacer una madre por sus hijos!

Sin más protesta, siguió dócilmente a Álex a través de la explanada de ruinas bajo la atenta mirada de los otros.

—Álex, si me necesitas, llámame —gritó David—. Entraré contigo si es necesario.

—Y yo también —murmuró Dora.

—Jóvenes inconscientes —gruñó Alma, con pasos cortos y muy rápidos para no quedar rezagada con respecto a Álex—. No piensan en los riesgos. Son unos alocados, y encima se atreven a juzgar a los adultos porque no entienden que razonemos con la cabeza. Álex habría querido taparse los oídos para no oír toda aquella cháchara, que a él le parecía desgarradora. Aquella mujer ya no tenía pensamientos propios, ni voluntad, ni siquiera deseos. No era más que un mosaico de frases hechas y opiniones prefabricadas... había sacrificado todo lo demás a cambio de esa apariencia de vida.

La verdad es que una parte de él, al aproximarse a la puerta, empezó a dudar de si

Alma no tendría razón. La extraña catedral que estaba viendo no era un edificio del mundo material; quizá por eso su altura desafiaba las leyes de la gravedad, y las oscuras moles talladas de sus arcos y pináculos eran tan inmensas que la mirada apenas podía abarcarlas.

Pero lo peor llegó cuando se encontraron frente a la puerta. Era una abertura ojival que se prolongaba hasta un cielo oscuro e invisible. Sus dos hojas de hierro parecían tan oscuras como la noche; y entre ellas se filtraba un resplandor de plata, tan deslumbrante que uno no podía mirarlo de frente sin que los ojos se le llenasen de lágrima... y sin sentir un irresistible impulso de caminar hacia él.

—No pienso dar un paso más —murmuró Alma—. Lo haremos desde aquí.

—Está bien. Puedes empezar cuando quieras —Álex señaló a la abertura entre las puertas—. Yo me concentraré en esa luz y pensaré en Jana. Entre los dos haremos que se acerque.

Alma tardó unos instantes interminables en comenzar, pero al fin su voz se alzó, insegura y no muy afinada, en un canto que reproducía las antiguas fórmulas de un conjuro *Agmar*. Álex intentó no prestar atención a las palabras de aquellas lenguas que no comprendía, ni a la arcaica melodía que formaban.

Solo tenía ojos para la rendija de plata a través de la cual se adivinaba el otro mundo... el mundo de los muertos.

La canción se prolongaba, repetitivamente, cíclica, y el tiempo pasaba sin que nada cambiase en el helado resplandor de la puerta, sin que nada anunciase la posible llegada de Jana.

Quizá las fórmulas no fueron correctas... O quizá el espíritu con el que Alma las estaba pronunciando se encontrase demasiado dañado y enfermo como para imprimirles un significado.

Sin embargo, era Alma: a pesar de su penosa transformación, seguía siendo la madre de Jana, y eso tenía que ser suficiente para establecer una conexión, para crear un vínculo.

Además, estaba él. Mientras clavaban la vista en la ranura de plata, Álex recordó con dolorosa nitidez los ojos de Jana, su cabello, su piel pálida y perfecta, el tatuaje en forma de serpiente que atravesaba su espalda. Su llamada también tenía que contar, aunque no existiesen lazos de sangre entre ellos. Lo que los había unido era algo más poderoso aún que la sangre. Era algo que se resistía a morir... lo bastante fuerte como para llevarle hasta allí, a plantarse frente a las puertas de la muerte.

Se dio cuenta de pronto de que la voz de Alma había comenzado a cambiar. Ya no era tan monótona, tan inexpresiva. Ahora cantaba con verdadera concentración, y sonaba cada vez más melodiosa. A través de aquel cambio en la voz, Álex creyó entrever lo que aquella mujer debió de ser en vida; en las nuevas reflexiones que iba incorporando a su canto había una gran capacidad de seducción, y también había

seguridad, poder... Auténtico poder.

Sin poder evitarlo, se giró a mirarla, y a la transformación que observó en su rostro le hizo olvidarse por un momento de todo lo demás. Alma estaba dejando de ser la figurilla de porcelana que los había acompañado a través de las Catacumbas. Sus tirabuzones, desprendiéndose de los complicados recogidos que los sujetaban, ya no parecían formar parte de una peluca, y se agitaban desordenados alrededor de su cabeza. El vestido azul cielo se había oscurecido y había perdido su flamante brillo, hasta convertirse en un polvoriento amasijo de seda sombría del que colgaban, frágiles como flores secas, los viejos encajes de las mangas.

Estaba funcionando. Podía verlo en la emoción que gradualmente se iba apoderando de los rasgos de Alma, en su boca entreabierta y llena de horror y de tristeza, en sus ojos desencajados de miedo. La había encontrado... Y la estaba atrayendo hacia sí.

También él empezó a notar el viento. Venía de la puerta. Se estremeció de pies a cabeza, aterrado, expectante.

Algo hizo girar las hojas de hierro de la puerta sobre sus goznes invisibles. La rendija de luz se ensanchó, y una silueta lejana y frágil apareció al otro lado.

Jana.

Daba la sensación de que avanzaba hacia ellos, aunque sus pasos eran muy lentos e inseguros. Álex no tardó en darse cuenta de que, por mucho que Jana caminase, no llegaría jamás a alcanzar el umbral. La distancia que separaba la vida de la muerte seguía siendo, para ella, infinita. Podía verle...

Y también podía ver Alma.

—Mamá —su voz, remota y desfigurada, llegó mezclada con el viento que surgía de las puertas—. Mamá eres tú. Mamá...

Alma, aterrorizada, se tapó los oídos. Su rostro desencajado parecía, de repente, mucho más viejo.

—No puedo soportarlo. No puedo, es demasiado horrible. Lo siento, hija. Lo siento...

Sin apartar la mirada de la silueta de su hija, Alma comenzó a caminar hacia atrás. Dos pasos, tres pasos, cuatro. Las piernas le fallaron, tropezó y estuvo a punto de caerse, pero se incorporó de inmediato. Tendió ambas manos hacia Jana, pero enseguida las retiró horrorizada de lo que había hecho.

—No avances más, Jana. Te lo ordeno —chilló con la voz hueca y destemplada de antes—. Tienes que obedecerme; soy tu madre.

Dejó escapar un grito inarticulado, y luego veloz como un títere deslizándose a través de un decorado, salió corriendo.

CAPÍTULO 7

Se quedaron los dos solos, frente a frente, separados por la inmensa puerta y por una distancia que no se podía medir en pasos ni en metros, porque no era una distancia material, sino espiritual.

Enmarcada en la gigantesca ojiva de plata, Jana era una silueta menuda y frágil. Álex apenas podía distinguir la expresión de su rostro, pero sus ojos, oscuros y suaves como una noche aterciopelada, eran los de siempre.

—Era... era mi madre —la oyó decir dentro de su pensamiento.

—Jana, he venido a buscarte. —Por alguna razón, Álex sentía que no debía perder el tiempo, que debía explicarle a Jana con urgencia los motivos que le habían llevado hasta allí—. Si tú no puedes salir, yo entraré a por ti.

—Tienes que irte, Álex —Jana miró asustada a su alrededor, como si temiese algo—. Ahora, por favor; antes de que sea demasiado tarde...

—¡No voy a irme sin ti! He venido a sacarte de ese lugar, sea lo que sea, ¿me entiendes, Jana?

—Eso no puede ser —la voz de Jana sonaba mortalmente triste—. De aquí no se puede salir. ¿Qué quería mi madre? ¿Por qué estaba contigo? Pensé... pensé que la encontraría aquí, pero no estaba. Ni tampoco mi padre. No hay nadie, Álex. Nadie... Es decir, hay sombras, miles de sombras con las que no te puedes comunicar. Cada una debe de ser un alma atrapada, como yo. Y cada una debe de sentirse la única criatura viva aquí... ¡Es un infierno!

—No lo es. Si existe un infierno, es esa especie de antesala de la muerte en la que existe tu madre. Lo siento, Jana. Se ha convertido en una especie de máscara vacía, supongo que para protegerse del sufrimiento. Pero, aun así, nos ha ayudado...

—Ha huido al verme —dijo Jana con la voz rota de amargura—. ¿Cómo ha podido pensar que yo iba a hacerle daño?

—No es dueña de sus actos. Lo único que la mueve es el miedo. Debes perdonarla...

—Supongo que ya lo hice hace tiempo. Pero debes irte, Álex, por favor. No voy a ayudarte a entrar aquí, y no podrás entrar sin mi ayuda. No es tan fácil, ¿sabes?

—Solo voy a entrar para sacarte de ahí, Jana. No vamos a quedarnos. Puede hacerse, estoy seguro. ¿Es que no quieres volver?

A través de la distancia, a Álex le pareció ver flotar una sonrisa a los pálidos labios de Jana.

—¿Crees que a alguien le puede gustar estar aquí? Es como vivir dentro de una pesadilla que no termina nunca. Sientes y sufres con tu cuerpo, solo que no tienes cuerpo; no es más que un espejismo... ¿Crees que alguien se quedaría aquí dentro si pudiera escapar?

—Algunos lo hacen...

—Sí... para seguir siendo lo que somos aquí dentro: sombras incapaces de actuar, y de comunicarse.

Eso es todavía peor.

—Tiene que haber una forma de salir. Fui a ver a los guardianes, ¿sabes? Ellos dijeron algo que podría servirnos. Algo así como que la clave está dentro de cada uno...

—Los guardianes —murmuró Jana—. Quizá les interesaría saber quién es el culpable de que yo esté aquí. Tiene mucho que ver con ellos...

—¿De qué estás hablando?

Por un momento, los oscuros ojos de Jana le parecieron sorprendentemente cercanos.

—Fue una trampa, Álex. Pértinax me tendió una trampa. No sé cómo, se puso en contacto con el espectro de sus hijas, y ellas le avisaron a él...

—¿A quién?

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—A Argo.

Álex sintió que le flaqueaban las piernas.

—¿La sombra que te arrastró al otro lado de la puerta era la de Argo? Edgar no la reconoció...

—Veo que ya sabes quién es. Debiste decirme que habías hablado con él. Si hubiésemos confiado el uno en el otro...

—Lo sé. Pero no podemos cambiar lo que pasó, Jana. ¿Dónde está Argo? ¿Sigue ahí?

—No lo sé —replicó Jana, mirando temerosa a su alrededor—. Ya te he dicho que los demás, para mí, son solo sombras. Pero podría estar muy cerca, Álex. Por eso tienes que irte...

—No. Voy a entrar.

Con decisión, Álex comenzó a caminar hacia la Puerta de Plata; pero con cada paso que daba, el viento oponía más resistencia a su avance. El resplandor del interior se fue oscureciendo progresivamente, hasta que ya no pudo distinguir la figura de Jana. Y lo peor era que su cuerpo apenas podía luchar contra la brutal violencia de la fuerza que le impedía continuar.

Después de diez pasos, se sentía tan agotado y dolorido que tuvo que detenerse a tomar aliento. El rugido del viento que salía de la puerta le ensordecía los tímpanos, y las sombras se iban alargando hacia él, fundidas en un torbellino de oscuridad del interior.

Cuando por fin se sintió lo suficientemente fuerte como para continuar, Álex alzó la cabeza hacia la puerta.

Jana ya no estaba... No podía distinguir siquiera su silueta. Le había dejado solo... Había desaparecido.

—Déjalo, Álex —dijo detrás de él la voz de David—. Sin su ayuda no podrás entrar. Ella no quiere que te sacrifiques.

—Alguien tiene que ayudarme a entrar ahí dentro —contestó Álex, desesperado—. Tiene que haber alguna forma...

—Si la hay, la encontraremos. Pero no ganaremos nada quedándonos aquí mirando a esa especie de agujero negro que hay al otro lado de la puerta. Anda, ven conmigo. Dora nos está esperando.

Álex se volvió a mirar a David. Podía sentir aquel viento destructivo y sobrenatural rugiendo detrás de él, interponiéndose como un gigante invisible entre él y Jana.

—David, ahora sé quién lo hizo. Necesito que hagas una cosa por mí. Necesito que vayas a ver a Nieve y a Corvino y se lo cuentes. Fue Argo...

—¿Argo arrastró ahí dentro a mi hermana? —David apretó los dientes—. Debimos imaginarlo...

—No lo olvides, tienes que decírselo a Nieve. Están muy lejos ahora mismo, pero acudirán cuando los llames. Es importante que sepan.

—Hablas como si no fueras a acompañarme. Tienes que venir conmigo, Álex. No puedes quedarte aquí... No puedes entrar, y probablemente sea lo mejor para todos. Ya es suficiente con haber perdido a Jana.

—No —Álex se encaró de nuevo con la amenazadora puerta, cada vez más negra y hostil—. Erik, tú puedes ayudarme. Erik, por favor, ayúdame. Hazlo por Jana...

—Erik no está ahí, ¿recuerdas, Álex? Por favor razona. No vale la pena seguir insistiendo...

—Erik no puede mantenerse al margen eternamente. Si no quiere regresar al mundo de los vivos, que se atreva a entrar en el de los muertos. Antes o después tendrá que hacerlo, si de verdad quiere cerrar esas malditas puertas para siempre. No podrá hacerlo desde esa especie de vacío al que él llama «la Frontera».

—Está bien. Regresemos, entonces. Le pediremos a Dora que vuelva a contactar con Erik y que él decida lo que debemos hacer. Es la única manera, Álex. Vámonos; Dora nos está esperando...

—No. No será necesario. Mira, ¡fíjate!

Álex señaló con un dedo tembloroso hacia la puerta. Al otro lado del torbellino de viento, la silueta de un animal se paseaba de un lado a otro olisqueando el suelo. Quizá notó la mirada de Álex fija sobre él, porque de inmediato se quedó quieto, levantó la cabeza e irguió las orejas. Sus ojos de color ámbar se posaron en los de Álex sin curiosidad ni sorpresa. Era un lobo...

Era Garo.

—Gracias, amigo —murmuró Álex, sintiendo que un nudo se formaba en la garganta—. No debí pedírtelo, lo siento...

Sintió la mano de David Aferrándole el brazo.

—Es una locura, Álex. Ni siquiera con la ayuda de Erik lo conseguirás. Probablemente ni siquiera conseguirás reunirte con ella. Dicen que, ahí dentro, las sombras no se ven unas a otras. Están completamente aisladas...

—Yo la encontraré. Lo que siento por Jana no es tan frágil como para que esa puerta pueda romperlo.

Sostuvo durante unos instantes la mirada sombría y compasiva de su amigo.

—Ojalá tengas suerte —murmuró David, rindiéndose por fin—. Si me necesitáis, llamadme. Acudiré.

Sin vosotros, tengo la sensación de que no me queda mucho que hacer aquí.

—Te equivocas. Probablemente eres, de todos nosotros, el que más tiene que hacer en el mundo de los vivos. Pero te lo agradezco mucho, David. Y Jana también te lo agradecerá cuando se lo cuente. Espero que pronto pueda hacerlo en persona...

—Yo también —murmuró David sin ninguna convicción.

Garo seguía esperando al otro lado de la puerta, sus ojos cálidos fijos en Álex. A su alrededor el torbellino de sombra se había calmado, diluyéndose poco a poco en un resplandor plateado semejante al amanecer en algunas regiones costeras.

—Adiós, David —dijo Álex—. Despídeme de Dora... Buena suerte.

—Buena suerte, Álex. Buena suerte a los dos...

Sin volver la vista atrás, Álex caminó decidido hacia el altísimo arco de la catedral en ruinas. Ahora, una brisa suave soplaba en la dirección de sus pasos, enredándole el cabello. Poco a poco se iba viendo envuelto en la atmósfera luminosa del Otro Lado. Al llegar al umbral, se dio cuenta de que ya no podía retroceder... Garo lo atraía hacia el interior como un imán, y, aunque hubiera querido, no habría podido resistir a su llamada.

La envolvente luz de plata lo acarició, lo rodeó por todas partes.

Estaba dentro.

Estaba muerto.

Ahora, tenía que encontrar a Jana.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 1

No era así como Álex había imaginado la muerte. Nada había cambiado dentro de él, o al menos eso le pareció al principio. Al otro lado de la puerta, el resplandor plateado que lo envolvía todo se fue transformando gradualmente en una bruma oscura en la que lo único que se distinguía era la silueta de Garo. Álex se obligó a sí mismo a fijar la vista en el viejo amigo de Erik y a no apartarla de él ni un momento. Si lo hacía, correría el riesgo de no volver a localizarlo, y entonces se encontraría perdido y solo... totalmente solo.

Al cabo de un rato de caminar en medio de la bruma, esta se fue fragmentando aquí y allá, y empezaron a emerger fragmentos de una ciudad cenicienta y vacía que a Álex no le resultaba familiar. Se trataba de edificios altos, con cientos de ventanas negras, alineados a ambos lados de calles grises por las que circulaban algunos coches. Podría haber sido un suburbio industrial de cualquier metrópolis grande, uno de esos barrios construidos a toda prisa para alojar a los inmigrantes que llegaban del campo durante la segunda mitad de siglo xx. Pero Álex sabía que aquella comparación era absurda, porque en realidad los edificios que estaba viendo no existían más que en su imaginación. Corvino le había explicado que aquel lugar era una especie de estado de ánimo; un círculo vicioso en el que su existencia había quedado atrapada, y que le impediría regresar a su auténtica vida a menos que lograra reunir el poder mental y la concentración suficientes como para obrar el milagro.

Sin embargo, antes de intentar salir de allí tenía que encontrar a Jana. No podía creer que la hubiera perdido. Pocos minutos antes había estado hablando con ella, y la había podido ver... ¡No era posible que hubiese ido demasiado lejos!

Jana le había dicho que estaba sola en aquel mundo al que había ido a parar, pero casi desde el principio Álex intuyó la presencia de otras «sombras». Dentro de los coches que pasaban junto a él había figuras, siluetas cuyos rostros no tenía tiempo de observar. Y también se veían formas humanas recortándose a contraluz en algunas ventanas, o de pie a lo lejos, en una parada de autobús... El problema era que la distancia que lo separaba de aquellas personas no podía acortarse. En cuanto avanzaba hacia ellas, creyendo ir a su encuentro, o bien se disolvían o bien retrocedían.

Al cabo de un rato de caminar incansablemente detrás de Garo, Álex cayó en la cuenta de que los coches que pasaban a su lado eran siempre los mismos. Había uno rojo y anticuado, otro gris plata, un todoterreno de enormes ruedas gastadas... Eran, una y otra vez, los mismos coches atrapados en un circuito del que parecían incapaces de salir.

Comprendió con horror que él y Garo estaban haciendo lo mismo: caminando en círculos. Estaba dando vueltas una y otra vez a la misma manzana...

Quizá no hubiera nada más; nada que explorar. Quizá la muerte fuese precisamente esa ausencia de alternativas, esa repetición incansable de un recorrido absurdo.

Pero allí, en alguna parte de aquel laberinto sin principio ni fin, tenía que estar Jana. Y él iba a encontrarla. Si todo lo que había era aquella manzana de edificios, entraría en cada uno de ellos y exploraría cada habitación, cada pasillo, hasta el último rincón si era preciso. En aquel lugar no existía el día y la noche. Estaba más allá del tiempo, no debía preocuparse por eso...Tenía toda la eternidad para encontrar a Jana, lo que significaba que, antes o después, la encontraría.

Ya que estaban recorriendo una vez tras otra el mismo trayecto, Álex aprovechó la nueva vuelta a la manzana que había iniciado persiguiendo a Garo para fijarse en todos los detalles, que hasta entonces, le habían pasado desapercibidos.

Las tiendas, por ejemplo. Porque había tiendas con los escaparates vacíos, maniqués desnudos, perfumerías llenas de frascos transparentes de distintos tamaños sin nada dentro, bares donde algún cliente solitario (apenas una sombra sin expresión) revolvía ensimismado una taza vacía con una cucharilla plateada. Era como una representación de la vida normal en un decorado mediocre y no demasiado convincente. Una representación sin ningún contenido.

Álex sintió que le invadía una mortal tristeza.

—Vamos a descansar, Garo —murmuró—. No puedo más...

Pero el lobo, jadeante, siguió trotando delante de él hasta doblar la esquina de un solitario callejón que, en su anterior vuelta a la manzana, le había pasado desapercibido.

Era poco más que una grieta de penumbra entre dos edificios, que terminaba en una pared sin salida. Y allí al fondo, tranquilamente apoyado en la pared, estaba Erik.

Álex creía que los muertos no podían experimentar dolor, pero lo que él sintió al ver a su viejo amigo mirándole con una sonrisa se parecía mucho a un desgarró físico atravesándolo desde la garganta hasta el pecho.

Quiso decir su nombre, pero no pudo. Se le había formado un nudo en la garganta...

A Erik debía de estar sucediéndole lo mismo, porque, tras remover los labios sin ningún sonido llegase a brotar de su boca, comenzó a caminar hacia Álex.

Se encontraron hacia la mitad del callejón. Ambos se fundieron en un largo abrazo. La piel de Erik estaba fría, como si debajo de ella no hubiese vasos sanguíneos transportando sangre. Álex se preguntó si su propia piel se habría vuelto igual en el momento en el que traspaso la Puerta de Plata. Por el momento, él no era consciente de que hubiera cambiado.

—Lo siento —fueron las primeras palabras que acudieron a sus labios—. Erik lo siento, yo no quería que...

—No, al contrario. Tendría que darte las gracias... Me he resistido a entrar a aquí, pero solo desde este lugar es posible cerrar las puertas. He vivido en la frontera demasiado tiempo... si es que a esa clase de existencia se le pueda llamar «vivir».

Se apartaron un poco; se miraron. En los ojos de Erik, Álex encontró un resplandor que no tenía nada que ver con la muerte, y eso le reconfortó de un modo extraño.

—Gracias, Garo —dijo Erik, inclinándose sobre el lobo y acariciándole el pelaje de la nuca con afecto—. Cuánto te he echado de menos...

—¿No estabais juntos? —preguntó Álex.

—No; pero ahora ya lo estamos. Vamos, tenemos que buscar a Jana... Es para eso para lo que has venido, ¿verdad?

Álex asintió y miró con inquietud hacia la entrada del callejón.

—Jana me dijo que en este lugar, las sombras de los muertos no se percibían las unas a las otras; que ella estaba completamente sola, aislada... Sin embargo, he visto gente en mi camino hacia aquí. Es verdad que no podía distinguir con claridad los detalles de sus rasgos; pero estaban por todas partes. ¿Cómo es posible que Jana no los vea?

—Jana no ha entrado aquí de un modo «natural», Álex, Argo la obligó a cruzar las puertas. No sé muy bien cómo funciona esto, pero creo que, de algún modo que no comprendo, ella es aún su prisionera.

—¿Aquí dentro? No lo entiendo —dijo Álex—. Siempre he oído que la muerte iguala todas las diferencias. No puede ser que Argo aún conserve todos esos poderes que tenía en el mundo de los vivos...

—Los seres humanos han dicho y escrito muchas tonterías acerca de la muerte. Mucho me temo que, en eso de que lo iguala todo, no tienes razón. Si Argo no fuese poderoso aún, no habría podido atrapar a Jana y traerla hasta aquí.

—Entonces, este no es un lugar donde se hace justicia, como cree la gente. Nadie paga por sus errores ni sus culpas...

—Yo tampoco diría eso. He estado en la frontera mucho tiempo quizá demasiado. Eso me ha permitido mantenerme a la misma distancia de los vivos que de los muertos, estudiando a unos y a otros como un observador imparcial. Claro, era muy poco lo que podía percibir de los dos mundos. Pero, aun así, he llegado a algunas conclusiones...

—¿Qué conclusiones, Erik?

Garo había comenzado a caminar hacia la salida del callejón. Sin pensar demasiado en lo que hacían, Erik y Álex lo siguieron.

—La conclusión principal es que este lugar te sumerge en una vacío donde no tienes más remedio que mirar dentro de ti. Es... es como una especie de espejo, ¿comprendes? El castigo es que uno no tiene más remedio que verse como realmente

es. No puede escapar de sí mismo, no hay nada que hacer.

—Bueno, no parece que para Argo eso haya supuesto un castigo demasiado severo.

—Tal vez no... todavía. La mente tiene muchas maneras de protegerse, de negarse a ver lo que tiene delante. Pero aquí el tiempo es infinito, y nadie puede engañarse eternamente. Además, quién sabe. Puede que Argo ya haya empezado a pagar por todo lo que ha hecho. ¿Tú crees que, cuando piensa en sí mismo, se siente satisfecho? ¿Crees que le gusta el monstruo en el que se ha convertido?

Álex se encogió de hombros. Habían salido de nuevo a la ancha calle gris, con sus edificios vacíos y sus coches rodando eternamente como juguetes de cuerda.

—Lo único que sé es que por su culpa Jana está aquí, y que quiero que nos la devuelva. ¿Tienes idea de cómo podríamos conseguirlo?

—No lo sé —admitió Erik—. Pensando en ella, supongo. Concentrando en Jana nuestras mentes. Tal vez también concentrándonos en el recuerdo de Argo...

—Tú prueba con Argo; y voy a probar con Jana —decidió Álex—. Hace tan solo un momento que la vi... No puede estar demasiado lejos.

Se quedaron quietos en la calle, con los ojos perdidos mientras cada uno se encontraba en sus propios pensamientos. Acierta distancia, Garo los contempló un instante con curiosidad. Luego, él también bajo la mirada y la clavó en algún punto incierto de la acera, imitando a su amo.

Álex no tardó en olvidar dónde estaba, ni todo lo que había sucedido en los días anteriores. En su pensamiento solo cabía el recuerdo de Jana aquella noche en la habitación del hotel de Venecia, después del espectáculo de Armand. No sabía por qué, era esa la imagen de ella que le acudía a la mente una y otra vez. Ese día hubo un malentendido entre ellos, y terminaron enfadándose y durmiendo cada uno en una habitación. Y ahora podía ver a Jana sola en su cama, deprimida y llena de sensaciones contradictorias. Distinguía con toda claridad la vista de un canal al fondo, los antiguos muebles venecianos, las lámparas de cristal de Murano las maderas blancas con decoraciones doradas...

Estaba concentrado en esa imagen cuando oyó un ruido de pasos rápidos delante de él. Era Garo... Se había puesto de nuevo en camino, y Álex comprendió instantáneamente que estaba siguiendo un rastro.

El rastro de Jana, tal y como le había llegado su imagen desde la mente de Álex; o el rastro de Argo, captado tal vez a través de Erik.

Con una seguridad que ni él mismo se explicaba, Álex comenzó a andar detrás de Garo. Poco después se les unió Erik... él también percibía lo que estaba ocurriendo.

El lobo mágico dobló una esquina, atravesó la calzada en diagonal y se internó en un portal al otro lado. Álex y Erik lo siguieron. En el portal había unas anchas escaleras de mármol rojo con plantas artificiales a los lados. Las escaleras daban

acceso a un rellano débilmente iluminado por una bombilla.

Y del rellano partían otras escaleras... Comenzaron a subir las.

Una parte de cada peldaño estaba sumido en la sombra, y aunque al principio estaba claro que iban ascendiendo, llegó un momento en el que Álex ya no podía predecir, al poner el pie en el escalón siguiente, si este subía o bajaba. Era como estar dentro de uno de esos dibujos paradójicos de Escher que su padre solía mostrarle cuando era niño. Con una punzada de terror, se preguntó si ese lugar donde los peldaños eran de subida o de bajada según el modo en que se mirasen era, en realidad su propio pensamiento. No soportaba la idea de quedarse atrapado en un anillo mental tan absurdo.

Pero de pronto, sin saber cómo, se encontró arriba (o abajo) del todo. Habían llegado a un descansillo de baldosas negras, con bombillas incrustadas en un techo tan oscuro que resultaba invisible. Garo se había plantado delante de una puerta y había comenzado a aullar suavemente, mientras arañaba la madera con una de sus patas.

Después de un rato, la puerta cedió. Entraron detrás del lobo mágico en un apartamento anodino. Había dormitorios con camas gemelas y mesitas de noche vacías, y una cocina con los cuatro fuegos circulares de la placa vitrocerámica encendidos, aunque allí nadie estaba cocinando.

Recorrieron un pasillo de paredes blancas hasta la habitación más grande de la casa. Allí solo había un aparador lleno de vasos y copas que nunca se usarían, un sofá de color crudo y aspecto incómodo y un televisor.

El televisor estaba encendido, pero no había ninguna emisión sintonizada. Solo nieve; esa nieve estática cuyo ruido llega a ensordecerte, enjambres de puntos blancos, negros y grises persiguiéndose furiosamente unos a otros en el rectángulo de la pantalla.

Garo se detuvo frente al televisor, se sentó sobre sus patas traseras y empezó a mover la cola con nerviosismo. Sus ojos de ámbar no se apartaban del torbellino de puntos de la pantalla.

Cuando Álex siguió la dirección de su mirada, distinguió una silueta atrapada en aquella tempestad de destellos más o menos cenicientos o brillantes. Era Jana.

—Está ahí dentro —dijo, apuntando a la pantalla con un índice tembloroso—. Erik, está ahí... ¿Puedes verla?

—Sí —murmuró Erik—. Sí, creo que es ella.

—Pero no puede ser ella —razonó Álex, acercándose a la pantalla y rozándola con la punta de los dedos—. Esto no es más que una imagen. Una persona no es una imagen...

—Quizá en este lugar lo sea. ¿Qué somos nosotros, Álex? ¿Seguimos siendo reales, o solo lo que pensamos y sentimos acerca de nosotros mismos?

Garo jadeaba y gruñía mirando al televisor. Su nerviosismo parecía ir creciendo por momentos.

—No lo sé, Erik —dijo Álex, desorientado—. No sé lo que somos, pero Jana no puede estar ahí dentro realmente. Esto debe ser una visión, una especie de símbolo...

—El universo entero es una visión, Álex —murmuró Erik con voz apagada—. Un inmenso jardín de símbolos.

—Ya —Álex, con timidez, golpeó la pantalla con los nudillos un par de veces, y se quedó observando con atención a la silueta inmóvil en medio de la nieve estática—. Discutiremos eso otro día. Si es que hay otro día... Ayúdame a sacarla.

—Tengo tan poca idea de lo que hay que hacer como tú —murmuró—. No sé qué significa esto, si es un mensaje que Jana intenta hacernos llegar o una pista que nos ha dejado aquí alguien diferente...

—Romparamos el televisor y lo sabremos —dijo Álex, buscando a su alrededor un objeto contundente para golpear la pantalla—. Si no es más que una visión, lo comprobaremos; y si contiene algún mensaje, también.

Garo empujó el aparato con una de sus patas, pero no ocurrió nada. Se lo quedó mirando unos instantes con sus grandes ojos dorados, meditando. Luego, bruscamente, saltó sobre el cristal de la pantalla con las dos patas extendidas.

La pantalla estalló en mil pedazos que volaron en todas direcciones.

Se oyó un grito desgarrador. Álex reconoció la voz de Jana.

—¡Jana! —la llamó—. Jana, ¿dónde estás? ¿Adónde has ido?

Donde antes se encontraba el televisor ya no había más que un armazón vacío y un mar de fragmentos de vidrio en el suelo. Ni rastro de la silueta de la muchacha...

Álex, aturdido, se agachó a recoger uno de los pedazos de cristal. Solo cuando lo tuvo en sus manos se dio cuenta de que no era realmente un cristal ni un trozo de espejo, sino una pluma.

Era una pluma blanca, resplandeciente. Y había muchas más por todas partes. Como si los restos del televisor roto se hubiesen transformado por arte de magia en la estela de plumas de ángel.

Solo que Argo no era un ángel. Quizá creyó serlo alguna vez, pero no lo era. Tal vez su problema fuese lo mucho que había deseado serlo, lo difícil que le resultaba aceptar que sus alas nunca habían sido más que un disfraz y que, a pesar de sus poderes y de los cientos de años que había vivido, jamás había dejado de ser humano.

CAPÍTULO 2

Álex alzó lentamente la vista. Argo estaba flotando en la penumbra, sus inmensas alas más deslumbrantes aún que la primera vez que Álex las vio, justo antes de su enfrentamiento en la Caverna. Entre sus plumas blancas y doradas podían distinguirse cientos de ojos de iris tan azules y transparentes como lagos. La muerte le había devuelto a Argo su antigua juventud, incluso su vigor y su magia... ¿Cómo era posible?

El rostro del guardián era el de un muchacho apuesto y orgulloso. El batir elegante y regular de sus alas lo mantenía suspendido sobre Álex y Erik, envuelto en un viento que agitaba sus cabellos rubios.

—¿Qué... qué le has hecho a Jana? —preguntó Álex alzando la voz lo suficiente como para que Argo pudiera oírle.

—¿Jana? Jana es mi prisionera. Aquí todo es diferente, Álex. Lo que en el mundo de los vivos constituía vuestra fuerza, aquí es tan solo debilidad.

—No lo entiendo —Álex miró a Erik—. ¿Por qué ha aumentado su poder? ¿Por qué no parece una sombra, como todos los demás?

—El odio —contestó Argo, sonriendo—. Tengo mucho odio dentro, Álex, y eso me impide olvidar. Solo las grandes pasiones ayudan cuando se trata de luchar contra el olvido. Quizá te sorprenda descubrirlo, pero el amor que os une a ti y a Jana no es tan fuerte como el odio que yo siento por vosotros.

—¿Esas son las mentiras que te cuentas a ti mismo para justificarte? —Intervino Erik—. Ese no es el motivo de que hayas recuperado tu fuerza, Argo. ¿Quieres saber cuál es el verdadero motivo? ¿Quieres saber por qué la muerte te ha sentado tan bien? Yo te lo diré: porque hace mucho tiempo que estás muerto... Muerto por dentro.

—¿Sí? —Argo se echó a reír cínicamente—. ¿Tú crees?

—El sufrimiento viene de la adaptación a esta nueva existencia. A este mundo sin tiempo... Pero eso no le afecta a alguien como tú, que había perdido hace siglos la capacidad de cambiar con el tiempo, de evolucionar. Por eso te sientes tan bien aquí... Por eso has podido vencer a Jana.

Argo batió las alas mientras extendía los brazos en forma de cruz. Tal vez intentaba parecer aún más grande e imponente de lo que era.

—Quizá tengas razón, hijo de Óber. La muerte es más dura para vosotros porque estabais muy anclados a la vida. Llenos de proyectos, de esperanzas... Pero no os preocupéis; este lugar os cambiará. Ahora os sentís casi como cuando estabais fuera, pero eso no durará mucho. Empezaréis a olvidar, y cada recuerdo que perdáis os acercará más al mundo de las sombras. Al final, ni siquiera seréis capaces de recordar vuestros nombres. Y entonces, es posible que dejéis de sufrir.

—No... no es justo —balbuceó Álex—. No tiene ningún sentido. Que un espíritu

como el tuyo sea más fuerte que un espíritu como el de Jana...

—Es más fuerte porque está vacío, Álex —dijo Erik, desafiando a Argo con los ojos—. No tiene nada dentro... No le queda nada que perder.

—Es posible, pero me quedan algunas batallas que ganar. La venganza, muchachos. He esperado durante mucho tiempo este momento...

—¿No te parece suficiente venganza habernos arrastrado a todos a la muerte? —preguntó Álex.

Argo frunció el ceño, y la expresión de su rostro se oscureció bruscamente.

—No, no es suficiente dijo. Necesito algo más para que mi venganza sea completa: no voy a permitir que tú y Jana estéis juntos; al menos, mientras uno de los dos recuerde los sentimientos que os unieron.

Erik sonrió, incrédulo.

—Es una venganza pueril —murmuró, contemplando a Argo con asombro—. ¿De verdad no te queda nada mejor en lo que emplear tus energías?

—Deshacer cada uno de vuestros planes; todo aquello por lo que habéis luchado, cada pequeña cosa que hayáis construido, tanto en este mundo como en el otro: eso es lo que deseo. Y lo deseo con tanta fuerza, que ese deseo me ha devuelto la juventud. Miradme...

—No eres joven realmente, Argo —dijo Erik—. Y tampoco eres un ángel. No eres más que un muerto... Una sombra grotescamente disfrazada.

—¿Y qué eres tú, Erik? —El tono de Argo se había vuelto vibrante, amenazador—. ¿Qué eres tú, si puede saberse? Has podido regresar a la vida, pero te ha dado miedo. Prefieres dejarlo todo en manos de ese usurpador que se hace llamar por tu nombre. Sí, como ves estoy bien informado. No te importa nada el destino de tu pueblo; prefieres esconderte aquí y no tener que enfrentarte a la realidad. No eres quién para darme lecciones...

—Devuélvenos a Jana —fue la seca respuesta de Erik.

Argo miró primero al joven *Drakul* y luego a su amigo. Álex logró sostenerle la mirada unos instantes, hasta que los ojos empezaron a quemarle como si alguien les estuviese aplicando un hierro al rojo vivo, obligándole a apartarlos.

Las rodillas se le doblaron por efecto del dolor insoportable. Instintivamente, se cubrió los ojos con las manos, como si eso pudiera protegerle. Pero el dolor seguía ahí... devorando el interior de sus párpados como una llama.

—¿Qué... qué es esto? —balbuceó—. Basta, por favor, basta...

Ni siquiera sabía muy bien lo que decía. En lo único que podía pensar era en aquella quemazón que le destrozaba los ojos por dentro. Debía de estar quedándose ciego; sí, no existía otra explicación...

Un gemido de Erik le hizo comprender que a su amigo le estaba pasando lo mismo que a él.

—No voy a devolverles a Jana —oyeron decir a Argo—. Se quedará conmigo hasta que el olvido consuma su alma, hasta que se convierta en una sombra extraviada, como todas las que andan por aquí. Cuando eso ocurra, la dejaré marchar. Que vaya a donde quiera... Si lo desea, puede salir incluso al mundo de los vivos y rondar sus casas como un fantasma. Sí; eso sería divertido.

—No vas a poder —logró articular Álex—. No vamos a... a permitirte...

—Vamos, chico: mírate. No estás en condiciones de decirme lo que debo o no debo hacer. Porque una vez me vencisteis, llegasteis a creeros superiores. Pero aquí, como veis, todo se equilibra, y gana el que más ardientemente desea ganar.

—Ganar no es esto —murmuró Erik—. Por mucho daño que nos hagas, no te sentirás mejor, Argo. Seguirás igual de derrotado... de vacío.

Álex notó una nueva punzada de dolor en la nuca. Se atrevió a alzar los ojos hacia Argo. De su silueta flotante irradiaba una luz que hería la vista con su blancura.

Tuvo que cerrar los párpados de nuevo para protegerse de aquel resplandor que lo cegaba. Aun así, siguió luchando contra sus propios músculos paralizados y, al final, logró ponerse en pie. Avanzó desorientado hacia el lugar donde poco antes estaba el televisor en el que había visto a Jana. Palpó el aire con las manos extendidas, buscando algo que ni él mismo sabía qué era...

Un latigazo invisible le golpeó ambos brazos, arrancándole un grito.

Entonces, sin saber por qué, le entraron ganas de llorar. Se sintió como cuando era pequeño y algún compañero de clase le quitaba el sitio en la fila, o le arrancaba la pegatina más bonita un segundo después de que su maestra se la diese. Aquellas pequeñas injusticias le dejaban destrozado, no porque le importasen mucho el sitio en la fila o la pegatina, sino por lo que significaban: y lo que significaban era que no servía de nada esforzarse en hacer las cosas bien o en ser buen compañero. Los que se salían con la suya eran siempre los peores...

Con el tiempo, había llegado a convencerse de que controlaba mejor las situaciones. Ya nadie se atrevía a intentar quitarle el sitio, nadie le postergaba ni se burlaba cara a cara de él. Solo ahora se daba cuenta de que aquella sensación de control no había sido nada más que un espejismo. Nunca había llegado a controlar nada. Sus victorias habían sido pasajeras... Y de pronto, sin saber muy bien cómo, se encontraba más allá de las puertas de la muerte, atrapado en una eternidad en la que ya no tenía sentido esperar a que las cosas mejoraran, porque el tiempo no existía. Y en ese reino de la muerte, los tipos como Argo eran los que llevaban todas las de ganar. Seguía habiendo injusticia, seguía habiendo dolor.

Lo peor era que, esta vez, no podía escapar mirando hacia delante, hacia el futuro...

Ya no le quedaba ningún futuro hacia el que mirar.

Estaba en el suelo hecho un ovillo, con los ojos cerrados, consumido por el dolor

en las pupilas, en los brazos, y no podía pensar más que en todo el tiempo que había perdido intentando convencerse de que lo que hacía era importante, en todo el tiempo que no había pasado con Jana, y en las cosas que ya nunca podrían vivir juntos. Nunca podrían ser una pareja normal, quedar por las tardes para estudiar y luego salir a tomar algo, invitarse el uno al otro a comer a su casa los fines de semana, o planear unas románticas vacaciones en París. No podrían hacerse regalos por su aniversario, ni salir a cenar, ni comprar palomitas justo antes de ver una película en el cine...

Su relación nunca había sido tranquila. Desde el principio, los dos tenían demasiadas cargas, demasiadas cosas que decidir. Aunque, por edad, deberían de haber tenido la oportunidad de disfrutar un poco de la vida, a los dos, por diferentes motivos, les habían obligado a asumir demasiadas responsabilidades desde muy jóvenes. Así que siempre estaban dejando «lo suyo» para más adelante, para cuando los problemas se fuesen solucionando...

Y ahora estaban allí, muertos, separados para toda la eternidad por el odio de Argo. No podían dar marcha atrás. Ninguno de los problemas que tanto les habían preocupado mientras vivían se había solucionado, y lo peor era que ahora ni siquiera parecían tener importancia.

Si al menos su sacrificio hubiese servido para algo... Pero estaba claro que no era así. Los dos, y también Erik, habían luchado contra todo lo que representaba Argo: el orgullo, el egoísmo, la ambición desmedida... Y, al final, ¿quién había ganado? Argo.

Era tan ridículo que, a pesar de sus lágrimas, Álex sintió ganas de echarse a reír.

Tenía una mejilla apoyada contra el suelo. En la otra, notó la caricia de un viento que no podía soplar en el interior de una habitación. Abrió los ojos y se encontró con que ya no tenía un techo sobre su cabeza. En lugar de eso, él y Erik formaban dos bultos encogidos en medio de una penumbra uniforme... Argo seguía flotando sobre ellos, pero ahora se encontraba más lejos, suspendido a una altura inalcanzable.

—Habéis tardado muy poco en rendiros —dijo—. La verdad, esperaba una batalla más igualada... sobre todo teniendo en cuenta que sois dos contra uno.

Álex buscó la mirada de Erik, pero su amigo tenía los ojos cerrados y parecía haber perdido el conocimiento. Tal vez dormía... En sus labios se dibujaba una apacible sonrisa.

—Miraos ahora. Ni siquiera sois capaces de levantaros para plantarme cara —la voz de Argo sonaba exultante, hinchada de orgullo—. Seguramente ya no volveréis a levantaros nunca. Empezaréis a olvidar. Ya habéis empezado...

Álex habría querido gritarle que no, que aún no había ganado aquel combate, pero no tenía fuerzas.

Quizá fuese cierto que ya había comenzado a olvidar. Había olvidado cómo sobreponerse a su desánimo, cómo luchar cuando ya todo parecía perdido.

—No están solos, Argo —dijo una voz desconocida detrás del guardián—. Yo

estoy con ellos.

Álex, sobresaltado, trató de incorporarse para descubrir a quién pertenecía aquella voz, pero no lo consiguió a la primera. Las piernas, sencillamente, no le obedecían. Y, cuando abrió los ojos, al principio no pudo distinguir nada aparte de la claridad maligna que emanaba de las alas de Argo.

Pero luego vio algo más.

Había un hombre en medio de la oscuridad, más allá de Argo. Llevaba puesta una túnica negra, y en su cabeza no había ni un solo cabello. Sus ojos eran el rasgo más destacable de su rostro: unos ojos verdes, limpios y llenos de compasión.

—Qué poco has entendido sobre este lugar —dijo el hombre, mirando a Argo sin dejarse intimidar por el batir furioso de sus alas—. Aquí, una victoria puntual no cuenta. Lo difícil no es vencer, sino resistir.

El resplandor de las alas de Argo se había transformado en un brillo más tenue y ceniciento. Álex se atrevió por fin a mirarle a la cara: parecía perplejo, demudado.

Era evidente que conocía bien a aquel hombre que le estaba hablando... y también que le temía.

—Esta no es tu lucha, Arawn —murmuró—. Tienes que mantenerte al margen.

—Te equivocas, como de costumbre. Esta sí es mi lucha.

—¿Ahora resulta que estás con los *Medu*? —Argo rio sin ganas—. El primer guardián, el que nos inspiró a todos, quiere ayudar a los que nos destruyeron.

—Lo malo de la muerte es que, cuando caes en sus garras, por lo general quedas atrapado en una eterna repetición de pensamientos y obsesiones —dijo Arawn—. No puedes evolucionar, no puedes cambiar... Pero a mí se me ha concedido el raro privilegio de saltarme esa regla. Como sabes, intenté leer el Libro de la Creación. No fue mucho lo que leí, pero sí lo suficiente como para transformarme por completo. Ahora soy otra persona...

—Sí; ahora eres un muerto estúpido y confuso que intenta encontrarle un sentido a esta existencia, en lugar de aceptar que no lo tiene.

—Arawn —murmuró Erik desde el suelo—. El primero de los guardianes...

—Sí; yo empecé todo esto —a pesar de la distancia, Arawn había oído perfectamente el murmullo de Erik—. Y yo voy a ayudarlos a que termine. Deja a los chicos, Argo. Deja a la muchacha en paz. Ya has hecho suficiente daño... Ellos aún tienen cosas que hacer en el mundo de los vivos.

—No. No van a regresar. Voy a destruirlos. Ya he empezado a hacerlo...

—No puedes destruirlos, Argo —dijo Arawn suavemente—. No eres tan poderoso.

—¿No? ¿Tú crees?

De las puntas de los dedos de Argo brotaron haces de rayos que se proyectaron en todas direcciones.

Álex fue alcanzado por uno de ellos. Notó la quemadura en el pecho, un ardor insoportable en su interior, y casi se alegró de que todo fuese a terminar así, de escapar definitivamente de Argo a través de aquella nueva y definitiva herida.

Sin embargo, la herida no era más que un símbolo. Un espejismo... como todo lo demás que le estaba sucediendo.

Comprendió en ese instante que todo lo que había vivido desde el momento en que cruzó la Puerta de Plata no había sido más que una gran mascarada. No había ninguna ciudad polvorienta, ni calles circulares, ni coches que daban vueltas eternamente alrededor de una misma manzana. El piso al que había subido con Erik no existía, y tampoco existía el televisor en el que había visto atrapada a Jana.

Todo eran símbolos; nada más que símbolos...

Estaban allí porque tenían un significado para él. Argo los manejaba a voluntad, confundiendo su mente y la de Erik. Pero ni siquiera el dolor que les había infligido era real. Les había hecho creer que lo era... a eso se reducía todo.

Se puso en pie, y, curiosamente, esta vez no le costó el menor esfuerzo. Observó fascinado cómo Argo se lanzaba sobre Arawn y cómo el primer guardián lo detenía con un gesto de su mano, dejándolo inmovilizado en el aire. Otro símbolo más...

Argo tardó unos instantes en reaccionar. Finalmente, cuando logró sobreponerse a la parálisis que se había apoderado de él, se lanzó sobre Arawn con las piernas por delante, dispuesto a derribarlo de una patada en la cabeza. Pero Arawn fue más rápido que él: un segundo antes de que los pies de Argo contactaran con su rostro, dio una voltereta en el aire y, ejecutando un salto imposible, cayó a la espalda del guardián alado.

Argo se giró rápidamente, emitió algunos rayos más, remontó el vuelo. Luego empezó a moverse como si esquivara flechas invisibles.

Erik, que también había logrado levantarse, parecía haber llegado a la misma conclusión que Álex.

—Si nosotros nos fortalecemos, él se debilita —dijo—. Es solo una cuestión de fe.

—Y de valor —apuntó Álex—. De atreverse a creer en uno mismo...

Argo empezaba a batirse en retirada. Álex y Erik lo miraban con fijeza, serenos, proyectando toda la fuerza de sus pensamientos sobre él. No necesitaban engañar a su enemigo concentrándose para que pareciese que sus dedos emitían rayos o que podían volar. Bastaba con que lo mirasen... con que él se diese cuenta de que ya no tenían miedo, de que habían recobrado la confianza en sus propias fuerzas.

Arawn, como un antiguo guerrero oriental, perseguía metódicamente a su enemigo, lo desorientaba con sus imposibles saltos y sus cambios de posición. La espada que blandía (tan ilusoria, probablemente, como todo lo demás) alcanzó a Argo por dos veces, una en el pecho y otra en el costado. Álex creyó ver una mancha de

sangre que crecía y se extendía sobre su túnica.

Sin embargo, Argo ya estaba muerto. No podía tratarse de verdadera sangre.

Era su confianza lo que estaba perdiendo. Aquel líquido viscoso, rojo y brillante, era su confianza.

Pero Argo no era de los que se rinden fácilmente. Comprendiendo que, en aquel combate simbólico, Arawn llevaba todas las de ganar, remontó el vuelo y se dirigió agitando febrilmente las alas hacia la Puerta de Plata.

Al otro lado no sería más que una sombra, una forma incompleta de existencia.

Sería un fantasma...

Seguramente prefería eso al mortal sufrimiento de verse derrotado por su más antiguo amigo.

Álex buscó con la mirada al primer guardián, pero no lo encontró. Parecía haber desaparecido en el mismo momento en el que Argo atravesó el umbral de la Puerta de Plata. O quizá no había estado allí nunca...

Quizá su figura era un símbolo más que Erik o él, con sus pensamientos, habían introducido en la representación, y que había terminado desequilibrando la balanza.

CAPÍTULO 3

Álex escudriñó la oscuridad que le rodeaba, en la que apenas lograba distinguir la silueta de Erik.

—¿A dónde ha ido Arawn? —preguntó.

—No lo sé —repuso su amigo en voz baja—. Ni siquiera estoy seguro de que haya estado realmente aquí.

—Pero lo hemos visto los dos. No puede haber sido una ilusión...

—Lo que hemos visto era una representación, un símbolo. De alguna forma que no sabría explicar, el espíritu de Arawn nos ha ayudado a ganar esta batalla... Pero el resultado casi me asusta tanto como una derrota.

Álex buscó la mirada de su amigo acercándose a él.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos azules de Erik brillaban como lámparas en la penumbra de aquella noche interminable en la que se encontraban sumergidos.

—Argo ha atravesado la Puerta de Plata. Para huir de nosotros, se ha refugiado en el mundo de los vivos —explicó—. Y eso solo complica las cosas...

—¿Qué cosas?

Erik suspiró.

—Quiero cerrar esa puerta, Álex, ya te lo he dicho. Quiero cerrarla y retener toda la magia de este lado, para impedir que esos espectros que se escapan sigan haciendo daño ahí fuera. Pero con Argo al otro lado, me resultará mucho más difícil hacerlo. Trataré de impedírmelo... Si une sus fuerzas a las de los Olvidados no tendré ninguna oportunidad de vencerles.

Avanzaron unos pasos en la oscuridad. Ya no estaban dentro de un edificio, sino al aire libre, envueltos en una neblina de plomo que amortiguaba sus voces, y que parecía aislarlos del resto del universo.

Hacía frío, un frío húmedo y desapacible. Probablemente se tratase de un frío interior, provocado por la separación del mundo de los vivos. Y no existía ninguna forma de protegerse de él...

Oyó la voz de Jana antes de distinguir su silueta en la opaca bruma que los rodeaba.

—¿Estáis ahí? —preguntó—. Por favor...

—¡Jana!

Álex echó a correr en la dirección de la que procedía la voz. A medida que corría, la bruma se iba deshaciendo en jirones oscuros, y de ella brotaban nuevamente fragmentos de un paisaje desierto, aunque ya no se trataba de una ciudad, como antes, sino de una especie de bosque invernal formado por altos árboles de ramas desnudas.

Casi tropezó con el cuerpo frágil y tembloroso de Jana. Se abrazaron. No quería

soltarla, le daba igual cuanto tiempo transcurriese. Entre sus brazos podía sentir su cuerpo rígido, helado, como si hubiese permanecido muchas horas caminando sin abrigo en medio de una tormenta de nieve.

—No podremos salir de aquí —susurró Jana, ahogando un sollozo—. Es el final de todo...

—Sí podemos. —Álex separó un poco su rostro del de ella para mirarla a los ojos—. Corvino me lo explicó: este lugar, toda esta muerte se ha metido dentro de nosotros. Pero podemos echarla. Podemos salir. Basta con tener una confianza ciega, con combatir ese impulso de dejar de luchar. Corvino me lo dijo...

—Me da miedo hacerme ilusiones, Álex. No sé cuánto tiempo llevo aquí atrapada, pero ha sido demasiado. Esto no es ninguna visión, no es algo que esté dentro de mi mente. Es real...

—Pero no es tan real como la vida. Créeme.

Se dio cuenta de que Jana apartaba los ojos de su rostro y los clavaba en algún punto por detrás de él.

Comprendió que acababa de descubrir a Erik.

—Erik; gracias —murmuró—. Me habéis salvado otra vez; los dos...

—Tenéis que iros —dijo Erik, sombrío—. Ahora que Argo está ahí fuera, no puedo seguir esperando el momento idóneo. Tengo que cerrar la Puerta de Plata cuanto antes.

—¿Y cómo vas a asegurarte de atraer antes toda la magia hacia aquí? —Preguntó Álex—. Ellos, los fantasmas de fuera, son muchísimos. Casi un ejército. Y tú estás solo...

—Te olvidas de un pequeño detalle: soy Erik, el hijo mayor de Óber, el último heredero del linaje real de los *Drakul*. Eso tiene que significar algo...

—¿Qué podemos hacer para ayudarte? —preguntó Jana.

Erik meneó la cabeza, inseguro.

—No lo sé. Tal vez podáis hacer algo desde fuera —dijo—. Luchad contra ellos si veis que se agolpan a las puertas cuando estén a punto de cerrarse. Y si no lo consigo... Bueno, tal vez más adelante podríais volver a intentarlo.

—Podríamos hacer más desde dentro —murmuró Álex—. Quedándonos contigo...

—No —Erik sonrió, pero su tono había sido tajante—. Lo siento, no voy a consentirlo. Esa puerta va a quedar cerrada para siempre, ¿entendéis? Significa que ya no habrá un lugar de paso mágico entre el mundo de los vivos y el de los muertos. La única forma de entrar aquí será muriendo de verdad. Y en cuanto a salir... Bueno, nadie podrá hacerlo.

Caminaron en medio de la niebla durante un buen rato, callados. Álex sabía que se dirigían hacia la Puerta de Plata, aunque aún no podía distinguir sus contornos.

—Ven con nosotros —dijo Jana de pronto—. Erik, lucharemos mejor del otro lado. Este lugar me da miedo, aquí nada depende de nuestra voluntad. Conseguiremos vencerlos ahí fuera y devolverlos al lugar del que nunca debieron salir. En el mundo de los vivos tendremos más oportunidades...

—Te olvidas de un pequeño detalle, Jana: ya no pertenezco al mundo de los vivos.

—Estabas fuera de los dos mundos, en un lugar intermedio, pero al final has tenido que abandonarlo —intervino Álex—. Este no es tu lugar, Erik. No deberías estar aquí. Jana tiene razón, ¿por qué no vienes con nosotros?

Bajo las alargadas sombras de los árboles invernales, le pareció que Erik temblaba ligeramente.

—Vosotros acabáis de abandonar la vida. Yo llevo muchos meses muerto. He cambiado —murmuró Erik con tristeza—. Ya no recuerdo bien cómo era el mundo ahí fuera. Me he acostumbrado a esta ausencia de sensaciones, de dolor... Quedarme de este lado no es un sacrificio para mí, os lo aseguro. El sacrificio sería salir ahí fuera.

—Pues sacrificate —exigió Jana con suavidad—. Piensa en tu hermano, en la carga que va a tener que soportar. Está ocupando tu lugar, y es muy joven. No está preparado.

—Además, en cualquier momento podrían descubrir su engaño —añadió Álex—. Piensa en lo que le harían los *Drakul* si supiesen quién es en realidad. Creerían que todo lo que ha hecho ha sido por orden de los *Íridos*. Se desataría una guerra entre clanes.

—Edgar es muy inteligente; se las arreglará sin mí. Además, si yo me fuera, ¿quién se ocuparía de cerrar las puertas y de mantener la magia aquí encerrada? Creéis que lo que me propongo es una locura, pero lo he pensado mucho y sé que es lo único que puede salvar lo poco que queda de la tradición *Medu*. Con la magia en poder de los espectros, y estos campando a sus anchas en el mundo de los vivos, ¿cuánto tiempo creéis que tardarán los humanos corrientes en echarnos a nosotros la culpa? Habrá persecuciones, pero, esta vez, los nuestros no tendrán ningún arma con la que defenderse. Su magia ya no es suficiente... Creedme, hay que cerrar esa puerta.

La mano de Erik señaló hacia delante, y al seguir la dirección de su mirada Álex comprobó que, efectivamente, la Puerta de Plata volvía a ser visible. Desde ese lado, su aspecto era muy distinto al que tenía del lado de la vida; parecía una especie de negativo fotográfico... porque la puerta formaba una gran abertura negra en forma de arco ojival en medio de un altísimo muro de plata.

—¿Y Dora? —preguntó, mirando a su amigo.

Las pupilas de Erik, que seguían fijas en aquel muro, se contrajeron levemente.

—¿Qué pasa con Dora? —dijo en tono evasivo.

—Está claro que siente algo por ti. Quería entrar, encontrarse otra vez contigo. Es alguien muy especial, Erik.

Erik tardó en contestar unos segundos.

—Lo sé —murmuró finalmente—. Pensé que devolverle la vida era lo mejor que podía hacer por ella. Si las cosas hubiesen sido distintas... Ojalá la hubiese conocido antes.

—Todavía no es tarde —dijo Jana—. Aún podéis vivir muchas cosas juntos.

—Jana tiene razón, Erik. —Álex puso una mano sobre el hombro derecho de su amigo—. Ven con nosotros...

Erik se volvió hacia él con expresión cansada.

—No. Lo siento, Álex. Lo siento por Dora, por vosotros, por mi hermano... pero no puedo volver. Cerrar esa puerta es de vital importancia. Es el mayor reto al que me he enfrentado nunca. Y no puedo rehuirlo, ¿entendéis? Es mi deber, y solo yo puedo hacerlo.

—Pero tú solo... —Álex meneó la cabeza, desalentado—. No lo conseguirás.

—Es probable que no. De todas formas, alguien debe intentarlo.

Los ojos de Álex se encontraron con los del joven *Drakul*, que estaban empañados de lágrimas. Recordó el instante en que Erik se había lanzado a salvarlo en la Caverna, justo a tiempo para impedir el sacrificio de Jana. Y también recordó el respetuoso silencio que guardaban los jefes de los clanes el día de sus funerales...

Aunque Erik decidiese no regresar nunca al mundo de los vivos, su leyenda nunca moriría.

Sin embargo, debajo de esa leyenda seguía estando su viejo amigo de la infancia; aquel chico alto, seguro de sí mismo y protector con los más débiles. Erik, que había intentado animarlo cuando perdió a su padre; que había vigilado de cerca sus pasos cuando todos temían que llegase a convertirse en el último guardián; que había seguido creyendo en él incluso cuando todos los demás dudaban...

Una idea terrible comenzó a abrirse paso en su interior, y supo que no sería capaz de ignorarla: acababa de darse cuenta de que no podía abandonar una vez más a Erik. Ya le había dado la espalda antes, y era algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida.

No podía caer otra vez en el mismo error... Si dejaba a Erik allí solo, nunca se lo perdonaría a sí mismo.

Debía quedarse con él... No tenía otra alternativa.

Pero ¿y Jana? Se había quedado un poco por detrás de ellos dos, con la mirada perdida, balanceándose de un modo extraño mientras cambiaba el peso de una pierna a la otra una y otra vez.

Álex sintió que algo se le rompía por dentro al verla así, tan frágil, tan vulnerable.

Él había cambiado su vida para siempre, le había hecho perder su prestigio dentro del clan de los *Agmar*, y la confianza de la mayor parte de los *Medu*. Había pagado un alto precio por su relación... Pero no se quejaba. Siempre intentaba parecer más fuerte de lo que realmente era. Y ahora estaba muy cerca de él, destrozada por todo el horror que acababa de vivir, y llena de ganas de abandonar aquel lugar siniestro y desolado. Le preocupaba Erik, desde luego; ella también le tenía cariño... Pero si algo tenía claro Álex era que no pensaba incluirla en su sacrificio. Jana tenía que vivir; tenía que cruzar aquellas puertas antes de que se cerrasen y disfrutar de todo lo bueno que podía ofrecer el mundo al otro lado.

La muchacha captó su mirada triste sobre ella y le sonrió. Álex tuvo que hacer un gran esfuerzo para devolverle la sonrisa. Enseguida apartó la mirada; no podía arriesgarse a que Jana adivinase lo que estaba pensando. Porque si lo adivinaba se empeñaría en quedarse ella también, y no iba a consentirlo...

En realidad, necesitaba que se fuera para tener una buena razón por la que quedarse con Erik. Saber que Jana estaba viva, intentando reconstruir su mundo al otro lado del muro, le daría fuerzas para hacer lo que tenía que hacer. Lo haría no solo por su hermana, por su madre, por toda la gente que apreciaba y que se veía amenazada por los desequilibrios que él y Jana habían provocado; lo haría también por ella.

—Vamos —dijo sin volverse a mirarla—. Si Erik no va a venir, será mejor que crucemos esa puerta cuanto antes.

—Es cierto, no hay tiempo que perder —le apoyó Erik—. Cada segundo cuenta...

Su amigo, era evidente, no tenía ni la menor idea de lo que se proponía hacer. Mejor así; los mantendría engañados a los dos hasta el último momento.

Caminaron lentamente hacia el arco oscuro que los miraba como un ojo gigantesco desde el muro de plata. Cada paso que daban les costaba un esfuerzo mayor, aunque Álex no habría sabido explicar por qué.

Después de unos minutos lo entendió. La resistencia a avanzar era algo que estaba dentro de ellos, tal y como le había advertido Corvino. Todo ocurría dentro de su mente. Estaba muy cansado, mortalmente cansado de luchar día a día para seguir sobreviviendo. Allí, al menos, no se sentía amenazado. Sabía que podría acostumbrarse fácilmente a aquella paz. No le preocupaban aquellas sensaciones, porque había tomado la decisión de quedarse mucho antes de acercarse a la puerta; pero sí le inquietaban por Jana. ¿Y si ella estaba sintiendo lo mismo? ¿Y si se dejaba arrastrar por aquellos sentimientos y, en el último momento, no encontraba en su interior la energía necesaria para salir?

Estaban ya muy cerca de la Puerta de Plata. Lo que se veía al otro lado era una especie de torbellino gris y amenazador. En cambio, allí dentro todo era calma. Le venían a la mente imágenes de cuando era pequeño, recuerdos muy lejanos. Como

aquel día con su padre, aprendiendo una apertura de ajedrez. O la tarde en la que fue con toda su familia al cine, a ver una película de animación, y su hermana pequeña lloraba porque uno de los personajes le daba miedo...

En el mismo instante, le pareció captar un intenso olor a palomitas de maíz. ¿A qué venía todo aquello? ¿Qué le estaba haciendo aquel lugar a su pensamiento? Era como si intentase atraparlo en un círculo interminable de recuerdos.

—No os dejéis envolver. —No son más que sensaciones oyó que decía Erik—. Vamos, tenéis que atravesar... ¡Ahora!

Jana le cogió de la mano.

—Vamos, Álex —dijo—. Ahora o nunca...

Él no retiró la mano de entre sus dedos. Ella habría notado que algo no iba bien; así que dejó que lo condujese hasta el umbral mismo de la puerta, e incluso un par de pasos más allá.

Entonces, cuando ya podían ver la luz del amanecer al otro lado, la soltó.

—¿Qué pasa, Álex? —Jana le estaba mirando. Un viento furioso y desordenado agitaba el cabello y las ropas de los dos. En la expresión de Jana no había verdadera alarma.

—Sigue tú. Necesito decirle a Erik una última cosa. Sigue, no podemos quedarnos aquí, el viento nos matará. Ahora vuelvo...

Lo último que vio antes de darle la espalda fue su mirada perpleja, su cara de no saber qué hacer.

Temió que no le hiciera caso, que se quedase allí plantada, esperándole; o, peor aún, que lo siguiese...

Pero ella no querría parecer preocupada. No querría que Álex pensase que desconfiaba de él, y por eso haría lo que él le había dicho. Álex apretó los párpados hasta que su campo visual se llenó de estrellas blancas, notó el golpeteo doloroso del corazón dentro de su pecho, y mientras desandaba el camino que lo separaba de Erik, suplicó interiormente que Jana hubiese decidido seguir sus instrucciones. Que hubiese atravesado la puerta...

Tenía que saberlo. Así que, cuando se encontró a una distancia prudencial del enorme arco negro, volvió la vista atrás.

El arco estaba desierto, y se abría ante él enorme y amenazador como la boca de un monstruo. No se veía a Jana por ninguna parte... Había desaparecido.

CAPÍTULO 4

¡Por fin la luz!

Jana, sonriendo, echó la cabeza hacia atrás y dejó que los tibios rayos del amanecer bañasen su rostro. No sabía de dónde procedía aquella claridad, pero le daba igual: era tan parecida al sol, que le recordaba su casa en la Antigua Colonia, el jardín bañado en la luz otoñal que se filtraba también a través de las ventanas de la cocina...

¡Qué diferente de la oscuridad irreal del otro lado de la puerta! Allí, todo parecía disolverse continuamente en las sombras para volver a recomponerse unos instantes después. No había continuidad entre cada momento y el siguiente. Era como para volverse loco...

Pero todo eso, por fortuna, había quedado atrás. ¡Volvía a estar viva!

—Álex —murmuró sin dejar de sonreír—. Por favor, no tardes...

Pensó con una punzada de tristeza en Erik. Pero allí, bajo aquella luz, podía comprender mejor que nunca el motivo de su sacrificio. Lo que Erik iba a hacer mantendría los dos mundos separados, y eso era algo que, después de haber visto lo que ella había visto en las últimas horas, nunca podría agradecerle lo suficiente.

Miró a su alrededor, cansada de esperar. Los muros que rodeaban la puerta eran altos y negros; la abertura, dentro del aro, plateada... No se veía ni rastro de Álex. Descubrió una figura delgada sentada a cierta distancia de la puerta, bajo lo que parecía un árbol desnudo. Se encaminó hacia ella con curiosidad, y no necesitó avanzar mucho para reconocerla. Era Dora.

—Jana —dijo la muchacha, reconociéndola a su vez—. ¿Vienes sola?

Mientras hacía la pregunta, Dora dejó vagar la mirada por encima del hombro de Jana, en dirección a la puerta.

—Lo siento, Dora. Supongo que esperabas que Erik...

Dora clavó la vista en el suelo y meneó lentamente la cabeza.

—No sé —murmuró—. No sé qué esperaba, en realidad.

—¿David también está aquí? Creo que Álex dijo...

—Álex le dijo que fuese a avisar a los guardianes, y es lo que tu hermano ha hecho. Me prometió que regresaría.

—¿Por qué no te fuiste con él? —preguntó Jana, perpleja.

—Supongo que pensé que quizá Erik... Fue una tontería por mi parte. Él sabía desde el principio lo que quería hacer. Pero si él no sale... Bueno, he pensado que tal vez yo pueda entrar.

—No lo hagas, Dora. Erik no querría eso.

—¿Tú crees que él...?

Dora no supo cómo terminar de formular su pregunta.

—Hazme caso. Él sufriría mucho si tú hicieses ese sacrificio por él.

Dora miró de nuevo hacia la puerta.

—¿Y Álex? —preguntó—. Se ha arriesgado mucho para sacarte de ahí. ¿Dónde está? Espero que no le haya pasado nada...

Solo en ese momento se dio cuenta Jana de que había transcurrido ya demasiado tiempo desde que se habían separado. Fuese lo que fuese lo que le tenía que preguntar a Erik, no tenía sentido que aquella conversación de última hora se prolongase tanto rato.

Erik estaba ansioso por comenzar su combate contra las fuerzas de la muerte; no tenía tiempo para charlas.

Pensándolo bien, lo que había hecho Álex no tenía mucho sentido. ¿Qué podía tener que decirle a Erik que fuera tan importante como para obligarle a darse la vuelta justo en el último momento, cuando ya estaban a punto de cruzar el umbral? Llegar hasta allí había sido muy duro: habían tenido que luchar contra sí mismos, porque algo en su interior intentaba retenerlos al otro lado del muro; una especie de desánimo absoluto, de falta de fe. Y, aun así, no habían cedido... Ella, al menos, no.

Pero ¿y Álex?

No podía haber perdido esa batalla. Se había enfrentado a otros combates internos mucho peores, y Jana sabía que la voluntad de Álex no era menos fuerte que la suya.

No, Álex no se habría dejado arrastrar por aquellos pensamientos lúgubres de última hora, por aquellas sensaciones negativas...

Se había quedado al otro lado porque así lo había decidido.

Entonces lo entendió, y dejó escapar un gemido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dora, alarmada.

Jana la miró con ojos espantados.

—No va a salir —contestó con una voz apenas audible—. Ha elegido quedarse... No ha querido dejar solo a Erik.

—Pareces enferma, Jana; ¿qué te ocurre? Entiendo que debe de haber sido muy duro...

—No, tú no entiendes nada —replicó Jana con apasionada violencia—. He salido de ahí dentro sonriendo, ¿no me has visto? Sonriendo. Ni siquiera podía imaginarme que... ¿Por qué me ha hecho esto?

—No me digas que no... no te lo dijo...

—Venía conmigo. Se dio la vuelta en el último momento, con la excusa de que había olvidado decirle algo a Erik. Y yo, como una estúpida, le creí. ¿Cómo iba a pensar que me traicionaría de esa manera?

—No lo entiendo, Jana. ¿Por qué te engañó?

Jana miró a Dora con una sonrisa desesperada.

—Siempre pienso que esta vez va a ser diferente, pero él no cambia. No confía en

mí. Podría habérmelo dicho; me habría quedado con él...

—Eso debía de ser justamente lo que él no quería —dijo Dora, mirando con tristeza hacia la Puerta de Plata.

—Me da igual lo que él quisiera. No soy una niña; tengo derecho a tomar mis propias decisiones.

—Lo siento mucho, Jana. Aunque no lo creas, te entiendo. Yo también siento que Erik ha decidido por mí. Y no es justo.

Jana extendió una mano hacia Dora.

—Volvamos —dijo con repentina serenidad—. Volvamos a entrar, las dos juntas, si quieres... Tienes razón, no es justo que ellos decidan por nosotras.

Dora la miró con ojos asustados, pero asintió.

—Tenemos que darnos prisa —añadió Jana mirando hacia la puerta—. Si Erik consigue hacer lo que se propone, no nos queda mucho tiempo.

Comenzaron a caminar juntas hacia el muro que separaba la vida de la muerte. Jana no podía apartar los ojos de la puerta: observaba el resplandor plateado que brotaba a través del arco con la esperanza de ver recortarse en él la figura de Álex. Sin embargo, en el fondo sabía que aquella esperanza no tenía ningún fundamento. Álex no iba a salir... y, lo que era aún peor, un disco de oscuridad avanzaba sobre la luz de plata de la puerta, tragándosela progresivamente.

—Lo están haciendo —murmuró, angustiada—. Están cerrándola, Dora. Corre, debemos darnos prisa...

—No lo conseguiremos —contestó Dora, que se había quedado un poco rezagada—. ¡Mira!

Jana se volvió, y notó de inmediato que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Había un zumbido en el aire, un zumbido que se acercaba más y más, y que a medida que se acercaba parecía ir espesando la atmósfera, poblándola de insectos oscuros que volaban todos juntos en dirección a la Puerta de Plata.

Entre todos formaban una nube gigantesca que se desplazaba en el aire a gran velocidad, una nube compacta y amenazadora.

Pero no eran insectos...

Eran sombras: sombras de seres humanos que alguna vez estuvieron vivos. Aquella nube respiraba con miles de respiraciones vacías, contenía el aliento de miles de espectros. Y todos se dirigían hacia la puerta como flechas, sin vacilar ni un instante, como si estuviesen animados por una única voluntad.

Querían impedir que la puerta se cerrase... y que Erik y Álex consiguiesen su objetivo.

La nube parecía lejana al principio, pero se aproximaba con tal rapidez, que Jana y Dora no tardaron en tenerla encima.

Se agacharon instintivamente. Parecía imposible sobrevivir al paso de aquel

enjambre devastador, de modo que Jana apoyó la mejilla contra la tierra húmeda y apretó los párpados, esperando. El ruido de las sombras la ensordecía, inundando por completo sus oídos con su mezcla de chirridos graves y agudos, de vibraciones en distintas frecuencias que componían, todas juntas, la más desagradable de las músicas.

Ellas no eran el objetivo. Las sombras se dirigían como flechas hacia el alto muro de la puerta, ignorando a las dos muchachas que apretaban su cuerpo contra la tierra, aterrorizadas. Tal vez ni siquiera pudiesen detectarlas. Existían en planos diferentes...

—Tenemos que avanzar —consiguió gritar Jana en el oído de Dora—. Son demasiadas, tenemos que ayudar a Erik y a Álex...

Tenemos que entrar antes que ellas.

—Pero ¿cómo?

—Sígueme...

Jana comenzó a arrastrarse hacia la Puerta de Plata. Se daba impulso con los brazos y las piernas, y procuraba no mirar hacia arriba para no perder el poco valor que le quedaba. Dora la estaba siguiendo, y ambas sabían que cuanto menos se distrajeran observando el torbellino que había estallado sobre sus cabezas, más posibilidades tendrían de lograr lo que se proponían.

Pero se estaban agotando. Avanzar bajo aquella marea de espíritus era tan difícil como nadar en plomo líquido. Hasta el aire parecía haberse vuelto más denso, y a Jana le costaba trabajo respirar. Le dolían todos los músculos del cuerpo, y apenas habían recorrido un tercio de la distancia que las separaba del muro.

Se detuvo, se arrodilló en el suelo para descansar y miró hacia delante. Las sombras habían comenzado a golpear furiosamente la muralla. Parecía imposible que aquellos entes inmateriales pudieran destruir algo hecho de materia, pero lo estaban consiguiendo. Cada impacto producía un ruido sordo que el eco repetía una y otra vez; y pocos segundos más tarde caían al suelo algunos sillares, se derrumbaba un trozo de muro...

No podían quedarse allí impasibles mientras Álex y Erik libraban aquella batalla, así que Jana, a la desesperada, se puso en pie y echó a correr hacia la puerta tan deprisa como se lo permitían sus piernas.

Supuso que Dora la estaría siguiendo, pero no tenía tiempo para averiguarlo. Todo lo que necesitaba era llegar hasta el arco y atravesarlo. No quería seguir allí por más tiempo, en medio de aquel océano de muerte y corrupción que se extendía por todas partes a su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista.

Las sombras la ignoraron al principio, y ella también se desentendió de su avance. Sin embargo, estaban allí, mirara donde mirara. Tenían que haberlas detectado, a ella y a su compañera. Solo era cuestión de tiempo que alguna se desprendiese de la masa general para abatirse sobre las dos muchachas...

El momento llegó antes de lo que Jana había esperado. Enseguida comprendió que no se trataba de una casualidad: una de las sombras la había reconocido.

Una sombra triple.

Urd la miraba desde sus tres caras de muñeca suspendidas en el aire como linternas fantasmales. Del interior de su piel de porcelana emanaba un brillo helado, y sus ojos permanecían clavados en Jana como fríos puñales.

—Dejadme —se oyó gritar Jana—. Esto no tiene nada que ver con vosotras. Dejadme, por favor...

Las tres figuras danzaron a su alrededor sin mover un solo músculo de sus respectivos rostros. Habían formado un anillo que parecía mantener a Jana aislada del resto de las sombras... y también de Dora.

No iban a hablar. Quizá no podían, o sencillamente no querían hacerlo. Jana comprendió que no tenía sentido suplicarles o tratar de razonar con ellas.

Se quedó inmóvil como una estatua durante un tiempo que a ella le pareció una eternidad, esperando desconcertar a las sombras de Urd. Pero las sombras eran pacientes...

Cuando juzgó que había transcurrido el tiempo suficiente como para que Urd aflojase su atención, Jana, con un movimiento brusco, trató de escabullirse. Logró colarse entre dos de las sombras y avanzar unos metros. Sin embargo, ellas la seguían flotando, cada vez más difusas, contaminando el aire a su alrededor, el aire que Jana respiraba. Un aire que se había vuelto ardiente, que le quemaba los pulmones con cada nueva inspiración. Si seguía respirando aquel aire viciado, terminaría ahogándose...

No podía huir, lo que significaba que lo único que podía hacer era plantarle cara a Urd y enfrentarse a ella.

A sus labios acudieron las primeras palabras de un viejo conjuro *Agmar* contra los espectros. Mientras las pronunciaba, mantenía sus ojos clavados en una de las tres caras de Urd, proyectando sobre ella todo el poder de su mente y de las antiguas fórmulas.

Desde el aire, Urd la miraba con sus ojos brillantes como piedras preciosas. Resultaba difícil creer que en aquel rostro frío como la piedra hubiese ardido alguna vez la llama de la vida.

Parecía que el conjuro no estaba surtiendo efecto, pero Jana sabía que debía insistir. Y de pronto, cuando estaba repitiendo una de las frases del sortilegio por tercera vez, los tres rostros de porcelana que la miraban desde el aire estallaron en mil pedazos.

Había vencido una vez más a Urd...

Eso fue lo que Jana creyó al principio. Pero su alivio se transformó en terror cuando vio que los innumerables fragmentos blancos de las caras de Urd se volvían

de pronto azules y traslúcidos. Había en ellos un brillo sobrenatural, que les hacía parecer... zafiros...

Se dio cuenta demasiado tarde de que Urd había conseguido volver la magia del conjuro *Agmar* contra ella. Había permanecido tanto tiempo atrapada dentro de la piedra azul de Sarasvati, que su espíritu triple había terminado asimilando el oscuro poder de aquella gema mágica. Y ahora, la piedra obedecía a su llamada, se fundía con la piel rígida y rota de las hijas de Pértinax y recomponía su estructura en todas direcciones, formando una cápsula gigante, una jaula del color del océano para encerrar a Jana.

Gritó, pero gritar ya no podía ayudarla. Estaba atrapada igual que una vez, por obra suya, lo habían estado las hijas de Pértinax. Estaba prisionera en la piedra azul de sus antepasados, completamente aislada del mundo exterior.

Era mucho peor que estar muerta.

Jana intentó moverse, pero no pudo hacerlo. Se sentía inmovilizada dentro de una estructura cristalina invisible que no le permitía realizar ni el más sencillo movimiento.

Era el final de todo... Con Álex al otro lado de la Puerta de Plata, nadie sería capaz de sacarla de allí. Ni siquiera Álex, probablemente, habría logrado reunir la magia suficiente para liberarla. De modo que era el fin.

«Los tatuajes», oyó que le decía una voz en su interior. «Serpientes y libélulas. Serpientes y libélulas...».

Los tatuajes. Sí, no había pensado en ello. Su tatuaje podía ayudarla, al menos, a hacer un último intento por salir de allí. Hacía mucho tiempo que no recurría al poder mágico de la serpiente dibujada en su espalda.

Pero ¿y las libélulas? ¿Qué quería decir aquello?

Recordó de repente el pequeño insecto de alas transparentes tatuado en el cuello de Dora, por detrás de una de sus orejas. Serpientes y libélulas...

La voz que había oído era la de la joven *Varulf*. Le estaba diciendo que uniesen sus fuerzas, las fuerzas de sus tatuajes tribales.

Y eso significaba que no estaba sola. No sabía hasta dónde podían llegar los poderes de Dora, pero eran dos contra Urd. Dora estaría proyectando el poder de su tatuaje desde fuera de la piedra mágica, y ella debía hacer lo mismo desde dentro.

Sabía lo que tenía que hacer para liberar el poder de su tatuaje. Bastaba con que le hablase mentalmente al animal que llevaba tanto tiempo unido a ella, con que le concediese la libertad. Tal vez no volviese a recuperarlo, pero no le importaba. Lo único que quería era romper en pedazos las paredes brillantes y azules de su prisión.

Cuando la serpiente se desprendió de su piel, sintió un dolor lacerante en la espalda. Contempló fascinada al reptil, cuyas escamas parecían de plata y oro. Se estaba deslizando a sus pies, avanzando sinuosamente hacia el muro de zafiro. Jana

abrió la boca, asombrada, cuando vio que el animal comenzaba a mordisquear la piedra y a devorarla.

Estaba excavando un túnel; un túnel en la pared de su jaula. Y trabajaba con asombrosa rapidez. En apenas unos segundos ya había tallado un agujero lo bastante profundo como para esconderse en él la cabeza.

Jana se precipitó en aquella dirección y se arrodilló frente al túnel. Observó cómo el cuerpo largo y escurridizo de la serpiente se iba hundiendo en su interior. Esperó pacientemente hasta ver desaparecer el resplandor de sus escamas doradas y plateadas en la negrura.

Entonces, solo entonces, acercó los labios al agujero y gritó a todo pulmón.

—¡Dora! —Llamó—. ¡Dora! Está hecho. ¡Serpientes y libélulas!

Sus palabras resonaron en los muros transparentes del zafiro. Cuando sus ecos se apagaron, solo quedó el silencio; un silencio interminable, que oprimía las esperanzas de Jana con cada segundo que se prolongaba.

Hasta que, de pronto, una libélula irrumpió volando en la prisión azul a través del agujero que la serpiente había excavado. El batir de sus alas apenas hacía ruido, al menos mientras estuvo sola. Pero enseguida se le unieron otros miles de insectos semejantes. Se colaban en el interior del zafiro a través de invisibles grietas y resquicios, desde todos los ángulos.

Jana contempló con una sonrisa de perplejidad en los labios la danza de los insectos a su alrededor.

Cada vez había más. Los agujeros en el muro de zafiro eran incontables. La gema empezó a desmoronarse, taladrada por millones de puntos diferentes. Jana tuvo que protegerse la cabeza con los brazos para desviar las mil esquirlas de piedra resplandeciente que caían sobre ella.

Cuando la avalancha cesó, Jana pudo por fin mirar a su alrededor. No quedaba ni rastro del zafiro, ni tampoco de Urd... Pero el aire era un torbellino gris de sombras hirvientes y amenazadoras, en medio del cual Dora la contemplaba con ojos asustados.

Caminó hacia ella como pudo, luchando contra la viscosidad de aquella atmósfera cuajada de presencias invisibles.

—Gracias —dijo, abrazándola—. Si no hubiera sido por ti, quién sabe si habría logrado salir alguna vez...

—Puede que allí dentro estuvieras mejor que aquí. Más protegida... ¡Mira esto!

Jana alzó la mirada hacia la Puerta de Plata. Era evidente que allí se estaba librando un terrible combate. La mayor parte de las sombras confluían hacia ese punto, que se había convertido en un ovillo de oscuridad del que emergían, de cuando en cuando, gemidos y gritos.

—Erik y Álex están perdiendo —murmuró—. Tenemos que ayudarles, antes de

que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde, Jana —dijo Dora, señalando las altas murallas que rodeaban la puerta—. Están empezando a desmoronarse, ¿no lo ves?

Era cierto. Álex y Erik parecían haber centrado todos sus esfuerzos en defender la puerta que intentaban cerrar; pero las sombras habían encontrado otra manera de derrotarlos: estaban derribando los muros que separaban los dos reinos. Lienzos enteros de roca negra caían al suelo, eliminando las antiguas fronteras entre el reino de la muerte y el de la vida.

Muy pronto, la puerta ya no sería más que una ruina inútil en medio de un montón de escombros, y no quedaría ninguna frontera que defender. Los dos territorios, el de los vivos y el de los muertos, se fundirían en uno solo...

El sacrificio de Álex y de Erik no había servido de nada.

CAPÍTULO 5

—Tenemos que llegar hasta la puerta como sea —gritó Jana para hacerse oír por encima del bronco rumor de las sombras que se agitaban en todas direcciones—. Tenemos que alcanzar el muro...

—¿Qué muro, Jana? —Respondió Dora—. Se está cayendo a pedazos. Si nos acercamos, lo único que conseguiremos será que una de esas piedras negras nos aplaste.

—Parece tan real...

—Es real, aunque ocurra dentro de nuestras mentes. —Dora cogió de la mano a Jana y tiró de ella para apartarla de un vendaval de oscuridad que iba a precipitarse sobre ellas—. Mira; parece que ni siquiera nos ven.

—Nosotras no importamos; pero podríamos hacer algo si estuviésemos al otro lado.

Un lienzo entero de la muralla se desplomó verticalmente en ese instante, levantando una nube de polvo que envolvió a las sombras en un manto de color ceniza.

—No perdemos nada con intentarlo —murmuró Jana—. Ahora están distraídas. Vamos, Dora. Hasta donde lleguemos...

Corrieron tan deprisa como se lo permitían sus piernas, pero no llegaron muy lejos. Con la siguiente resquebrajadura que apareció en la muralla, empezaron a surgir también grietas en el suelo.

—¿Qué está pasando? No sigas, Dora...

Las grietas se ensanchaban a ojos vista, y de repente, antes de que las dos chicas tuviesen tiempo de reaccionar, todo el suelo se había fragmentado en grandes pedazos irregulares que se alejaban unos de otros. Debajo del fragmento de superficie firme en el que habían quedado atrapadas, había cielo. Y mucho más abajo, más allá de las finas y dispersas nubes, se veía, pequeña y lejana, una ciudad: su ciudad... La playa, los altos rascacielos del centro financiero, las colinas sembradas de jardines y casas antiguas de la Antigua Colonia...

Empequeñecidos por la distancia, todos aquellos elementos parecían miniaturas artísticamente distribuidas sobre una maqueta.

Jana miró alrededor, desesperada. Había otras islas de piedra flotando en el azul de la atmósfera. Casi todas parecían vacías... En algunas de ellas se notaba una densidad de sombras hormigueando y vibrando en el aire. Incluso le pareció distinguir, sobre un islote cercano, un oscuro reflejo del rostro de Óber... Pero quizá se tratase tan solo de un espejismo, porque desapareció enseguida.

Quedaban algunos restos de muros negros en pie, flotando en sus pequeñas islas de roca. Pero la Puerta de Plata había desaparecido... Jana vio el arco ojival que la

sustentaba derrumbado en el suelo, todavía apuntando hacia arriba con su clave de piedra.

—No queda nada de la frontera entre los mundos —dijo Dora, que parecía estar mirando en la misma dirección—. Esto se ha acabado.

—¿Y Álex? ¿Y Erik? —Jana señaló hacia uno de los restos de muralla que flotaban cerca—. Tienen que estar en alguna parte... Un momento, espera. ¿Qué está pasando?

Era como estar viendo una película desde delante hacia atrás.

Como si alguien estuviese rebobinando los segundos anteriores a cámara lenta; porque los fragmentos de tierra habían comenzado a atraerse unos a otros y a formar agregados cada vez más grandes, ocultando el cielo y la ciudad que había debajo. Y los pesados sillares del muro ascendían como por arte de magia y se reordenaban para componer de nuevo la muralla.

—Es David —dijo Dora. Los cabellos se le habían soltado del moño donde los mantenía recogidos y azotaban furiosamente su cuello y sus mejillas—. Mira, Jana. Ha vuelto...

—No, no es él.

Jana acababa de ver a David en uno de los fragmentos de roca que aún no se habían unido a los demás.

No venía solo... le acompañaban Nieve y Corvino.

Le costó reconocer a los dos guardianes en aquellas dos figuras envejecidas. Nieve seguía siendo una mujer esbelta y hermosa, pero sus cabellos se habían vuelto completamente blancos, y en su rostro había algunas arrugas. Corvino, con sus cabellos grises y su cuerpo enjuto, ligeramente encorvado, se mantenía junto a ella y la asía por la cintura con su brazo, como si intentase protegerla.

Las ropas que llevaban puestas parecían de un tiempo remoto. Nieve iba envuelta en una pesada túnica de lino blanco. Corvino llevaba puesto un tosco peto de cuero y un manto de pieles, que le confería un aspecto antiguo y salvaje.

Así debían de vestirse en las lejanas épocas en las que había transcurrido su juventud, antes de que la guerra entre los *Medu* y los guardianes empezara.

Ellos eran los que habían comenzado a darle la vuelta a la batalla. Con su experiencia de siglos y su entrenamiento en el dominio de la mente, estaban venciendo a aquel ejército de espectros.

—Tenemos que abrirnos paso hasta ellos —dijo Jana—. Quizá podamos ayudarlos...

—¿Son quienes creo que son? —Preguntó Dora—. Los guardianes siempre han sido nuestros enemigos. No creo que...

—Han venido porque David fue a buscarlos. Ellos son nuestra única esperanza, Dora. Mira lo que están consiguiendo... Aunque no sé durante cuánto tiempo podrán

aguantar.

Las fracturas de la tierra continuaban sellándose, y el gran arco de la Puerta de Plata se estaba elevando de nuevo, como si una enorme grúa invisible tirase de él hacia el cielo. Las sombras bullían a los pies del muro, desconcertadas. Solo algunas habían comprendido lo que pasaba, y empezaban a formar un círculo en el aire alrededor del grupo que componían Nieve, Corvino y David.

—Los Olvidados —dijo Jana, reconociendo con un escalofrío el rostro de Óber entre las innumerables figuras que se iban aglutinando en torno a los guardianes—. Intentan formar una barrera para neutralizar a Nieve y a Corvino...

Los dos guardianes se habían dado la mano y contemplaban sin ningún temor aquella masa de criaturas espectrales que se cernía sobre ellos por todas partes. David, en cambio, parecía demasiado impresionado como para aportar ninguna ayuda útil. Sus ojos recorrían las hileras de rostros cenicientos que los amenazaban con creciente angustia. Parecía imposible que ellos solos pudieran enfrentarse a aquella legión de sombras que ni podían ni querían encontrar el descanso.

El espeso círculo de espectros no tardó en cambiar el signo del combate, y la milagrosa reconstrucción de la muralla que habían iniciado Nieve y Corvino se interrumpió bruscamente. El arco volvía a estar en su lugar, pero la luz que sellaba el umbral entre los dos mundos no había regresado a su interior.

En la frente de Nieve aparecieron dos profundos surcos verticales, debido al esfuerzo mental que estaba realizando. Parecía estar sufriendo mucho... Y también Corvino, pese a que su rostro no reflejaba apenas ningún cambio, debía de encontrarse al límite de sus fuerzas; Jana creyó ver que sus piernas temblaban, y que cada vez le costaba más trabajo mantenerse en pie.

Las sombras, poco a poco, iban acercándose a ellos. Al principio se habían mantenido a distancia, pero luego se fueron envalentonando, avanzando centímetro a centímetro, cada vez con mayor audacia. Ellas eran muchas, y los guardianes, solo dos. Dos y David... El muchacho, incapaz de soportar la cercanía de aquellas repugnantes criaturas, se había dejado caer al suelo y escondía su rostro entre las manos.

—Con eso solo conseguirá que ellos se confíen aún más —murmuró Jana—. Hay que plantarles cara. Si pudiéramos llegar hasta donde está David...

—Es imposible. Son demasiados —dijo Dora—. Y los guardianes se están debilitando... ¡Mira!

Dora apuntaba hacia las altas murallas negras. Volvían a caer piedras de la parte más alta. Se estaban derrumbando una vez más... Pesados sillares de roca se precipitaban sobre el suelo y se rompían en mil pedazos al estallar contra su dura superficie. No paraban de caer; parecía una granizada de enormes pedruscos oscuros. Si la destrucción continuaba progresando a ese ritmo, muy pronto no quedarían de

aquel muro más que los cimientos.

Pero entonces ocurrió algo asombroso: decenas de figuras ataviadas con túnicas y pieles aparecieron flotando en el aire, justo por encima de lo que aún quedaba de la muralla. Venían del otro lado; había hombres y mujeres, y muchos de ellos iban vestidos del mismo modo que Nieve y Corvino.

Eran espectros también; pero más grandes que las sombras que intentaban arrasar la muralla, y quizá también menos transparentes. Sus figuras, iluminadas por una tenue luz que parecía proceder de su interior, casi parecían sólidas cuando se las observaba desde ciertos ángulos. Jana comprendió que eran los antiguos guardianes, todos aquellos hechiceros del pasado que habían unido sus fuerzas para combatir el poder de los *Medu*.

Los viejos enemigos de los clanes regresaban ahora para ponerse del lado del último rey *Drakul*.

Jana sintió que se le ponía la carne de gallina; de repente ya no recordaba el miedo y la desesperación que la habían invadido en las últimas horas. Una emoción extraña, que le producía escalofríos, se había apoderado de ella al comprender lo que había conseguido hacer Erik.

La batalla, ahora, se había equilibrado. No había tantos guardianes como sombras, pero eran más poderosos, y, sobre todo, más sabios. Evitaban los ataques individuales; no pretendían demostrar nada.

Lo único que les interesaba era formar un cordón en el aire que protegiera los muros del reino de los muertos, y concentrar sus enormes poderes en reconstruir piedra a piedra los fragmentos derruidos.

Hirviendo de impotencia, los Olvidados comenzaron a retirarse. Lentamente se iban escabullendo en distintas direcciones, fragmentando sus fuerzas, y abandonando el cerco alrededor de Nieve y Corvino.

No era una retirada definitiva; tan solo una tregua... Parecía que aquella masa de espectros aparentemente informe y desarticulada reunía la suficiente capacidad estratégica como para comprender que no les convenía desgastarse inútilmente en un combate que estaban destinados a perder. Por eso habían decidido apartarse un poco, observar mientras los antiguos guardianes reconstruían la fortaleza, y esperar el momento de atacar de nuevo.

Con el camino libre ya de aquellos que hasta entonces lo habían bloqueado, los ojos de Jana se encontraron al fin con los de Nieve.

«Esperad —parecían decir sus dulces iris azules—. Todavía no hemos terminado...».

Pero Jana no podía esperar; quería hacer algo, prestar su ayuda, por pequeña que fuera. Así que, cogiendo de la mano a Dora, atravesó el yermo que las separaba de David y de los guardianes.

David, que había vuelto a ponerse en pie y contemplaba maravillado la rápida reconstrucción de la muralla, le hizo un gesto de advertencia a su hermana cuando vio que ella se disponía a hablarle a Nieve.

—Silencio —murmuró, llevándose un dedo a los labios—. Están reconstruyendo la luz. Es la barrera definitiva.

Era cierto. Los ojos de Nieve y los de Corvino permanecían ahora fijos en el arco vacío de la muralla, y sus miradas, unidas al férreo poder de concentración que conseguían canalizar a través de ellas, habían comenzado a entretejer un finísimo velo de luz plateada en aquel hueco oscuro.

—No, aún no —murmuró Jana, mirando a Nieve—. No podéis cerrar la puerta todavía. Aún queda mucha magia de este lado, y Erik quiere atraerla toda al interior del muro. Es la única forma de terminar definitivamente con todo esto.

Nieve y Corvino apartaron los ojos de la puerta, interrumpiendo su labor mágica.

—No podrá hacerlo —murmuró Nieve—. Tendría que tener un poder inmenso para contrarrestar el magnetismo que atrae a la magia hacia las sombras. Y Erik no es tan poderoso.

—Están ellos —murmuró Corvino inseguro señalando a sus viejos compañeros, que flotaban inmóviles sobre las murallas negras—. Ellos le ayudarán.

—Y Álex también está dentro. Tenéis que esperar a que lo consigan. Por favor...

Nieve miró a Jana.

—Si hacen lo que tú dices, si se quedan ahí hasta el final para atraer toda la magia hacia el interior, no podrán salir. Quedarán atrapados al otro lado del muro.

—Erik no quiere salir, de todas formas —observó Dora con voz apagada—. Está decidido a sacrificarse.

—Y Álex no va a abandonarle —añadió Jana—. Es su mejor amigo. Nieve, por favor, espera a que Dora y yo entremos ahí. Todavía conservo suficientes poderes para serles útiles. Ayudaremos a Erik y a Álex a equilibrar la balanza.

Nieve y Corvino se miraron.

—No —dijo Corvino, sin apartar la mirada del rostro de su compañera—. Lo siento, Jana, pero no vamos a consentir más sacrificios.

—No lo entiendes —Jana le agarró del borde de su tosca capa de pieles, obligándole a mirarla—. Quiero estar con él. Quiero estar con Álex...

—Sí, lo entiendo. Pero añadir tu sacrificio al suyo no arreglaría nada. Además, no sois tan poderosas como para equilibrar las fuerzas... Nosotros sí.

Los ojos de Jana se deslizaron desde el rostro de Corvino hasta el de Nieve.

—¿Vais... vais a entrar? —preguntó.

Nieve asintió con una tenue sonrisa.

—Corvino tiene razón; durante un tiempo creímos que habíamos perdido todo nuestro poder, pero estábamos equivocados, Jana. Cuando empezamos a escucharnos

a nosotros mismos y a entendernos el uno al otro, fue como si se desencadenase una explosión. Toda la experiencia, los saberes acumulados a lo largo de más de mil años...

—Cada una de estas arrugas ha supuesto un nuevo salto en nuestro dominio de nosotros mismos —añadió Corvino—. Erik solo puede lograr lo que se propone si cuenta con nuestra ayuda. ¿No es hermoso, después de todo? Los *Medu* y los guardianes unidos en una última batalla.

—Tú lo has dicho —musitó Jana—. La última... Y yo no quiero quedarme al margen.

—Ni yo tampoco —dijo Dora—. Entraremos con vosotros.

—No. —Una llamarada azul pareció congelar los rasgos de Nieve durante unos instantes—. Adiós, Jana.

Los dos guardianes se deslizaron majestuosamente hacia el arco del muro, donde un jirón de la luz que ellos habían tejido atravesaba la oscuridad, dividiéndola en dos mitades asimétricas. Jana intentó correr tras ellos, pero sus piernas no la obedecían. La habían inmovilizado, lo mismo que a Dora...

Impotente, observó cómo Nieve y Corvino atravesaban el claroscuro del arco y desaparecían al otro lado. Las sombras que acechaban a una prudente distancia de la muralla estallaron en aullidos, golpes y descontrolados estallidos de alegría. Contemplaban aquella decisión de los guardianes como una victoria...

Solo Óber y los suyos, comprendiendo el peligro que suponía para ellos el gesto de sus enemigos, intentaron seguirlos a través del arco. Jana los vio estrellarse contra el muro de luz y disgregarse en miles de partículas cenicientas que quedaron largo rato flotando en la atmósfera.

CAPÍTULO 6

La bruma se filtraba entre las ropas de Álex y se le colaba hasta los huesos. Era un suave manto de algodonosas masas de agua mezcladas con cristales de hielo, más frío que cualquier banco de niebla que Álex hubiese conocido al otro lado del muro. En medio de aquel océano de niebla, apenas podía distinguir, a unos metros, la silueta erguida y alerta de Erik, que no apartaba ni un segundo los ojos del lugar donde suponía que debía hallarse la Puerta de Plata.

Era muy poco lo que estaban consiguiendo, o al menos eso le parecía a Álex. Estaban solos en aquel desierto blanco, intentando mantener intacto el muro a través de su capacidad de concentración. Pero la marea de voluntades que se oponían a las suyas al otro lado del muro era infinitamente más poderosa que ellos; y no tardaría en aplastarlos...

Cuando vio caer los primeros sillares de la muralla, casi llegó a desear que todo terminase cuanto antes.

Se trataba de una batalla perdida; se había quedado con Erik por lealtad hacia él, pero en ningún momento había llegado a creer realmente que podrían ganar aquel combate.

Al menos, le consolaba la idea de que Jana estuviese a salvo en el lado de los vivos. Aunque, pensando en la tempestad de espectros que estaba atacándolos, era posible que también allí corriera peligro.

En todo caso, ya no podía hacer nada por Jana... aparte de intentar resistir junto a Erik hasta el límite de sus fuerzas.

La fatiga que le producía el prolongado esfuerzo de concentración le agarrotaba los músculos y le impedía cruzar una sola palabra con Erik. Tenía que reservar la poca energía que le quedaba para defender la muralla, al menos mientras siguiera existiendo. Pero en algunos momentos, agotado, se veía obligado a cerrar los ojos por un instante. Su cuerpo no le dejaba elegir.

Fue al abrir los ojos después de unos de esos lapsos de descanso cuando vio a los antiguos guardianes.

Sus colosales figuras flotaban, erguidas y amenazantes, por encima de los muros negros. Arawn estaba entre ellos; a los demás no pudo reconocerlos. Pero todos tenían en común su aspecto antiguo y bárbaro, como si perteneciesen a una Humanidad diferente, ya desaparecida.

Cómo habían conseguido unir sus espíritus para oponerse a los espectros de fuera, resultaba imposible de adivinar; pero, en medio del silencio sepulcral de la niebla, comenzó a oírse un canto de muchas voces, un coro cristalino que armonizaba con las vibraciones del aire hasta fundirse con ellas, y que por eso mismo pasaba desapercibido en un primer momento. Sin embargo, eran aquellas voces las que

estaban librando la batalla para defender los muros de la muerte. Y estaban ganando... Álex lo supo cuando vio surgir de entre la bruma, una vez más, el arco imponente de la Puerta de Plata.

Los antiguos guardianes habían regresado para reconstruir los límites entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Sin ellos, hacía tiempo que aquella batalla estaría perdida.

Cuando el velo de plata comenzó a crecer como una tela de araña a través del arco, sintió la proximidad de Erik.

—No pueden cerrar la puerta todavía. Ellos están del otro lado, y siguen conservando intacta toda su magia. No podemos dejar a los hombres a merced de esos espíritus. Es lo contrario de lo que yo quería...

Se interrumpió al ver aparecer dos pequeñas siluetas en el umbral de la puerta; dos siluetas oscuras que avanzaban con pasos firmes, aunque extrañamente rígidos y lentos, hacia ellos.

La niebla, al contacto con sus figuras, parecía disgregarse casi al instante, de modo que iban dejando tras de sí una estela de aire transparente. Estaban ya muy cerca cuando Álex reconoció en sus rostros las facciones de Nieve y de Corvino.

Corrió hacia ellos y abrazó, temblando, a Nieve.

—Habéis resistido con valor —dijo Corvino con una sonrisa—. Ahora nos toca a nosotros. Hemos venido a ayudarlos.

Erik, que había seguido a Álex, estrechó la mano de Corvino y lo miró a los ojos durante unos segundos.

—Si cerramos la Puerta de Plata antes de que todas esas sombras regresen aquí, provocaremos una catástrofe —dijo—. Hay que conseguir que vuelvan...

—Volverán. Si unimos nuestras mentes, atraeremos sus voluntades como si fuésemos imanes —dijo Corvino—. Pronto empezarán a cruzar a este lado de la puerta. Pero en el camino hasta aquí tendrán que enfrentarse con las sombras de nuestros hermanos —añadió, señalando los venerables espectros de los antiguos guardianes—. Ellos les arrebatarán toda la magia que pueda quedarles.

—Supongo que comprendéis que será un infierno —murmuró Nieve—. Nos quedaremos encerrados con nuestros enemigos...

—Lo entendemos —dijo Álex, estremeciéndose.

Esperaron mirando los cuatro hacia el muro negro. La luz de plata oscilaba dentro del arco como una leve y vaporosa cortina. No sucedía nada...

Resistir en medio de aquel silencio resultaba casi más difícil que enfrentarse a un ejército. Cada instante de espera debilitaba un poco más la confianza de Álex, que no podía comprender cómo iban a arreglárselas para encerrar en el recinto de aquellos muros a unas criaturas cuyo poder era muy superior al suyo, al menos por el momento.

De pronto, un aullido feroz que parecía brotar a la vez de miles de gargantas hizo temblar el suelo.

Enjambres de sombras oscuras empezaron a surgir sobre las murallas, zumbando como insectos gigantes. Los antiguos guardianes, inmóviles como estatuas, se dejaban rodear por ellas, y daba la impresión de que las atraían del mismo modo que la miel a las moscas. Aquellas masas informes, espectrales, se empujaban unas a otras para abrirse camino hasta las enormes y primitivas figuras.

Permanecían unos instantes bullendo a su alrededor, como si buscaran algo, y luego, bruscamente, caían del lado del reino de la muerte como papeles abandonados al viento, ya sin voluntad propia.

Muy pronto, el cielo se llenó de aquellos grandes copos de hollín, que danzaban en el aire largo rato antes de posarse en el suelo. Era una aterradora lluvia de ceniza, y no había forma de protegerse de ella.

Álex se sacudió con horror algunos de aquellos copos finos como pan de oro que se le quedaban adheridos a la piel del rostro y de las manos. No podía pensar sin estremecerse que en cada uno de ellos latía un alma...

Pero no todas las sombras caían tan fácilmente en la trampa de los guardianes antiguos. Algunas estaban tratando de abrirse paso a través de la Puerta de Plata. La cortina de luz que Corvino y Nieve habían comenzado a tejer se enredaba en ellas como una telaraña, pero más de una, entre gritos agónicos, consiguió liberarse. Aquellos espectros habían conseguido cruzar el muro sin perder ni un ápice de su magia.

Sin embargo, dentro del reino de la muerte les esperaba un nuevo combate. Álex, Erik, Nieve y Corvino estaban allí para enfrentarse a los recién llegados, luchando con ellos en un duelo individual hasta arrancarles la magia.

Algunos de los rostros semitransparentes con los que tuvo que enfrentarse Álex le resultaban vagamente familiares. Creyó distinguir a un sacerdote *Drakul* al que había conocido en la Fortaleza de Óber, y también a Dayedi, el joven mago renacentista cuya historia había visto representada en un viejo palacio de Vicenza. Lo reconoció por el camaleón con garras de águila que llevaba tatuado en su mano nudosa y retorcida...

No podía dejar de sentir una honda tristeza por tener que arrebatarles a aquellos despojos de humanidad sus últimas esperanzas. Pero sabía que no le quedaba otro remedio. Allá fuera, eran peligrosos. Si conservaban su magia, no cesarían de importunar a los vivos, y ya habían provocado suficientes desastres.

Cada vez que vencía a uno de los espíritus con el poder de su concentración, veía caer sus restos al suelo como un puñado de cenizas. Poco a poco, a medida que transcurría la batalla, el aire se fue llenando de un polvillo gris que lo volvía opaco y denso como plomo. Era aún peor que la niebla.

Resultaba asfixiante...

Quedaban ya muy pocos enemigos de los que habían conseguido entrar a través de la Puerta de Plata, y luchaban sin confianza, seguros de que iban a ser derrotados. Álex sintió que se le erizaba la piel cuando, en uno de sus últimos adversarios, reconoció el rostro de Pértinax. El viejo no hablaba, ni siquiera le miraba, ni parecía haberlo reconocido. Su fantasma intentaba por todos los medios pasar por encima, por debajo o a través del cuerpo de Álex, y se lanzaba contra él una vez tras otra, con una desesperación que producía escalofríos.

¿Cuándo habría muerto el viejo? Jana lo había visto tan solo unas horas atrás. ¿Se habría quitado la vida Pértinax para ayudar a sus hijas en aquella batalla definitiva?

A Álex le habría gustado preguntárselo, pero Pértinax ya no era un ser humano, sino un rescoldo de voluntad con el que le resultaba imposible comunicarse. Se le encogió el corazón cuando, al repeler una de sus embestidas, consiguió que su sombra se disgregase en millones de partículas oscuras que el viento arrastró hacia el interior brumoso del reino de la muerte.

Nieve y Corvino, por su parte, no parecían haber tenido el menor problema para vencer a las sombras con las que se enfrentaban. Álex miraba hacia ellos siempre que podía, porque estaba seguro de que antes o después vería aparecer el fantasma de Argo. Un último combate entre guardianes: después de lo que Argo le había hecho a Jana, Álex estaba deseando verlo aparecer, y, si sus compañeros se lo permitían, quería ser él quien lo venciese. Lo necesitaba.

Sin embargo, las últimas sombras se disgregaban a su alrededor convertidas en un finísimo limo gris, y Argo seguía sin dar la cara. En lo alto de las murallas, la batalla había terminado. Después de absorber toda la magia de las sombras que habían caído sobre ellos, los cuerpos inmóviles de los guardianes brillaban como si fuesen de plata. Sus figuras, poco a poco, fueron girándose con la rigidez de autómatas hacia el interior de los muros. Querían contemplar lo que estaba ocurriendo dentro del reino de la muerte.

En realidad, era bien poco lo que ocurría. La batalla había terminado. Un solo espectro luchaba todavía, desesperado por conservar su magia. Estaba batiéndose con Erik. Álex solo podía verlo de espaldas, pero reconoció su escudo de escamas de dragón. Era Óber.

Sintió una gran compasión por su amigo. Verse obligado a vencer a su padre debía de resultar desgarrador para Erik. Sin embargo, en ningún momento se le vio flaquear. Se batía con una rapidez y una agilidad que el espectro no podía igualar, y segundo a segundo le iba haciendo perder terreno.

Óber, sin embargo, no quería rendirse. En un determinado momento, los ataques de su hijo le obligaron a cambiar de posición, de forma que Álex pudo verlo de frente. Estaba moviendo los labios. Intentaba hablar, aunque Álex no estaba seguro

de que hubiese llegado a emitir ningún sonido. Probablemente trataba de persuadir a Erik de que estaba equivocándose, de que debía luchar a su lado y no contra él.

Su rostro reflejaba un inmenso dolor.

Álex recordó que aquel hombre había sacrificado su vida por salvar la de Erik. Le invadió tal angustia, que tuvo que apartar la mirada. Oyó un quejido entrecortado, el grito de horror de Erik, y luego, de pronto, un profundo silencio.

Por fin se atrevió a volver los ojos hacia su amigo. Óber ya no estaba. Sus restos en forma de cenizas se habían unido a los de los demás espíritus que habían intentado usar la magia para dominar el mundo de los vivos.

En cuanto Óber desapareció, los antiguos guardianes comenzaron a descender majestuosamente. Sus figuras centelleaban al fundirse con la alta muralla oscura. Pronto ya no fue posible distinguirlos de la piedra de los muros... Se habían unido a ella para toda la eternidad.

—Se ha acabado —murmuró Erik, mirando a Álex—. Tenéis que iros, antes de que se cierren las puertas.

—Erik, tú no perteneces realmente a este mundo —dijo Corvino, acercándose a él, y poniéndole una mano en el hombro—. Nunca has estado realmente muerto. Además, con toda la magia que has acaparado en los últimos combates...

—No. La magia se queda aquí para siempre; y yo con ella.

El rostro de Erik parecía tallado en una roca. Su inexpresividad resultaba casi aterradora. Era como si, una vez cumplido su deber, ya no tuviese ningún motivo para seguir existiendo.

—Erik —Nieve, con los ojos llenos de lágrimas, avanzó hacia él y le rodeó la cintura con uno de sus frágiles brazos—. No hace falta que te quedes. Tienes que salir con Álex. Ahora, antes de que sea demasiado tarde...

—Alguien tiene que quedarse aquí para asegurarse de que Las puertas no vuelven a abrirse. Alguien que no sea como ellos.

—Pero será un infierno, Erik —dijo Álex—. Están aquí, por todas partes, aunque ahora no podamos verlos.

—Eso no será un problema —replicó Erik con una triste sonrisa—. Aunque estén aquí, ya no podrán encontrarme, ni yo a ellos. Han perdido su poder, ¿entiendes? Lo único que les queda, a este lado, es una eterna soledad.

Los dos amigos se miraron largo rato a los ojos.

—¿Y Dora? —Preguntó Álex—. Ella te quiere.

—Sí —confirmó Nieve—. Quería entrar y luchar a tu lado, igual que Jana. Tuvimos que dejarla fuera a la fuerza. Ella te quiere, Erik.

—Aunque así fuera...

—No he terminado —le interrumpió Nieve—. Ella te quiere y tú la quieres a ella. ¿Vas a decirme que no es cierto?

Por un momento, Erik pareció considerar esa posibilidad, pero finalmente dijo que no con la cabeza.

—Pero alguien tiene que quedarse —dijo, mirando con los ojos vacíos hacia la Puerta de Plata, rodeada ahora de una densa niebla—. Alguien tiene que...

—Nos quedamos nosotros —dijo Corvino.

Álex deslizó la mirada desde Erik hasta los dos guardianes. Sus rostros envejecidos reflejaban una serena firmeza. Era evidente que, desde el principio, habían atravesado la Puerta de Plata con la intención de quedarse.

—Hace tiempo que debimos hacerlo —murmuró Nieve, casi en tono de disculpa—. Hemos vivido más que cualquier hombre o mujer sobre la Tierra. Hemos visto desaparecer nuestras familias, nuestras tribus y los reinos herederos de nuestras tribus. Hemos participado en decenas, en cientos de batallas. Estamos cansados...

—Es justo que este trabajo lo hagamos nosotros —Corvino señaló a lo alto de los muros—. No podemos dejar solos a nuestros hermanos. Nosotros terminaremos de tejer la luz que cerrará para siempre esa puerta, y nos encargaremos de que nadie vuelva a abrirla jamás. En cuanto a vosotros, podéis quedarse si queréis, pero aquí no sois necesarios.

—Es ahí fuera donde os necesitan —dijo Nieve gravemente—. Erik, piensa en tu hermano. Piensa en esa muchacha...

Erik, de repente, parecía tan vulnerable como si de un momento a otro fuera a echarse a llorar.

—Nunca podré olvidar lo que he hecho hoy —murmuró, bajando la mirada—. Lo que le he hecho a mi padre. Con esa carga, nunca podré volver a ser feliz, ni hacer feliz a nadie.

—Eso no puedes saberlo —dijo Nieve, revolviéndole el pelo con ternura—. El futuro no está escrito en ninguna parte, Erik. Ahora menos que nunca. Recuérdalo...

—Tenéis que iros —dijo Corvino—. Debemos cerrar la puerta lo antes posible, antes de que los más fuertes de entre ellos comiencen a recuperarse.

Álex cogió de la mano a Erik. Estaba fría y húmeda.

—Vamos, Erik —dijo, tirando de ella con suavidad—. Vamos, amigo...

Tras un momento de indecisión, Erik comenzó a caminar junto a él. Se dirigían como sonámbulos al altísimo arco, cuya cima se perdía entre la bruma. Dentro de él danzaba una cortina de claridad.

Cuando estuvieron lo bastante cerca para atisbar la luz rosada del amanecer al otro lado, Álex se volvió a despedirse de los guardianes.

Pero no los vio. Nieve y Corvino habían desaparecido tras una espesa cortina de niebla oscura.

—Gracias por todo —murmuró, con un nudo en la garganta—. Sin vosotros, nunca habría llegado a ser lo que soy Gracias...

Erik ya había comenzado a atravesar el arco. Lo siguió.
Solo se detuvo cuando sintió sobre su piel la tibia caricia del sol.

EPÍLOGO

Más allá de la pradera, rodeada de altos castaños de hojas doradas, se podía distinguir una franja de mar de color azul plomo. Aunque no se veían los acantilados, Jana podía oír el estallido de las olas contra las rocas y el hervor de la espuma allá abajo.

Los organizadores del evento habían llenado el césped de sillas blancas de plástico. Había un estrado de madera, y una especie de carpa de seda escarlata detrás, con banderas que exhibían el dragón plateado de los *Drakul* ondeando en la brisa.

Poco a poco fueron llegando los invitados. Entraban en el recinto con timidez, en grupos familiares.

Todos llevaban puestas las túnicas ceremoniales de su clan. Se notaba que no estaban muy acostumbrados a usarlas, y menos aún en público y al aire libre, porque se movían con bastante torpeza, y a la mayoría se los veía incómodos.

Los sacerdotes *Drakul*, con Harold a la cabeza, habían insistido en que la ceremonia de coronación se celebrase en el palacio de Polgar, pero Erik no había querido ni oír hablar de ello. Los nuevos tiempos requerían gestos nuevos, en su opinión. Ya era hora de que los *Medu* dejaran de esconderse. Al fin y al cabo, ahora que la magia había desaparecido definitivamente del mundo de los vivos, era muy poco lo que los diferenciaba del resto de los seres humanos. Tenían, por supuesto, su larga historia, sus ritos, leyendas y tradiciones. Eso era lo que debían preservar, el legado que debían transmitirles a sus descendientes. Todo lo demás pertenecía al pasado... Y todos, en los clanes, debían empezar a asimilar aquellos cambios.

Con su invitación en la mano, Jana pasó el control de la carpa de la organización y se dirigió a la barra del bar, donde había quedado con Álex.

Le sorprendió encontrarlo hablando con Edgar, que era quizá el único *Drakul* de todos los que pululaban por el recinto que no llevaba puesta la tradicional túnica escarlata. En lugar de eso, iba vestido con una sudadera negra y unos vaqueros.

Ahora que comenzaba a habituarse a mostrar su verdadero rostro, el parecido con Erik comenzaba a desdibujarse. Ambos tenían la misma nariz recta, la misma mandíbula firme y cuadrada, pero el resto de sus rasgos eran bastante diferentes.

Álex y él sostenían cada uno un vaso de refresco en la mano.

—¿Te pido algo? —le preguntó Álex a modo de saludo.

—No, gracias.

Por alguna razón, Jana no se sentía capaz de beber nada, ni siquiera de probar un sorbo de refresco. Se había levantado con el estómago revuelto, y no había podido desayunar aquella mañana.

—¿Nerviosa? —preguntó Edgar, sonriendo.

—Un poco. ¿Y tú? No te veo muy preparado... ¿Dónde está tu túnica?

—Cambio de planes a última hora. No me voy a poner la túnica *Drakul*... Le he

pedido a Erik que me deje sentarme con los *Íridos*.

Álex y Jana se miraron.

—¿Y Erik está de acuerdo? —preguntó Álex sin disimular su asombro.

Edgar se encogió de hombros.

—No, claro. Me ha echado un sermón de hermano mayor bastante aburrido, pero cuando ha visto que no iba a poder convencerme me ha dicho que hiciera lo que quisiera.

—¿Por qué no quieres vestir la túnica *Drakul*? —Preguntó Jana—. Todo el mundo sabe ya lo que ha ocurrido. Los *Drakul* no están enfadados contigo por lo que hiciste, al contrario. Erik lo ha presentado de tal forma, que prácticamente te consideran un héroe dentro del clan.

—Puede. Pero resulta que todo lo que hice fue utilizar mis poderes *Íridos*. Admítelo, Jana: aunque llevo la sangre de Óber, nunca seré un verdadero *Drakul*. No tengo los poderes del clan...

—¿Y qué importa eso ahora? —Dijo Jana—. Nadie tiene ya poderes, ni de una clase ni de otra. Eso es historia.

—Me da igual. Si las tradiciones son lo único que nos queda, prefiero defender las tradiciones *Íridas*.

Mientras hablaban, la carpa se había ido llenando de personalidades *Medu* que iban a participar directamente en la ceremonia de coronación. Jana vio a Issy charlando con Lilieth y con Athanambar mientras este manipulaba unos cables conectados a los focos que debían iluminar el estrado. Railix, por su parte, estaba colocando a los guardias de seguridad que debían vigilar la carpa durante la ceremonia en posiciones estratégicas a ambos lados de las cortinas que servirían de telón. Al ver a Jana y a Álex, agitó la mano para saludarlos.

—Todos parecen muy contentos —observó Edgar, no sin cierta ironía—. Como si esto fuera lo que han deseado toda la vida.

—¿Y no lo es? —Jana señaló vagamente hacia las cortinas, detrás de las cuales estaban preparando el trono—. El primer rey de los *Medu* desde hace quinientos años...

—De unos *Medu* que ya no tienen magia, que no se diferencian en nada de los seres humanos normales y corrientes —gruñó Edgar—. Si eso te parece un motivo para estar contenta...

—No es cierto —dijo Álex, mirando a Edgar con gravedad.

—¿Qué no es cierto?

—Que seáis como el resto de los seres humanos. Tenéis vuestra historia, vuestra cultura, vuestro arte. Es lo más importante... y la gente sabe que Erik mantendrá a todos los clanes unidos para conservar esa herencia. Por eso están contentos.

Edgar iba a contestar, cuando se armó un gran revuelo en la entrada trasera de la

carpa. En medio de una nube de fotógrafos, cámaras y periodistas con grabadoras, Erik avanzaba por el pasillo central, seguido de cerca por los jefes de los otros clanes. Llevaba una camisa blanca de mangas abullonadas y un peto oscuro con un dragón de plata bordado en el pecho. Su túnica escarlata tenía varios metros de largo.

—Solo le falta la corona —dijo Edgar, sin el menor asomo de burla en su voz.

—Es cierto —Jana siguió con la vista el cortejo de periodistas que rodeaba a Erik—. Parece un verdadero rey...

—Los otros jefes deben de sentir un poco de envidia —observó Edgar—. Míralos.

Jana los miró. Los conocía a todos, a unos más que a otros, y por eso justamente no le resultaba difícil percibir la incomodidad que sentían bajo su aparente indiferencia. Era una situación nueva para ellos, y pasaría un tiempo hasta que asumiesen todo lo que les había ocurrido a los clanes en las últimas horas.

Lo único que sabían, por el momento, era que el legado mágico que habían jurado custodiar al tomar posesión de su cargo ya no existía, de modo que tendrían que buscarse otra manera de ejercer su poder y de justificar el mandato que habían recibido de su pueblo.

Un poco separado de ellos, al final del grupo, iba David. Jana notó que la buscaba con la mirada y lo llamó, al tiempo que agitaba los brazos para atraer su atención. Cuando su hermano la vio, su gesto preocupado se transformó en una ancha sonrisa. Duró tan solo unos segundos... pero fue suficiente para que Jana pudiese respirar hondo, mucho más relajada.

—Lo hará bien —dijo Álex—. Será un buen jefe, Jana...

—Lo sé —Jana suspiró—. El problema es que él aún no lo sabe.

—Todavía no he entendido por qué vas a renunciar —dijo Edgar arqueando las cejas—. Erik no quería, supongo que lo sabes...

—Es lo mejor para todos. David conoce mejor que yo las antiguas tradiciones de los *Medu*. Siempre que surjan conflictos entre linajes o problemas de herencias, podrá emitir un juicio con más conocimiento de causa que yo. En el fondo, sé que terminará gustándole, ya lo verás.

—Pero ¿y tú? ¿Qué piensas hacer?

Jana notó que Álex contenía la respiración, pendiente de su respuesta a la pregunta de Edgar.

—Quiero alejarme de todo esto durante un tiempo —murmuró—. Pensar sobre mi futuro, decidir a qué quiero dedicarme... Son cosas que, hasta ahora, ni siquiera me había planteado. No me sentía libre para hacerlo. Pero todo ha cambiado, y eso significa que ahora puedo elegir.

—Es un gran cambio, desde luego —dijo Álex con gravedad—. Y no solo para ti...

Erik y su comitiva estaban a punto de salir al estrado. Los periodistas habían empezado a abandonar la carpa para ocupar sus puestos de cara a la retransmisión de la ceremonia. Algunos políticos y académicos que habían sido invitados a asistir y que, hasta entonces, sabían muy poco acerca de los *Medu*, formaban grupos alrededor de la barra del bar y junto a la entrada, y miraban a todas partes con curiosidad, aunque un poco acobardados.

—Tengo que ir a cambiarme —dijo Jana—. Esto está a punto de empezar...

Álex la besó brevemente en los labios.

—Te veo luego —le susurró—. Estaré en la tercera fila, hacia el centro. Todo irá bien... No te preocupes, ¿vale?

Jana asintió. Erik ya había salido de la carpa, junto con los principales dignatarios de los clanes. David atisbaba entre las cortinas cómo iban ocupando, uno a uno, sus puestos. Jana se le acercó por detrás, le abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Ya has visto qué asiento tienes que ocupar? —le preguntó, sonriendo.

—Han dejado uno vacío en el extremo izquierdo. Junto a Glauco... ¡Vaya suerte! Y tú, ¿no vas a vestirte?

—Sí; me han dicho que use el camerino de Erik. Nos vemos aquí en cuanto esté lista.

Jana atravesó el suelo de moqueta negra que la separaba del barracón de los camerinos. Encontró a Kinow Kuud esperándola allí con la bolsa de plástico que contenía el atuendo que debía vestir para la ceremonia.

—Kinow, muchas gracias —la saludó, cogiendo la bolsa—. No hacía falta que hicieras esto por mí, de verdad...

—No ha sido ninguna molestia. Se me da bien restaurar joyas antiguas, es una de las pocas cosas que sé hacer que no están relacionadas con la magia... Ha quedado como nueva; mira.

Kinow metió la mano en la bolsa y sacó un pequeño estuche de terciopelo blanco. Al abrirlo, Jana vio, enganchado a la almohadilla interior, el zafiro que Álex le había regalado el día después que leyeran juntos el Libro de la Creación. Lo había conseguido por medios mágicos, y era una piedra idéntica al zafiro de Sarasvati, el más antiguo emblema del clan que Jana representaba. Para la ceremonia, Kinow se había ofrecido a montarlo en un broche que se utilizaría para sujetar la capa ritual de los jefes *Agmar*.

El recinto se estaba quedando vacío. Nadie quería perderse el discurso que el rey estaba a punto de pronunciar.

—Vete, Kinow. Te lo vas a perder si no te das prisa. Ya me arreglo yo sola...

Kinow dudó un momento, pero finalmente se decidió a seguir a los demás para ocupar su puesto entre el público que asistía a la coronación.

Estaba previsto que el traspaso de poderes del clan *Agmar* se llevase a cabo

después de la ceremonia de la proclamación de Erik. David y ella debían salir juntos al estrado, y tendrían que intercambiar una serie de fórmulas antes de que ella se quitase la capa ritual y se la pusiese sobre los hombros a su hermano. De ese modo escenificarían el traspaso de la jefatura *Agmar* del uno al otro. Después, seguirían algunos rituales menores relacionados con el resto de los clanes, y por fin todo habría terminado.

Sería libre. Por primera vez desde la muerte de sus padres, se sentiría dueña de su propio destino.

El guardia de seguridad apostado en la entrada del camerino asintió con la cabeza antes incluso de que le enseñase su acreditación. Estaba claro que había recibido instrucciones para dejarla pasar.

Encontró la túnica ceremonial blanca que debía ponerse colgada de una percha, detrás de un biombo.

La capa azul con bordados de plata que distinguía a los jefes del clan desde tiempos inmemoriales se hallaba extendida sobre una silla, frente al espejo rodeado de bombillas doradas.

Cogió la capa entre sus manos y se la quedó mirando. Nadie la había vuelto a usar desde que Pértinax se la puso en los funerales de su madre. Ahora la llevaría ella. Sería la primera vez... y también la última, porque su papel en la ceremonia iba a consistir precisamente en quitarse la capa y ponérsela sobre los hombros a su hermano.

Jana acarició con tristeza el pesado brocado azul, tan antiguo que, en algunos lugares, la trama del tejido parecía a punto de deshacerse. Su dedo corazón recorrió con deliberada lentitud la serpiente simbólica bordada con hilos de plata en la parte trasera de la prenda. Hubo un tiempo en el que soñaba con ponerse esa capa mientras todos los *Agmar* la aplaudían exaltados. Pero hacía mucho que había renunciado a aquel sueño. Los *Agmar*, despojados de sus poderes, habían cambiado para siempre, y ella también.

Sin embargo, ya antes había dejado de interesarle el poder; no sabía exactamente en qué momento...

Tal vez fue en Venecia, después de su enfrentamiento con el Nosferatu. Tal vez el horror que había visto en aquel rostro inhumano le había hecho comprender lo peligroso que podía llegar a ser sacrificarlo todo por culpa de una ambición desmedida. O quizá el hecho de recuperar a Álex cuando ya creía que lo había perdido para siempre le había llevado a ver las cosas de otra manera. Quería lo mejor para su clan, pero los *Agmar*, sencillamente, habían dejado de ser el centro de su existencia.

El mundo era demasiado grande e interesante como para darle la espalda a los diecisiete años. Tenía todavía mucho que aprender. Sobre todo, debía encontrar su

camino, aquello que realmente quería hacer con su vida. Había estado tan ocupada intentando mantenerse a la altura de las expectativas que los demás habían depositado en ella, que no había tenido tiempo de pensar en quién quería convertirse realmente, en lo que quería llegar a ser.

Mientras se quitaba el pantalón y la camiseta negra para ponerse la túnica, llegaron a sus oídos las primeras palabras del discurso de coronación de Erik. La voz le llegaba distorsionada a través de los altavoces exteriores, pero de vez en cuando, quizá debido a algún cambio en la dirección del viento, podía oír fragmentos enteros del discurso.

—Los nuevos tiempos exigen compromisos nuevos —comenzaba uno de aquellos fragmentos—. Los *Medu* ya no volveremos a ser nunca el pueblo de la magia, pero seguiremos siendo el pueblo de los símbolos. Y los símbolos son las llaves que abren la puerta de la imaginación. Eso significa que seguimos teniendo poder. El poder de imaginar, el poder de crear y de cambiar las cosas en la dirección que queramos. No es la magia a la que estamos acostumbrados... Pero se le parece bastante.

Jana sonrió con tristeza. Sabía que Erik tenía razón, pero echaría de menos la belleza de los antiguos hechizos, los vínculos tan especiales que aquellas viejas fórmulas le permitían establecer con las fuerzas de la naturaleza. Ya nunca volvería a disfrutar de aquella sensación de fundirse con el resto del universo para aprovechar su energía. Esos tiempos habían pasado...

Se echó la capa sobre los hombros y, uniendo las dos esquinas superiores sobre su pecho, las enganchó con el broche que Kinow le había dado. El zafiro que brillaba en el centro era tan deslumbrante, que costaba trabajo hacerse a la idea de que ya no tuviese ningún poder. Mientras forcejeaba con el engarce para cerrarlo, oyó decir a Erik algo sobre un sacrificio, sobre una princesa *Agmar* que habría sido una gran reina para los *Medu*, y que había renunciado a sus derechos para favorecer la unidad de los clanes.

Estaba hablando de ella.

Caminando con precaución, al tiempo que sujetaba con ambas manos los pliegues inferiores de la capa para no arrastrarlos por el suelo, Jana salió del camerino y volvió a cruzar la carpa para reunirse con su hermano ante la puerta que daba acceso al estrado.

—¿Qué tal ha estado? —le preguntó en un susurro.

—Muy bien, para ser un *Drakul* —bromeó David—. No, en serio, consigue emocionarte... Erik es muy grande.

Fuera había estallado una gran ovación. Los aplausos se mezclaban con gritos de «Viva el Rey».

Muchos, sobre todo los ancianos, gritaban la fórmula en el antiguo dialecto de su

clan: siete formas distintas de decir lo mismo. Por una vez, todos los *Medu* parecían estar de acuerdo...

A Jana se le puso la carne de gallina.

—En cuanto terminen los aplausos nos toca salir —dijo David—. ¿Estás preparada?

Jana asintió.

Por encima de los últimos ecos de la ovación, Erik anunció que se iba a producir un traspaso de poderes en la jefatura del clan *Agmar*. David tiró del brazo de su hermana y la arrastró al estrado. Una inexplicable sensación de vértigo se había apoderado de Jana, que por un momento lo vio todo borroso.

Después, cuando consiguió por fin enfocar sus ojos, el primer rostro que distinguió, en el centro de la segunda fila del público, fue el de Dora.

La joven *Varulf* la saludó con una ancha sonrisa. Sus mejillas parecían un poco más sonrosadas de lo habitual, y llevaba el pelo suelto sobre los hombros. El vestido que se había puesto, verde y con un gran escote, le hacía parecer mayor de lo que era. Realmente iba vestida como una princesa... y, si todo iba bien, no tardaría mucho en convertirse en reina.

Como en un sueño, Jana repitió las fórmulas rituales que le iba dictando Erik, de pie entre los dos hermanos *Agmar*. Ni ella misma sabía lo que estaba diciendo. Veía el rostro serio e inteligente de David y se daba cuenta de que, a pesar de su juventud, él era consciente del peso que estaba a punto de recaer sobre sus hombros. Y lo aceptaba... En parte, porque sentía que era su deber, y en parte porque estaba seguro de que podría hacer grandes cosas.

Con su creatividad y su sentido artístico, David era el líder perfecto para los *Agmar* en los tiempos que se avecinaban. Jana estaba segura de que la mayor parte de los miembros del clan lo veían así... Ella, a sus diecisiete años, formaba parte de otro tiempo, de una época que estaba a punto de convertirse en historia.

Después de que David contestase a las palabras que ella había formulado del modo apropiado, llegó el momento de traspasarle los símbolos del poder *Agmar*. Los dedos de Jana temblaron al abrir el engarce del broche de zafiro. David recibió la capa con una reverencia, y mientras se la ponía, Jana vio en sus ojos una profundidad y una resolución que eran completamente nuevas para ella.

Se oyeron algunos aplausos, al principio tibios, luego cada vez más decididos y entusiastas. Jana saludó al público con cierta timidez y corrió a refugiarse entre bastidores.

Al entrar en la carpa se encontró a Álex, que la esperaba a pocos pasos de la puerta del estrado.

—Eres la mejor —dijo él con sencillez.

Jana sonrió burlonamente.

—Sí, soy estupenda quitándome capas rituales. Se me da de maravilla. Lástima que sea la última vez que lo hago...

—Hay que ser muy especial para hacer lo que has hecho tú hoy. No sé si te lo he dicho alguna vez, Jana, pero, además de quererte, te respeto muchísimo. Y te admiro... cada día más.

Ella fue a su encuentro y se detuvo a un paso del muchacho. Se miraron un buen rato a los ojos antes de besarse. La caricia de Álex en su pelo le recordó a Jana lo que sintió cuando se tocaron la primera vez.

En realidad, con Álex siempre parecía la primera vez... porque, por mucho que se conocieran, aún eran capaces de sorprenderse el uno al otro.

—Tenemos que irnos —dijo Álex—. Hay que pasar por el crematorio antes de las dos.

Jana asintió.

—Sí, vamos. Así podremos coger el último transbordador de mediodía.



En el crematorio quedaban aún algunos papeles que firmar, incluidos unos formularios que iban a formar parte del informe policial. El inspector encargado del caso de los dos ancianos encontrados muertos en el parque temático no quería dejar ningún cabo suelto. Incluso había puesto algunas objeciones a que Álex y Jana recogiesen las cenizas, a pesar de que los documentos hallados en el bolso que sujetaba uno de los cadáveres atestiguaban que existía un lejano parentesco familiar entre los muertos y aquellos dos jóvenes, y que ellos dos eran los únicos beneficiarios de su testamento.

—Todavía no me explico qué motivos podían tener estos pobres viejecitos para ir a suicidarse en un sitio como Magic Land —dijo la recepcionista del crematorio, una joven de cabellos rizados y castaños que iba vestida de negro de pies a cabeza—. ¿Qué querían, asustar a los niños? Imagínate que un crío los hubiese encontrado...

—Creo que solo pretendían denunciar el consumismo que provocan esos parques —dijo Álex con gran convicción—. Ellos eran así.

La chica lo miró con curiosidad.

—¿Los conocías bien? Eran parientes lejanos, ¿no? —Los conocíamos bastante bien —dijo Jana—. Hasta donde se dejaban conocer, claro. Eran muy reservados... Siempre lo fueron.

—Esperad en aquel mostrador —les indicó la recepcionista—. En seguida os bajarán las cenizas.

Mientras esperaban, Jana observó desde la puerta el amplio vestíbulo de mármol negro, decorado con macetas de plantas tropicales. El lugar destilaba mal gusto... Resultaba casi imposible asociar a Nieve y a Corvino con un edificio así.

Al cabo de unos cinco minutos oyeron unos tacones descendiendo por unas escaleras metálicas, al fondo de las oficinas. Poco después apareció una anciana vestida con un traje sastre gris y una camisa verde limón. Llevaba dos urnas en forma de copa, una en cada mano.

Se acercó y expresó sus condolencias por la muerte de sus familiares a los dos jóvenes. Estaba claro que no tenía ni idea ni de quiénes eran los muertos, ni de qué lazos los unían a Álex y a Jana. Mejor así, en realidad. Aquella mujer no sentía el menor interés por lo ocurrido en Magic Land; lo único que deseaba era pronunciar las frases consoladoras de rutina y seguir con su trabajo.

En el metro, cada uno con una urna en el regazo, Álex y Jana notaron muchas miradas curiosas sobre ellos. Pero la atención que les prestaban los otros viajeros del vagón no duraba demasiado rato; enseguida se veía atraída por algo o alguien diferente...

Se aparearon en la parada del puerto deportivo, subieron las escaleras y cruzaron la carretera de las playas. La taquilla de los transbordadores se encontraba en un edificio acristalado, a pocos pasos del club náutico. Sacaron sus tickets y se fueron al embarcadero. Había un par de turistas asiáticas esperando para dar una vuelta por la bahía. Llevaban un montón de folletos y trípticos que parecían haber cogido de la oficina de turismo, y, apoyadas en la barandilla de piedra, las dos iban subrayando o rodeando con círculos aquello que les parecía interesante en cada uno de ellos.

Cuando el barco llegó, tuvieron que esperar a que saltaran a tierra los pocos viajeros que transportaba desde el otro lado de la bahía.

El marinero que les recogió los tickets tenía una estrella tatuada en cada brazo. Jana observó la calidad de los tatuajes con interés profesional. No eran demasiado buenos, y, desde luego, estaba claro que nunca habían sido mágicos.

Dentro del barco olía fuertemente a gasóleo. Para huir en lo posible de aquel olor, Álex y ella se instalaron en los asientos de popa. Era un día muy desapacible, por lo que el resto de los pasajeros que iban llegando preferían refugiarse en el interior del transbordador. Pero ellos no podían imitarles... lo que se disponían a hacer solo podía hacerse desde la cubierta.

La vibración del motor hizo temblar los asientos, y, después de soltar amarras, el barco enfiló la entrada de la bahía. Las olas se estrellaban sin fuerza contra el casco blanco, con algunas manchas de óxido al filo del agua. El asiento de madera subía y bajaba, subía y bajaba, inclinándose tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda. El estómago de Jana, revuelto desde primera hora de la mañana, iba empeorando por momentos. Volvía a tener ganas de vomitar. Quizá cuando salieran a las aguas abiertas más allá de la entrada del puerto, no sería capaz de contenerse...

Pero, curiosamente, sucedió todo lo contrario. En aguas abiertas, el barco se bamboleaba más, pero eso, en lugar de acentuar el malestar de Jana, lo calmó.

Detrás de ellos, la ciudad había quedado reducida a una cinta de palmeras con altos edificios grises al fondo. Las playas se extendían a la izquierda, una serie de lunas blancas y deslumbrantes bajo la mortecina claridad del sol otoñal.

—¿Aquí te parece un buen sitio? —preguntó Álex.

Jana miró hacia abajo, hacia las aguas plomizas y oscuras.

—No lo sé —dijo—. No sé si este es el lugar que ellos habrían elegido.

—Cualquier sitio les habría parecido bien, Jana. Su verdadero lugar ya lo eligieron. Te recuerdo que yo estaba delante.

Jana asintió con aire ausente.

—Lo que no entiendo es por qué los cuerpos que dejaron atrás estaban tan envejecidos. El forense dijo que parecían tener más de cien años...

—Tenían más de mil, en realidad. El forense se quedó muy corto.

Jana miró con cierta aprensión la copa marrón que sujetaba entre las manos.

—Pensándolo bien, ellos no estaban allí, ¿verdad? Quiero decir, los cuerpos que encontraron en Magic Land...

—No, Jana. Ellos ya se habían ido antes.

—Me pregunto por qué no dejaron ninguna instrucción para que avisásemos a Heru. Ahora, solo queda él. Y me imagino que le gustaría saber lo que les ha ocurrido a Nieve y a Corvino.

—Quizá ellos no quisieron que se enterara por alguna razón. Quizá creían que a él todavía le quedaba un cierto camino por recorrer.

Jana buscó la mirada de Álex.

—¿Crees que nos encontraremos con él alguna vez?

—¿Con Heru? —Álex hizo un gesto ambiguo con la mano derecha—. Es posible. Quizá lo veamos aparecer alguna vez por el viejo palacio de Venecia. Ahora es nuestro, según estos papeles. O puede que aparezca en el otro palacio, en el de las montañas...

—Me dijiste que estaba en ruinas.

—Así es —Álex le cogió una mano a Jana—. Alguna vez me gustaría ir allí contigo. Es un lugar muy especial. Es como si contuviera una parte de su alma.

—¿De la de ellos dos? —preguntó Jana, mirando de nuevo a la urnas.

—Sí; pero también de la de todos los guardianes que les precedieron. Y de sus compañeros. Heru... y Argo.

—Puede que su fantasma se haya refugiado allí —dijo Jana.

Se estremeció sin poder evitarlo.

—Puede ser, pero no lo veo muy probable. Si algo ha caracterizado siempre a Argo, es que nunca ha hecho lo que se esperaba de él.

Jana miró hacia el cielo, incómoda.

—O quizá esté aquí mismo, espiándonos. Vigilando lo que hacemos con las

cenizas de Corvino y de Nieve...

—Esté donde esté, ya no importa. Ha perdido su magia... igual que todos los demás.

La brisa cambió ligeramente de dirección en ese instante. Ahora les golpeaba la espalda, filtrándose entre sus ropas.

—¿Lo hacemos? —preguntó Jana levantando la urna por encima de la barandilla de popa.

Álex asintió.

Los dos a la vez, desprendieron las tapas circulares de las copas y las inclinaron hacia abajo. Las cenizas salieron volando. El viento las apartó rápidamente del barco, dispersándolas sobre la estela de espuma blanca que dejaba.

Álex y Jana se quedaron largo tiempo mirando aquella estela, un camino de plata sobre el agua oscura.

Seguían sujetando las urnas vacías. Y Jana sentía también, por dentro, un extraño vacío. Como si, al arrojar aquellas cenizas por la borda, se hubiese desprendido a la vez de una parte de sí misma: de todo un conjunto de miedos, obsesiones y ambiciones que ya no volvería a recuperar.

El barco atracó unos minutos más tarde en un islote turístico. Las pasajeras asiáticas aceptaron la ayuda del marinero con los tatuajes de estrellas para bajar a tierra.

—¿Y nosotros? —Preguntó Álex mirando a su compañera—. ¿Bajamos también, o nos quedamos? La verdad es que ya no tenemos ninguna prisa. Podríamos salir a dar una vuelta. Y quién sabe, a lo mejor hasta nos gusta. Hay una playa ahí abajo que no tiene mala pinta...

—Me parece bien —Jana sonrió—. Cualquier sitio es bueno para volver a empezar.

NOTA DE LOS AUTORES

El capítulo 22 está dedicado a Teresa, del blog Libros de ensueños. Ella sabe por qué.

Este libro incluye algunos personajes creados por los lectores de *Tatuaje* para el concurso en Facebook de los clanes *Medu*. El personaje ganador de este concurso fue la *Drakul Issy* (Verónica López Díaz). Los otros personajes de los lectores que hemos incorporado a la historia son los siguientes: Railix, Athanambar, Stanislav, Kinow, Lilieth, Pórtal.



ANA ALONSO (Tarrasa, Barcelona, España, 1970). Se licenció en Ciencias Biológicas por la Universidad de León y amplió sus estudios en Escocia y París. Ha publicado ocho poemarios y, entre otros, ha recibido el Premio de Poesía Hiperión (2005) el Premio Ojo Crítico de Poesía (2006) y, recientemente, el Premio Antonio Machado en Baeza (2007) y el Premio Alfons el Magnànim Valencia de poesía en castellano (2008). Firma su obra poética como Ana Isabel Conejo. Junto con Javier Pelegrín, es coautora de la serie de fantasía y ciencia ficción “*La llave del tiempo*», publicada por la editorial Anaya. También ha traducido algunos clásicos británicos y americanos. En 2008 resultó galardonada con el Premio Barco de Vapor por la novela *El Secreto de If*, escrita en coautoría con Javier Pelegrín. Sus últimos libros publicados son *Profecía* (Editorial Viceversa, Octubre 2010), *Los instantes perfectos* (Oxford, octubre de 2010) y los seis títulos iniciales de la colección «*Pizca de sal*» (Anaya, marzo 2010).



JAVIER PELEGRÍN (Madrid, España, 1967). Se licenció en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia y completó sus estudios en París y Turín. Actualmente, trabaja como profesor de Enseñanza Secundaria en la provincia de Toledo. En coautoría con Ana Alonso, ha publicado ocho títulos juveniles en la editorial Anaya, todos ellos pertenecientes a la serie de fantasía y ciencia ficción «*La llave del tiempo*». En el año 2008, junto con Ana Alonso recibió el Premio Barco de Vapor por su obra conjunta *El Secreto de If*, publicada en la editorial SM. Su obra más reciente es *Profecía*, segundo título de la trilogía *Tatuaje*, publicada por Viceversa Editorial.